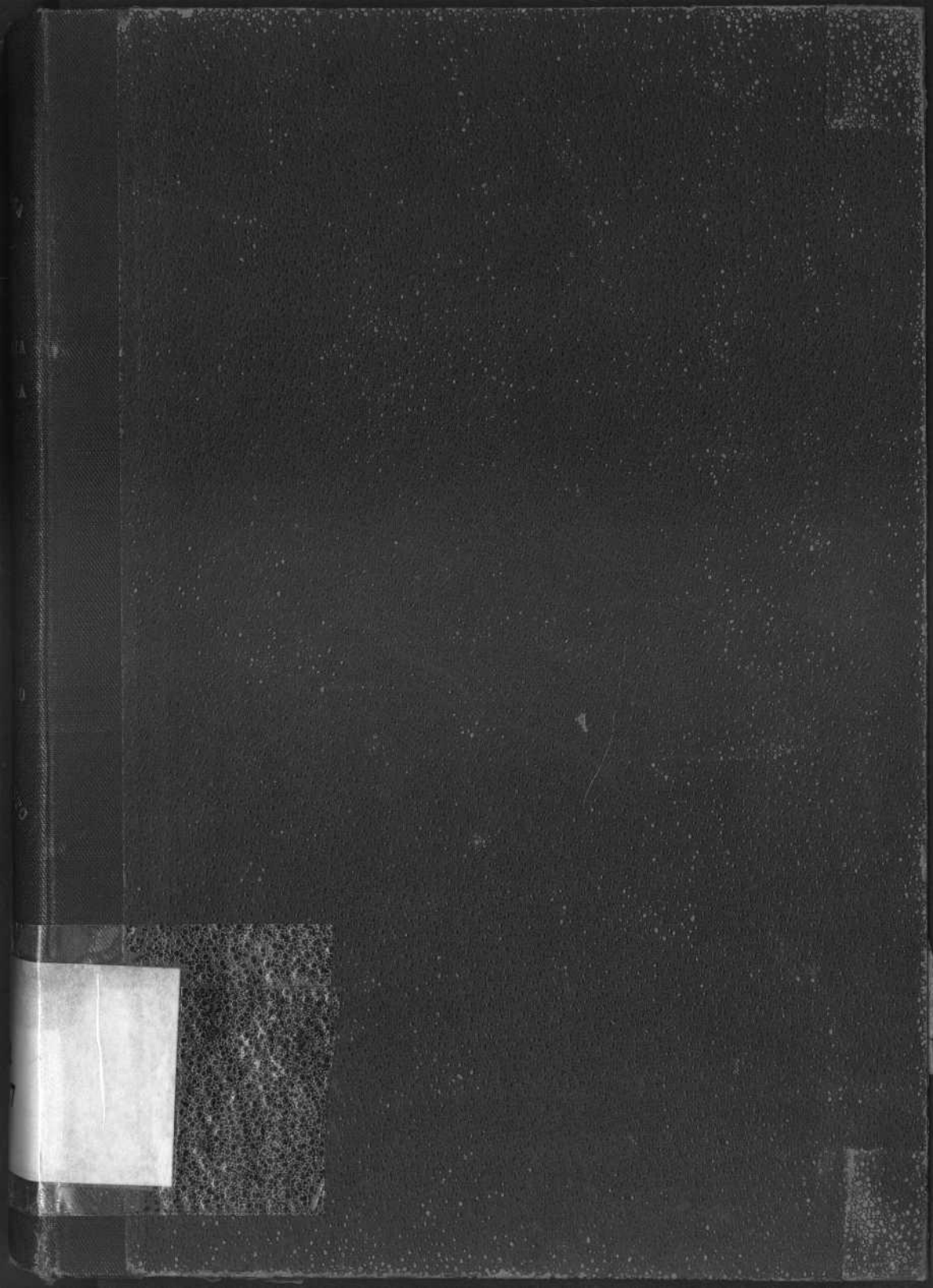






C. 38. 109

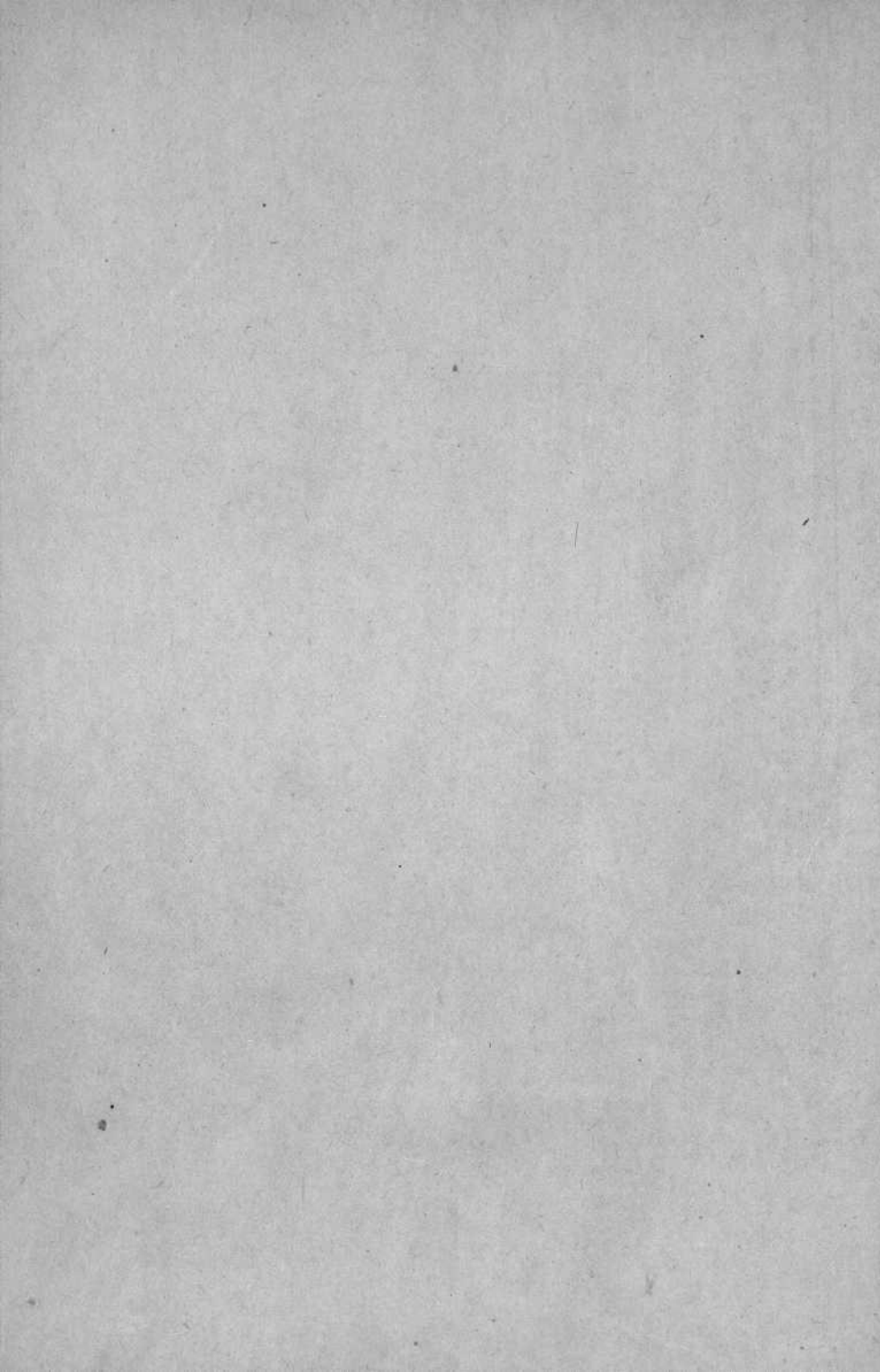
1. H. S. Fagnade

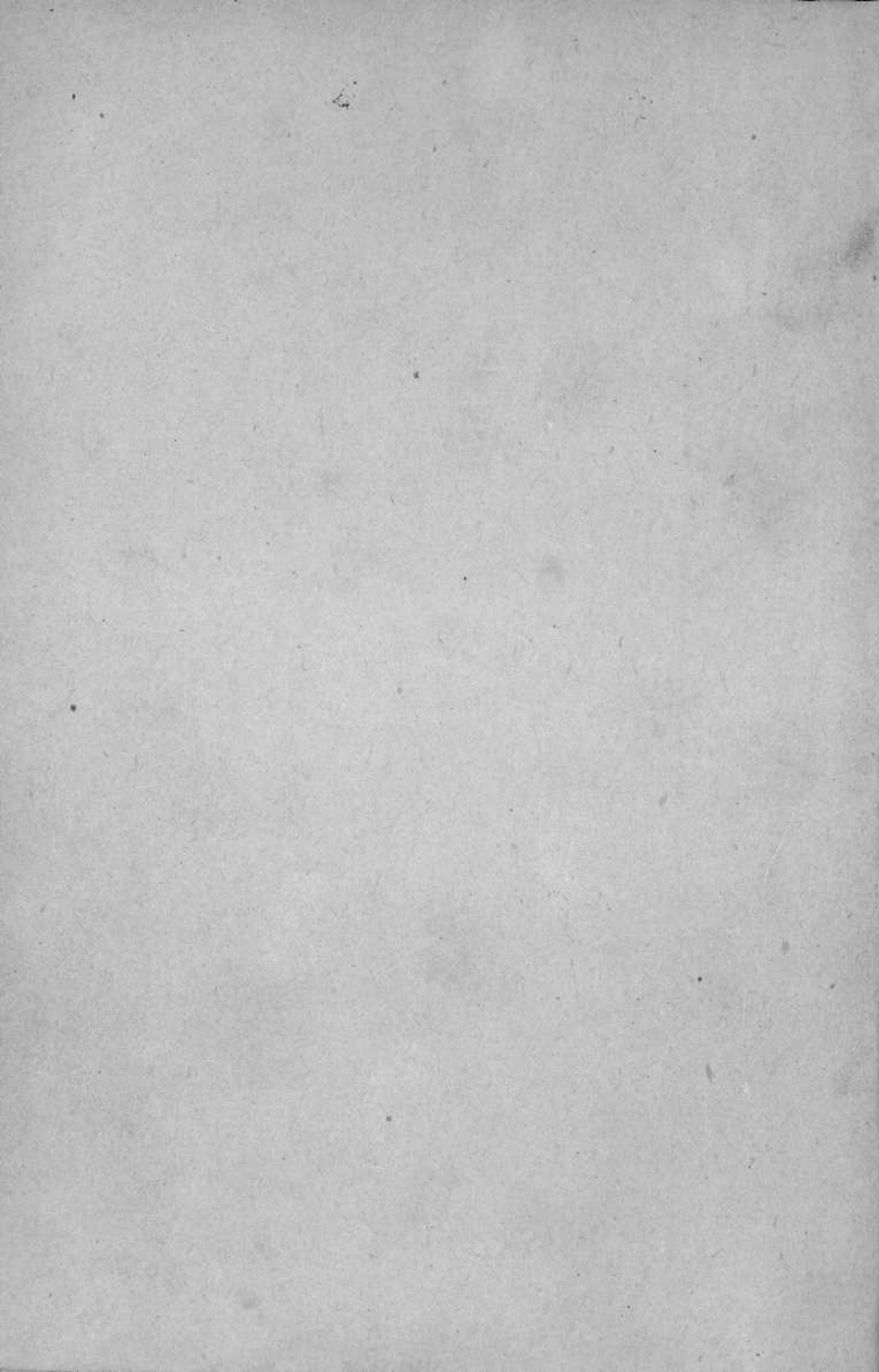
R

23. 09

W. 27







Depósito Legal. 1885. 26.
Propiedad Intelectual

ESTUDIOS ELEMENTALES
DE
Historia Sagrada.

ANTIGUO TESTAMENTO

por el presbítero

Dr. D. José María González Melgosa

CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO CONCILIAR

Y PROFESOR DE RELIGIÓN Y MORAL EN LA NORMAL SUPERIOR
DE MAESTROS DE LOGROÑO.

OBRA APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

1885.

Imprenta de F. Martínez Zaporta,
casa antigua de Correos.

LOGROÑO.



ESTUDIOS ELEMENTALES
DE
HISTORIA SAGRADA.

ANTIGUO TESTAMENTO.

por el presbítero

Dr. D. José María González Melgosa,

CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO CONCILIAR

Y PROFESOR DE RELIGIÓN Y MORAL EN LA NORMAL SUPERIOR
DE MAESTROS DE LOGROÑO.

OBRA APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

PRIMERA EDICION.

R. 21,823

1885.

Imprenta de F. Martínez Zaporta,

casa antigua de Correos,

LOGROÑO.

por D.ª González

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



13-11-1913

A los alumnos de ambos sexos

de las Escuelas Normales.

Al dedicaros estos ESTUDIOS ELEMENTALES DE HISTORIA SAGRADA, no he tenido otro objeto que facilitaros el estudio de dicha asignatura.

Dedicado á la enseñanza de la misma, me ha sido preciso leer varias obras escritas con idéntico objeto; pero las unas por su concisión y laconismo, y las otras por demasiado difusas, no creo llenen cumplidamente el objeto del estudio elemental.

He prescindido del diálogo, que en varios autores he visto empleado, para evitar la forma rutinaria, más propia para niños de escuela, que para alumnos que ya juzgan con criterio propio, y que estudiar deben con alguna solidez las asignaturas que comprende el vigente plan de estudios.

Comprendo que falta mucho á esta obra para ser completa; pero, como al escribirla he tenido que atenerme al programa de las Normales, no he creído conveniente darle más extensión; pues de otro modo, adolecería del mismo defecto, la difusión que tratamos de evitar.

El Señor bendiga los esfuerzos de los profesores y los estudios de los alumnos, para que estos, en su día, puedan influir en la reforma de las costumbres de los pueblos, para lo cual se debe comenzar, como dice el célebre Canciller de París, Gerson, por la educación de los niños.

El autor,

JOSÉ M^a GONZALEZ
LOGROÑO

CENSURA ECLESIASTICA

Excmo. Señor: He leído y examinado detenidamente la obra titulada ESTUDIOS ELEMENTALES DE HISTORIA SAGRADA, escrita por el Catedrático del Seminario Conciliar Dr. D. José María González Melgosa; y cumpliendo gustosamente con el encargo que V. E. I. se ha dignado encomendarme en el presente oficio, debo manifestarle: Que las mencionadas LECCIONES DE HISTORIA SAGRADA, no solo no contienen nada que sea contrario al Dogma Católico y buenas costumbres, sino que, por el contrario, las considero MUY ÚTILES para la instrucción de la juventud.

Calahorra 26 de Agosto de 1885.

ELEUTERIO GARCÍA PARDO,
canónigo doctoral.

Calahorra 28 de Agosto de 1885.

En vista de la censura anterior, damos nuestra licencia al Presbítero Doctor D. José María González, catedrático de nuestro Seminario Conciliar, y autor de las LECCIONES DE HISTORIA SAGRADA á que se refiere, para que las pueda mandar imprimir y publicar.

ANTONIO MARÍA, OBISPO.

ESTUDIOS ELEMENTALES
DE
HISTORIA SAGRADA.

Antiguo Testamento.

LECCIÓN 1.^a

Definición de la Historia Sagrada.—Utilidad é importancia de su estudio.
—División y épocas que comprende.

Definición de la Historia Sagrada. La Historia Sagrada podemos definirla diciendo que es «la narración de los hechos concernientes al Cristianismo desde la creación del mundo hasta nuestros días, inspirada por Dios y contenida en el Antiguo y Nuevo Testamento.» De cuya definición se infiere, tanto la principal división que suele hacerse de la Historia Sagrada en Antiguo y Nuevo Testamento, como la diferencia esencial que existe entre la *Historia Sagrada* y la *profana*; pues siendo la primera ins-

JOSÉ M.^a GONZALEZ
LOGROÑO

pirada por Dios, los hechos que en ella se relatan han de ser necesariamente ciertos; al paso que los hechos referidos por la *profana* pueden no serlo, por apoyarse en la autoridad humana, que puede engañarse si no está acompañada de las condiciones necesarias para ser criterio de verdad.

Utilidad é importancia de su estudio. El estudio de la Historia Sagrada es de la mayor utilidad é importancia para el hombre, pues por medio de él conocemos con certeza, no solamente la existencia de Dios Criador, sino también nuestro origen, nuestro linaje, nuestro ulterior destino y los medios que debemos practicar para conseguir el fin que ese mismo Dios se propuso al criarnos.

División y épocas que comprende. Además de la división general de la Historia Sagrada en Antiguo y Nuevo Testamento, acostumbran los Hermenéuticos á dividirla en varias *épocas* ó edades principales, según los acontecimientos más notables que se han sucedido en la historia del mundo habitado por el hombre.

La primera *época* comprende desde la creación del mundo hasta el Diluvio Universal; 1656 años.—*Segunda*, desde el Diluvio hasta la vocación de Abraham; 427 años.—*Tercera*, desde la vocación de Abraham hasta la promulgación de la Ley Natural; 430 años.—*Cuarta*, desde la promulgación de dicha ley hasta el Gobierno de los Reyes; 396 años.—*Quinta*, desde el Gobierno de los Reyes hasta el advenimiento del Mesías, 1095 años; que son los 4004 en que, según los S. S. Expositores Nat. Alejandro, Tirino, Calmet y otros, tuvo lugar el nacimiento de Jesucristo.—Y *sexta* y última, desde el nacimiento de Jesucristo hasta nuestros días; 1885 años,

LECCIÓN 2.^a

Noción de la creación.—Creación del mundo.—De los ángeles y el primer hombre,—Ángeles buenos y malos,

Noción de la creación. Generalmente se entiende por *mundo* la universalidad ó colección de los sérès creados que se contienen en el Cielo y la Tierra. Para comprender bien la noción ó idea de la Creación, basta tener presente, con el Angélico Doctor, que hay dos modos de causar: uno, en que se hace ó produce un efecto, presuponiendo alguna cosa además de la causa; y otro, en que se hace una cosa sin presuponer cosa alguna como sujeto: en el primer caso se llama *información*, ó sea, dar forma á la materia preexistente; en el segundo se llama *crear* ó creación, la que podemos definir diciendo que «es un acto por medio del cual se hace pasar una cosa, en cuanto á toda su sustancia ó esencia, del no ser al sér.» Esto supuesto, bien puede decirse que Dios hizo al mundo de la nada, ó sea por *creación*, por haberle hecho pasar del no ser al sér, según toda su sustancia ó esencia: Hé aquí el modo como Moisés refiere la

Creación del mundo. En seis días realizó esta obra admirable y estupenda su Soberano Artífice. *En el principio*, dice el inspirado escritor del Génesis, *crió Dios el Cielo y la Tierra*, entendiéndose por Cielo, según los Sagrados intérpretes, el Empíreo, con sus habitantes, que son los Ángeles; y por la tierra, las cosas creadas que admiramos en el Universo.

Y dijo Dios: *Hágase la luz*, y la luz fué hecha; este fué el *primer día* de la Creación.—En el *segundo* crió el firmamento y dividió las aguas superiores de las inferiores, ó que

estaban debajo del firmamento.—En el *tercero* congregó Dios las aguas inferiores, que llamó mares, y á la árida, tierra, y mandó que ésta produjera plantas y árboles de toda especie de frutas y semillas. En el *cuarto* hizo Dios dos grandes luminares: el Sol para que presidiera el día, y la Luna y las Estrellas la noche,—En el *quinto* mandó Dios que las aguas produjesen peces y otros animales que viven en las aguas, y aves que volaran por el aire, y los bendijo diciéndoles: *creced y multiplicaos*.—En el *sexto día* dijo Dios: «produzca la tierra alma viviente, según su género, bestias, reptiles y animales terrestres,» y *fué así hecho*.

Creación del hombre. Y en el mismo día *sexto* el Supremo Hacedor del Universo, queriendo coronar la obra estupenda de la creación, convoca á las Divinas Personas de la Beatísima Trinidad y dice: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*; y formó Dios al hombre de un poco de limo ó barro de la tierra, inspirando en su rostro soplo de vida, esto es, infundiéndole una alma espiritual que crió de la nada, y así fué hecho el hombre en alma viviente.

Cuando decimos que Dios crió al mundo en *seis días*, no deben entenderse días de 24 horas en sentido material, al menos de los tres primeros, por la razón de que no había sucesión de luz y tinieblas: puede asimismo admitirse que los *seis días* fueron períodos de tiempo no precisados en el Génesis; recibiendo estos el nombre de *días* por cierta analogía con los seis días señalados para el trabajo de la semana; y por último, puede también significarse por estos días las *fases principales* de la actividad creadora, ó sea el *orden lógico* de la Creación. Todas estas interpretaciones y otras análogas caben dentro de la narración Mosaica.

Angeles buenos y malos. Según arriba hemos indicado, algunos sagrados intérpretes aseguran que los Angeles fueron criados en el *día primero*; sin embargo

nada se sabe con certeza acerca del tiempo en que fueron criadas estas inteligencias supremas ó sustancias meramente espirituales, criadas por Dios para adorarle y ejecutar sus órdenes. Según consta en las Sagradas Escrituras, debió ser inmenso el número de estos nuncios ó embajadores de Dios; pero gran parte de ellos, engreídos con sus gracias y perfecciones, se conjuraron contra el Altísimo, siendo arrojados en castigo de su rebelión á un lugar llamado Infierno, donde sufren eternamente horribles tormentos.

Estos ángeles rebeldes son conocidos con los nombres de *ángeles malos*, *espíritus malignos*, *demonios*, etc., y el jefe de ellos con el de *Príncipe de las tinieblas*, ó Satanás, voz hebrea que significa *Enemigo*.

Los ángeles buenos que permanecieron fieles á su Criador, capitaneados por S. Miguel, príncipe de las milicias del Cielo, fueron premiados por Dios confirmándolos en su gracia; siendo doctrina común entre los teólogos que Dios ha diputado uno de estos ángeles para la especial custodia de cada reino, ciudad y persona.

LECCION 3.^a

Creación de la primera mujer.—Estado de Adán y Eva en el Paraíso.—
Pecado de nuestros primeros padres.—Consecuencias
de este pecado.

Creación de la primera mujer. Después de criar Dios al hombre le puso el nombre de *Adán*, que significa *hecho de tierra*, al cual, queriendo el Señor darle una compañía, le infundió un sueño profundo, y, tomando una de sus costillas, formó de ella á Eva, que quiere decir *Madre de todos los vivientes*; diósla por compañera á

Adán, bendiciendo á ambos é instituyendo de ese modo el matrimonio, que más tarde Jesucristo elevó á la dignidad de Sacramento.

Unidos de este modo Adán y Eva, fueron colocados por Dios en el *Paraíso Terrenal*, que era un jardín amenísimo y delicioso, regado por cuatro rios llamados Fisón, Geón, Tigris y Eúfrates. Todo género de flores y plantas amenizaban aquella feliz morada; árboles de rara hermosura y vegetación producían las frutas más delicadas; siendo los más notables entre todos el conocido con el nombre de *Arbol de la vida* y el de la *Ciencia del bien y del mal*. El fruto del primero tenía la virtud de reparar las fuerzas del cuerpo y conservarlo siempre con perfecta salud; en tanto que el segundo se hizo notable por el precepto que Dios impuso á Adán diciéndole «*De todo árbol del Paraíso comerás; mas del árbol de la Ciencia del bien y del mal no comas; porque en cualquier día que comieses de él, morirás.*»

Estado de Adán y Eva en el Paraíso. Felices vivían Adán y Eva en el Paraíso, gozando de los bienes y gracias sobrenaturales con que habían sido adornados por su Criador; estaban desnudos, dice el historiador sagrado, y no se avergonzaban; cuando Satán, envidioso de su felicidad y deseando vengarse de Dios en la obra más amada y perfecta que había salido de sus manos, tomó la figura de una serpiente, que era el más astuto de los animales, y con palabras que le hizo articular dió á entender á Eva que si comían de la fruta vedada serían semejantes á su Criador, teniendo como Él perfecto conocimiento del bien y del mal.

Pecado de nuestros primeros padres. Seducida Eva por las encantadoras palabras de la astuta serpiente, no se contentó con comer ella de la fruta prohibida, sino que también indujo á su marido á que comiese; y

al momento abriéronse los ojos de ambos, no para ser como Dioses, sino para contemplar su desnudez; viéronse desnudos, y se avergonzaron: en vano quieren cubrir su desnudez con las hojas de una higuera, nó; las hojas de los árboles de la tierra no son bastantes para ocultar un crimen que al Cielo escandaliza: inútilmente quieren huir de la presencia del Altísimo, pues cuando Dios persigue no hay donde esconderse.

La voz de Dios, que se paseaba por el Paraíso, fué llevada por las suaves brisas á los oídos de Adán y Eva á la caída de la tarde. «Adán ¿dónde estás?» dícele el Señor; y Adán, lleno de vergüenza y de turbación, balbuceó estas lacónicas palabras: «Señor, te he oído en el Jardín, y he tenido miedo de tu voz, porque estaba desnudo.» «¿Has comido acaso del árbol que te había prohibido?» Adán entonces, abrumado de pena, contesta: «Señor, la mujer que me diste para compañera me ha presentado el fruto y yo..... lo he comido.» Entonces, la Soberana presencia, dirigiéndose á Eva, le dice: «Dí, mujer, ¿por qué hiciste eso?» «Señor, responde Eva toda confusa, la serpiente me engañó, y comí.»

Consecuencias de este pecado. Lo cual oído por el Señor, procedió sin tardanza á pronunciar la fatal sentencia contra nuestros padres prevaricadores, en virtud de lo cual perdieron la amistad de su Criador, siendo despojados de *la justicia original, de la gracia santificante* y de todos los demás dones que gratuitamente habían recibido del Cielo. Dios cubrió con túnicas de pieles la vergonzosa desnudez de estos delincuentes, arrojándolos del Paraíso y poniendo á la entrada un ángel con una espada de fuego para impedir que volviesen á entrar nuevamente en él.

Llorando abandonaron nuestros primeros padres aquella deliciosa mansión; pero lo que más afligía su corazón

fué que esta falta se hacía extensiva á todo el linaje humano; pues toda su descendencia quedaba condenada á muerte, á las miserias, á los trabajos y á todo género de padecimientos; consecuencias desastrosas del pecado de origen, llamado comunmente *pecado original*.

LECCIÓN 4.^a

Dios promete un Redentor.—Castigos de Adán y Eva.—Caín y Abel.

—Patriarcas antediluvianos.

Dios promete un Redentor. Satán, al fin, vió realizado el inícuo plan que se propuso al sugerir á Eva la desobediencia á su Dios. Desde el momento fatal en que Adán accedió á los ruegos de su incauta esposa, se escuchó en el Paraíso un tremendo anatema que, resonando en lo profundo del abismo, llenó de alegría á los ángeles precitos que siguieron á Satanás, viendo en los hombres unos compañeros de su desgracia. Sin embargo, no contaba el infernal seductor con la sentencia que á él le estaba reservada.

Después que Dios hubo escuchado atentamente el descargo que Adán y Eva dieran de su pecado, sin más género de indagatoria, pronuncia contra Satanás, oculto bajo la figura de una serpiente, estas misteriosas palabras: «¿Por qué engañaste á la mujer? Maldita serás entre todos los animales de la tierra; sobre tu pecho andarás y tierra comerás todos los días de tu vida.» *Enemistades pondré entre tí y la mujer: ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas á su calcañar.*» En cuyas palabras quedaba hecha claramente la promesa de un Reparador; pues habiendo sido el hombre engañado por Satanás, esta seducción ó engaño atribuía en parte su culpa en la presencia de Dios, por lo cual determinó su rehabilitación, no habiéndolo hecho así

con los ángeles rebeldes, porque éstos se conjuraron contra el Altísimo, sin que nadie los sedujera, excitados únicamente por su soberbia.

La promesa paradisiaca sirvió de gran consuelo á nuestros primeros padres; así es que, animados con esta esperanza, dieron gracias á Dios por su grande misericordia, en virtud de la cual volvían de nuevo á su gracia y amistad, si bien quedaban sujetos á los castigos consiguientes á sus culpas.

Castigos de Adán y Eva. Además de la pérdida de la *justicia original y gracia santificante*, de que nos ocupamos en la lección anterior, Dios castigó á Adán y Eva á todas las penalidades y trabajos de la vida. «Por cuanto oíste la voz de tu mujer, díjole el Señor, y comiste del árbol prohibido, maldita será la tierra de tu labor. En afanes comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás el pan con el sudor de tu rostro. «Y dirigiéndose á Eva, le dijo: «Multiplicaré tus penalidades y embarazos; en dolor parirás tus hijos: estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará.»

A pesar de estos castigos tan duros que Dios les impuso por su desobediencia, nuestros primeros padres se sometieron resignados á sus adorables decretos; se conformaron con ellos y se entregaron al trabajo para proporcionarse el sustento, hasta que después de una larga vida de arrepentimiento y penitencia, murieron en el seno de su Criador, dejando á su posteridad un ejemplo admirable de la justicia de Dios y su infinita piedad y misericordia.

Cain y Abel. Grabada profundamente en la memoria de nuestros primeros padres la promesa de un Reparador de su culpa, fuéles preciso pensar en tener sucesión, y en efecto tuvieron varios hijos é hijas. El primero de éstos se llamó *Cain*, que se dedicó á la agricultura; el segundo fué *Abel*, que se ocupó en pastorear los ganados. Ambos her-

manos ofrecían al Señor sus sacrificios en señal de reconocimiento, mas con la diferencia de que Abel, fiel observante de la ley natural, sacrificaba y ofrecía á su Criador lo más florido de su ganado; al paso que Caín, dominado por su avaricia y perversidad, le ofrecía lo peor de los frutos del campo, por lo cual Dios aceptaba complacido los sacrificios de Abel y despreciaba las ofrendas de Caín, manifestando su voluntad por medio de un fuego milagroso que, bajando del Cielo, consumía las víctimas del primero, dejando intactas las del segundo.

Esto enfureció al perverso Caín, quien, dominado por la envidia, concibió la infame idea de vengarse de su hermano. Al efecto, pretextando querer pasearse por el campo en su compañía, le sacó engañado, y cuando estaban alejados de la tienda de sus padres, arrojóse sobre él y le mató.

La tierra se estremeció al recibir en su seno por vez primera la sangre humana derramada por un *fratricida*, y clamó al cielo pidiendo venganza. Dios oyó este clamor, y dirigiéndose á Caín le dice: «¿Qué has hecho? La sangre inocente de tu hermano me pide venganza desde la tierra; por lo tanto, maldito serás y condenado á vivir errante y fugitivo todos los días de tu vida.» Sin embargo, Dios, en estas maldiciones, no quería condenarle sino á penas temporales, esperando que se arrepintiera de su enorme delito; mas en vano: obstinado en su maldad, consumó, durante una larga vida, su impenitencia, su eterna reprobación.

Adán y Eva, al tener noticia de la muerte de Abel y de la fuga de Caín, comprendieron la fatal trascendencia de su primer pecado, y sólo pensaron en llorar su desgracia é implorar las misericordias del Señor. No tardaron éstas en dejarse sentir sobre los atribulados padres; pues, queriendo el Señor tener fieles adoradores en la tierra, les concedió el piadoso *Seth*, que fué semejante á su hermano Abel en la inocencia de sus costumbres y rectitud de corazón,

Patriarcas antediluvianos. Adán tuvo, después de Seth, varios hijos é hijas, y murió á la edad de 930 años. Seth heredó de sus padres, no sólo la primogenitura, sino también el temor santo del Señor, que legó á sus descendientes, mereciendo éstos llamarse, por sus buenas costumbres, *hijos de Dios*, entre los cuales florecieron los patriarcas ó jefes de familia, Enós, Cainán, Malaleel, Jared, Henoc, Matusalén, Lameth y Noé. De éstos merecen especial mención: Enós, que empezó á invocar el nombre santo de **Dios**, esto es, que prescribió las oblacones, ritos y ceremonias con que debía darse culto al Señor; Henoc, que por su eminente piedad le trasladó Dios á un lugar ignorado donde permanecerá hasta la venida del Antecristo, cuyas doctrinas rebatirá haciendo conocer al mundo la falsedad de sus predicaciones; y Matusalén, que se distinguió de los demás por su rara LONGEVIDAD, pues vivió 969 años.

LECCION 5.^a

Noé.—Diluvio Universal.—Hijos de Noé.

Noé. A la muerte de Adán toda su descendencia se dividió en dos grandes familias, que llegaron á formar dos grandes nacionalidades ó razas de muy diversas costumbres, á saber: los descendientes de Seth, llamados por sus virtudes *hijos de Dios*; y los descendientes de Caín, llamados por su mala vida y relajadas costumbres, *hijos de los hombres*.

Muchos siglos vivieron separados estos dos grandes pueblos, mas al fin vinieron á unirse y mezclarse unos con otros por medio de matrimonios. «Viendo *los hijos de Dios*, dice el sagrado texto, que las hijas de los hombres

eran hermosas, escogieron de entre ellas para tomarlas por esposas.» Lo cual ocasionó la completa ruina del pueblo justo, pues estos funestos enlaces, pervirtieron el corazón de los hijos de Seth hasta tal grado, que el mundo todo no era otra cosa que una turba inmensa de criminales.

Toda la carne había corrompido su camino, dice la Escritura hablando de aquella época nefanda, habiendo llegado á tal punto la maldad, que el mismo Dios *se arrepintió* de haber criado al hombre; y afectado de un grande pesar, «borraré, dijo, de la faz de la tierra al hombre, así como también á los animales y las aves del aire, pues me arrepiento de haberlos hecho;» con cuyas enfáticas palabras, quiso Dios significar el extremo de maldad á que había llegado el género humano.

Pero en medio de tanta corrupción, en medio de una maldad tan universal, vivía un hombre de extraordinaria virtud llamado *Noé*; contaba ya cerca de 500 años de edad y aun permanecía célibe, por no aumentar con su familia el número de perversos; varón recto y temeroso de Dios, perfecto imitador de las virtudes de Seth, conservaba íntegras las tradiciones paradisiacas.

De este varón justo quiso valerse el Señor como instrumento de su misericordia: al efecto, instruido por Dios de que el mundo iba á ser despoblado y que él y sus hijos volverían á repoblarle, casóse á los 500 años de edad, teniendo de su matrimonio sólo tres hijos, llamados Sem, Cam y Jafet; y aproximándose el día de las divinas venganzas, dijo Dios á Noé: «Llegado es el fin de toda carne: la tierra está llena de la iniquidad de los hombres y voy á destruirlos por medio de un *diluvio universal*; mas para que tú con tu familia puedas librarte de esta catástrofe, construirás una arca de maderas embetunadas; sus dimensiones serán *trescientos* codos de larga, *cincuenta* de ancha y *treinta* de alta; harás en ella varios departamentos y divi-

siones; entrarás en ella con tu mujer, hijos y nietos, así como también un par de animales de cada especie, macho y hembra de los inmundos; y *siete* de los limpios.

Diluvio universal. Así lo ejecutó Noé; y pasados *cien* años, empleados por este varón justo en predicar á su pueblo, aunque inútilmente, la reforma de sus costumbres, estaba terminada la construcción del *Arca*; y provisto de todo género de alimentos para los moradores, entró en ella acompañado de hombres y animales; y á los *siete* días de su ingreso, en el 1656 de la creación del mundo, día *diez y siete* del mes *Ziv*, correspondiente á nuestro Abril, se rompieron las fuentes del grande abismo, se abrieron las cataratas del cielo, los mares saltaron sus barreras y las nubes se desgajaron en torrentes, cuya lluvia duró cuarenta días con sus noches, elevándose las aguas más de 15 codos sobre las cimas de las montañas más altas. Aterrados los hombres por tan espantosa catástrofe, subíanse á los árboles y á los más encumbrados peñascos; pero en vano: todos los séres animados que se movían sobre la tierra perecieron víctimas de aquella universal desolación, de la que sólo se salvaron los que con Noé ingresaron en el *Arca*.

Ciento cincuenta días permanecieron las aguas cubriendo la superficie de la tierra, sin bajar ni disminuir; al cabo de los cuales comenzó el descenso de ellas, que siguió hasta el día 27 del mes sétimo llamado *Tisri*, ó sea nuestro Setiembre, en que el *Arca* encalló ó reposó sobre el Ararat, monte de la Armenia. Aun dejó Noé trascurrir cincuenta y siete días más, y al año y diez días de su encierro en aquella nave misteriosa, salió Noé de ella por mandato divino, siguiéndole todos los que con él se habían milagrosamente salvado. Apenas el Santo Patriarca volvió á fijar sus plantas sobre la tierra, su primera operación fué erigir un altar y ofrecer á su Criador, en señal de recono-

cimiento, un sacrificio de los animales mundos que se habían salvado en el Arca.

Noé, este segundo Adán del género humano, se dedicó, como el primero, á laborear las tierras para ganar el sustento con el sudor de su rostro, y acompañado de sus hijos y nietos cultivó algunas vides silvestres que se hallaban esparcidas por el campo sin ningún género de cultivo. Después de recoger el fruto de éstas, lo exprimió, y bebiendo de él sintió los efectos naturales del vino y se embriagó. Tal vez Noé ignoraba el efecto que esta bebida producía, ó acaso una mera casualidad ó inadvertencia fuera la causa de su perturbación; ello es que los Santos Padres, generalmente, le escusan de pecado en ese acto.

Hijos de Noé. Embriagado inconscientemente el Santo Patriarca, quedó dormido en medio de su tienda y en la más completa desnudez. Cam, su hijo segundo, que le halló en este estado, echóse á reir y llamó á los otros hermanos para que le acompañaran en la burla; pero Sem y Jafet, dando pruebas de mejores hijos, se indignaron contra su hermano, le reprendieron duramente su criminal acción, y con una capa cubrieron la desnudez de su buen padre, vueltos de espaldas hácia él para no verle en aquel estado.

Cuando Noé despertó de su sueño, noticioso de lo que había sucedido, condenó la acción irreverente de Cam y maldijo á su descendencia; al contrario, alabó la conducta de Sem y Jafet, bendiciendo á ambos con bendiciones especiales que llevaban en sí el dominio sobre la descendencia de Cam. Lo cual se cumplió exactamente, pues los descendientes de Cam, ó sean los cananeos, fueron exterminados por los israelitas, descendientes de Sem, en cuyos tabernáculos nació el hijo del *Eterno Padre*, entrando en ellos los hijos de Jafet para adorarle y reconocerle como Dios y Señor, cumpliéndose de ese modo las predicciones de Noé respecto á sus hijos.

LECCIÓN 6.^a

Torre de Babel.—Dispersión de los hijos de Noé.—Idolatría general.

Torre de Babel. Tanto habíase multiplicado la descendencia de los hijos de Noé, que apenas habían transcurrido CIEN años cuando las llanuras de Senaar, que habitaban, no eran bastantes para sostener sus numerosas familias, por lo cual determinaron separarse y extenderse por otras regiones; mas antes de su separación, llenos de soberbia y de loco orgullo, acordaron edificar una ciudad y una torre que llegase hasta el Cielo, con el objeto de perpetuar su nombre en las generaciones venideras; y, según algunos, por librarse de otro diluvio, si acaso nuevamente se repetía aquella horrible catástrofe; mas la Escritura Santa nada indica de esto (1).

Dieron comienzo á esta obra extraordinaria, valiéndose al efecto como de materiales de construcción, de ladrillos cocidos y betún, cuya mezcla formaba una durísima y consistente argamasa.

Aunque San Jerónimo afirma que, según tradición de su tiempo, dicha torre había llegado á una legua de altura; sin embargo, nada cierto se sabe acerca de ello; lo que sí puede asegurarse es que ya llevaban invertidos unos *treinta* años en dicha obra cuando Dios les hizo desistir de tan loca empresa. Todos los hombres hablaban hasta entónces un solo y mismo lenguaje, según la Santa Escritura, y Dios

(1) Parece que, si este fin se hubiesen propuesto, no la hubieran construido en las llanuras de Senaar, sino en la eminencia de alguna elevada montaña.

hizo que repentinamente olvidasen esta lengua primitiva, que se ignora cuál fué, y hablaron tal multitud de lenguas que no podían entenderse unos á otros, lo que dió motivo para que aquella torre comenzada recibiera el nombre de *Babel*, que significa *confusión*.

Dispersión de los hijos de Noé. En las llanuras de Senaar, ó *país de Nembrod*, campo amenísimo y delicioso, en la parte meridional de la Caldea, bañado por los grandes ríos Eúfrates y Tígris, fué donde los hijos de Noé concibieron el loco proyecto de levantar la famosa Torre, y donde también experimentaron el castigo de la confusión del lenguaje; desde este campo famoso salieron dispersos, con sus familias respectivas, para poblar el Universo.

Los descendientes de Sem poblaron el Asia, los de Cam el África, dirigiéndose los de Jafet hácia la Europa. La América, indudablemente, fué también poblada por alguna de estas familias, pues el sagrado texto dice terminantemente que de los tres hijos de Noé se propagó sobre la tierra todo el linaje humano.

El cuarto hijo de Cam, llamado Canaán, se adelantó á la familia de Sem y se posesionó de la tierra de los Patriarcas. Once hijos tenía este nieto de Noé, y todos ellos formaron otras tantas familias cananeas en aquel hermoso y fértil país, llamado después tierra de Canaán, por el nombre de su primer usurpador, de cuyo país nos ocupamos largamente en el relato de esta historia.

Los hijos de Jafet, según hemos dicho, se dirigieron hácia el Occidente y poblaron la Europa y las tierras que los Libros Santos llaman *Islas de las naciones*, nombres que los hebreos daban, no sólo á las tierras rodeadas de mar, sino también á las que el mar separaba de su país, ó del Egipto, donde vivieron tantos años.

Idolatría general. A la dispersión de los hijos de Noé se siguió una corrupción universal de costumbres;

olvidados pronto del espantoso castigo del diluvio, dieron rienda suelta á sus pasiones aún antes de dicha dispersión general; pero esta corrupción llegó á su colmo después de ella. Olvidaron por completo la ley natural; cada día se debilitaba más la noción del verdadero Dios, y olvidándose hasta de la promesa del Mesías, se entregaron á la más degradante idolatría. No solamente ofrecieron sacrificios á *Baco*, *Venus* y demás divinidades paganas, sino que también tenían como acto de religión el imitar sus desórdenes y torpezas. Los hombres vivían entregados á toda clase de embriagueces, y las mujeres á la más repugnante sensualidad.

Noé vivía aún en este tiempo, y tuvo el amargo sentimiento de ver reproducida nuevamente en sus descendientes aquella misma corrupción que reinaba en los hombres antes del diluvio.

Este nuevo Adán, escogido por Dios para conservar la especie humana, murió llorando amargamente la apostasía de sus hijos, á los 950 años de edad, habiendo vivido 340 años después del diluvio. A su muerte legó á su hijo Sem, juntamente con la primogenitura, los derechos que había heredado de Adán y las virtudes que durante su vida le distinguieron de los demás hombres.

LECCIÓN 7.^a

Vocación de Abram.=Viaje de éste á Canaán y Egipto.=Lot.=
Victorias de Abram.

Vocación de Abram. A pesar de la idolatría general y del completo olvido de Dios á que se habían entregado los hombres; no obstante, ese mismo Dios tan ofendido, llevado de su infinita piedad y misericordia para

con ellos, determinó salvarlos del diluvio de iniquidades en que yacían sumergidos, así como ántes los había salvado del Diluvio Universal que destruyó los habitantes de la tierra. Al efecto, debiendo cumplir la promesa que hiciera en el Paraíso á nuestros primeros padres, referente á la venida del *Reparador* de la humanidad; era preciso ya, preparar el camino á su venida, esto es, era preciso formar el pueblo del cual había de nacer. Para ello, así como en los tiempos antediluvianos eligió un varón justo en medio de la corrupción universal; así también ahora eligió de la idolatría general otro varón recto y temeroso de Dios, destinado para ser padre del pueblo del que había de nacer el Salvador de los hombres.

Este varón era *Abram*, hijo de *Taré*, y undécimo descendiente de *Noé* por la línea de *Sem*. Este varón santo había nacido en *Ur* de los Caldeos, ciudad de la Mesopotamia. Hallábase casado con *Sarai*, parienta suya muy cercana, mujer de la más rara hermosura, pero estéril.

Ya frisaba *Abram* en los setenta y cinco años, cuando un día se le aparece el Señor y le dice: «Sal de tu tierra; abandona la casa de tu padre y ven á la tierra que yo te mostraré; y te haré padre de un gran pueblo. Bendeciré á los que te bendigan y maldeciré á los que te maldigan, y *en Ti serán benditas todas las generaciones.*»

Abram, al escuchar estas palabras, acto continuo y sin ningún género de vacilación, se dispone á obedecer al Señor; y al efecto, lleno de fé, deja la casa de su padre, abandona su tierra y sus parientes; y acompañado de *Sarai*, su mujer, y de *Lot*, sobrino huérfano que vivía en su compañía, sale caminando al ocaso y sin saber el lugar á donde se dirige, obedeciendo ciegamente las órdenes del Señor.

Viaje á Canaán y Egipto. Poco tiempo permaneció el Santo patriarca en la incertidumbre del lugar á

donde debía dirigirse; pues pronto el Señor le mostró la tierra de Canaán como punto de permanencia. Era este país el más hermoso y fértil de toda aquella comarca, herencia dada al Patriarca Sem; pero que, como dijimos en otro lugar, Canaán, cuarto hijo de Cam, se había posesionado de él, usurpando el derecho á sus legítimos dueños.

Internóse el Santo viajero por aquel hermoso país hasta llegar á las cercanías de Siquem, en cuyo punto volvió á hablarle el Señor reiterándole las promesas que le había hecho antes de su salida. Abram, sin tener en cuenta que se hallaba en un país idólatra, edificó un altar al verdadero Dios y le ofreció un sacrificio de gratitud y alabanza: hecho esto, tendió sus campamentos, y allí permaneció invocando el Santo nombre del Señor, hasta que, dejándose sentir una gran carestía en el país de Canaán, le obligó á levantar sus tiendas y marchar á Egipto, donde el hambre no había llegado.

Al entrar en Egipto Abram con toda su comitiva, los habitantes de la ciudad quedaron admirados de la hermosura de Sarai y al momento dieron cuenta á Faraón de aquella mujer de tan extraordinaria belleza. El rey creyendo que era hermana de Abram, (según confesión que Sarai había hecho, por consejo de éste), mandó que fuera llevada á su palacio y la preparasen, según costumbre, para ingresar en la categoría de Reina. Pero Dios, que velaba por Abram, salió á la defensa de su siervo, afligiendo á Faraón y á toda su familia con unas plagas terribles.

Sabedor el rey de que la causa de aquellos terribles castigos era el haber elegido á Sarai por esposa, siéndolo ya de Abram, la restituyó intacta á su marido, no sin antes quejarse amargamente á Abram por haberle engañado diciendo que era su *hermana*; y dando orden á sus servidores que le acompañasen hasta las fronteras de su reino.

El Santo Patriarca, acompañado de toda su familia y criados, regresó nuevamente á Canaán.

Llegado que fué Abram á Betel y Hai, donde antes había fijado sus tiendas, ofreció al Señor un sacrificio, en el mismo altar que antes había levantado, en acción de gracias por los grandes favores que en Egipto le había dispensado.

Muy rico era Abram cuando salió de su país, pero estas riquezas aumentaron extraordinariamente con las bendiciones del Cielo, haciéndose extensivas también á Lot por consideración á su tío.

Lot. Numerosísimos eran los rebaños que tío y sobrino poseían, tanto, que se suscitaron pendencias entre los pastores de entrambos; por lo cual Abram, llevado de sus pacíficos y caritativos sentimientos, se dirigió un día á su sobrino, diciéndole: «No haya, te pido, discordias entre nosotros ni entre tus pastores y los míos, pues somos hermanos: por lo tanto, te ruego que nos separemos. Ahí tienes á la vista toda la tierra; si tú fueres á la izquierda, yo tomaré la derecha; y si tú eligieres la derecha, yo caminaré á la izquierda.»

Lot levantó los ojos para informarse de la tierra que alcanzaba su vista, y vió toda la vega á lo largo del Jordán, que antes de los castigos de Sodoma y Gomorra era un paraíso por su exuberante vegetación. Eligió, pues, Lot para sí esta deliciosa vega del Jordán, y se retiró al Oriente, mientras que Abram lo verificaba hácia la tierra de Canaán.

Después que Lot se separó de Abram, volvió el Señor á reiterar al Santo Patriarca las promesas que anteriormente le había hecho respecto á su dilatada posteridad; y éste, obedeciendo siempre las órdenes del Cielo, levantó su campamento y fué á instalarse al *Valle de Mambré*.

Victorias de Abram. Tranquilo y feliz pasa-

ba el Santo Patriarca sus días en este delicioso valle, siendo el oráculo de propios y extraños, pues todos veían en él un modelo de sensatez, de cordura y de generosidad, cuando un acontecimiento inesperado vino á turbar la paz y tranquilidad de que gozaba. Codorlahomor, rey de los Elamitas, en unión de otros reyes coligados, invadieron la Pentapolis, y, derrotando á los reyes de este país, entraron victoriosos en Sodoma, llevándose cautivo, entre otros, á su sobrino Lot con toda su familia y ganados.

Noticioso Abram de este desastre, se dispuso al momento para rescatar á su sobrino, y al efecto juntó *trescientos diez y ocho* de sus criados, y con algunos soldados que le siguieron de sus aliados los de Mambré, marchó en seguimiento de los reyes victoriosos, y, alcanzándolos en el valle de Lavé, cayó de improviso sobre ellos y los derrotó completamente, rescatando á su sobrino Lot y á toda su familia, así como á todo el pueblo que los reyes invasores llevaban cautivo.

La noticia de este hecho de armas, tan heroico como glorioso, voló rápidamente á los consternados habitantes de Pentápolis, y, llenos de júbilo, salieron al encuentro de su libertador, llenándole de palmas y bendiciones. Mucho agradeció Abram estas demostraciones de gratitud de lo pueblos libertados; pero lo que afectó su piadoso corazón fué el recibimiento de un misterioso personaje que le salió al encuentro.

LECCION 8.^a

Melquisedec.==Promesa de Dios á Abram.==Agar é Ismael.==Pacto de Dios con Abram.==Circuncisión.

Melquisedec. Era éste un sacerdote del Altísimo, y, al propio tiempo, rey de Salém: con el carácter de sa-

cerdote ofreció á Dios, en acción de gracias por la victoria de Abram, un sacrificio de pan y vino, felicitando al propio tiempo al Patriarca en nombre de todos los pueblos libertados, y dirigiéndole estas magníficas palabras: «¡Oh Abram, bendito seas del Dios excelso que crió el Cielo y la Tierra, y bendito sea ese Dios excelso con cuya protección están los enemigos en tus manos.»

El Santo Patriarca recibió la bendición del sacerdote del Altísimo con la más profunda veneración; y cumpliendo un deber de gratitud y reconocimiento hácia su Dios, le ofreció en la persona de su ministro el diezmo de los despojos de la victoria, repartiendo todo lo demás entre los reyes libertados, sin reservarse para sí ni una sola hilacha, como dice la Escritura, sino únicamente lo que habían comido sus soldados.

Ninguna otra noticia nos da Moisés de Melquisedec; pero el Apóstol San Pablo, en su carta á los hebreos, dice de él «que fué rey de *paz* y de *justicia*,» que esto quiere decir la palabra Melquisedec; «que no conoció padre ni madre, ni genealogía.» De cuyas palabras claramente se infiere que fué una fiel representación de Jesucristo, *Rey pacífico*, *Príncipe de paz* y *Sacerdote divino*: sin madre en cuanto Dios, sin padre en cuanto hombre, ni otra genealogía que la eterna generación de su Eterno Padre.

Promesa de Dios á Abram. Poco tiempo después de este acontecimiento quiso el Señor distinguir nuevamente á su siervo Abram con un favor mucho más extraordinario que la victoria alcanzada contra los reyes invasores: al efecto, se le apareció en visión, diciéndole: «No temas, Abram, yo soy tu protector; tu galardón será grande.» A lo cual contestó el Santo Patriarca, lleno de sorpresa y admiración: «¿Qué me daréis, Señor? Yo moriré sin hijos y ese Damasco, el hijo de Eliecer, mi mayordomo, será mi heredero.» Lo que parece indicar que, viéndose sin

hijos, y á Sarai, su mujer, estéril; creyendo, sin embargo, la promesa que Dios le había hecho de darle numerosa posteridad, pensaba adoptar al hijo de su mayordomo para que se cumpliera la promesa del Señor. «No, le dijo Dios, no será ese tu heredero, sino otro que saldrá de tus entrañas;» y diciéndole esto, le sacó al campo y prosiguió: «Mira al Cielo y cuenta, si puedes, las estrellas. Así será tu descendencia.»

El Santo Patriarca, á pesar de que su edad avanzada lo inutilizaba para tener sucesión, y mucho más atendida la esterilidad de su esposa Sarai, no dudó un momento, ni tuvo la menor desconfianza en la promesa del Señor; ántes, por el contrario, vigorizó su fé, dando gloria á Dios; persuadido de que si había dificultades que vencer para verificarse lo prometido por Dios, éste era sumamente poderoso para obviar esas dificultades y cumplir lo prometido; cuya admirable fé, dice el Apóstol, le fué imputada á Justicia.

Noticiosa Sarai de la promesa hecha por Dios á su marido, de que tendría un hijo, y viendo que ella no podía tener el consuelo de dársele, á causa de su esterilidad, creyó que dicho hijo nacería de otra mujer; y llevada del buen deseo de tener siquiera la dicha de criarle en sus brazos, propuso á Abram que se casara con Agar, esclava egipcia que tenía á su servicio.

Agar é Ismael. Abram, dispensado por Dios é instado por su esposa Sarai, se casó con la esclava Agar, de la cual tuvo sucesión. Orgullosa ésta con una distinción de que se veía privada su señora, se olvidó pronto de su condición de esclava y trató con desprecio y altanería á Sarai; la que, viéndose despreciada por su ingrata criada, no pudo ménos de elevar sus justas quejas á Abram; pero éste, que amaba con delirio á Sarai, la consoló diciéndole: «Tu esclava está en tu mano; haz con ella como te parezca.»

Autorizada Sarai por su marido, reprendió duramente á Agar, y ésta, en vez de humillarse á su señora, huyó de la casa y tomó el camino del desierto.

Llegada que fué Agar á un lugar solitario, un ángel del Señor se le apareció, diciéndole: «¿A dónde vas?» «Voy, contestó ella, huyendo de Sarai mi señora.» «Vuélvete, le dijo el ángel, y humíllate bajo su mano. El Señor multiplicará tu posteridad, y no se podrá contar por su multitud. Ya ves que has concebido, tendrás un hijo que se llamará ISMAEL, que quiere decir OIDA DE DIOS, por que el Señor te ha oído en tu aflicción. Éste, dijo el ángel, será un hombre fiero.» Cuyo anuncio se vió confirmado exactamente, pues el carácter fiero de Ismael pasó á sus descendientes los ismaelitas, sarracenos y árabes, pueblos fieros, vagamundos é incivilizados. Consolada Agar con la visita del ángel, y alentada con las promesas que le hizo, regresó á la tienda de Sarai, quien, viéndola humillada y sumisa, dejó de tratarla con aspereza.

Agar dió á luz un hijo llamado *Ismael*, según estaba predicho por el Señor, contando Abram cuando tuvo éste hijo la edad de 86 años.

Pacto de Dios con Abram. A los trece años de este acontecimiento en el hogar de Abram volvió el Señor á honrar á su fiel siervo con otra nueva aparición diciéndole: «Yo soy el Dios Todopoderoso; anda en mi presencia y sé perfecto. Yo pondré mi alianza entre los dos y te haré Cabeza y padre de muchas naciones.» A esta alianza que el Señor hizo con Abram, se le ha llamado *antigua alianza*, que comprende los siguientes pactos, á saber: proteger su descendencia y aumentarla como las estrellas del Cielo y las arenas del mar; hacer que de ella naciese el Salvador del mundo, y darle el dominio sobre la tierra de Canaán.

Abram, confundido con tantas distinciones y favores

con que el Cielo le protegía, postróse humildemente en tierra; dió gracias al Señor por tan señalados beneficios, y le prometió corresponder de su parte, siéndole siempre fiel y obedeciendo sus mandatos con la mayor sumisión: á lo cual contestóle el Señor que en lo sucesivo no se llamaría *Abram*, que significa *Padre excelso*; sino *Abraham*, esto es, *Padre de una multitud excelsa*.

Dios, según hemos visto, se complacía en ser especialmente el Dios de Abraham y de su descendencia; pero también quería que Abraham y su descendencia fuesen un pueblo exclusivamente suyo, y al efecto quiso confirmar este pacto ó alianza con una señal perpetua é indeleble por medio de la cual este pueblo se distinguiera de los demás de la tierra. Esta señal fué la *Circuncisión*. «Todo varón de entre vosotros, dijo el Señor á Abraham, será circuncidado. El niño á los ocho días. Todo varón en vuestras generaciones, tanto el siervo nacido en casa como el que comprareis, será circuncidado y mi señal estará en vuestra carne como señal de eterna alianza. El varón que no sea circuncidado, será borrado de mi pueblo, porque quebrantó mi pacto.»

Asímismo dijo Dios á Abraham: «*Sarai*, tu mujer, no se llamará en adelante *Sarai*, sino *Sara*, esto es, *Princesa*; pues la bendeciré y de ella te daré un hijo, que será padre de reyes y naciones; le llamarás Isaác, y estableceré mi pacto con él y con su posteridad después de él, para alianza eterna.»

Apenas el Señor se despidió del Santo Patriarca, cuando éste, tomando á Ismael, su hijo, niño de 13 años, y á todos los varones que habitaban su casa, los circuncidó inmediatamente, según se lo había preceptuado el Señor; habiendo antes ejecutado consigo mismo dicha ceremonia á la edad de 99 años. De este modo ratificaba *Abraham* el pacto de alianza que hizo con su Dios, distinguiéndose de

ese modo su pueblo de todos los demás con el epíteto de *circunciso*.

La circuncisión, según el sentir de los S. S. Padres, tenía la virtud de perdonar el pecado original, mediante los futuros méritos de Jesucristo; y los niños que morían antes de los ocho días, así como las niñas, se justificaban por la fé en el *Mesías venturo*, manifestada por sus padres por medio de oraciones, sacrificios ú otros signos semejantes.

LECCIÓN 9.^a

Abraham visitado por tres peregrinos.==Destrucción de Sodoma.

Abraham visitado por tres peregrinos. En la lección anterior hemos admirado la prontitud con que Abraham ejecutó las órdenes del Señor respecto á la *circuncisión*: pues bien, no tardó mucho el Santo Patriarca en recibir el premio de su ciega obediencia.

Hallándose un día sentado á la puerta de su tienda, en la hora de mediodía, y con el único objeto de ofrecer hospitalidad á los caminantes que por allí pasasen; vió cerca de sí tres varones en traje de peregrinos, puestos en pié; corre presuroso hácia ellos, é inclinándose hácia la tierra, les dijo: «Señor, si he hallado gracia entre vosotros, no paséis adelante: Yo traeré agua para que labeis vuestros piés; descansad bajo la sombra de esta palmera, y tomando algún alimento, podeis seguir vuestro camino.» Los peregrinos aceptaron la oferta de buen grado. Entonces Abraham llama á su esposa Sara y le encarga vaya pronto á cocer, bajo rescoldo, varios panes de flor de harina, ínterin él corre al establo á traer un hermoso ternero que entrega á un criado para que lo condimente. Tomó asimismo

manteca y leche, y dispuestas así las viandas del convite, las coloca delante de los peregrinos, permaneciendo él en pié durante la comida.

Luego que hubieron comido, le preguntaron por Sara, su mujer. «Ahí está, en la tienda,» contestó el Patriarca. Y dijole uno de ellos: «De aquí á un año volveré á tí, y Sara, tu mujer, tendrá un hijo; lo cual, oído por Sara, que estaba oculta, se rió de una promesa, al parecer, tan inverosímil, pues tenía ya cerca de *noventa* años; lo que observado por el Señor, y negando ella haberse reído, le reprendió su mentira y su desconfianza, diciéndole: «¿por ventura hay cosa difícil para Dios?» Y con esto se despidieron de sus huéspedes.

Abraham quiso acompañarlos una parte del camino, á lo que ellos no se opusieron; pero entonces el principal de los tres, que era el mismo Dios, se dió á conocer diciéndole el objeto de su viaje, que no era otro sino la destrucción de Sodoma y demás ciudades nefandas del valle de Pentápolis.

El Santo Patriarca no pudo oir estas palabras sin llenarse de espanto, temiendo que su sobrino Lot se hallase comprendido en la sentencia. En aquel momento, dos de los tres peregrinos se adelantaron hácia Sodoma, y Abraham, sólo con el Señor, le dice: «Señor, justa es vuestra indignación y la venganza que vais á tomar; pero permitidme haceros una pregunta. Si acaso hubiera en Sodoma cincuenta justos, ¿no la perdonaríais en consideración á éstos?» «Sí, respondió el Señor; consiento en perdonarla como los haya.» Hizole Abraham varias veces la misma pregunta, disminuyendo cada vez el número de justos, llegando últimamente hasta *diez*. Contestándole el Señor que si se hallasen sólo diez justos, también la perdonaría. Y luego que Abraham dejó de hablar, desapareció el Señor, volviéndose el Santo Patriarca triste y desconsolado, considerando la catástrofe que amenazaba á la impúdica Sodoma.

Destrucción de Sodoma. Horrorosa era la corrupción de los Sodomitas; llegando á tal grado su brutal sensualismo, que intentaron ultrajar hasta á los mismos ángeles que, bajo la forma de hermosos jóvenes, iban á ejecutar las venganzas del Cielo.

Pero era preciso librar de la inminente catástrofe á una persona por quien el justo Abraham estaba interesado; éste era su sobrino Lot. En efecto, los ángeles ejecutores de las divinas venganzas se hospedaron en su casa aquella misma noche; y después de defenderla enérgicamente contra los infames invasores, á la mañana siguiente dieron prisa á Lot para que abandonara la ciudad en compañía de su mujer y dos hijas.

Lot, atolondrado en aquellos instantes, no sabía qué partido tomar, en vista de lo cual los ángeles le impelieron á salir cuanto antes con su familia de la ciudad maldita. Ya fuera de ella, les encargaron que no se parasen en aquellas cercanías ni volvierán la vista atrás, sino que se ocultasen en el monte. Pero Lot, no creyéndose seguro en el monte, rogó á los ángeles que le permitieran refugiarse en la pequeña ciudad de Segor, á lo cual accedieron, librándose esa ciudad de la suerte de sus compañeras.

A la hora de salir el sol entraba Lot en Segor, y al instante el cielo se cubrió de densos nubarrones que comenzaron á deshacerse en rayos sobre la tierra. Abriéronse por todas partes formidables volcanes que vomitaban azufre y lava ardiendo; una lluvia copiosísima de fuego cayó del cielo, que, uniéndose con las sustancias inflamables que despedía la tierra, convirtió al instante en pavesas á Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim, sin quedar de ellas mas que un montón de ruinas calcinadas.

El espantoso estruendo del fuego que caía del cielo, el siniestro resplandor de las llamas que todo lo abrasaban, mezclado con el infernal ruido del voraz incendio, excitó la

curiosidad de la mujer de Lot que, á pesar del mandato del ángel, volvió atrás su vista para contemplar la catástrofe, y al instante quedó convertida en estatua de *sal piedra*.

Aterrado Lot con estos sucesos, continuó su huida hasta un monte en compañía de sus dos hijas, quienes, encerradas en una cueva con su padre, obligaron á éste á cometer una acción criminal después de haberle embriagado. Mas no pararon aquí los desastres de Sodoma. Aquel país tan ameno que antes parecía un paraíso del Señor por su exuberante vegetación, se convirtió en un lago famoso, conocido hasta nuestros días con el nombre de *Mar Muerto* ó *Mar Salado*, según la Escritura, y mar de Betún ó *Asfaltite*, según los griegos. Todo anuncia en aquel lúgubre sitio la patria de un pueblo réprobo. Todo parece respirar allí el horror del incesto de que salieron *Amón y Moab*.

LECCION 10

Nacimiento de Isaac.—Agar é Ismael.—Sacrificio y matrimonio de Isaac.

Nacimiento de Isaac. El Patriarca Abraham, escandalizado de las maldades con que Sodoma había provocado la ira de Dios, y vivamente conmovido por los sucesos abominables de la familia de Lot, se retiró lleno de horror del hermoso valle de Mambré, y huyendo de aquel teatro de nefandas abominaciones, fué á establecerse en Gerara, distante muchas leguas de aquel sitio de espanto y de desolación. En Gerara volvió á repetirse, con el rey de dicho país, el mismo episodio que le sucedió en Egipto respecto de su esposa Sara, obteniendo el mismo desenlace.

Ya establecido en Gerara, vió Abraham confirmada la promesa que Dios, disfrazado de peregrino, le hiciera en su

tienda de Mambré, pues su mujer Sara, después de concebir en su senectud, dió á luz un hijo á quien el Santo Patriarca impuso el nombre de Isaac, circuncidándolo á los ocho días. CIEN años contaba Abraham cuando tuvo este hijo, y Sara, su esposa, NOVENTA.

Creciendo en días iba Isaac, siendo el contento y alegría de sus padres: apenas contaría SEIS años, cuando Ismael, hijo de la esclava Agar, y que ya había entrado en los VEINTE, prevalecido de su mayor edad y dejándose llevar de su carácter fiero, mortificaba á su hermano menor hasta el punto de que un día presencié Sara el mal trato que Ismael daba á su hijo; y no pudiendo sufrir más, dijo á Abraham: «Echa de casa á esta esclava y á su hijo, porque el hijo de la esclava no ha de ser heredero con mi hijo Isaac.» Mas á Abraham, que era de un corazón sumamente tierno y compasivo, le pareció dura la exigencia de su esposa; pero Dios le dijo: «No te parezca dura la propuesta de Sara; antes al contrario, oye su voz y obra como ella dice, porque en Isaac será llamada tu descendencia.»

Agar é Ismael. Grande era el sentimiento de Abraham al tener que despedir de su casa á un hijo y á una esposa; pero el Señor, para suavizar algún tanto su sentimiento, le recordó la promesa que le había hecho en Mambré y le dijo: «Al hijo de tu esclava cabeza haré de un gran pueblo, porque es hijo tuyo.» A esto nada tuvo que objetar el obediente Abraham; se levantó al rayar la aurora, y tomando pan y un odre de agua, lo cargó sobre las espaldas de Agar, y entregándole su hijo, la despidió. ¡Sublime acto de obediencia de parte de Abraham!

Lanzados de la casa paterna Agar é Ismael, fuéles preciso buscar dónde refugiarse. Al acaso marchaban la atribulada madre y el infortunado hijo, sin saber qué dirección tomar, cuando ya eligieron la ruta del mediodía y se internaron en las soledades del desierto de Farán; mas al poco

tiempo agotóse la provisión de agua, y los fuertes calores del país por un lado, y el viento urente de los abrasados arenales por otro, fatigaron de tal modo á los desvalidos caminantes, que estaban á punto de perecer. Agar, nacida en una tierra tan cálida como el Egipto, y educada en los duros trabajos de la esclavitud, pudo resistir los fuertes calores; pero el delicado Ismael, criado entre las comodidades de la tienda de su padre, no podía ya resistirlos; así es que, rendido de fatiga, se dejó caer bajo un árbol, próximo á morir por la sed y el cansancio.

En tan lastimoso estado, Agar, careciendo de medio alguno para amparar á su hijo, y no teniendo bastante valor para verle espirar, se apartó de él como un tiro de piedra, y llorando á grito herido, decía: «¡No, no veré morir á mi hijo!» A los gritos de su madre, Ismael levantó los ojos al cielo y pidió al Dios de su padre que le socorriese. Dios oyó el ruego de Ismael, y envió un ángel que dijo á Agar: «No temas: levántate, toma á tu hijo y recuerda que está destinado para ser padre y cabeza de una numerosa descendencia.» Agar abre sus ojos y ve cerca de sí un arroyo de frescas y cristalinas aguas; llenó su odre y dió de beber á su hijo, quien al punto recobró el sentido y las fuerzas.

Ismael, protegido por el cielo, creció en edad y en energía, dedicándose al ejercicio de la caza para mantenerse él y su madre. Esta, que como sabemos, era egipcia, hizo traer una jóven de su país, con quien casó á Ismael, de la que tuvo numerosa descendencia, cumpliéndose así las promesas de Dios.

Sacrificio de Isaac. Después de la separación de Agar é Ismael, la familia de Abraham gozaba de una paz y tranquilidad completas. El niño Isaac era el encanto de sus padres: crecía en edad, mas no por eso disminuían en él la mansedumbre, la sumisión y el respeto á sus queridos

padres; llegando á ser el jóven más hermoso y más perfecto que hasta entonces había conocido el mundo.

Isaac había llegado á la mayor edad, cuando hé aquí que el Señor quiso probar la obediencia de padre é hijo con una acción que se ha perpetuado en la memoria de los siglos, como monumento eterno de obediencia y sumisión á los divinos mandatos.

Un día llamó el Señor al anciano Patriarca, diciéndole: «Abraham, Abraham,» repitiendo dos veces su nombre, como preparándole para el terrible mandato que iba á imponerle. «Aquí estoy, Señor, contestóle Abraham.»— «Toma á tu hijo amado, Isaac, ve á la tierra de la visión y allí le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te indicaré.» Al oír estas palabras el Santo anciano queda estupefacto;..... pero Dios manda y,..... tratándose de Dios, Abraham no sabe mas que obedecer.

Levántase de noche, aparea su asno, toma á su hijo y dos criados, y cortando la leña para el sacrificio, se encamina hacia el monte que Dios le había insinuado. Distaba como unas diez y ocho leguas, y al día tercero alcanzó á verlo de lejos: dice á sus criados, que esperen allí con el asno; pues él y su hijo se dirigen al monte próximo para adorar al Señor.

Tomó la leña de encima del asno, cargándola sobre los hombros de su querido hijo, mientras él lleva en sus manos el fuego y el cuchillo para el holocausto. Juntos caminaban Abraham y su hijo faldeando la ladera de la montaña, cuando éste, dirigiéndose á su padre, le dice: «Padre mío, veo que llevamos el fuego y la leña para el sacrificio, pero ¿dónde está la víctima?» Entonces Abraham, hombre verdaderamente extraordinario, le contesta, con aparente serenidad, pero desgarrando su corazón: «Dios proveerá la víctima, hijo mío.»

Llegan por fin á la cumbre del monte *Moria*, sitio ele-

gido por el Señor para el sacrificio. Allí levanta Abraham un altar, prepara la leña, y dirigiéndose á su hijo le dice: «Hijo mío, tú eres la víctima del holocausto.»

El inocente Isaac, sin pronunciar una sola palabra, entrega sus manos para ser atado; colócase sobre el altar, como si fuera un manso cordero, y su anciano padre levanta el horrible cuchillo para sacrificarle; mas al descargar el fiero golpe, un ángel del Señor le detiene el brazo diciéndole: «Abraham, Abraham, no sacrifiques á tu hijo; ahora conozco que temes á Dios, cuando no has perdonado á tu unigénito por su amor.» Alzó Abraham los ojos y vio tras de sí un carnero enredado entre unas matas, el cual sacrificó y ofreció al Señor en holocausto en lugar de su hijo.

Abraham, inmolando á su hijo en el monte *Moria*, es la figura más acabada del Eterno Padre sacrificando á su Unigénito en el mismo monte *Moria*, hoy *Calvario*, por la salud de los hombres; é Isaac, la de Jesucristo nuestro sumo bien, que fué conducido al sacrificio, sin desplegar sus divinos labios.

Matrimonio de Isaac. Después del acto heroico de obediencia de los dos patriarcas, descendieron éstos del monte, y se dirigieron á su tienda. No pasó mucho tiempo sin que otra prueba rudísima viniera á herir de nuevo el corazón de Abraham y el de su hijo: ésta fué la muerte de Sara. Toda la familia del Santo Patriarca lloró por muchos días la pérdida de una mujer tan virtuosa y tan amable.

Tres años habían trascurrido después de la muerte de Sara, y conociendo el Santo Patriarca que no podía tardar mucho tiempo en seguir á su esposa al sepulcro, pensó en casar á su hijo para que de ese modo se cumplieran en él los designios del Cielo. Al efecto, no queriendo que Isaac se enlazase con ninguna mujer cananea, determinó elegirla

de la dilatada familia que él había dejado en la Mesopotamia al abandonar su país por mandato de Dios.

El Santo Patriarca hubiera deseado elegir por sí mismo la esposa de su hijo; pero su edad avanzada no le permitía emprender un viaje tan largo y penoso; por lo cual encomendó esta misión al criado de su mayor confianza, que lo era su fiel mayordomo Eliecer; no sin exigirle antes formal juramento de que no la tomaría entre las mujeres cananeas.

Prestado el juramento por Eliecer, éste fiel criado se aprestó para el viaje, y tomando diez camellos, cargados con ricos presentes, se dirigió á la Mesopotamia, acompañado de varios criados. Después de un feliz viaje, en una tarde deliciosa llegó á las cercanías de la ciudad de Harán, residencia de Nacor, hermano de Abraham, de cuya familia debía elegir la esposa para Isaac. Próximo á la ciudad había un pozo, donde las mujeres hacían la provisión de agua: allí hizo alto Eliecer, descargando sus camellos. Era llegado el momento crítico del desempeño de su delicada misión, y para realizar ésta con acierto, dirigióse al Cielo en fervorosa súplica. No bien la hubo terminado, cuando hé aquí que una bellísima jóven salía de la ciudad trayendo un cántaro sobre sus hombros: llamábase Rebeca, y era hija de Batuel y nieta de Nacor. Acércase al pozo, llena su cántaro, y se dispone para volver á su casa, cuando corriendo hácia ella Eliecer, le dice: «Dáme de beber un poco de agua de tu cántaro,» y al punto la hermosa jóven, accedió á la petición del extranjero; el cual, conociendo ser aquella la elegida por el cielo para esposa del hijo de su amo, le entregó los zarcillos y joyas que llevaba; y dirigiéndose al punto á la casa de sus padres, les manifestó el objeto de su viaje.

Los padres de Rebeca consintieron gustosos en la pretensión de su tío Abraham, y, preparando las cosas nece-

sarias para el viaje de su hija, la despidieron colmándola de bendiciones y de magníficos presentes.

Rebeca y sus criadas subieron á los camellos, y el fiel Eliecer emprendió el viaje de regreso, protegido por el cielo, hasta que arribó felizmente á las tiendas de su señor.

La hermosa Rebeca fué instalada en el departamento de Sara, celebrándose al poco tiempo el casamiento con las solemnidades de costumbre.

Isaac amó tanto á Rebeca, que se consoló, dice el Sagrado Texto, del dolor causado por la muerte de su madre. Mas, para que el gozo no fuera cumplido, quiso Dios probar la virtud de sus siervos con la esterilidad de Rebeca. Veinte años permaneció infecunda la bella hija de Batuel, hasta que el Señor, accediendo á las súplicas de Isaac, le concedió la dicha de la maternidad.

Abraham tuvo el gozo, antes de bajar al sepulcro, de abrazar á sus queridos nietos, á la edad de ciento sesenta años, viéndolos crecer hasta que cumplieron diez y seis, en cuya época quiso el Señor premiar la fé y obediencia de su siervo, llamándolo para sí á los ciento setenta y cinco años, cuya fé proverbial ha sido causa de que se le conozca por todas las generaciones con el nombre glorioso de *Padre de los creyentes*.

LECCIÓN 11

Nacimiento de Jacob y Esaú.—Vende éste su primogenitura.

—Isaac bendice á Jacob.

Nacimiento de Jacob y Esaú. El Señor, al fin, había escuchado propicio las oraciones de Isaac y Rebeca pidiéndole sucesión; pues, según en otra parte indicamos, después de veinte años de esterilidad notó Rebeca los sinto-

mas de ser madre, pero de un modo tan extraordinario, que observó la lucha que en el seno materno sostenían dos niños gemelos que había concebido, lo cual causaba á la angustiada madre agudísimos dolores, llegando éstos á tal extremo, que Rebeca sintió en el alma haber pedido á Dios con tantas ánsias su fecundidad. Pero el Señor le dijo: «Dos gemelos están en tu seno, y dos pueblos se dividirán desde tu vientre. El un pueblo dominará al otro, y *el mayor servirá al menor*.

Llegó el tiempo del parto, y nacieron dos gemelos. El que nació el primero era rojo y velludo, por cuya circunstancia se llamó *Esaú*; el que vino el segundo era blanco y lampiño, y, por salir asido al talón de su hermano, se llamó *Jacob*. Sesenta años tenía Isaac cuando tuvo lugar este suceso, viviendo todavía el Patriarca Abraham, que contaba CIENTO SETENTA.

Así como Esaú y Jacob, al nacer, se distinguieron en la parte física, así también se distinguieron en la diversidad de carácter. Ambos recibieron la misma educación al lado de la virtuosa Rebeca; pero el uno, llevado de su índole fiera, se dedicó al ejercicio de la caza, en tanto que el otro, de carácter pacífico y suave, cuidaba de los ganados de su padre.

Vende Esaú la primogenitura. Un día que Esaú venía fatigado y hambriento del ejercicio de la caza, halló á Jacob preparado para comerse un plato de lentejas. Vió Esaú dicha vianda, y le dijo: «Dame ese plato de còcido rojo, que llevo muerto de hambre.» A lo cual contestó Jacob: «No tengo inconveniente en cedértelo si tú me cedes el derecho de primogenitura.» «Convenidos,» contestó Esaú, confirmando la venta con juramento. Los primogénitos percibían mayor porción de la herencia de sus padres, eran jefes de los demás hermanos y en la familia de Abraham, de ellos debía nacer el Mesías prometido.

Sin volver á ocuparse más de este pacto juramentado, crecían los dos gemelos al lado de sus padres, llegando hasta la edad de cuarenta años. Esaú, de pasiones violentas, como lo era su carácter, determinó tomar estado, y, al efecto, sin contar siquiera con el consejo de sus ancianos padres, tomó por mujeres dos jóvenes heteas, procedentes del país idólatra de Canaán, cuyo hecho causó grande sentimiento á Isaac y Rebeca, que jamás habrían consentido semejantes enlaces; mas para no irritar más el carácter irascible de Esaú, las recibieron en sus tiendas, causando su venida mil disgustos y sinsabores en el hogar doméstico del patriarca.

Isaac bendice á Jacob. Isaac, anciano y casi ciego, juzgó que su muerte debía estar cercana, y antes de bajar al sepulcro quería dar á sus hijos las bendiciones patriarcales. Al efecto, llamó un día á Esaú, como primogénito (pues Isaac ignoraba aún los designios del cielo), y le dijo: «Hijo mío, conozco que mi fin se acerca; toma tu arco y flechas y vé al campo de caza, y cuando hubieres cazado algo, hazme un guisado de mi gusto y tráemelo para que yo lo coma y te bendiga mi alma antes que yo muera.» Esaú escuchó complacido estas palabras, y al punto ejecutó el mandato de su padre.

Rebeca, que había oído la conversación de su marido con Esaú, llamó á su hijo Jacob y le dijo: «He oído á tu padre hablar con Esaú y decirle: Tráeme de tu caza ya guisada, para que yo coma de ella y te bendiga. Ahora bien, hijo mío, atiende á mis consejos; vé al ganado, tráeme dos cabritos de los mejores para preparar á tu padre un guisado que come con mucho gusto; tú se lo presentarás para que te bendiga antes que muera.» «Pero, madre, le contestó Jacob, ¿no sabeis que Esaú es velloso y yo lampiño? Si mi padre me toca y lo advierte, temo que me maldiga en vez de bendecirme.»

Pero Rebeca, instruida por el Señor, le contesta con resolución: «Nada temas, hijo mío; en caso, esa maldición recaería sobre mí.» Accediendo Jacob á los proyectos de su buena madre, hizo cuanto ésta le prescribió, y después de condimentar Rebeca las viandas que tanto gustaban á su marido, vistió á Jacob con los vestidos de Esaú, cubrió sus manos y su cuello con las pieles de los cabritos, y en este traje el sencillo Jacob presentase á su padre diciéndole: «Padre mío, he cumplido lo que me mandasteis; aquí está la caza condimentada, sentaos y comed de ella para que me bendiga vuestra alma.» «Pues ¿quién eres, hijo mío?» le respondió Isaac. «Yo soy, le dijo Jacob algo turbado, vuestro primogénito Esaú.» «Acércate á mí, dice el padre, para que yo te palpe y me convenza.» Al tocarle, prosiguió Isaac diciendo: «La voz es de Jacob, pero las manos son de Esaú.» Entonces el santo anciano se dispuso á bendecir á su hijo, diciéndole: «¿Eres tú mi hijo Esaú?» «Yo soy,» contestó Jacob.— «Tráeme, pues, de las viandas que has preparado.» Y después de haberlas comido con sumo placer y bebido vino, que también Jacob le presentó, le dijo: «Llégate á mí, hijo mío, para darte un ósculo;» y al instante, percibiendo la fragancia de los vestidos de Esaú, comienza su bendición diciéndole: «Hé aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al que bendijo el Señor: Dios te conceda el rocío del cielo y la grosura de la tierra, y te dé abundancia de trigo y de vino. Sirvante los pueblos y adórente las tribus. Sé Señor de tus hermanos é inclínense delante de tí los hijos de tu madre. El que te maldijere sea maldito, y el que te bendiga sea lleno de bendiciones.»

Apenas Isaac hubo acabado de bendecir á Jacob, cuando hé aquí que Esaú se presenta con las viandas dispuestas para su padre. Isaac, asombrado con lo que sucede, le dice: «Pues ¿quién es aquél que me ha traído la caza antes que tú vinieses? Yo le he dado mi bendición, y ésta es

irrevocable; bendito será.» «Pero, padre, le contesta Esaú, ¿no tenéis mas que una sola bendición? Ruégoos que me bendigais á mí también.»

Conmovido Isaac por los ruegos de su hijo, le dió una bendición secundaria, en la que quedaba sujeto á la dominación de su hermano. Instruido después por Rebeca el Santo Patriarca, de los designios del cielo, aceptó esta determinación del Altísimo, dándole gracias por esta preferencia, y reconociendo á Jacob como el primogénito de su familia.

LECCIÓN 12

Huida de Jacob á la Mesopotamia.—Escala de Jacob.—Su llegada á Harán.—Regreso de Jacob á la tierra de Canaán.

Huida de Jacob á la Mesopotamia. Excluido Esaú del derecho de primogénito, concibió un odio mortal contra su hermano, y no pudiendo disimularlo, dijo: «Pasarán los días de luto de la muerte de mi padre y yo mataré á Jacob.»

Rebeca, al tener noticia de esta amenaza y conociendo el feroz carácter de Esaú, trató de salvar á su querido Jacob, diciéndole: «Mira que tu hermano Esaú intenta quitarte la vida: oye, pues, hijo mío, mi voz y sin perder momento huye á la Mesopotamia á la casa de mi hermano Labán, y permanece allí algún tiempo hasta que haya pasado el furor de tu hermano.» Y acto continuo, la buena Rebeca habló á Isaac sobre la conveniencia de que Jacob fuera á buscar esposa á la familia de Batuel, que era la suya. El anciano Patriarca convino en ello; y dando la bendición á su primogénito, se encaminó éste á la ciudad

de Harán, residencia de su tío Labán y demás familia de su madre.

La ciudad de Harán distaba como unas diez jornadas de Bersabée, punto donde Isaac acampaba; y Jacob, sin otro acompañamiento que el báculo del peregrino y las cortas provisiones que su buena madre le había dispuesto, emprendió su marcha á la Mesopotamia.

Una tarde, después de puesto el sol, llegó á un sitio próximo á la ciudad de Luza, y, rendido y cansado del camino, se recostó en el suelo, y tomando una piedra por cabecera, se quedó tranquilamente dormido.

Escala de Jacob. Durante el sueño vió una escala misteriosa que, arrancando de la tierra, iba á tocar con sus remates en el cielo: por sus peldaños bajaban y subían continuamente multitud de ángeles; y apoyado en ella, vió también al Señor, que decía: «Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac. A tí y á tu posteridad daré la tierra en que duermes. Tu descendencia se extenderá por las cuatro partes del mundo, y *serán benditas en tí todas las naciones de la tierra.*»

Dispertó Jacob del sueño, y admirado de que el Señor se apareciera también en aquellos lugares de infieles, lleno de respeto y admiración exclamó: «Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía: ¡cuán terrible es este lugar! ¡No hay aquí otra cosa que la casa de Dios y la puerta del Cielo!» Y tomando la piedra que le sirvió de cabecera, la fijó en la tierra, derramando aceite sobre ella, para perpetuar la memoria de la visión misteriosa que allí había tenido; llamando *Betel*, esto es *Casa de Dios*, á la próxima ciudad de Luza, y haciendo además un voto al Señor, de que si volvía felizmente á la casa de sus padres, le daría el diezmo de todo cuanto adquiriese.

Llegada á Harán. Consagrado este lugar por Jacob y hecho su voto al Señor, continuó su camino, y des-

pués de varias jornadas llegó á las cercanías de Harán, donde halló un gran pozo, rodeado por tres hatos de ovejas cuyos pastores esperaban la llegada de otros rebaños, para levantar la gran piedra que lo cubría y sacar el agua necesaria para abreviar los ganados. Jacob saludó cortesmente á los pastores, preguntándoles si conocían á Labán, hijo de Nacor. Ellos le contestaron con la misma amabilidad; y en cuanto á si conocían á Labán, le dijeron: «Vé allí á su hija Raquel que viene con el ganado.» Efectivamente, Raquel llegaba con las ovejas de su padre, que ella misma pastoreaba, y al momento Jacob se apresuró á levantar la piedra que cubría el pozo; y después que bebieron los ganados, la saludó con tiernísima emoción, si bien con gran sentimiento de no poder ofrecer á su prima las joyas que Eliecer había ofrecido en ocasión semejante á su madre Rebeca.

Raquel corrió presurosa á comunicar á su familia la llegada de su primo, y al punto Labán salió al encuentro de su sobrino, colmándole de besos y otras demostraciones de cariño. Una vez hospedado Jacob en la casa de su tío, manifestó á éste el objeto de su viaje, conviniendo ambos en que le serviría durante *siete* años, dándole como único salario la mano de su hija Raquel, á quien amaba desde el instante que la conoció. Convino en ello su tío Labán; mas éste era extraordinariamente codicioso, y terminado el plazo de los siete años, engañó á su sobrino, valiéndose de un artificio infame, entregándole, en vez de Raquel, una hermana de ésta, llamada Lía, no tan agraciada como su hermana.

El burlado mancebo no pudo ménos de quejarse amargamente á su tío del agravio inferido; mas éste, llevado de su ambición, explotó durante otros siete años los servicios de su sobrino antes de entregarle á su amada Raquel, de la que, por desgracia, no tuvo sucesión. Esto obligó á Jacob,

instado por su esposa y autorizado por el cielo, á tomar como mujer de segundo orden una criada de Raquel, llamada Bala, de la que tuvo dos hijos, á quienes Raquel adoptó como propios.

Interrumpida la sucesión de su primera esposa Lía, tuvo Jacob que aceptar también, como mujer de segundo orden, la criada de ésta, llamada Zelfa, de la que tuvo otros dos hijos. Mas el Señor volvió nuevamente á conceder la fecundidad á Lía, y tuvo de ésta otros dos hijos y una hija llamada *Dina*.

Sólo la infortunada Raquel era la que incesantemente pedía al cielo sucesión, sin poderla conseguir, hasta que un día el Señor, compadecido de su sierva, oyó sus súplicas y le concedió dos hijos, que fueron los más notables entre los hijos de Jacob. El primero de éstos fué el hermoso y casto José, amado con delirio por sus padres.

Más de catorce años llevaba Jacob al servicio de Labán, y no había adquirido más propiedad que sus mujeres y sus hijos; esto no obstante, pensó en regresar á la casa de sus padres, y, al efecto, lo participó así á su tío Labán; mas éste no quería desprenderse de su yerno por lo mucho que habían aumentado sus bienes desde su estancia en la casa; así es que hizo á Jacob un contrato onerosísimo y desventajoso, pero que el cielo se encargó de hacerlo beneficioso y lucrativo para su siervo, de tal suerte, que en pocos años eran numerosos los ganados y pingües las riquezas de Jacob, lo cual fué causa de la envidia de sus cuñados y de que Jacob, en vista de ello, preparase su regreso definitivo á la tierra de Canaán.

Regreso á la tierra de Canaán. Meditando en su partida hallábase el hijo de Rebeca, cuando el Señor le dijo: «Vuélvete á la tierra de tus padres y á tu familia, y seré contigo.»

No dudó un momento Jacob de la necesidad de aban-

donar la Mesopotamia; pero no se le ocultaban las grandes dificultades que á ello se habían de oponer de parte de su suegro: por eso era precisa la mayor prudencia en los preparativos del viaje. Al efecto, reunió con disimulo todas sus mujeres é hijos, así como también sus numerosos ganados y demás riquezas, y aprovechando la ocasión de hallarse Labán en una casa de campo á causa del esquila de las ovejas, partió inmediatamente para su país. El gran convoy que llevaba le obligó á caminar muy lentamente, tanto, que después de diez días de marcha se encontraba en el monte de Galaad.

Noticioso Labán de la partida de Jacob, aprestó inmediatamente gran número de criados y domésticos, y, puesto á la cabeza de ellos, salió en su persecución con ánimo de despojarle de sus riquezas y hacerle volver nuevamente á su servicio, ó mejor dicho, á su esclavitud. Pero Dios, que velaba constantemente por el primogénito de Isaac, se apareció en sueños á Labán, diciéndole: «Guárdate de molestar, de palabra ni de obra, á mi siervo Jacob.»

Esta orden del cielo destruyó completamente los planes de Labán, cuya saña se convirtió en dulces y amistosas convenciones, terminando, al fin, con un pacto de alianza entre ambos, en el que suegro y yerno se obligaron con juramento á respetarse mutuamente.

Libre ya Jacob de la persecución de Labán, prosiguió pacíficamente su camino; pero pronto se vió preocupado con otra idea más triste, si cabe, que la persecución de Labán: era aquella la rabia y el furor de su hermano Esaú, que tenía jurada su muerte. Para conjurar este nuevo peligro, el hijo de Isaac acudió humildemente al Dios de sus padres; y bien pronto Este mandó dos ángeles en su auxilio para que escoltasen su errante caravana; pero, no obstante esta protección visible del cielo, el prudente Jacob quiso prevenir la ira de su hermano, y al efecto envió á Edón,

país donde éste habitaba, una especie de embajada con ricos presentes, para hallar gracia delante de él.

Aun el cielo quiso darle una prueba más patente de que nada debía temer de Esaú, pues un ángel del Señor se cruzó en su camino entablado con Jacob una lucha personal, en la que el ángel llevaba la peor parte; tanto que, al rayar la aurora, éste cedió, preguntándole por su nombre, y diciéndole el vencedor que se llamaba *Jacob*, le contestó el nuncio celestial: «Pues en adelante te llamarás *Israel*; porque si contra Dios fuiste fuerte, ¡cuánto más lo serás contra los hombres!» Y esto diciendo, desapareció el ángel dándole antes su bendición.

Poco tiempo había trascurrido después de este suceso, cuando Esaú se presenta á la vista de su hermano, acompañado de fuerzas numerosas; y, contra todo lo que podía esperarse, los dos gemelos, olvidando antiguos rencores, se abrazan con grande efusión de su alma, dándose mutuamente las pruebas más tiernas y afectuosas de amor y de cariño.

Al separarse reconciliados los dos hermanos, Jacob se dirigió á las orillas del Jordán, haciendo alto en una dilatada llanura del hermoso país de Siquem, donde fijó su campamento; y pasado algún tiempo se trasladó á las cercanías de Salem, donde se estableció definitivamente. Aquí fué donde tuvo lugar el suceso desgraciado de la *Virgen de Israel*, la única hija de Jacob, llamada *Dina*, que tantos desastres causara á los Siquemitas y tanta amargura al corazón de Jacob.

Afectado sobremanera el Santo Patriarca con las desgracias de familia ocurridas en Siquem, se ausentó de aquella tierra de sangre y exterminio, y, pasando cautelosamente por cerca de Betel (antes Luza), donde tuvo el sueño misterioso, erigió un altar al Señor sobre la misma piedra en que antes había descansado, dirigiéndose en seguida á Efrata.

Durante esta travesía sintióse con fuertes dolores de parto su amada esposa Raquel, la cual dió á luz un segundo hijo, á quien su madre puso el nombre de *Benoni*, esto es, hijo de mi dolor; y razón tuvo para ello, pues á los pocos instantes espiró la más querida é idolatrada esposa de Jacob, llenando de luto y de dolor el atribulado corazón de su esposo.

Raquel fué enterrada en el camino de Efrata, llamada después Belén, ciudad célebre por haber nacido en ella David, pero muchísimo más por haberse en ella verificado el nacimiento de Jesucristo.

Después de la muerte de su amada Raquel, el afligido hijo de Isaac ya no pensó en otra cosa sino en abrazar á sus ancianos padres. Disponiendo estaba el atribulado Jacob las cosas necesarias para su marcha definitiva á la tierra de Canaán, cuando otra noticia inesperada vino á acibarar de nuevo su angustiado corazón: tal fué la infamia cometida por su primogénito Rubén con Bala, esposa de segundo orden de su padre, y á quien éste había dejado en Belén para cuidar del tiernecito *Benoni*, llamado después por Jacob, Benjamín, ó sea *hijo de mi diestra*.

Por fin, después de treinta años de ausencia de la casa de sus padres, llegó al valle de Mambré, donde ellos residían. Allí tuvo la dicha de abrazar á su anciano padre, el patriarca Isaac, pero nó á su querida madre Rebeca, que había muerto unos años antes. Isaac hallábase completamente ciego y enfermo, pues desde la muerte de Rebeca no hallaba consuelo en la tierra; sólo esperaba el regreso de su hijo Jacob de su viaje á la Mesopotamia, para ir á juntarse con su padre Abraham y su esposa Rebeca en la mansión de los justos.

Sin embargo, aún vivió en compañía de su hijo y nietos *trece* años, pasados los cuales, el Señor lo trasladó al seno de su padre Abraham, á los ciento ochenta años de

edad; siendo sepultado al lado de su esposa Rebeca y junto á sus padres Abraham y Sara, en el sepulcro construido por el primero en el valle de Mambré.

LECCION 13

Historia de José. — Viaje de Jacob á Egipto. — Muerte de Jacob y de José.

Historia de José. A la llegada de Jacob á su país natal, llevó consigo doce hijos, habidos con sus dos esposas Lía y Raquel, y de las esclavas de éstas, Bala y Zelfa. Estos fueron: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neptalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. De éstos, merece especial mención el primer hijo que tuvo de su amada esposa Raquel, por haber sido el más virtuoso é inocente de todos los hermanos: llamábase José.

Jacob amaba á José sobre todos los demás hijos por sus excelentes prendas; y como era el más querido de su padre, éste le mandó hacer una túnica de varios colores, distinta de las de los otros hermanos, que todas eran de un solo color. Esto excitó la envidia de los hijos de Jacob, mirando á José con prevención y hasta con odio. Este odio subió de grado, ya por haber sido acusados por José ante su padre de un crimen pésimo que les vió cometer, ya también por haber referido á éstos dos sueños raros y sobrenaturales que había tenido.

Fué el PRIMER SUEÑO que, estando en el campo atando haces de trigo, su gavilla se levantaba, teniéndose derecha, mientras que las de sus hermanos se inclinaban hácia ella en actitud de adorarla. Fué el SEGUNDO que el Sol, la Luna y once estrellas (símbolo de su padre, madre y once hermanos), se postraban delante de él y le rendían adoración.

Por todas estas cosas sus hermanos le aborrecían de muerte, si bien ocultaban su odio por respeto á su padre. Poco tiempo después de referir José á sus hermanos los indicados sueños, salieron los hijos de Jacob del valle de Mambré, con dirección á las cercanías de Siquén, para pastorear sus ganados en los abundantes pastos que allí habían abandonado con motivo de los sucesos de DINA. Mas como hubiese trascurrido bastante tiempo sin que Jacob tuviera noticia alguna de sus hijos, llamó á José y le dijo: «Vé á las cercanías de Siquén, donde tus hermanos deben pastorear los ganados, y hazte cargo cómo siguen, volviendo á darme cuenta de lo que pasa.» El candoroso José se dispuso á cumplir inmediatamente las órdenes de su padre, y, al efecto, emprendió su marcha hácia Siquén; mas no hallándolos en dicho punto, y sabedor, por un hombre que casualmente encontró á su paso, de que sus hermanos pastoreaban en Dotaim, se dirigió hácia este segundo punto, donde felizmente divisó de lejos á sus queridos hermanos. También éstos vieron desde larga distancia que se dirigía hácia ellos, y al conocerle se dijeron unos á otros: «Allá viene el soñador. Démosle muerte y echémosle en esta cisterna vieja, diciendo después que le ha devorado alguna fiera; verá entonces de qué le sirven los sueños.»

Rubén, el mayor de todos ellos, se opuso á este bárbaro proyecto, diciendo: «No mancheis vuestras manos con la sangre de un hermano; mejor es que le echéis en esa cisterna seca y él morirá de hambre sin que vuestras manos queden ensangrentadas.» Esto decía Rubén con la intención de salvarle y devolverle á su padre.

Los hijos de Jacob siguieron el dictamen de Rubén, y así que el inocente José corrió presuroso á arrojarle al cuello de sus hermanos, estos, sin la menor compasión, sin mirar sus caricias, sin atender á sus lágrimas y sin respetar el nombre de su anciano padre que el candoroso

José invocaba, le despojan de su preciosa túnica, y del modo más cruel le depositan en el fondo de la cisterna seca. Mas la Divina Providencia, que velaba por este joven inocente, quiso que al poco rato pasaran por aquel punto unos mercaderes ismaelitas, á quienes, por consejo de Judá que se conmovió por los gritos de su hermano, le vendieron, sacándolo antes del pozo, en 156 rs. de nuestra moneda. Mas para ocultar á su anciano padre este crimen tan aleve, dispusieron enviarle la túnica toda rasgada y teñida en sangre de un cabrito que al efecto degollaron.

Jacob, al ver la túnica de su querido José rasgada y teñida en sangre, rasgó sus vestiduras en señal de dolor profundo; vistióse de cilicio, y llorando sin consuelo, el pobre anciano repetía incesantemente: «¡Sí, una fiera pésima ha devorado á mi querido José! «Inútilmente le rodean los infames fratricidas fingiendo consolarle. «No, no es posible, dice el afligido anciano. Yo bajaré al sepulcro á reunirme con mi amado hijo, y éste será el único consuelo que pueda concederme el cielo.»

José en la esclavitud. Entregado José á los ismaelitas por sus hermanos, fué conducido á *Tánis*, capital del Egipto, y vendido allí como esclavo á Putifar, general de las tropas del Rey.

Su gallarda presencia, su modestia, y sobre todo la protección del cielo, cautivaron á su dueño de tal modo que le confió el gobierno y dirección de su casa, aumentando considerablemente la fortuna de Putifar durante la administración del esclavo. Diez años llevaba José dirigiendo los negocios de la casa de su señor, cuando una terrible prueba vino á turbar el sosiego y la paz del ILUSTRE CAUTIVO.

Por desgracia, la esposa de Putifar, que era la dueña y señora de José, concibió una pasión tan violenta de amor hácia el hermoso joven, que no pasaba día sin incitarle ciegamente á la deshonestidad; pero el castísimo José recha-

zaba siempre con admirable firmeza tan criminales incitaciones. Esto, que debiera haber contenido la sensualidad de su señora, sólo sirvió para excitarla más y más en sus criminales proyectos, llegando á tal extremo, que un día en que José entraba en su habitación, fué seguido por ella resuelta á conseguir por la fuerza lo que no había logrado con halagos y promesas. Asíóle de la capa, pero este mártir de la pureza, como le llama San Ambrosio, huyó precipitadamente, dejando la capa en sus manos y burlando de ese modo la liviandad de la seductora.

Aquella mujer infame, viéndose así burlada por la virtud del angelical mancebo, convirtió su amor en odio, y respirando venganza delató ante su marido, como seductor, á quien no había podido vencer como seducido.

Por cuyo motivo fué cargado de duras cadenas por Putifar y encerrado en oscuro calabozo. Pero Dios, que velaba constantemente por la salvación de su siervo, no le desamparó en la prisión. Luégo que José ingresó en la cárcel, se captó las simpatías y la gracia del alcaide, quien, librándole de las cadenas, le nombró guardián de todos los presos.

Cerca de un año llevaba el castísimo José en la prisión, cuando un día condujeron á ella al copero del rey y al panadero mayor, entregándoles al cuidado de José para que los atendiera como presos de distinción. Sucedió que en una misma noche ambos presos tuvieron unos sueños extraordinarios y misteriosos; y deseando saber su significado, los comunicaron á su guardián para que les dijera su parecer. José, inspirado por el cielo, satisfizo la curiosidad de ambos, é interpretando el significado de sus respectivos sueños, dijo al copero: «De aquí á tres días volverás á servir la copa del rey; sólo te suplico que te acuerdes de mí en tu prosperidad.» Después, dirigiéndose al panadero, le dijo: «De aquí á tres días serás colgado en una cruz, y las

aves despedazarán tus carnes;» cuyas predicciones se vieron exactamente cumplidas.

El copero del rey volvió á ocupar de nuevo su cargo en palacio, pero se olvidó completamente de interesarse por su intérprete y bienhechor; hasta que, trascurridos dos años, Faraón fué molestado por dos sueños consecutivos en una misma noche. En el primero había visto salir del rio Nilo siete vacas hermosas y muy gruesas, que se apacentaban en la ribera del rio, y en seguida salieron otras siete muy flacas y macilentas que se tragaron á las primeras. En el segundo sueño vió siete espigas muy granadas y lozanas que brotaban de un mismo tallo, y otras siete raquíticas y débiles que devoraron la exuberante lozanía de las primeras.

Faraón despertó todo asustado y despavorido, y apenas amaneció mandó llamar á todos los magos y sabios del reino, para que le explicasen aquellos sueños tan raros y misteriosos; mas ninguno de ellos halló explicación satisfactoria que darle. Entonces el copero se acordó de José, y acercándose al rey, le dijo: «Señor, hay en la cárcel un joven que interpreta admirablemente los sueños; puedo atestiguarlo, pues hallándome preso juntamente con el panadero, tuvimos dos sueños que él interpretó tan fielmente que todo cuanto dijo se cumplió al pié de la letra; yo prometí interponer mi valimiento para su libertad, pero he faltado á mi palabra.»

Al oir esto Faraón, dió orden de que inmediatamente sacasen á José de la cárcel y le trajesen á su presencia; y haciéndole relacion de los dos sueños que había tenido, le contestó José: «Señor, los dos sueños significan una misma cosa. Las siete vacas gordas y las siete espigas lozanas significan siete años de abundancia; y las siete vacas macilentas y las espigas débiles, significan que habrá siete años de hambre y esterilidad general. Ahora bien, para evitar

los estragos de los años de hambre, recójase en los abundantes la quinta parte de las cosechas, y ésto suplirá la escasez de los años estériles.

Agradó al Rey el consejo de José, y juzgando que no habría persona más apropiado para ponerlo en práctica, le confió á este fin un poder absoluto sobre su reino. Al efecto colocó su anillo real en la mano de José; mandó que le vistiesen una riquísima toga, con un collar de oro, y que de ese modo, colocado en su propia carroza, fuese llevado en triunfo por las principales calles de la corte. Así se verificó con gran contento de todo el pueblo, siendo aclamado en toda la carrera como el *Salvador de Egipto*.

El país de Canaán, que tan próximo se halla del Egipto, experimentó pronto los efectos de la esterilidad; así es que, noticioso Jacob de que en Egipto se vendía trigo áun á los extranjeros, envió á comprarlo á diez de sus hijos, dejando en su compañía al joven Benjamín. Llegados á Egipto los diez hermanos, se presentaron á José y se arrodillaron ante su presencia. José, aunque conoció al punto á sus hermanos, dispuso las cosas de modo que éstos no le conocieran. Al efecto, fingiendo que ignoraba su idioma, se valió de un intérprete, dándoles á entender por este medio que si no identificaban sus personas, serían tratados como espías. Los hijos de Jacob protestaron que todos eran hijos de un mismo padre, á quien habían dejado en Canaán con su hermano menor llamado Benjamín, no existiendo ya el penúltimo; y que, padeciéndose hambre en su país, venían á buscar trigo para sustentar la familia.

Como José no vió entre ellos á Benjamín, temió si acaso hubieran podido cometer con su hermano menor alguna infamia como la que con él hicieron; por lo que les contestó, por medio de intérprete, que no les creería hasta que trajesen al hermano menor de que hablaban, quedando entretanto en rehenes uno de ellos, cabiéndole la suerte á Simeón.

Hecho esto, los despidió, mandando á sus oficiales que llenasen los sacos de trigo, colocando entre el grano el dinero de cada uno. Y con esto, los hijos de Jacob, tristes y pensativos, partieron para su país.

Al llegar á su casa, Jacob, que les esperaba con ánsia, los recibió con la mayor ternura. Ellos le hicieron una relación detallada de su accidentado viaje, y cómo Simeón se había quedado en rehenes hasta que fuera presentado al virey de Egipto su hermano Benjamín. Al oír esto el anciano, repitió con energía: «No irá mi hijo con vosotros, porque si llega á sucederle alguna desgracia como la de José, yo moriría de pena y vosotros llevaríais con dolor mis canas al sepulcro.»

Un año había trascurrido después de este suceso, cuando, faltando el pan y apurando el hambre cada día más, dijo Jacob á sus hijos: «Volad á Egipto y traednos un poco de alimento.» «No es posible, contestó Judá, porque el virey nos amenazó con la muerte si no llevábamos á nuestro hermano.» Entonces el afligido padre, resignándose con la marcha de Benjamín, dijo: «Sea así: Tomad de los mejores frutos de la tierra y llevad un regalo á aquel hombre; llevadle también el dinero que importaba la primera compra y que os trajisteis olvidado dentro de los sacos, con otra cantidad igual para la nueva; y por fin, llevadle también á vuestro hermano. Yo entretanto quedaré como un padre angustiado que ha perdido á todos sus hijos.»

Los hijos de Jacob, tomando todo lo necesario para este segundo viaje, se pusieron en marcha para Egipto. Apenas llegaron se presentaron á José, y éste, así que vió á su hermano Benjamín, dió orden á su mayordomo para que preparase un banquete, pues aquel día quería comer con los extranjeros. Así lo hizo el mayordomo, soltando al propio tiempo á Simeón para que se reuniese con sus hermanos, que le recibieron con lágrimas de ternura.

José los recibió con amabilidad, preguntándoles por su padre, á lo que ellos contestaron que le habían dejado bueno y sano; y fijándose en Benjamín le dijo: «Dios tenga misericordia de tí, hijo mio.» Y sin tener tiempo de proseguir más, tuvo que retirarse de la vista de su hermano, porque le era imposible contener las lágrimas. Vuelto de nuevo á su presencia, comió con ellos, distinguiendo siempre á Benjamín en la mesa; y una vez terminado el banquete, dió orden secreta al mayordomo para que llenasen los sacos de trigo y colocasen, como antes, en cada uno de los sacos el dinero de las dos compras que habían hecho, y en el de Benjamín, además del dinero, la copa de plata en que él bebía: lo cual se cumplió exactamente.

A la mañana siguiente se despidieron los hijos de Jacob, y todos contentos y alegres emprendieron el camino de Canaán, siendo al poco tiempo alcanzados por el mayordomo de José, quien, instruido de antemano de lo que había de hacer, comienza á recriminarlos ásperamente por la maldad que habían cometido de robar la copa de su señor. Sorprendidos con una delación tan infame como calumniosa, y seguros de su inocencia, exclamaron todos á la vez: «Muera aquél en cuyo poder se encuentre la copa, y los demás quedaremos como esclavos.» «No tanto, contestó el mayordomo, sino que aquél en cuyo poder se halle la alhaja, sea mi esclavo; los demás seguirán su camino.»

Procedióse sin demora al registro, comenzando por el mayor de los hermanos hasta llegar á Benjamín, en cuyo saco se encontró la copa. No es fácil describir la dolorosa impresión que causó en los hijos de Jacob tan inesperada sorpresa. Todos llorosos rasgaron sus vestiduras en señal de dolor profundo; y cargando de nuevo sus bestias, se volvieron á presencia de José: éste, manifestando una severidad espantosa, reprendiéndoles duramente su infame conducta; y sin admitir ningún género de sustitución, condenó á Benja-

mín, en cuyo saco apareció el cuerpo del delito, á quedarse como esclavo suyo, quedando los demás libres para volver á su padre. Entonces Judá, acercándose más á José, le hizo una exacta y tierna relación de lo mucho que había costado á su padre desprenderse de Benjamín, terminando con estas palabras: «Si volvemos ahora sin él, mi pobre padre morirá de dolor; y puesto que yo me constituí en fiador del niño, seré voluntariamente vuestro esclavo; pero permitid, señor, que él marche con sus hermanos.»

José, que hasta aquí, haciéndose una violencia extraordinaria, había podido contener sus lágrimas, no pudo ya ahogar más tiempo la ternura de su corazón; manda que salgan inmediatamente del aposento todos los circunstantes, quedándose solamente los extranjeros; y allí..... sólo con sus hermanos, ahogada su voz por el llanto, sólo pudo articular estas palabras: «Yo soy José: ¿vive mi padre todavía?» Aterrados sus hermanos con estas palabras, no pudieron contestar; pero José, repuesto de su primera emoción, prosigue: «Yo soy vuestro hermano, á quien vendisteis; pero no temais; id pronto á mi padre y decidle: «Vuestro hijo José vive, y esto os envía á decir: Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto; venid acá sin demora. Yo os alimentaré, porque aún restan cinco años de hambre aterradora. Decidle, en fin, todo lo que de mí habeis visto en Egipto.» Y después que hubo terminado estas palabras, se arrojó á su querido Benjamín, permaneciendo largo tiempo abrazados y derramando uno y otro tiernas y abundantes lágrimas. Besó después á todos sus hermanos con grande efusión de su alma, dirigiendo á cada uno palabras del mayor cariño. Cuando José se hallaba en esto, recibe orden de Faraón que se presente en palacio: preséntase al punto, y oye de labios del rey estas palabras: «He sabido que han llegado tus hermanos; da orden para que regresen á la tierra de Canaán y me traigan cuanto antes á tu padre y

demás familia.» Sin perder un momento se cumplió lo que Faraón mandaba. José entregó á sus hermanos los carros necesarios para la traslación de la familia de su padre, y dió á cada uno dos vestidos, y cinco á Benjamín con 300 monedas de plata. Envió á su padre otros cinco y otras 300 monedas, y remitiéndole además diez asnos cargados de presentes, regresaron nuevamente á Canaán.

Los hijos de Jacob arribaron felizmente á la casa de su padre, y éste recibió á todos con los brazos abiertos, especialmente á Benjamín, cuya marcha tanto le había afectado. Todos sus hijos, á porfía, relataban á Jacob los tiernos episodios de su viaje, diciéndole que su hijo José vivía, siendo el virey de todo el Egipto. Al oír esta noticia tan inesperada como estupenda, el Santo Patriarca, arrebatado de gozo, prorrumpió en esta exclamación: «¡Si mi hijo José vive, me basta, Dios mío! Iré, le veré y moriré contento.» Y acto continuo ordenó los preparativos del viaje.

Antes de abandonar el valle de Mambré el Santo Patriarca, quiso consultar la voluntad del Señor, y en el silencio de la noche el Señor le dijo: «Baja á Egipto, porque allí te haré cabeza de un gran pueblo. Yo sacaré de allí á tu descendencia y la traeré nuevamente á la tierra de Canaán.

Con el beneplácito del cielo Jacob emprendió su marcha y se dirigió á Egipto con toda su familia. Noticioso José de la venida de su padre, mandó preparar su carroza y salió á su encuentro en la tierra de Gesén. No es fácil referir lo que pasó en la primera entrevista de padre é hijo, después de veinte años de ausencia. José se arrojó al cuello de su padre, le dió mil abrazos, y con tiernas y abundantes lágrimas regó el rostro venerable del santo anciano. Jacob, cortada su palabra por la emoción, sólo pudo balbucear estas frases: «¡Hijo mío! ya moriré contento, pues he tenido el consuelo de volver á verte y abrazarte.»

José presentó al Rey á su anciano padre y á cinco de

sus hermanos en representación de toda la familia. El Monarca les dió gratuitamente la tierra de Gesén para que morasen en ella, y allí vivieron pacíficamente largos años, visitados con frecuencia por José y provistos por éste de todo lo necesario en los cinco años que duró la esterilidad y el hambre.

Ciento y treinta años contaba el patriarca Jacob cuando entró en la tierra de Gesén, y en ella vivió diez y siete, durante los cuales aumentó considerablemente su descendencia. Pero tantos habían sido los trabajos, las fatigas y sufrimientos durante la accidentada vida de este Patriarca, que no sin motivo esperaba de día en día que viniera en su busca la muerte.

Dominado de este pensamiento, hizo venir á su presencia á su hijo José para exigirle con juramento que sus restos serían conducidos á la cueva de Mambré para que reposasen junto á los de sus padres y abuelos. Así lo prometió José. Después de esta promesa juramentada de su hijo José, mandó á éste que trajera á su presencia á sus dos hijos Manasés y Efraín, para adoptarlos como hijos propios, bendecirlos y hacerles entrar en suerte en la distribución de su herencia patriarcal.

Terminada la bendición de los hijos de José, el santo anciano llamó uno por uno á todos los demás hijos, y comenzando por Rubén y terminando por Benjamín, bendijo á todos con bendiciones especiales del cielo, prediciéndoles lo que había de suceder en el trascurso de los tiempos. De todas estas predicciones la mas magnífica y trascendental es la que dirigió á Judá, como caudillo del pueblo de Israel, concebida en estas elocuentes y significativas palabras: «Judá, te alabarán tus hermanos..... Cachorro de león, ¡oh Judá! subirás, hijo mío, á la presa. Te acostarás como león y como leona. ¿Quién te despertará? No será quitado el cetro de Judá ni de su descendencia el caudillo hasta que

venga EL QUE HA DE SER ENVIADO, y éste será la espectación de las gentes.»

Los hijos de Jacob escucharon con veneración profunda el profético discurso del tercer Patriarca de la nación santa, y le conservaron cuidadosamente grabado en su memoria. Ya casi sin fuerzas, el moribundo anciano empleó las últimas que le quedaron en repetir á todos sus hijos el encargo que hiciera á José de ser enterrado en el sepulcro de sus mayores; y con esta advertencia, el alma de este gran Patriarca fué á unirse con la de sus antepasados en el seno de su abuelo Abraham, á los ciento cuarenta y siete años de edad; mereciendo la gloria, por sus grandes virtudes, de que el Señor se dignara llamarse DIOS DE JACOB, como hasta entonces se había llamado Dios de Abraham y de Isaac.

A la muerte de Jacob contaba José cincuenta y seis años, y aun vivió después cincuenta y cuatro, empleándose toda su vida en proteger á toda su familia y en desempeñar con suma delicadeza el empleo de virey de Egipto con gran contento de todo el reino. Cuando advirtió que se acercaba su muerte, mandó llamar á todos sus hermanos y les dijo: «Después de mi muerte, Dios os visitará y os conducirá á la tierra prometida á Abraham, Isaac y Jacob; llevad mis huesos con vosotros y no los dejéis en esta tierra.» Así lo cumplieron sus hermanos, pues su cuerpo, embalsamado y depositado en una caja, fué conservado con gran veneración por los israelitas hasta la salida de Egipto, que lo llevaron consigo en todas sus marchas, dándole honrosa sepultura en la tierra de Canaán.

LECCIÓN 14

HISTORIA DE JOB,

En los tiempos patriarcales vivía en la ciudad de Hus, territorio de la Idumea, un hombre verdaderamente extraordinario por sus virtudes y sus riquezas: Llamábase Job. Aunque descendiente de la familia de Esaú, era un varón sencillo, recto, temeroso de Dios y que se apartaba de lo malo. En premio de su virtud, Dios le había concedido una dilatada familia é inmensos bienes de fortuna, pues era padre de siete hijos y tres hijas, poseyendo nueve mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas pollinas, y un sin número de criados; de suerte que Job era considerado como uno de los príncipes más poderosos de la Idumea. Sus hijos, aunque solteros todos, vivían separados cada uno en su casa; sólo las hijas moraban en la casa paterna al cuidado de sus padres: esto no obstante, cada uno de los hermanos alternaba en convidar á los demás un día de la semana; y pasado el turno, el padre ofrecía por ellos sacrificios á Dios, «por si acaso, decía, mis hijos se han excedido en algo y ofendido á Dios.»

Cierto día en que los ángeles comparecieron delante del Altísimo, se presentó también Satán, y viéndolo acercarse, dijo el Señor: «¿De dónde vendrá éste?» A lo que Satán contestó: «Vengo de recorrer toda la tierra.» «Y bien, dijo el Señor, ¿has considerado la gran virtud de mi siervo Job?» «¿Y qué extraño es que te sirva, contestó Satán, nadando como se halla en la abundancia? Quítale lo que tiene y entonces verás qué modo tiene de bendecirte.» «Pues bien, dijo el Señor, en tu mano están todas las cosas que posee; pero cuidado que pongas tu mano en su per-

sona.» Y con esto, se retiró Satán de la presencia del Señor.

Alegres y contentos hallábanse los hijos é hijas de Job celebrando un convite en la casa del hermano mayor, cuando de improviso preséntase á Job un mensajero y le dice: «Se han presentado repentinamente los Sabeos y te han robado tus bueyes y borricas, asesinando á los pastores; yo sólo he podido escapar vivo de tamaña desgracia para venir á anunciártelo.» Aun no había terminado su relación cuando se presenta otro hombre y dice á Job: «Un fuego abrasador ha caído del cielo y ha reducido á pavesas á todos tus carneros y pastores; únicamente yo he salido ileso para venir á contártelo.» Aun hablaba éste cuando se presenta un tercero diciendo: «Una furiosa tempestad ha conmovido la casa de tu primogénito, donde estaban reunidos todos tus hijos, y todos han sido sepultados bajo sus escombros; solamente yo me he librado milagrosamente y he corrido á anunciártelo.»

Job entonces se levantó de su asiento, y en señal de dolor profundo rasgó sus vestidos, mesó los cabellos de su cabeza, y postrado en tierra adoró al Señor diciendo: «Desnudo salí del vientre de mi madre (la tierra) y desnudo volveré á ella. El Señor me lo dió todo, Él me lo ha quitado; cúmplase en todo su voluntad: bendito sea su nombre.»

Volvió Satán á dar cuenta á Dios de su primera embestida. «Y ¿qué te ha parecido, le dijo el Señor, de mi siervo Job?» «Señor, le respondió Satán, todo cuanto el hombre posee lo da de buen grado por conservar su salud. Tócale en su carne y en sus huesos, y ya verás qué género de bendiciones te dirige.» «Pues bien, dijo el Señor á Satán, en tu mano está, pero á condición de que no has de tocar en su vida.»

Con esta autorización del Cielo partió Satán, rápido como el rayo, de la presencia de Dios, y al instante hirió á

Job con una asquerosa llaga, que le cubría de piés á cabeza; y como esta llaga tan horrible tenía el carácter de leprosa, se vió obligado á retirarse de la ciudad y recostarse en un muladar, donde con un casco de teja raía los gusanos y podredumbre que salía de sus llagas.

En tan triste situación, sólo un consuelo podía esperar este varón de dolores, cual era el cuidado y compasión de su esposa; mas ésta, así que le vió en aquel estado, en vez de prodigarle consuelos, le llenó de insultos y le colmó de improperios diciéndole: «¿Aun permanecerás en tu simplicidad y en tu estupidez? Sigue, sigue bendiciendo á Dios, y muérete después.» A lo que el paciente Job le contestó dulcemente: «¡Ah, mujer! te estás expresando como una insensata y falta de juicio en lo que hablas. Si los bienes recibimos de la mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir los males?»

La noticia del estado lastimoso de Job se divulgó pronto por los países vecinos; y habiendo llegado á oídos de tres amigos suyos, príncipes también de la Idumea y Arabia, convinieron en ir juntos á visitar y consolar á su amigo. Llamábanse éstos Elifaz, Baldad y Sófar. Cuando llegaron á él no le conocieron; y acercándose al muladar, contemplaron á su pobre amigo cubierto de úlceras asquerosas que por todos sus poros manaban podredumbre y materias repugnantes. Al verle en aquel estado, todos á la vez rasgaron sus vestidos y esparcieron polvo sobre sus cabezas. Siete días y siete noches estuvieron sentados cerca de él sin que ninguno de ellos pronunciase una sola palabra, hasta que el mismo Job rompió el silencio con un patético discurso, lamentándose de sus trabajos y miserias.

Al oírle expresarse de ese modo, los tres amigos calificaron de arrogante y temerario su discurso; y dando por supuesto que Dios no puede castigar aquí sino por grandes pecados, le arguyeron de haber sido un impío ó un hipó-

crita consumado; exhortándole, por lo tanto, á que se convierta á Dios, y resignándose con su voluntad, espere de ese modo los efectos de su misericordia. Job, rebatiendo estas temerarias acusaciones, niega que Dios iguale siempre en esta vida los premios y castigos con las obras de los hombres. Para dar fin á esta disputa, Dios aparece en una nube y la decide en favor de Job, condenando la indiscreción de sus amigos y ordenando á éstos que ofrezcan por ellos siete toros y siete carneros en holocausto, y que de ese modo el Señor, oyendo las oraciones de su siervo Job, y atendiendo á sus ruegos, les perdonará las necesidades que han emitido en sus respectivos discursos. Así lo hicieron, y el Señor les perdonó por la mediación de Job.

Pasado un año, durante el cual este pacientísimo varón sufrió todo cuanto de más doloroso y aflictivo pudo inventar el infierno, el Señor puso término á sus padecimientos. Los tres amigos se volvieron á sus respectivos estados llenos de agradecimiento, ya por haber aplacado al Señor de su justo enojo, por la mediación de su santo amigo, ya también por haber dejado á éste enteramente sano del estado lastimoso en que le encontraron.

Job, sano ya de todas sus llagas y de la lepra, volvió á su casa; y el Señor, no solamente le dió todo cuanto antes poseía, sino que se lo devolvió duplicado. Tuvo siete hijos y tres hijas, número igual al que había tenido antes, no duplicándolos el Señor porque los primeros vivían en la presencia de Dios, y Job, predicador de la resurrección de la carne, sabía que habían de resucitar de nuevo, por cuya razón deben contarse también duplicados. La primera de las hijas de Job se llamó *Día*, esto es, bella como el día; la segunda *Cásia*, agradable y aromática como lo es la casia; y la tercera *Cornustibia*, esto es, de peregrina hermosura. Ello es que no se hallaron en toda la tierra mujeres más hermosas que las hijas de Job.

Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, siendo todo el tiempo de su vida doscientos diez. Vió, no sólo á sus hijos, sino también á los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación, y murió rodeado de una numerosa descendencia, lleno de méritos y dejando á la posteridad el modelo más perfecto de paciencia y resignación cristiana.

LECCIÓN 15

Los israelitas oprimidos en Egipto. — Nacimiento de Moisés. — Su educación.
— Aparición del Señor. — Moisés en presencia de Faraón.

Los israelitas oprimidos en Egipto. Sesenta y cuatro años habían transcurrido después de la muerte de José. Durante este tiempo, los israelitas habíanse multiplicado tan prodigiosamente en la tierra de Gesén, que, según la Escritura, crecieron y se propagaron COMO LA YERBA.

En dicha época había sido elevado al trono de los Faraones un extranjero llamado *Ramesses* (1), que desconocía los grandes beneficios que José había dispensado al Egipto; y temeroso, por un lado, del inmenso poderío de aquel pueblo advenedizo, y ambicionando, por otro, las pingües riquezas que poseía; instado por los Egipcios, trató de debilitarlos y reducirlos casi á la esclavitud. Para ello comenzó por condenarlos á trabajar en las obras públicas, como si fueran *viles criminales*, imponiéndoles la ingrata tarea de sobar barro y fabricar ladrillos, pero en grado tan excesivo, que los pobres hebreos construyeron á Faraón dos grandes ciudades, la una llamada *Fitón* y la otra *Ramesses*. Sin embargo, los descendientes de Jacob sufrían resignados esta

(1) Otros dicen que se llamó «Amenophis,» y otros «Salatis;» pero nada puede asegurarse de cierto sobre este punto.

prueba del cielo, y protegidos por Dios, cuanto más Faraón los oprimía, tanto más crecían y se multiplicaban.

Ramesses no quería expulsar de su territorio á los israelitas porque no se resintiesen las rentas públicas que aquellos religiosamente pagaban; sólo deseaba debilitarlos, y al efecto escogió un medio bárbaro, cruel é inhumano. Mandó á las parteras egipcias que asistían en sus partos á las mujeres hebreas, que ahogasen, al nacer, á todos los niños hebreos, conservando sólo á las niñas; pero aquellas compasivas mujeres se resistieron á ejecutar una orden tan salvaje. Viendo Faraón que aquella orden cruel no daba los resultados que apetecía, persistiendo en su bárbaro intento, mandó al pueblo que arrojasen al Nilo á todos los niños que naciesen de las hebreas.

Nacimiento de Moisés. Cuando la persecución era más viva y encarnizada, Jocabed, matrona hebrea, casada con Amram, hijo de Leví, y de quien tenía una hija de nueve años, llamada María, y otro hijo de más de dos, llamado Aarón, dió á luz un tercer hijo, que conservó escondido por espacio de tres meses; pero no siéndole posible ocultarle por más tiempo, le colocó en una cestita de juncos, que cerró y embetunó del mejor modo posible; y en tal estado lo expuso en un cañaveral en la orilla del Nilo, quedando á la mira su hermanita María para ver dónde paraba.

En esta ocasión salía del palacio de Faraón su hija *Thermutis*, acompañada de sus criadas, y providencialmente se dirigió hacia el río con ánimo de bañarse, ó de pasearse, según quieren algunos expositores; y vista por ésta la cuna ó cestilla, mandó á sus sirvientas que se la trajesen. Abrióla y vió dentro de ella un niño de singular hermosura que estaba llorando. Compadecida de él, dijo: «Este debe ser alguno de los niños hebreos cuya muerte ha decretado mi padre.» Y llevada de su piedad natural, mandó que se bus-

cara una nodriza que lo criase por su cuenta. La niña María, que estaba en observación de cuanto ocurría, así que oyó la orden que daba la princesa, se acercó respetuosamente y le dijo: *Señora, yo conozco una ama de toda satisfacción; si gustais, iré al momento en su busca.* «Está bien,» contestó *Thermutis*; y la niña voló á llamar á su madre. Corrió ésta á presentarse á la princesa, oyendo de sus labios estas palabras: «Toma ese niño y criale para mí; yo te pagaré el salario.»

Su educación. Tomó la madre á su querido hijo y le crió, como un hijo de la Divina Providencia, y cuando ya era adulto lo entregó á la hija de Faraón, quien lo adoptó como hijo suyo, poniéndole el nombre de *Moisés*, que quiere decir *libertado ó extraído de las aguas*. Se cree que el hijo de Jocabed tendría catorce años cuando entró en palacio, bien instruido por sus padres en la religión y en la historia de los Patriarcas, así como de su milagrosa salvación, y de la esperanza que tenían los hijos de Israel de salir de aquella esclavitud y establecerse en la tierra de Canaán.

Durante su permanencia en el palacio de Faraón, Moisés se instruyó en las ciencias de los egipcios, en las que se hizo admirar por sus talentos, por su conducta y por su aplicación, haciendo en ellas verdaderos prodigios y extraordinarios adelantos. (1)

A los cuarenta años de edad, viendo Moisés la aflicción de su pueblo, abandonó el palacio de Faraón, declarando públicamente que no era hijo de *Thermutis*, sino descendiente de Jacob, y marchó á unirse con sus hermanos en la

(1) Algunos nos presentan á Moisés como consumado poeta, y pretenden que fué el Maestro de Orpheo, y que sirvió de modelo al mismo Homero. Lo que sí puede asegurarse con S. Esteban, es que fué muy versado en la Astronomía, ciencia muy cultivada por los egipcios,

tierra de Gesén, queriendo más vivir afligido con su pueblo, que ocupar el trono de los Faraones.

Un día que se hallaba en el campo, vió que un egipcio, capataz sin duda de los trabajos, golpeaba á uno de los hebreos sus hermanos; corrió á defenderle y en la reyerta mató al egipcio y lo escondió en la arena. Al día siguiente vió que dos hebreos reñían entre sí, y trató de ponerlos en paz diciéndoles: «Sois hermanos, no os maltratéis el uno al otro.» Mas el que injuriaba á su prójimo le respondió: «¿Quién te mete á juez de nosotros? ¿Acaso quieres hacer conmigo lo que hiciste ayer con el egipcio?» Moisés, conociendo que el hecho se había divulgado, temió que llegara á noticia de Faraón, y huyó de Egipto.

Al abandonar la tierra de Gesén, se dirigió Moisés al país de Madián, sobre las riberas del mar Rojo. Allí se casó con Séfora, hija de Jetró; y de ella tuvo dos hijos, Eliecer y Gersam.

Muerto *Ramesses*, sucedióle en el trono de Egipto *Amenophis*, quien trató con mucha más dureza á los israelitas, los cuales, no pudiendo soportar tan dura esclavitud, clamaron al cielo desde el lugar de sus penalidades. El Señor oyó benigno sus clamores y determinó poner en libertad á su pueblo y posesionarle de la tierra de Canaán prometida á los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Para esta empresa eligió Dios á Moisés como jefe y caudillo de ella.

Aparición del Señor á Moisés. Un día que Moisés pastoreaba el ganado de su suegro Jetró, llegó hasta el monte Horeb, y vió una zarza misteriosa que estaba ardiendo sin quemarse. Quiso informarse de aquel prodigio, y se dirigió al sitio donde se efectuaba; mas al aproximarse oyó una voz que le decía: «Moisés, Moisés, no te acerques acá: Deja el calzado de tus piés, porque la tierra en que estás, es santa. *Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de*

Jacob.» Entonces Moisés cubrióse el rostro por no atreverse á mirar á Dios. Y continuó el Señor: «Estoy compadecido de los hijos de Israel, y he escuchado sus clamores: ven, te enviaré á Faraón para que saques de Egipto á mi pueblo y le conduzcas á una tierra que mana leche y miel.»

Moisés, estremecido por la difícil empresa que se le encomendaba, contesta al Señor: «Pero ¿quién soy yo para ir á Faraón y proponerle semejante negocio?» «Vé, continuó el Señor, reúne á los ancianos de Israel y diles de mi parte cuanto has oído.»— «No me creerán, Señor,» responde Moisés.» «Si no te creen al primer prodigio que harás en mi nombre, díjole entonces el Señor, te creerán al segundo, y si nó al tercero; y tú desde ahora quedas autorizado para hacerlos.» «Perdonadme, Señor, le instó aún Moisés: tened en cuenta que no sé ni hablar, pues desde que os he oído he quedado tartamudo.» «Pues bien, díjole entonces el Señor, tu hermano Aarón es elocuente; él hablará por tí al pueblo y será tu boca. Toma en tu mano esta vara con la que has de hacer los prodigios.»

Al mismo tiempo que Moisés se despedía de su suegro Jetró y su esposa Séfora, salía Aarón, por orden de Dios, de la tierra de Gesén, viniendo á unirse los dos hermanos al pié del monte Horeb; y allí conferenciaron sobre la delicada misión que el cielo les había encargado, regresando enseguida juntos á la tierra de Gesén.

Moisés y Aarón congregaron á todos los ancianos de Israel, según la orden de Dios, y en su presencia demostraron con admirables prodigios la divinidad de su misión. Los ancianos y el pueblo todo creyó por estos prodigios que era llegado el momento de su libertad; y postrados en tierra, adoraron llenos de júbilo al Dios de Israel.

Moisés en presencia de Faraón. Acompañado de su hermano Aarón presentóse Moisés á Faraón expo-

niéndole, en nombre de Dios, que permitiera salir al pueblo de Israel de Egipto con dirección al desierto, para allí ofrecer sacrificios á su Dios. Sorprendido Faraón con semejante demanda, contestó con el mayor desenfado: «Que no conocía al Dios en cuyo nombre le hablaban, y que no permitiría jamás la salida de los hebreos de sus estados.»

Apénas salieron Moisés y Aarón del palacio de Faraón, dió este una orden á los sobrestantes de los trabajos donde gemían los israelitas, para que sobrecargaran más y más las faenas de éstos. Entonces los hebreos, llenos de ira y desesperación, se dirigieron á sus presuntos salvadores Moisés y Aarón, acriminándoles como causantes del recargo de sus penalidades. Entonces Moisés y Aarón se dirigieron á Dios en demanda de auxilio, y el Señor les ordenó que segunda vez se presentasen á Faraón, insistiendo nuevamente en la libertad de su pueblo.

El rey les exigió alguna prueba de su misión, y al momento Aarón echó delante del rey la vara de Moisés en el suelo, quedando convertida en serpiente. El rey llamó al punto á los encantadores ó hechiceros, y éstos echaron también sus varas al suelo, convirtiéndose éstas en dragones; pero la serpiente de Moisés se engulló los dragones de los hechiceros, y volvió á convertirse en vara. Estos prodigios de los enviados del Señor nada influyeron en el ánimo de Faraón para conceder la libertad á los israelitas; por lo cual el Señor se vió en la precisión de castigarle, por medio de Moisés, con tremendos castigos, conocidos vulgarmente con el nombre de *Plagas de Egipto*.

LECCION 16

Plagas de Egipto.—Cordero pascual.

Plagas de Egipto. Negándose Faraón á la justa demanda que repetidas veces habíale hecho Moisés y Aarón en nombre del Señor, vinieron sobre el Egipto multitud de plagas y calamidades sin cuento. Fué la *primera* la conversión de todas las aguas del Egipto en sangre, la cual plaga duró por espacio de siete días. Mas á pesar de eso, Faraón persistió en su negativa; en vista de lo cual, los delegados de Dios, Moisés y Aarón, hicieron que viniera sobre los egipcios una *segunda* plaga, consistente en una asquerosa invasión de ranas que todo lo infestaban, calles, plazas, estrados, aposentos y comidas, llegando la infección y la repugnancia hasta el trono del mismo rey; tanto, que Faraón se vió precisado á llamar á Moisés y á Aarón y suplicarles que librasen á su reino de aquella nauseabunda plaga y él daría libertad al pueblo de Israel. Moisés oró al Señor, y las ranas murieron; pero así que Faraón se vió libre de ellas, se retractó de su palabra y no dejó salir á Israel.

Grande era la obstinación del tirano de Egipto en no permitir la salida de los hebreos; pero Dios lo había así dispuesto y..... ¿quién es el hombre, aunque se llame Faraón, para oponerse á los designios de su Dios? Al momento ordenó el Señor á Moisés que cubriese todo el Egipto de cínifes, pero tan molestos, que ni hombres ni bestias podían sufrirlos. Esta fué la *tercera* plaga. Y no bastando ésta para vencer la obstinación del Rey, mandó la *cuarta*, que consistió en una invasión general de moscas

tan nocivas y venenosas que, por segunda vez, el soberbio monarca se vió precisado á llamar á Moisés y Aarón, prometiéndoles la salida de Israel si los libraba de aquella plaga que tanto los mortificaba. Así lo hizo Moisés; pero tampoco esta vez tuvo Faraón palabra de Rey, pues se endureció su corazón y no concedió la libertad que había prometido al pueblo de los patriarcas.

Por sexta vez se presentó Moisés en palacio con la misma pretensión, y por sexta vez se resistió el monarca á los mandatos de Dios; por cuyo motivo lo castigó con la *quinta* plaga, haciendo venir una asoladora peste sobre los animales, pereciendo en ella todas las bestias de los egipcios. Mas, á pesar de esto, nada se consiguió del pertinaz monarca; viniendo sobre sus súbditos la *sexta* plaga, consistente en unas úlceras cancerosas que producían agudísimos dolores, y tampoco dió resultado satisfactorio. Vino la *sétima*, que fué un horroroso granizo que asoló los campos y destruyó los frutos, dando el mismo resultado negativo; lo mismo que la *octava*, que fué una invasión de langosta que destruyó completamente lo poco que había dejado el granizo.

Y, en fin, la misma obstinación se observó en Faraón en la *novena*, que consistió en unas densísimas tinieblas que tuvieron á todo Egipto en una prolongada noche durante tres días consecutivos. Pasados los tres días de tinieblas, mandó Faraón que se presentaran en palacio Moisés y Aarón; los cuales, obedeciendo al punto, oyeron de lábios del monarca que podían salir de sus estados, dejando en ellos sus ganados vacuno y lanar. A lo que Moisés contestó con energía que en Egipto no había de quedar ni una sola pezuña.

Al oír Faraón esta respuesta, se enfureció de tal modo que prohibió, bajo pena de la vida, que se presentaran más en su palacio Moisés y Aarón. Al despedirse Moisés

del obstinado monarca, le prometió no volver á ver su rostro; pero le predijo la *décima* y última plaga, que fué la prueba más terminante de que en vano el hombre pone obstáculos á los decretos de Dios.

Cordero pascual. Moisés ordenó á todos los israelitas, hombres y mujeres, niños y ancianos, que se reuniesen en la tierra de Gesén, en la ciudad de Ramesses y sus cercanías, llevando consigo todos sus bienes y ganados. Así que estuvieron reunidos, publicó por orden del Señor el modo cómo habían de celebrar la PÁSCUA, ó sea el paso del Señor quitando la vida á los primogénitos egipcios, que era del modo siguiente: «Cada cabeza de familia, les dijo, tomará el día décimo del mes *Nisán* un cordero de un año, sin mancha, ó, en su defecto, un cabrito; y el día *catorce* del mismo mes lo sacrificará al Señor, rociando con su sangre los postes y el dintel de la puerta de su casa. No le comeréis ni crudo, ni cocido, sino asado, entero, con intestinos y cabeza y sin quebrarle hueso alguno; y si os sobra alguna cosa de él, la consumiréis en el fuego. En la comida usaréis *pan ácimo* ó sin levadura, y lechugas silvestres. Lo comeréis vestidos de caminantes, ceñidas bien las ropas, calzadas vuestras sandalias, de pié, con los báculos en las manos y en actitud de marchar, que en aquella noche pasará el Señor quitando la vida á todos los primogénitos de Egipto.»

Los hijos de Israel cumplieron esta orden de Dios con la mayor exactitud; y cuando estuvieron ya señaladas las puertas de todas sus casas con la sangre del cordero, en medio de la noche el ANGEL EXTERMINADOR hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto, desde el primogénito de Faraón hasta el de la más humilde esclava, así como también á todos los primogénitos de las bestias. En aquella noche de horror y de espanto murió lo más florido de Egipto, que eran los primogénitos; así es que era horri-

ble el clamor en todo el reino, pues no había casa alguna donde no hubiese algún muerto. Faraón vió su palacio regado con la sangre del príncipe su heredero; y lleno de terror, á pesar de la prohibición que pocos días antes había hecho á Moisés de presentarse ante su vista, mandó llamarle con toda urgencia, á cuya llamada obedeció el enviado de Dios, pues si bien había ofrecido á Faraón no ver más su rostro, esta protesta fué hecha en el sentido de no volver más á palacio espontáneamente; pero siendo ahora llamado por el monarca, debía presentarse á concluir el combate incoado con Faraón.

Así que Moisés, acompañado de su hermano Aarón, se presentó al aterrado monarca, éste les dijo: «Salid cuanto antes de mi reino, dáos prisa; salid esta misma noche vosotros, vuestros hijos, vuestros bienes y vuestros ganados.» Los egipcios, yertos de miedo y espanto, instaban también á los israelitas para que saliesen al instante; y éstos, recogiendo todos los enseres que en Egipto tenían, salieron de Ramesses y emprendieron su viaje hacia el desierto.

LECCIÓN 17

Salida de los israelitas de Egipto.—Paso del mar Rojo.—Maná.

==Llegada de los hebreos al monte Sinaí.

Salida de los israelitas de Egipto. Hacía *doscientos quince* años que Jacob, llamado por su hijo José aconsejado por el cielo, abandonaba el renombrado valle de Mambré para ir á instalarse en la tierra de Gesén. Desde aquella época, la familia del Santo Patriarca habíase aumentado tan prodigiosamente, que ya formaba un numeroso pueblo compuesto de más de *tres millones* de habitantes.

Al rayar el alba del día 15 del mes Nisán, del año 2438 de la creación del mundo, y mientras los egipcios se ocupaban en enterrar los muertos causados por el *Angel exterminador*, salía todo este numeroso pueblo de la ciudad de Rameses con dirección al desierto. Precedíanle todos sus ganados y multitud de acémilas cargadas con todos sus bienes y riquezas, entre las que contaban como de mayor valía los *huesos de Jose*: iban capitaneados por su caudillo Moisés. El Señor iba delante de ellos indicándoles el camino por medio de una nube que de día les hacía sombra y de noche les suministraba una clarísima y abundante luz.

Su primera etapa fué hasta la ciudad de Etam, en los confines del desierto. De Etam emprendieron la segunda jornada hasta acercarse á las márgenes del mar Rojo.

Aquí se hallaban los israelitas teniendo á su frente el mar Rojo, y á derecha é izquierda escarpadas y colosales montañas, cuando volviendo su vista atrás vieron con sorpresa que eran seguidos de cerca por un numeroso ejército compuesto de más de un millón de combatientes. Era el ejército de Faraón; pues arrepentido éste de haber dado libertad al pueblo de Dios, salió en su persecución con ánimo de hacerle retroceder y reducirlo nuevamente á su ominosa esclavitud.

Cuando el pueblo de Israel vió que Faraón con todo su ejército le perseguía de cerca, se llenó de luto y de consternación creyéndose nuevamente víctima de su opresor; y poniendo el grito en el cielo se dirigió contra Moisés y Aarón, diciéndoles: «¿Por ventura no había sepulcros en Egipto, para traernos á morir en el desierto?» Moisés escuchó á su pueblo este lenguaje, empleado por el exceso de temor, y animándole, le contestó: «Estad firmes y tened buen ánimo, que hoy veréis maravillas del Señor, pues á los egipcios que ahora os persiguen, pronto no los volveréis á ver más.» Con esto mandó levantar el campamento y se-

guir la marcha. La nube que los guiaba pónese en movimiento, á retaguardia de ellos, cubriéndoles de ese modo á la vista de los egipcios.

Paso del mar Rojo. Así que los israelitas llegaron á las orillas del mar Rojo, Moisés extendió su vara sobre las aguas, y éstas se dividieron formando dos gruesas murallas á derecha é izquierda, y en el centro un camino suave y espacioso. Entró el pueblo de Israel por este camino, y marchando toda la noche por medio del mar, llegó á las tres de la madrugada á la orilla opuesta, habiendo hecho una travesía de cinco leguas de camino. La nube caminaba siempre en pos de ellos ocultándolos de los egipcios, y sirviéndoles por el extremo opuesto de brillante antorcha que iluminaba todo el trayecto.

Cuando los egipcios llegaron al campamento hebreo, advirtieron que sus moradores habían levantado los reales, y siguiendo sus huellas, entraron sin detenerse en el camino milagroso del mar, no construído para ellos. Aquí, sin duda, quiso conducirlos el Señor para descargar sobre ellos el último golpe de su divina venganza. Al punto que los egipcios se aproximaban á la ribera opuesta, abrióse de repente la nube que guiaba al pueblo hebreo, comenzando á descargar sobre el ejército de Faraón relámpagos y truenos tan espantosos, que derribaron á caballos y caballeros. En medio de la más espantosa consternación, comenzaron á gritar los egipcios: «¡Huyamos de Israel, porque el Señor pelea por ellos contra nosotros!» Pero ya era tarde: su exterminio estaba ya decretado. En el instante mandó Dios á Moisés que extendiera sus manos sobre el mar; y las montañas de agua que á derecha é izquierda se hallaban detenidas, volvieron á juntarse, cayendo de repente sobre los egipcios, y sepultándolos para siempre en los abismos; no quedando uno solo de aquella multitud de combatientes, para llevar á Egipto la noticia de tan espantosa catástrofe,

Entonces fué cuando Moisés, arrebatado por la inspiración y acompañado de todo el pueblo, elevó al cielo aquel cántico sublime que todavía se conserva en nuestra Liturgia: «Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido sumergiendo en el mar al caballo y al caballero.

Al día siguiente de este acontecimiento memorable, prosiguió el pueblo su camino, guiado siempre por la misteriosa y benéfica nube, hasta llegar á Elim, sitio ameno y delicioso, donde encontraron setenta palmas y doce fuentes de limpias aguas, y después de acampar algún tiempo en este sitio agradable, siguieron su ruta hasta el desierto de Sin. Ya llevaban un mes de jornada los israelitas; y como eran tantos en número, habíanse consumido las vituallas y comestibles.»

Aquí volvió á murmurar el pueblo contra Moisés y Aarón, los que, acudiendo á Dios, obtuvieron de Él aquella misma tarde una multitud de codornices, cuyas carnes comieron á placer.

Maná. A la mañana siguiente del día á que nos hemos referido, vióse el campamento rodeado de una especie de rocío que cubrió la superficie de la tierra, y sobre él inmensa multitud de granitos blancos, que, unidos unos á otros, formaban como una escarcha congelada. Cuando vieron esto los israelitas, se preguntaron admirados: «¿*Maná*?,» que quiere decir «¿qué es esto?» «Esto es, les dijo Moisés, el pan que os dado el Señor para comer. Recoja cada uno lo suficiente para un día, un *gomor* por cada persona.» Al punto se desparramó la multitud recogiendo lo que pudieron. Advirtióles también Moisés que nada guardasen para el día siguiente; pero no faltaron desconfiados que conservaron parte de ello, hallándolo al otro día podrido y lleno de gusanos.

También les advirtió Moisés que dicho manjar no cae-

ría los sábados, y que así el viernes recogieran dos *gomores* por persona; siendo de admirar que así como lo que cogían con exceso en cualquier día de la semana, se corrompía; la doble ración que cogían los viernes se conservaba sin la menor mudanza. Para comer este misterioso manjar, lo molían en piedras ó morteros, lo cocían en ollas, y hacían unos panecillos que tenían un sabor delicado, muy parecido al pan cocido de aceite y miel; si bien después perdió este sabroso gusto para los malos israelitas, aumentando su melifluidad para los buenos.

Este alimento del cielo estuvo cayendo constantemente todas las noches al rededor del campamento por espacio de cuarenta años, esto es, hasta que los israelitas se establecieron en la tierra de promisión, como de ello hablaremos en otro lugar. Y para que las generaciones venideras conocieran este prodigioso manjar con que el pueblo de Israel fué alimentado durante su peregrinación por el desierto, mandó Dios á Moisés que conservara, guardado en el arca, un *gomor* de *maná* en un vaso de oro, como así lo practicó.

Varios días llevaba el pueblo de Dios acampado en Sin, saboreando el delicioso manjar bajado del cielo, cuando la nube que era su guía se puso en movimiento dirigiéndose á los desiertos del Sinaí. Durante este trayecto llevó á cabo Moisés el admirable prodigio de hacer brotar agua del peñasco de Horeb á un simple golpe de su vara, así como también la derrota de los Amalecitas, que querían impedir la marcha del pueblo de Dios, llevada á cabo por Josué, por la mediación de Moisés, que durante la acción estuvo constantemente pidiendo al cielo el triunfo de su pueblo.

Llegada de los hebreos al monte Sinai. Ya se aproximaban los descendientes de Israel á las cercanías del Sinaí, cuando Moisés fué sorprendido por una visita tan grata como inesperada: fué la de su suegro Jetró, que, acom-

pañado de su hija Séfora, esposa de Moisés, y de sus nietos Gersam y Eliecer, llegó al campamento.

Después de algunos días de descanso, y de algunas instrucciones que el experimentado Jetró dió á su yerno sobre el gobierno del pueblo, regresó aquél á su tierra de Madián, quedándose Séfora y sus hijos en compañía de Moisés.

A los cuarenta y siete días de su salida de Egipto llegaron los israelitas al desierto del Sinaí, fijando su campamento á corta distancia del famoso monte escogido por Dios como teatro donde iba á ofrecer al mundo los espectáculos más estupendos.

Moisés, así que llegó, se retiró á orar en este monte, y estando en oración oyó la voz del Señor que le mandaba decir á los hijos de Israel: «Que si guardaban sus mandamientos, serían para el Señor una porción escogida entre todas las naciones del mundo, un reino sacerdotal y una nación santa.» Moisés lo hizo saber así al pueblo, y éste respondió gritando: «Haremos todo lo que quiera el Señor.»

En consecuencia de esta actitud del pueblo, Moisés mandó que lavasen sus ropas y se purificasen en aquel día y en el siguiente, porque el día tercero bajaría el Señor sobre el monte, viéndolo todo el pueblo; advirtiéndoles que se guardasen de subir á él ni tocar sus límites, porque todo el que los traspasase moriría, ya fuese hombre, ya fuese bestia.

LECCIÓN 18

Promulgación de la ley. = Idolatría general.

Promulgación de la ley. Dos días llevaban los israelitas acampados en las cercanías del Sinaí, cuando al

amanecer del día tercero vieron atónitos que una majestuosa y densa nube comenzaba á cubrir toda la montaña; y de repente, un horroroso estruendo de truenos y relámpagos resuena en la cima del monte, que parece convertirse en una montaña de fuego. Después de este espectáculo, tan grandioso como aterrador, óyese el sonido penetrante de una bocina que llama al pueblo á reunirse en el monte; mas el pueblo, lleno de terror y de espanto, no se atreve á salir de sus pabellones, hasta que animado por Moisés, salió todo él silencioso á colocarse en la llanura que había al pié de la tremenda montaña. Un silencio sepulcral reinaba en el campamento de Israel. Entonces el Señor, que había descendido á la cumbre del monte, dejó oír su potente voz con estas majestuosas palabras, que todo el pueblo escuchó: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto y de la esclavitud.—No tendrás dioses ajenos delante de mí, ni los adorarás.—No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios.—Acuérdate de santificar el Sábado.—Honra á tu padre y á tu madre, y vivirás largos años sobre la tierra.—No matarás.—No fornicarás.—No hurtarás.—No dirás contra tu prójimo falso testimonio.—No desearás la mujer de tu prójimo.—No codiciarás su casa, ni su tierra, ni cosa alguna que le pertenezca.»

Así habló el gran Jehová en la cumbre del Sinaí; y al momento que hubo terminado, volvióse á repetir nuevamente el espantoso y aterrador aparato de truenos y relámpagos, así como también á oírse el penetrante sonido de la bocina; por lo que atemorizado el pueblo, se retiró lleno de espanto á lo lejos del monte, rogando á Moisés que recibiera él las órdenes del cielo y que ellos las observarían puntualmente en todo cuanto el Señor ordenara.

Moisés penetró en aquella densa oscuridad, y puesto en comunicación con Dios, Éste le dictó gran parte de las leyes que habían de regir á su pueblo, así como también todo

lo concerniente al culto y sacrificios que habían de ofrecerle; el plano del Tabernáculo en que habían de ofrecerse; qué ministros los habían de ofrecer, y con qué vestidos, ritos y ceremonias habían aquéllos de administrar y ofrecer dichos sacrificios; entregándole, por último, dos tablas de piedra donde se hallaban consignados por escrito todos los preceptos que poco antes había, de palabra, intimado á su pueblo con tanta grandeza y majestad.

Idolatría general. Cuarenta días permaneció Moisés en el Sinaí comunicándose con su Dios: el pueblo, mientras tanto, viendo que tardaba en volver, se amotinó contra su hermano Aarón, diciéndole: «Moisés tarda en volver á nosotros, y nos hallamos sin Dios y sin caudillo que nos guíe por el desierto; haznos, pues, dioses que vayan delante de nosotros y nos conduzcan á nuestro destino.»

Aarón no tuvo bastante energía para oponerse á esta locura, y se contentó con pedirles las alhajas de oro de sus mujeres é hijas, en la creencia de que no se desprenderían de ellas; pero se engañó, pues aquel pueblo, idólatra por instinto, le entregó al momento todo el oro que había pedido. Aarón lo derritió al fuego y mandó fundir un ídolo en figura de un becerro.

Al momento que lo vieron los hijos de Israel, locos de contento prorrumpieron en gritos de entusiasmo proclamando á su nuevo dios y diciendo: «Hé aquí tus dioses ¡oh Israel! que te sacaron de Egipto.» Llegando su estúpida idolatría hasta ofrecerle sacrificios y celebrar fiestas en su obsequio.

El Señor, que contemplaba este escándalo tan atroz, dijo á Moisés: «Baja, que tu pueblo ha prevaricado: sí, el pueblo que sacaste de Egipto se encuentra en este instante dando incienso y ofreciendo sacrificios á un BECERRO DE ORO.

Moisés, traspasado de dolor con semejante noticia, bajó

del monte trayendo en sus manos las dos tablas de la ley; se reunió con Josué, que lo esperó durante los cuarenta días á la falda del monte, y al aproximarse al campamento vieron con horror que aquel pueblo, ébrio de placer y de idolatría, cantaba y danzaba en derredor de un becerro colocado sobre una gran columna.

Moisés, á pesar de la gran mansedumbre que le distinguía de los demás hombres, no pudo llevar con paciencia este insulto tan atroz que hacían á su Dios; y arrebatado de un celo santo por su nombre y por su gloria, arrojó las tablas que traía en sus manos, queriendo antes hacerlas cien pedazos que entregarlas á un pueblo idólatra. Corre hácia el becerro, lo derriba y lo convierte en polvo que, mezclado con agua, hace beber á los idólatras; y no contento con esto, llevado de un furor santo, manda á los hijos de Leví, que no habían cooperado á la idolatría, que le acompañen, y acometiendo los levitas á los prevaricadores de la Ley recientemente promulgada en el Sinaí, pasaron á filo de espada á 23.000 idólatras.

Pero el Señor aun no se daba por satisfecho con este castigo, pues quería exterminar por completo á tan ingrato pueblo y elegir otro más digno de sus favores y de su predilección; pero Moisés oró, suplicó, lloró y pidió tanto y con tanto fervor por su pueblo, que al fin el Señor le libró del exterminio.

Reconciliado el Señor con su pueblo, gracias á la intercesión de Moisés, y siendo preciso renovar las Tablas de la Ley, que éste, arrebatado de una santa indignación, al ver la idolatría de su pueblo, había destruído; fué llamado otra vez Moisés por el Señor á la cumbre del Sinaí, llevando consigo dos tablas semejantes á las primeras para que Dios grabara nuevamente en ellas su divino DECÁLOGO.

Otros cuarenta días estuvo Moisés en comunicación con Dios, sin tomar durante ese tiempo ningún género de

alimento. En esos días recibió nuevas instrucciones del Señor, bajando del monte para consignarlas por escrito y dar comienzo á la construcción del TABERNÁCULO.

LECCION 19

Descripción del Tabernáculo.—Arca del Testamento y demás obras destinadas al culto del Señor.—Primeros sacerdotes.—Vestiduras sacerdotales.—Sacrificios de los hebreos.

Descripción del Tabernáculo. Era el Tabernáculo un templo portátil, un suntuosísimo Santuario de quince varas de largo, seis de ancho y cinco de alto: estaba construido de maderas incorruptibles, cubierto por dentro y fuera de planchas de oro, y sostenido por fuertes columnas de plata. Su techo lo formaba un riquísimo cortinón primorosamente bordado y recamado de oro, sobre el cual había otros tres formados de pieles de animales para defenderlo de las lluvias y demás fenómenos atmosféricos.

Estaba dividido en dos cuerpos por medio de una riquísima cortina de jacinto, púrpura y grana: el cuerpo interior se llamaba lugar *Santísimo* ó *Sancta Sanctorum*, en el cual sólo podía entrar el *Sumo Sacerdote* una vez en el año. En este lugar se hallaba depositada *el Arca Santa* ó de la *Alianza*; las *Tablas de la Ley*, y el vaso del *maná*. En el exterior, que se llamaba *Lugar Santo* ó *Santuario*, hallábase el candelabro de oro, el altar de los perfumes y la mesa de las ofrendas. En este lugar sólo entraban los sacerdotes.

Arca del Testamento y demás obras destinadas al culto.—**Arca del Testamento.** Era de madera de setim, de cinco cuartas de larga, tres de ancha y tres de alta, cubierta toda ella por dentro y fuera de

planchas de oro purísimo: su cubierta era notable, pues la formaban dos preciosos querubines de oro macizo, que con sus alas formaban un preciosísimo trono, llamado *Propiciatorio*, donde brillaba la gloria de Dios, y desde cuyo punto emitía sus órdenes y daba sus oráculos. = *Candelabro*. Era éste un candelabro de oro con seis brazos, tres á cada lado, y además uno en el centro, donde se collocaban otras tantas lámparas también de oro, para que durante la noche alumbraran el templo. = *Altar de los perfumes*. También estaba construido de madera de setim, cubierto de planchas de oro. Sobre este altar se quemaba el incienso por la mañana y el perfume perpétuo por la noche. = *Mesa de las ofrendas*. Era de la misma madera incorruptible, guarnecida también de planchas de oro; en ella se collocaban los *doce panes de la proposición*, que eran las ofrendas que hacían perpetuamente las doce tribus de Israel.

Todo el Tabernáculo estaba rodeado de un espacioso *Atrio* formado por sesenta columnas de cinco varas de altura, cubiertas con láminas de plata y basadas sobre bronce. En este sitio, y delante de la entrada del Tabernáculo, hallábase el gran baño ó *mar de bronce* para las purificaciones, y al otro lado el *Altar de los holocaustos* y demás enseres necesarios para los sacrificios.

Primeros sacerdotes. Aunque toda la tribu de Leví fué destinada por el Señor para su servicio; sin embargo, de todas las familias que la componían, solamente la de Aarón fué llamada al Sacerdocio, siendo él y sus hijos los primeros sacerdotes, cuya dignidad se hizo hereditaria en sus respectivas familias.

Vestiduras sacerdotales. Las vestiduras é insignias sacerdotales eran: Una *túnica* de color de jacinto, de cuyas extremidades pendían gran número de granadas de oro, primorosamente labradas é intercaladas con campanillas del mismo metal. Un *cinturón*, también bordado y re

camado de oro. La *Tiara*, en la que el *Sumo Sacerdote* llevaba grabada una plancha de oro en el sitio que le cubría la frente, en cuya plancha estaban escritas estas palabras: *La Santidad del Señor*. El *ephod*, que era un tejido ricamente bordado que pendía de los hombros del *Sumo Sacerdote* y le cubría todo el pecho. El *racional*, que era una especie de pectoral que ocupaba el medio del *ephod*, y en el que estaban sujetas doce piedras preciosas, en cada una de las cuales se hallaba el nombre de una de las tribus de Israel. Al lado de estas doce piedras preciosas destacábase el *Urim y Thumin*, que consistía en dos preciosas esmeraldas, en las que iban grabadas estas dos palabras hebreas, que significan *Doctrina y Verdad*.

Sacrificios de los hebreos. Varios fueron los sacrificios mosáicos, entre los cuales merecen especial mención los siguientes: el *pacífico*, el *expiatorio*, el *holocausto* y el *perpétuo*. Sacrificio *pacífico* era aquel que se ofrecía á Dios para alcanzar algún beneficio ó para darle gracias por los recibidos. El *expiatorio* era el que se ofrecía para satisfacer por las culpas y aplacar la ira del Señor. El *holocausto* era aquel que se ofrecía á Dios para reconocer su absoluta soberanía y poder sobre todas las criaturas; por cuya razón en este sacrificio se consumía toda la víctima, á diferencia de los otros en los que una parte guardaba el sacerdote para su manutención, y otra parte se entregaba al oferente.

Por último, el *sacrificio perpétuo* era el que se hacía todos los días, y consistía en inmolar dos corderos por la mañana, cuando rayaba la aurora, y otros dos al anochecer, ofreciéndose al mismo tiempo cierta cantidad de harina de flor, y derramándose delante del altar una medida determinada de vino y aceite, lo que tenía el nombre de *Libamina*.

LECCIÓN 20

Salida de los hebreos del monte Sinaí.=Peregrinación por el desierto.=
Sublevaciones.=Castigos.=Muerte de Aarón.

Salida de los hebreos del monte Sinaí. Más de once meses llevaban los israelitas acampados al pie del renombrado monte Sinaí, cuando la nube que los guiaba, trasladándose desde el Tabernáculo hasta los pabellones de la tribu de Judá, que siempre marchaba á vanguardia de las demás, dió la señal de partida. Apenas se observó esta señal, el pueblo todo se puso en movimiento, y levantadas sus tiendas y recogidas las diversas piezas que componían el Tabernáculo, llevada en hombros el *Arca Santa* por los levitas de la familia de Caat, el favorecido pueblo de Israel emprendió la marcha hácia el desierto de Farán.

Tres días llevaba de marcha este pueblo afortunado, en medio del mayor orden y contento, cuando algunos vagamundos, dejando sus líneas, comenzaron á rezagarse, impidiendo así la ordenada marcha de los pabellones de Israel. Al ver el Señor esta conducta tan criminal como inexcusable, se irritó contra ellos, y mandando del cielo una columna de fuego, destruyó al instante aquella canalla de holgazanes; alejándose cuanto antes el ejército y pueblo de Israel de aquel infausto sitio, que recibió el nombre de *lugar del incendio*. En la tarde de ese mismo día la nube misteriosa hizo alto, conociendo los israelitas que allí debía verificarse su primera mansión, como así lo hicieron.

Aun humeaba el fuego que había abrasado á los delincuentes en el *lugar del incendio*, cuando algunos israelitas, instigados por varios extranjeros que habían querido seguir la suerte del pueblo de Dios á su salida de Egipto,

comenzaron á lamentarse de aquella vida nómada, y de aquella vianda fastidiosa (para ellos) llamada *maná*: y bajo este pretexto acudieron á Moisés diciéndole que se acordaban mucho de las viandas que dejaron en Egipto, especialmente de las ollas de carne, de los pescados y de las cebollas y puerros que allí comían. «Y ¿quién nos dará aquí carnes, decían, para comer? Estamos ya fastidiados de este dichoso *maná* que nos persigue por todas partes.»

Moisés, al oír aquellas quejas tan infundadas, llenóse de indignación, y dirigiéndose á Dios, le dijo: «Señor, yo solo no puedo dirigir á este pueblo.» El Señor, compadecido de su siervo é irritado contra los murmuradores, mandó á Moisés que formara un senado, compuesto de setenta ancianos de las doce tribus de Israel, y que Él les infundiría su espíritu para que le ayudasen á llevar el peso del gobierno; dando á este senado de ancianos el nombre de *Sanedrín*. En cuanto á los murmuradores, al día siguiente mandó el Señor sobre aquella comarca tal número de codornices, que la tierra quedó cubierta de dichas aves, pero tan gordas que difícilmente podían volar. Durante un mes pudieron los israelitas hartarse de aquella carne, pues todo ese tiempo duró la aparición de dichas aves; pasado el cual, vino sobre ellos tal mortandad que ni uno solo de los murmuradores quedó con vida; llamando por esa causa á aquel lugar de exterminio *sepulcros de la concupiscencia*.

Mucho sentía Moisés las murmuraciones de su pueblo; pero mucho más hirió su corazón la noticia de que también sus mismos hermanos María y Aarón le zaherían á causa de algunas rencillas habidas con su mujer Séfora. Moisés, sin embargo, ni una sola queja dirigió al cielo por esta ofensa de sus hermanos; pero el Señor se encargó de castigarla cubriendo á María de una asquerosa lepra, de la que no quedó limpia hasta después de siete días, gracias á la intercesión y ruegos de Moisés.

Sublevaciones. Cuantos acontecimientos llevamos hasta aquí relatados, tuvieron lugar en el desierto de Farán y punto de Haserot. De aquí se dirigieron los israelitas á Rethma y Cades, lugares muy próximos á la tierra de Canaám. Aquí el Señor quería dar ya sus disposiciones para que su pueblo emprendiese la conquista de la *tierra prometida*; pero este pueblo, siempre ingrato y desconfiado con su Dios, quiso antes explorar el terreno que había de conquistar.

Moisés, demasiado condescendiente con su pueblo, accedió á sus deseos, y por orden de Dios mandó doce exploradores, uno por cada tribu, para que fuesen á reconocer el país de que muy en breve iban á posesionarse. Así lo verificaron; y al cabo de cuarenta días regresaron los exploradores á Cadesbarne, trayendo consigo quesos, higos y hermosas granadas, pero sobre todo un enorme racimo de uvas, de tales dimensiones, que fué preciso atravesarle una pértiga y cogerlo en hombros de dos exploradores (1) para conducirlo.

A su regreso, todo el pueblo rodeó á los exploradores preguntándoles con gran curiosidad por el país; á lo que ellos contestaron: «Juzgad de él por sus frutos: el país verdaderamente mana leche y miel; pero se halla habitado por unos hombres que son verdaderamente gigantes; tanto que á su lado nosotros parecemos unas hormigas. Además todas sus entradas están fortificadas con soberbias murallas, y no es posible franquearlo por parte alguna.»

Al oír esto, todo el pueblo, consternado, empezó á murmurar contra Moisés y Aarón, diciendo: «¿Por qué nos sacaste de la esclavitud? ¿No era mejor que hubiéramos muerto en Egipto ó en esta soledad, que no al filo de la espada de esos gigantes, y ver en el cautiverio á nuestras

(1) Dícese que fueron Josué y Caleb.

mujeres y á nuestros hijos? Elijamos de entre nosotros un caudillo que nos conduzca á Egipto.» En vano Moisés y Aarón quieren apaciguarlos hasta ponerse de rodillas delante del pueblo sublevado; inútilmente Josué y Caleb, exploradores fieles, quieren desmentir á los infames impostores; no es posible. El pueblo enfurecido clama contra ellos y se pone en actitud de apedrearlos.

En esta actitud sediciosa hallábase el pueblo de Israel, cuando Dios, por medio de la nube misteriosa, manifiesta su grande irritación contra su pueblo; manda llamar á Moisés, y le dice: «¿Hasta cuándo me va á desacreditar este pueblo? Voy á exterminarle de la tierra; y á tí te haré caudillo y príncipe de otro pueblo.» Moisés, que era el hombre más amante de su pueblo, se postró delante del Señor para interceder por él, y de tal modo lo hizo, que conmovió las entrañas de su divina misericordia.

Castigos. Aplacado el Señor por las oraciones de su siervo, perdonó á los israelitas; pero como tantas y tan repetidas habían sido sus prevaricaciones, los condenó á que ninguno de ellos de veinte años arriba entrara en la *tierra de promisión*, quedando reservada esta gloria para sus hijos.

Mucho sintieron los hijos de Israel esta terrible sentencia. Lloraron, suplicaron, pidieron mucho; pero todo en vano: era sentencia del gran Jehová, y su fallo era irrevocable. Pronto principió á cumplirse; pues los diez exploradores, causa del motín popular, heridos súbitamente por Dios, cayeron muertos ante la multitud.

Los israelitas, viendo que por su causa quedaban privados de una tierra que ya tocaban con las manos, concibieron ¡insensatos! el temerario proyecto de conquistarla por solas sus fuerzas. ¡Descabellada empresa! No bien la hubieron acometido, cuando pereció al filo de la espada de los Amalecitas lo mejor y más florido del ejército de Israel.

Destruído el ejército, consternado el pueblo, y acompañado de los llantos de mujeres y niños, el proscrito pueblo de Israel, lleno de tristeza tuvo que internarse nuevamente en el desierto, hasta cumplir el tremendo anatema que sobre él pesaba. Pero ni aun así terminaron sus conspiraciones y maldades. Al poco tiempo de internarse en el desierto se desencadenó contra Moisés y Aarón la más terrible de las sediciones: ésta fué la dirigida por *Coré, Datán y Abirón*. quienes querían usurpar la *jefatura civil y eclesiástica*, hasta entonces desempeñada, por mandato de Dios, por Moisés y Aarón. Pero si terrible fué aquella conjuración tramada contra los representantes de Dios, no fué menos terrible y espantoso el castigo que vino sobre los criminales; pues abriéndose la tierra, sepultó vivos á Coré, Datán y Abirón, con sus mujeres, hijos, tiendas y pabellones, sin que jamás volvieran á contarse semejantes familias en las tribus de Rubén y Leví á que pertenecieron.

Treinta y ocho años llevaban los israelitas peregrinando por el desierto. Durante ese tiempo ya habían muerto casi todos los que salieron de Egipto, cuando en el primer mes del año 39 llegaron á la misma soledad de Cadesbarne, de donde habían partido á cumplir la sentencia de proscripción. Allí murió María, la hermana de Moisés, á los ciento treinta años de edad. Allí fué también donde, faltando agua á los israelitas, y volviendo éstos á las murmuraciones contra Moisés, mandó el Señor á éste que golpeará la roca como en Horeb; pero Moisés, dudando un momento, dijo al pueblo: «¿Acaso saldrá agua de esta roca para vosotros?» Esta duda de Moisés desagradó al Señor, quien le dijo: «Porque no me habeis creído, y para santificarme delante de los hijos de Israel, ninguno de vosotros, Moisés y Aarón, introduciréis á estos pueblos en la tierra de promisión.

Muerte de Aarón. Tres meses permanecieron

los israelitas en la mansión de Cades, pasando luego á Mosera, al pié del monte Hor. Aquí fué donde el Señor mandó á Moisés que revistiera de los hábitos pontificales á Eleazar, hijo de Aarón, pues quería llamar á éste para sí. Así lo verificó Moisés, y después de esta solemne ceremonia, el Santo Pontífice Aarón, espiró en brazos de su hijo y hermano.

Poco tiempo después volvieron á murmurar los israelitas de Moisés, y el Señor los castigó enviando contra ellos unas serpientes venenosas cuya mordedura abrasaba como fuego. Gran número de israelitas murieron á causa de estas mordeduras, en medio de los más crueles dolores. Clamó el pueblo á Dios, y á ruegos de Moisés, mandó el Señor á éste que construyese una serpiente de bronce y la elevara en forma de cruz; prometiendo que todo el que la mirase, quedaría sano y salvo de tales picaduras. Obedeció Moisés, y todos los mordidos que la miraban, quedaban al punto completamente curados.

LECCIÓN 21

Victorias de los israelitas contra los reyes cananeos.—Balaám; predicciones buenas y consejo perverso de este profeta.—Muerte de Moisés.

Victorias de los israelitas contra los reyes cananeos. Abandonando los israelitas la funesta mansión de *Cadesbarne*, se dirigieron hácia el nacimiento del Jordán, dejando á la izquierda el país de Madián y á la derecha el de Amón, cuyos países respetaron por el nombre de Abraham y Lot, de quienes descendían sus habitantes. Entre estos estados y el río Jordán había un país excelente habitado por una colonia de amorreos, y la conquista de este bello país debía ser la primera de la gran série que el

pueblo de Israel debía realizar para posesionarse de la *Tierra de promisión*. La capital de este país hermoso era Hesebón, á cuyo punto había enviado Moisés unos mensajeros con el encargo de anunciar á su rey Sehón que no les molestase en su paso por sus estados con dirección al Jordán, suplicándole al propio tiempo se dignara venderle algunos alimentos para su gente.

El rey Sehón, que oyó semejante embajada, no sólo se negó á lo que Moisés le proponía, sino que, reuniendo su ejército, acometió á Israel en las márgenes del torrente *Arnón*; pero el ejército de Israel, formado todo de jóvenes nacidos y criados en el desierto, y más que todo, protegido por el Cielo, acepta el combate presentado por Sehón, se arroja sobre su ejército, le derrota, le vence y pasa á filo de espada á todos sus soldados, sin perdonar al mismo rey.

Todo el país amorreo estaba dividido en dos estados, división hecha por un hijo de Canaán, llamado Amorreo, con el objeto de dar á cada uno de sus dos hijos una parte de él. En la primera, ó sea Hesebón, reinaba Sehón, de quien nos hemos ocupado en la segunda, ó sea Basán, reinaba Og, de quien vamos á ocuparnos.

Og, rey de Basán, había visto lo sucedido á su vecino Sehón, y se había preparado bien para la defensa. Este rey era de estatura colosal y fuerzas hercúleas; y confiado en su brazo y en su ejército, acampó en la frontera de sus estados para impedir la entrada en ellos á los ejércitos de Israel. Dióse la batalla con el mismo arrojo y con el mismo éxito que la librada en el torrente Arnón, pues Og fué vencido y muerto á una con todos sus hijos en el combate. Después de estas victorias, se tomaron á los amorreos hasta *sesenta* ciudades defendidas y fortificadas, de suerte que en pocos días los israelitas se hicieron dueños desde el torrente Arnón hasta el renombrado monte Hermón.

Moisés, después de estas victorias tan completas como

gloriosas, se dirigió con todo el pueblo á las llanuras de Moab, donde acamparon por última vez los pabellones de Israel, permaneciendo en dicho punto hasta el paso del Jordán y entrada en la *tierra de promisión*.

Oidas por el rey de Moab las ruidosas victorias que el ejército de Israel había obtenido sobre los reyes Sehón y Og, se creyó perdido si era atacado; por lo que recurrió á otros medios más innobles, que hubieran sido hasta ridículos si no fuera por las consecuencias tan funestas que acarrearón al pueblo de Dios.

Balaám: predicciones buenas y consejo perverso de este profeta. Vivía por entonces en la ciudad de Beor, en la Mesopotamia, un adivino famoso y hechicero de gran nombradía, llamado Balaám. El rey de Moab creyó poder resistir el poder de los israelitas, y aún destruirlos si conseguía que Balaám los maldijese. «Al efecto, mandó emisarios en su busca proponiéndole el deseo del rey y prometiéndole por ello una buena recompensa pecuniaria. Balaám, que por una parte quería adorar al Dios de Abraham, y por otra quería también rendir culto á los ídolos, era una mezcla de religioso y de idólatra. En esta alternativa estaba indeciso ante la pregunta del rey de Moab, pues por una parte no quería exponerse á los castigos de Dios, y por otra sentía perder las riquezas con que le brindaba Balac. Por fin venció en él la ambición y fué á buscar al rey de Moab.

Con esta resolución se levantó Balaám muy de mañana diciendo á los emisarios de Balac que se adelantasen á decir á su rey que se ponía en camino para verle; y aparejando su borrica, montó sobre ella y se puso en camino para Moab.

Caminando sosegadamente sobre su pollina iba el famoso adivino, cuando un ángel del Señor se cruza en el camino, y con una espada en la mano se opone al paso del

animal. Este, torciendo su ruta, se extravía por campos y viñas; visto lo cual por Balaám, le apalea fuertemente para que vuelva al camino. Nuevamente se interpone el ángel, y el profeta, enfurecido, apalea sin compasión al animal hasta tal grado, que la pobre asna, rendida y jadeante, cae ansiosa á los pies de su amo, quien, más furioso entonces, la apalea aún más atrozmente, obrando entonces el Señor un prodigio rarísimo y sin ejemplar. El animal, así maltrecho, abrió su boca para decir á su amo: «¿Qué te he hecho? ¿Por qué me castigas de ese modo?» «¡Ojalá, le contestó éste, tuviera á mano una espada para traspasarte!» En este momento abrió el Señor los ojos de Balaám y vió delante de sí al ángel con una espada desenvainada. Balaám se postroó en tierra y le adoró. Reprendido fuertemente por el ángel, quiso el profeta volverse á su país; mas el ángel se lo prohibió, permitiéndole que fuese á Moab, pero bajo la condición de que no hablaría contra Israel sino lo que él le dictara.

Predicciones buenas de Balaám. Siguió Balaám su camino para Moab, encontrándose en Rabata á Balac que había salido á recibirle. De allí caminaron juntos hasta la cumbre del monte Fogor, de donde se divisaba el campamento de Israel. Allí levantaron altares para ofrecer sacrificios, y después de ofrecidos, el famoso hechicero, puesto de pié, se expresó en estos términos: «¡Qué hermosos son tus pabellones, oh Jacob! ¡y tus tiendas, oh Israel! Dios le sacó de Egipto, y su fortaleza es semejante al rinoceronte. Devorará á las gentes enemigas, quebrantará sus huesos y los atravesarán sus saetas. El que le maldijere, será maldito; y bendito el que le bendijere.» Y tomando de nuevo la palabra, prosiguió: «De Jacob nacerá una estrella, y de Israel se levantará una vara que herirá á los caudillos de Moab; y la Idumea será su posesión.»

Irritado Balac contra el fatídico profeta, le dice: «Te he

llamado para que maldijeras á mis enemigos, y los has bendecido muchas veces; vuélvete á tu lugar.» A lo cual contestó Balaám: «Ya dije á tus criados que yo no podría pronunciar más palabras que las que Dios me dictase; sin embargo, antes de retirarme quiero darte un consejo que será utilísimo para tus intereses.»

Consejo perverso de Balaám. «Manda al campamento de Israel, dijo el profeta á Balac, las mujeres más hermosas de Moab y Madián, adornadas con sus más ricas galas para que los corrompan y les hagan idólatras.» El rey de Moab puso en práctica este infernal consejo, y al poco tiempo las mujeres de Madián y Moab entraron en las tiendas de Israel, llevando á los campamentos la disolución, que llegó hasta las puertas del Santuario.

Irritado el Señor, mandó á Moisés que colgara á todos los príncipes de Israel que habían tolerado aquel escándalo, y que los jueces pasasen á cuchillo á todos los que habían dado incienso á Beelfegor, ídolo de los moabitas, cuya orden fué inexorablemente ejecutada, muriendo en aquel día más de *veinticuatro mil* criminales. Aquí fué donde Fineés, hijo del Sumo Sacerdote Eleazar, llevado de su celo por la gloria de Dios, tomó un puñal en su mano y á vista de todo el pueblo atravesó con él al escandaloso Zambri y á su cómplice Cozbi mientras estaban cometiendo una infamia.

Muerte de Moisés. Después de este episodio tan escandaloso como sangriento, Moisés, conociendo que su muerte no podía estar lejana, se dirigió al Señor suplicándole que designara el que había de sucederle en la jefatura del pueblo de Israel. El Señor le complació y designó á Josué, compañero suyo fidelísimo desde la salida de Egipto; y después de haber castigado justamente á los madianitas y amonitas; después de exortar al pueblo al exacto cumplimiento de la Ley del Sinaí y darle las instrucciones convenientes respecto al modo como debía llevar á cabo la con-

quista de Canaán, subió al monte Nebo, llamado por el Señor, y mostrándole desde allí el hermosísimo país de la *tierra de promisión*, y acompañado únicamente de Eleazar y Josué, el ilustre caudillo del pueblo de Israel cae en los brazos del Sumo Sacerdote, y su alma, noble, grande y generosa, bajó al *Seno de Abraham* á reunirse con los justos y esperar el premio de sus heroicas virtudes.

LECCIÓN 22

Josué.=Exploradores de Jericó.=Paso del Jordán.

=Cumplimiento de las ceremonias legales.=Toma de Jericó.=Salvación de Rahab por los exploradores.

Josué. A la muerte de Moisés quedó encargado del pueblo de Dios su fidelísimo amigo y valeroso capitán Josué. El pueblo de Israel, que durante su larga peregrinación había necesitado de un padre, de un legislador y de un guía que lo condujera por el desierto; en vísperas de la conquista de la *tierra de promisión* necesitaba de un general y de un guerrero que le llevara á la victoria: éste se lo proporcionó el Señor en el ilustre hijo de Nun, de la tribu de Efraín.

Aun permanecía el pueblo de Israel acampado en las llanuras de Moab guardando el luto de su amado y santo Legislador, cuando el Señor habló á Josué diciéndole: «Mi siervo Moisés ha muerto: prepárate y pasa el Jordán, á la cabeza de mi pueblo, para la conquista de la tierra que tengo prometida á los hijos de Israel. Como fui con Moisés, así seré contigo: no te dejaré ni te desampararé, pues estaré contigo en todas las empresas que acometieses.»

Exploradores de Jericó. Animado el nuevo caudillo con estas promesas del cielo, al instante ordenó al

pueblo los preparativos para el paso del Jordán; mas antes quiso saber, como buen general, el estado de defensa en que se hallaba la primera de las ciudades de la orilla opuesta. Esta ciudad era la soberbia Jericó. Al efecto mandó á dos soldados valerosos y de su mayor confianza que vadeasen secretamente el Jordán y con el mayor sigilo entrasen en la ciudad para explorar la situación topográfica y defensas de ella, así como la disposición de ánimo de sus habitantes y defensores. Los dos valientes exploradores cumplieron sin demora las órdenes de su general, y al anocheecer de aquel mismo día entraban en la ciudad refugiándose en la primera casa que hallaron á mano, que era la de una mujer pública, llamada *Rahab*.

No obstante las muchas precauciones que habían tomado los emisarios de Josué para no ser conocidos por los de Jericó, no pudieron evitar el ser atisbados por los vigilantes de la ciudad, quienes de orden del Rey acudieron á la casa de Rahab, exigiendo de ésta la entrega de los extranjeros que se habían refugiado en su casa; pero esta mujer célebre burló la vigilancia de los guardias, ocultando á los exploradores en lugar disimulado y protegiendo su fuga, deslizándolos por una de las ventanas de su casa que daba fuera de la muralla; no sin antes exigir de éstos con juramento que perdonarían á su casa y familia en el día que el Señor entregase en sus manos la ciudad.

Libres ya los exploradores, gracias á la caritativa astucia de Rahab, regresaron al campamento de Josué, habiendo cumplido su comisión á gusto y satisfacción del pueblo y de su caudillo, dando á éste las noticias que deseaba sobre la situación de la ciudad y estado de ánimo de sus defensores. Así que Josué recibió unas noticias tan gratas y favorables á sus proyectos, dió orden de levantar el campamento de las llanuras de Moab y se dirigió á las orillas del Jordán.

Paso del Jordán. Dispuesto todo lo necesario según las órdenes que Josué había recibido del Señor, emprendieron los israelitas su movimiento para pasar el Jordán, verificándolo del modo siguiente: Rompiendo la marcha iban los sacerdotes llevando en hombros el *Arca Santa*, siguiendo á éstos los Levitas cargados con todos los enseres del Tabernáculo. A *dos mil* pasos de distancia iba la vanguardia del ejército, siguiendo á ésta lo demás de él en orden de batalla, y por último á retaguardia todo lo restante del pueblo con sus bagajes, equipos y ganados. Era la época del deshielo de las nieves del Líbano, por cuyo motivo el Jordán venía rebasando de agua su cauce natural ú ordinario; mas apenas los sacerdotes entraron en el río, las aguas de la parte superior se detuvieron formando una enorme muralla, y siguiendo las de la parte inferior su curso natural hacía el *mar Muerto*, quedó el Jordán en seco en una extensión de tres leguas de distancia. Adelántanse entonces los sacerdotes conductores del Arca del Señor, hasta medio del río, y allí permanecieron quietos hasta que ejército, pueblo, ganados y bagajes alcanzaron la orilla opuesta.

Salvada que fué por los israelitas la opuesta orilla del Jordán, mandó Josué que doce hombres, uno por cada tribu, extrajesen del medio del río y punto donde había permanecido el Arca Santa durante la travesía, doce piedras, para erigir con ellas un monumento que perpetuara á las generaciones venideras este acontecimiento tan extraordinario obrado por Dios en favor de su pueblo.

Cumplimiento de las ceremonias legales.

Al saber los habitantes de Jericó y las demás naciones de Canaán que Dios había secado las aguas del Jordán para facilitar el paso á los hijos de Israel, se llenaron de espanto y de consternación, y sólo pensaron en observar atentamente los movimientos de los invasores. Estos acamparon

tranquilamente en las llanuras de Jericó, como á una hora de distancia de la ciudad. Allí aprovechó Josué el temor y espanto que se había apoderado de sus enemigos, para dar cumplimiento á ciertas ceremonias legales, antes de comenzar la grande obra de la conquista. Una de ellas era la *Circuncisión*. Todo el pueblo de Dios había omitido esta ceremonia legal mandada por Dios á Abraham, á causa de la vida nómada que durante *cuarenta años* había tenido por el desierto; y aquí fué donde todo israelita cumplió con este mandato legal. Igualmente Josué publicó por todas las tiendas de Israel la solemne celebración de la *Páscoa*, que por igual motivo no había podido celebrarse desde la salida de Egipto sino una sola vez al pié del *Sinai*. Cumplidas estas ceremonias que prescribía la Ley Mosáica, y disponiendo ya los israelitas de los frutos y producciones de la tierra que pisaban, cesó de caer el *maná*, con lo cual el Señor quiso darles á entender que en adelante debían procurarse la alimentación por sí mismos en la tierra de Canaán.

Toma de Jericó. Aunque Josué tenía grande confianza en las promesas del Señor, sin embargo no quiso omitir nada de su parte para asegurar el feliz éxito de la empresa. Al efecto, una mañana salió él sólo del campamento con objeto de estudiar por sí mismo la situación de Jericó y sus obras de defensa. Al aproximarse á la ciudad se presenta delante de él un hombre desconocido, empuñando en su diestra flamígera espada; pero nada impone á Josué este encuentro inesperado; antes por el contrario, adelantándose hácia el desconocido, le exige con energía le diga si pertenece al ejército enemigo ó al campamento de Israel. «Yo no pertenezco, le contesta el hombre misterioso, ni á los unos ni á los otros; soy el *Príncipe* de los ejércitos del Señor, y vengo á darte instrucciones sobre la toma de Jericó. Darás vuelta, prosigue, á la ciudad una vez al día, continuando esta operación durante seis días consecutivos;

en esas vueltas llevarán los Sacerdotes el *Arca Santa* sobre sus hombros, precediéndoles las *siete* trompetas que sirven para el jubileo, haciéndolas resonar delante del Arca. En el día sétimo daréis siete vueltas, y al terminar la última todo el pueblo clamará en espantosa gritería, y hé aquí que los muros de Jericó caerán derruidos á vuestra vista.» Y esto diciendo, desapareció el Príncipe de los ejércitos del Señor.

Josué regresó al campamento, y al instante mandó convocar á los sacerdotes para anunciarles las disposiciones del Señor, ordenando al propio tiempo á los príncipes de las tribus que las comunicasen al pueblo. Dispuesto todo según las prescripciones del ángel, comenzó el movimiento procesional de los sacerdotes, llevando el Arca Santa y haciendo resonar el aire con los sonidos de las trompetas. Los de Jericó, acostumbrados á estas diarias procesiones, las miraban al principio con curiosidad, pero al ver que al día sétimo se acercaban hasta tocar los muros de la ciudad, entraron en cuidado; pero ya era tarde: una espantosa gritería del pueblo de Israel resonó por el espacio, y uniéndose á estas voces los sonidos penetrantes de las trompetas, los de Jericó se llenan de espanto, el cual se aumenta considerablemente cuando ven atónitos desplomarse los muros de la ciudad y á los israelitas que por todas partes les acometen, pereciendo al filo de sus espadas todos los habitantes de la derruida ciudad.

Salvación de Rahab. Ni un solo viviente respiraba ya sobre las ruinas de la que fué Jericó: desde el rey hasta el último vasallo, hombres, mujeres, niños y animales, todo, todo pereció bajo los certeros golpes del ejército de Israel. Unicamente Rahab, con toda su familia y bienes, era salvada por aquellos mismos exploradores á quienes ella había salvado en su casa, cumpliendo de ese modo el juramento que le habían hecho al ser desprendidos por ella desde una de las ventanas de su domicilio.

Purificada Rahab y su parentela, fué conducida con todos los suyos al campamento de Israel, donde fué recibida con grande algazara por todo el pueblo y ejército; y abjurando después la idolatría, fué enumerada entre los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, mereciendo la gloria de ser contada entre los progenitores del Mesías.

LECCIÓN 23

Primer ataque frustrado de Hai.—Conquista de esta ciudad.—Victorias admirables de Josué.—Distribución de la tierra de Canaán.—Muerte de Josué, inhumación de los huesos de José, y muerte de Eleazar.

Primer ataque frustrado de Hai. Conquista de esta ciudad. Después del exterminio y destrucción de Jericó, convenía á los propósitos de Josué conquistar la ciudad de Hai, próxima á la primera. Como esta ciudad no ofrecía los medios de resistencia con que contaba Jericó, Josué, después de oír el dictamen de sus generales, creyó que serían bastantes para rendirla y conquistarla solos 3.000 soldados, mandados por un jefe de su confianza. Así hubiera sucedido indudablemente; pero el Dios de las victorias estaba enojado contra Israel, y era preciso demostrar su divino enojo. Así sucedió, pues los defensores de Hai hicieron una salida, y con sorpresa de todos batieron á los bravos de Israel, llevándolos en desorden hasta el valle de *Sabarím*.

No fueron grandes las pérdidas materiales de los israelitas en esta desastrosa jornada, pues treinta y seis hombres muertos y algunos heridos nada significaba para un ejército de más de *medio millón* de combatientes; pero lo que más afectó á Josué fué el considerar que su Dios y Se-

fior no estaba satisfecho con su pueblo; por lo cual, dirigiéndose al Tabernáculo, pidió á Dios le manifestara la causa de su enojo. Poco se hizo esperar la respuesta del Divino Oráculo, manifestándole, que en Jericó se había traspasado su mandato, habiéndose robado en el saqueo y escondido lo robado, contra las órdenes del Señor; por lo cual Israel no podía sostenerse delante de sus enemigos, si no quitaba de en medio al factor de esa maldad.

Al oir Josué estas palabras del Señor, trató de averiguar quién había sido el infame que de ese modo había osado infringir el divino mandato; y al efecto mandó echar suertes en las doce tribus, recayendo la suerte en la de *Judá*; y volviendo á sortear las familias de dicha tribu, recayó en la familia de Zaré; y últimamente, sorteados los nombres de la familia, recayó en el nombre de Acán, quien, viéndose descubierto, confesó haber guardado de los despojos de Jericó doscientos siclos, una capa de grana y una barra de oro, cuyos objetos se hallaban enterrados en medio de su tienda. Josué, en vista de esto, mandó que fuera apedreado y reducido á cenizas juntamente con todos los objetos robados; con cuyos castigos quedó aplacado el Señor, pues acometiendo nuevamente la conquista de la ciudad de Hai, fueron al punto vencidos sus defensores y arrasada Hai como su compañera Jericó.

Después de la toma y destrucción de Hai, se dirigió Josué con su pueblo y ejército al campamento de Gálgala para ratificar la alianza de su pueblo con Dios y confirmar de un modo solemne las bendiciones para los que guardasen la ley, y las maldiciones para los infractores de ella.

Victorias admirables de Josué. La conquista de los reinos amorreos, así como la destrucción de Jericó y Hai, habían sembrado el terror y el espanto en los cananeos; sin embargo, como el ejército de éstos se componía de valerosos soldados, y temiendo que obrando cada nación

separadamente podían con facilidad ser derrotados, trataron de coligarse contra el enemigo común que era el pueblo de Israel; al efecto se reunieron en junta todos los reyes de Canaán, y convinieron en preparar cada uno su ejército para emprender la campaña. Sólo los de Gabaón no quisieron entrar en la liga; antes, por el contrario, trataron de congraciarse con los israelitas, valiéndose, al efecto, de un ardid que les dictó su prudencia, y que les dió magnífico resultado, gracias á la promesa jurada que Josué les había hecho de no quitarles la vida.

Los reyes aliados, así que supieron la actitud de los gabaonitas, determinaron castigar su defección, y al efecto, el rey de Jerusalem, Adonisedec, se adelantó con su ejército á tomar á Gabaón, pidiendo antes á los cuatro reyes aliados que le ayudasen en la empresa. Sabiendo éstos que Josué se hallaba en el campamento de Gálgala, se prepararon para la toma de Gabaón, cuya ciudad tenían ya rigurosamente bloqueada.

Los gabaonitas, viéndose bloqueados, pidieron socorro á Josué, quien desde su campamento de Gálgala subió á marchas forzadas con su valiente ejército, en auxilio de sus aliados; y cayendo de improviso sobre los cinco reyes sitiadores, los puso en completa dispersión, consiguiendo una de las más señaladas victorias, no tanto por el arrojó de sus soldados, como por la visible protección del cielo, quien, descargando sobre el ejército incircunciso una inmensa nube de piedras, destruyó la mayor parte de él; pero viendo Josué que le faltaba día para acabar de derrotarlos, mandó al sol que permaneciera en el horizonte; y obedeciendo ese astro á su voz, prolongóse el día doce horas más que los ordinarios, bastando este tiempo para completar la derrota de sus enemigos, haciendo prisioneros á los cinco reyes coligados, á quienes mandó dar muerte y colgar sus cadáveres en unas horcas para que sirviera este castigo de temor y de

espanto á todos los enemigos del pueblo de Dios. Con esta renombrada victoria quedó Josué dueño del territorio que medía desde Cadesbarne hasta Gaza, y desde Gosén hasta Gabaón.

Concluida con tan buen éxito esta campaña, volvió Josué con todo su ejército al campamento de Gálgala, siendo recibido con frenéticas demostraciones de júbilo por todo el pueblo de Israel, que salió á recibirle. Pero no terminaron aquí las victorias de Josué. Concedidos unos días de descanso á sus tropas, avanzó de nuevo con ellas á la parte del Norte, donde consiguió una série de victorias tan continuadas como gloriosas; dando por resultado la total conquista de la *tierra de promisión*, después de haber vencido y pasado á filo de espada á veintinueve reyes y millones de idólatras que habitaban aquel fertilísimo país, usurpado por Canaán á los descendientes de Sem.

Distribución de la tierra de Canaán. Realizada la conquista de la *tierra prometida*, sólo restaba á Josué, para terminar gloriosamente su misión, distribuirla entre las doce tribus de Israel. Así lo hizo, atemperándose en la repartición á la más estricta justicia; siendo la más favorecida entre todas las demás la tribu de Judá, por la distinción que entre todas había hecho el patriarca Jacob al tiempo de morir, prediciéndole que de ella nacería el Redentor prometido en el Paraíso.

Posesionada cada tribu de la parte que le había correspondido en suerte, se determinó trasladar el Tabernáculo y el Arca Santa, desde el campamento de Gálgala á la ciudad de Silo, perteneciente á la tribu de Efraín.

Muerte de Josué, inhumación de los restos de José y muerte de Eleazar. Con esto, el exclaustrado caudillo y valeroso capitán del pueblo de Israel, exortando encarecidamente á su pueblo que permaneciera siempre en el santo temor de Dios, fué á reunirse con su fiel

compañero Moisés, cuyas virtudes tan perfectamente había imitado, á la mansión de los justos, donde aquel le esperaba. Aunque este segundo caudillo del pueblo de Dios murió en Siquem, sin embargo su cuerpo fué enterrado en Tamnat Saraa, ciudad que él mismo había edificado, erigiendo en ella su sepulcro.

Inhumación de los huesos de José, y muerte de Eleazar. Con no menor pompa y magnificencia celebró en el mismo tiempo el pueblo de Israel otra lúgubre y patética ceremonia, cual fué la inhumación de los huesos de José, que fué hecha en las cercanías de Siquem, en un campo comprado en otro tiempo por el patriarca Jacob.

Aun no había transcurrido un mes desde la sentida muerte de Josué, cuando el pueblo de Israel experimentaba otra dolorosa desgracia con la pérdida de uno de sus esclarecidos hijos, cual fué la muerte del Sumo Sacerdote Eleazar, que, lleno de virtudes y de merecimientos, espiró en el seno del Señor, sucediéndole en la dignidad sacerdotal su hijo Fineés.

LECCION 24

Gobierno de los israelitas después de la muerte de Josué.==Primeras prevenciones del pueblo de Dios en la tierra de promisión.==Jueces de Israel.

==Otoniel, Aod, Sangar y Débora.

Gobierno de los israelitas después de la muerte de Josué. Después de la muerte de Josué no hubo quien le sucediera en el gobierno del pueblo de Dios, ni tampoco lo necesitaba. Posesionado de la tierra de Canaán, y distribuida ésta entre las tribus de Israel, cada una de ellas tenía en su ciudad principal un senado, compuesto de los ancianos de cada tribu, presidido por uno elegido de

entre ellos. Este senado dirimía las controversias, sancionaba los pleitos y dirigía los negocios principales de la tribu. Sin embargo, todas las tribus reconocían como capital del reino aquella ciudad donde residía el *Tabernáculo* del Señor y el *Arca Santa*, formando el Sumo Sacerdote y los setenta ancianos que componían el *Sanedrín*, una especie de Tribunal Supremo, donde se fallaban sin apelación todas las cuestiones á él elevadas por los consejos ordinarios de las tribus. No obstante, los hijos de Israel, gobernados de ese modo, no estaban por eso sin monarca. Llamábase *pueblo de Dios*, y no en vano llevaba ese título; pues efectivamente, Dios era el monarca del afortunado pueblo de Israel, gozando, por lo tanto, de un gobierno verdaderamente *Teocrático*.

Feliz y dichoso en grado sumo vivió el pueblo de Dios mientras se dejó gobernar por las sábias leyes que Dios había dictado á su siervo Moisés, y éste dejado escritas y depositadas dentro del *Arca Santa*. El Sanedrín de ancianos presididos por el celoso Fineés, llevaba á cabo grandes obras de instalación en el nuevo país; y después que cada tribu había espurgado de su territorio los restos de indígenas que habían sobrevivido á las catástrofes de la conquista; después de haber dado conveniente acomodo á las familias cineas procedentes de la parentela de Séfora, esposa de Moisés, que habían seguido la suerte del ilustre caudillo, y de cuyas familias descendieron trescientos años después aquellos famosos anacoretas y solitarios llamados *Recabitas*; el pueblo de Israel iba viento en popa en la privilegiada tierra, tantos años esperada y pedida á Dios con tantas ansias y deseos.

Primeras prevaricaciones. Pero la muerte, que todo lo concluye, había trasladado de esta vida á la mansión de los justos á todos los ancianos venerables que habían sido testigos inmediatos de los prodigios del Señor;

y la juventud inexperta, desviándose poco á poco de los caminos que sus padres le dejaron trazados, y olvidándose de sus gloriosas tradiciones, comenzaron á entibiarse en la observancia de las divinas leyes, cuya tibieza no distaba un paso de la relajación. Esta, por desgracia, no se hizo esperar mucho tiempo, pues los hijos de Israel, tomando por esposas mujeres idólatras, sus vecinas, bien pronto éstas les hicieron adorar á los ídolos de Baal y Astarot.

Dios, el monarca del Cielo, que había elegido la monarquía de Israel para constituir sobre ella su reinado sobre la tierra, en vista de una conducta tan criminal como infame y sacrílega de parte de su pueblo, entregó á éste á la tiranía de Cusán Rafataín, rey de la Siria. Ocho años gimieron en la esclavitud y en la servidumbre los que habían nacido para esclavizar reyes y ser súbditos únicamente de Dios.

Vueltos en sí los israelitas, y considerando los bienes inmensos que habían perdido por sus prevaricaciones y por su olvido de Dios; reconociendo su culpa, maldiciendo su conducta y llenos de dolor y de arrepentimiento, elevaron sus ojos al cielo y clamaron al Dios de sus padres que los librase de la odiosa esclavitud de Cusán.

Jueces de Israel. Dios oyó los clamores de su pueblo y decretó su libertad; mas para llevarla á cabo quiso elegir de entre los mismos israelitas unos hombres extraordinarios que hicieran sus veces en el desempeño de tan delicada misión. Estos hombres extraordinarios se llamaron *Jueces de Israel*, cuya historia, que vamos á relatar, constituye el libro VII de la Santa Escritura, llamado *Sophetim*, ó Libro de los Jueces, el cual no es otra cosa que la narración de una série de caídas y rehabilitaciones del veleidoso pueblo de Israel.

Quince fueron los jueces del pueblo de Dios, entre los cuales merecen especial mención Otoniel, Aod, Samgar, Débora, Gedeón, Jepte, Sansón, Helí y Samuel, de cada

uno de los cuales vamos á ocuparnos, siquiera sea con suma brevedad y concisión.

Otoniel. El Señor eligió á este ilustre israelita, hijo de la tribu de Judá y hermano menor de Caleb, para que libertara á su pueblo de la tiranía de Cusán. Al efecto, el valiente Otoniel, favorecido por el cielo, emprendió la campaña, batió al tirano, le derrotó, y cogiéndole prisionero le hizo pagar con la vida las vejaciones que había hecho al pueblo de Dios. Libre ya éste de la esclavitud, permaneció en el exacto cumplimiento de sus deberes todo el tiempo que vivió su primer Juez y Libertador; mas pasado algún tiempo después de la muerte de Otoniel, el inconstante pueblo de Dios volvió á entregarse de nuevo á la idolatría, y nuevamente le castigó el Señor con otra esclavitud más larga que la primera, pues levantó contra ellos á Eglón, rey de Moab, que los trató con mucha más dureza que Cusán de Siria. Diez y ocho años permanecieron los israelitas en esta segunda esclavitud, y al cabo de ellos, reconciliados de nuevo con su Dios, éste suscitó de entre ellos un segundo Libertador ó Juez, llamado Aod.

Aod. Hombre valeroso, y sobre todo fiel israelita, procedía de la tribu de Benjamín, siendo cuarto nieto del hijo amado de Jacob. Había en él la particularidad de ser *ambidiestro*, esto es, que manejaba ambas manos con igual destreza, haciendo esta advertencia el Sagrado Texto porque esta circunstancia contribuyó mucho al buen éxito de su arriesgada empresa, cual fué el dar muerte en su mismo palacio al opresor de Israel, Eglón, librando de ese modo á su pueblo del tirano y del ominoso tributo que anualmente tenían que pagarle los abatidos israelitas.

Samgar. Se ignora la genealogía de este Juez, su descendencia y hasta la tribu á que pertenecía, habiéndose hecho notable por haber dado muerte á seiscientos filisteos con la reja de un arado.

Después de la muerte de Samgar los israelitas volvieron á hacer lo malo delante del Señor, esto es, volvieron á sus idolatrías y á sus maldades, por lo cual el Señor los castigó de nuevo colocándolos bajo el ominoso yugo de Jabín, rey de Canaán. La esclavitud á que en esta ocasión quedasen sujetos los israelitas, fué sin comparación más ignominiosa y más prolongada que las anteriores: más ignominiosa, porque vivían esclavizados bajo el poder de aquellos que poco antes eran sus esclavos; y más prolongada porque duró *veinte años*; al cabo de los cuales el pueblo de Israel reconoció sus extravíos y sus ingratitudes, pidiendo al Dios de Moisés que se compadeciera y perdonara á su pueblo. El Señor escuchó sus ruegos, pero en esta ocasión quiso valerse de una mujer célebre para libertar á su pueblo.

Débora. Esta fué la ilustre heroína, de la tribu de Efraín, mujer de Lapidot y Profetisa en Israel. En su calidad de profetisa instruía y juzgaba al pueblo bajo una palma que existía entre Rama y Betel, conocida después con el nombre de *Palma de Débora*. Cuando el Señor, oyendo los clamores de su pueblo, quiso sacarle de la esclavitud, inspiró á esta ilustre heroína tan magnánimo proyecto; y ella, para ejecutarlo, mandó llamar á Barac, cuya virtud elogia la Escritura, ordenándole que llevase al Tabor un ejército de *diez mil* hombres elegidos de las tribus de Neftalí y Zabulón, pues el Señor había dispuesto derrotar en aquel sitio al ejército de Jabín y ponerlo en su mano.

Barac no desconfió de la palabra del Señor; pero temió su propia flaqueza, y contestó á la profetisa: «Iré, pero con la condición de que tú has de acompañarme; de lo contrario, no me atrevo á ir solo.» «Está bien, contestó Débora, iré contigo; mas en esta ocasión no se atribuirá á tí la victoria, sino á una mujer.» Y esto diciendo, levantóse Débora y marchó con Barac á poner en práctica las órdenes

del Señor. Al efecto levantó en armas los diez mil combatientes de las indicadas tribus de Neptalí y Zabulón, y marchando á su cabeza, acamparon en el Tabor.

Así que llegó á noticia de Sísara, general del ejército de Jabín, que Barac acampaba en el Tabor, reunió todo su ejército y se encaminó al torrente Cisón. Entonces Barac, animado por Débora, descendió del Tabor y presentó la batalla al arrogante Sísara, que, confiado en sus novecientos carros y en su valeroso y formidable ejército, la aceptó sin titubear; mas en aquel instante el Señor infundió tal temor en el general de Jabín, que se vió precisado á saltar de su carro y emprender una precipitada fuga: lo cual visto por el ejército, se desordenó completamente; y cargado entonces con impetuoso brío por las tropas de Barac quedó totalmente destrozado, sin que uno solo se salvara de aquella espantosa derrota.

Sísara, en su fuga, llegó á la tienda de una mujer cineá, llamada *Jael*, la cual, sabiendo que era el enemigo más formidable del pueblo de Dios, le dió alojamiento en su tienda, le brindó con un refrigerio, y después que se hubo dormido, la valerosa *Jael*, llena de fortaleza del cielo, y teniendo en sus manos al enemigo más encarnizado de su patria y de su religión, arranca uno de los gruesos clavos que sostenían los pabellones de su tienda, y tomando un martillo en sus manos, aplica á la sien de Sísara el terrible clavo, dando sobre él tan tremendo golpe, que no solo traspasó de uno á otro lado el cráneo de Sísara, sino que quedó como clavada en la tierra la cabeza del terrible general de Jabín.

Débora, así que supo la noticia de la muerte de Sísara, causada por la heroica acción de la valerosa *Jael*, dirigió al Señor un cántico sublime de acción de gracias, cántico que aun se conserva en nuestra Sagrada Liturgia; lo que prueba que esta mujer ilustre del antiguo testamento,

manejaba con igual soltura y maestría la lira, el cetro y la espada.

LECCIÓN 25

Opresión de los hebreos por los Madianitas.=Gedeón.=Idolatría del pueblo de Dios.=Jepte.

Opresión de los Hebreos por los Madianitas. Después que murieron Barac y Débora, los israelitas volvieron otra vez á sus anteriores prevaricaciones, provocando la ira del Señor con nuevas abominaciones y nuevos escándalos; pero no se hizo esperar mucho tiempo el castigo, pues el Señor los afligió duramente entregándolos, por espacio de *siete años*, bajo el dominio de los Madianitas. Tremendos habían sido los golpes con que el Señor castigó á su pueblo en sus muchas defecciones; pero el que ahora experimentaban excedía á todos los anteriores por la naturaleza y forma del castigo.

Todos los años, después que los israelitas habían terminado la sementera y demás faenas agrícolas, y cuando los frutos estaban en su mayor lozanía, subían los pueblos inmediatos, y acampando en las tierras de Israel, talaban y destruían las hermosas y fértiles campiñas que se extendían desde Gaza hasta el Jordán. Pero no era esto solo, sino que arrebatában además todo cuanto los hebreos tenían fuera de sus hogares, como los ganados, bueyes, asnos, frutos, granos, legumbres, todo, todo era devastado por aquella invasión de langostas humanas.

Los hijos de Israel, hambrientos y reducidos á la mayor miseria, clamaban al Señor pidiendo misericordia y auxilio contra tan terribles enemigos. El Señor, siempre misericordioso y compasivo con su pueblo, les envió un ángel que

bajo la apariencia de profeta les recordó los grandes beneficios que en todos tiempos habían recibido de su Dios, y la negra ingratitud con que ellos correspondían. Esta reprehensión del desconocido profeta fué bastante para que el pueblo de Israel, recordando su historia, invocara de nuevo el nombre de Dios y tratase de desagraviarle por medio del arrepentimiento y de la penitencia; en vista de lo cual el Señor decretó la libertad de su pueblo, enviando al efecto al mismo ángel en traje de peregrino para anunciar á un joven efrateo ser el destinado por Dios para librar á su pueblo de la opresión de los madianitas.

Gedeón. El joven designado era *Gedeón*, hijo de *Joás*, de la tribu de *Manasés*. Ocupado en trillar y limpiar el grano hallábase *Gedeón*, para librarlo de la rapacidad de los madianitas, cuando vió sentado bajo una encina próxima á su casa al disfrazado peregrino: éste, apenas vió á *Gedeón*, le saludó cortesmente diciéndole: «Dios te guarde, varón fortísimo.» Al escuchar estas palabras el hijo de *Joás*, no pudo ménos de lamentarse del abandono en que al parecer tenía Dios á su pueblo; á lo cual le contestó el ángel: «Anda, tú con tu fortaleza librarás á Israel de la mano de *Madián*.» «Y ¿de qué modo, le dijo *Gedeón*, si mi familia es la última de *Manasés* y yo el último de mi familia?» «No importa, le replicó el ángel; yo seré contigo, y con mi ayuda derrotarás á *Madián* como si fuera un solo hombre.»

Al oír estas palabras el joven efrateo, exigió del ángel una prueba confirmativa de su promesa; pero antes marchó ligero á su casa para traerle un presente; y pasados pocos instantes regresó *Gedeón* presentando al misterioso peregrino un cabrito cocido y algunos panes ácimos, colocándolo todo bajo la encina á disposición del huésped, quien en vez de comerlo, mandó al joven que colocase las viandas sobre una piedra, y así que lo hubo ejecutado, el peregrino, tocando con su bordón la piedra, hizo salir de ella un mis-

terioso fuego que abrasó y consumió la ofrenda, desapareciendo al punto tan extraño personaje.

En la noche de aquel mismo día mandó el Señor á Gedeón que tomase dos toros, uno de ellos de *siete* años (número igual á los años que llevaba Israel bajo el dominio de Madián), y que después de derribar el ídolo de Baal, á quien adoraba su pueblo de Efra, y talar y destruir el bosque profano que le rodeaba, se los ofreciese en sacrificio en el altar que había construido sobre la piedra del milagro obrado por el ángel; el un toro en sacrificio de paz, y el otro en holocausto. Así lo verificó Gedeón, con gran alarma de los efrateos, por encontrarse sin su ídolo á la mañana siguiente (por lo que llamaron á Gedeón *Ferobaal*, esto es, destructor de Baal), y con gran contento del Señor que veía en Gedeón un digno representante de su autoridad divina.

Al mismo tiempo que estos acontecimientos tenían lugar en Efra, se reunieron los de Madián y Amalec para hacer sus acostumbradas incursiones en la tierra de Israel, y á los pocos días pasaban el Jordán nada ménos que 135.000 hombres con sus bestias y ganados, acampando en el hermoso valle de Jezrael. Gedeón, que ya estaba fortalecido con el espíritu de Dios, al oír esta noticia manda tocar la bocina de guerra y llamar á las armas á los guerreros de su tribu de Manasés juntamente con los de Aser, Zabulón y Neptalí, reuniendo entre todos un contingente de 32.000 combatientes, dispuestos todos á seguir á Gedeón contra sus enemigos los madianitas.

Poca importancia daba Gedeón al número de combatientes, pero le daba muchísima á la protección del cielo; por lo cual pidió á Dios una señal cierta de que le agradaba su empresa; y aquí fué donde el Señor confirmó la misión de Gedeón con el doble prodigio del *vellón*, que aún se conserva en la memoria de todos con el nombre de *Vello-*

cino de Gedeón, figura magnífica de la Inmaculada Virgen María en su pureza original.

Con estas pruebas inequívocas de la protección del cielo, partió Gedeón á la noche siguiente al frente de sus soldados, acampando sobre el valle de Jezrael, cerca del campamento enemigo. Mas así como Gedeón había pedido pruebas al cielo respecto al buen éxito de su empresa, así también Dios, en justa reciprocidad, exigió de Gedeón pruebas inequívocas de su fé y de su confianza. «Tienes muchos soldados, díjole el Señor; y para que Israel no pueda gloriarse de que con solas sus fuerzas ha sacudido el yugo de los madianitas, es preciso que licencies á todo el que no sea intrépido y valeroso: autoriza, por medio de un pregón, para poder retirarse á todo el que lo juzgue conveniente.» Así lo verificó Gedeón, y recontando sus filas halló en ellas sólo 10.000. «Aun son muchos, díjole el Señor; llévalos á la fuente Harad y yo los probaré allí. A todos los que bebieren el agua de bruces, licéncialos; y sólo te has de quedar con los que la beban echándola con la mano á la boca.» Y sólo fueron de estos últimos 300 hombres. Entónces díjole el Señor: «Con sólo estos 300 hombres pondré á Madián en tu poder.» Lo cual se ejecutó del modo siguiente:

Gedeón dividió en tres grupos sus trescientos soldados, poniendo en las manos de cada uno una trompeta y un cántaro vacío, dentro del cual había una antorcha encendida; advirtiéndoles que le imitaran en todo cuanto él hiciera: y así, «cuando yo haga sonar la trompeta que tengo en mis manos, tocad todos á la vez las vuestras gritando á grandes voces: AL SEÑOR Y Á GEDEÓN.» Dadas estas instrucciones, se acercó Gedeón, en la noche siguiente, al campamento enemigo, y dando la señal convenida, todos los soldados de Gedeón tocaron sus trompetas, y rompiendo á la vez los cántaros, claman todos diciendo con es-

pantosa gritería: «*La espada del Señor y la de Gedeón.*»

Al oír este grito tan sorprendente como aterrador, el ejército enemigo se llena de espanto; todos quieren huir; pero en la oscuridad de la noche no saben por dónde ni con quiénes pelean; se atropellan unos á otros; se matan creyéndose enemigos, y el campo de Jezrael amanece lleno de sangre y de cadáveres, sin derramarse una sola gota en el campo de Israel. En la huida de los madianitas salen á su encuentro los soldados que Gedeón había licenciado el día anterior, que todavía conservaban las armas; secundanles las demás tribus, especialmente la de Efraín, por cuyo territorio estaban los vados del Jordán, y tal fué la matanza y la carnicería de los madianitas que quedaron sobre el campo 120.000 cadáveres.

Idolatría del pueblo de Dios y sus castigos.

Gedeón, después de la derrota de los madianitas, nada quiso de los despojos de sus enemigos; solo pidió todos los zarcillos de oro, que pesaron 1.700 siclos, y con ellos mandó construir un valioso *ephod*, que consagró á Dios como testimonio de gratitud por la protección que le había dispensado en la derrota de Jezrael. Por espacio de treinta años, que fueron los que vivió Gedeón gobernando á su pueblo como Juez, no se apartó Israel del servicio de Dios; mas después de su muerte, que fué dichosa en la presencia de Dios, sus hijos prevaricaron, siguiéndoles todo el pueblo en la prevaricación; valiéndose como objeto de idolatría, de aquel mismo *ephod* que Gedeón hizo construir con muy distinto objeto.

Dios permitió que Abimelec, hijo que Gedeón tuvo de una concubina, degollara á 69 hermanos, hijos todos legítimos de Gedeón, librándose milagrosamente de esta cruel matanza el más pequeño de los hermanos, llamado Joatám, quien predijo los desastres que vendrían sobre Siquém por haber proclamado rey á Abimelec, así como también

el fin desastroso de este monstruo de inhumanidad, saciado con la sangre de sus hermanos.

A Abimelec sucedióle Tola, y á éste Jaír; durante las cuales judicaturas el pueblo de Israel vivió sin ser molestado por los pueblos incircuncisos. Mas este pueblo, siempre incorregible en sus tendencias idolátricas, se desvió de tal modo del servicio de Dios, que rindió culto á todas las divinidades de los pueblos que le rodeaban; llegando á tal extremo su bárbara idolatría, que olvidó completamente al Dios de sus padres. Entonces el Señor, justamente irritado contra él, le impuso dos yugos á la vez, el de los Filisteos por la derecha, y el de los Amonitas por la izquierda.

Los hijos de Israel debieron temer, y con razón, que el Dios de sus padres se cansara de tantas y tan repetidas defecciones como á cada paso le hacían; pero contaban con una misericordia que no tiene límites, y á ella recurrieron llorando y suplicando una y mil veces que se compadeciese de su pueblo; y al efecto destruyeron cuantos ídolos había en Israel, y todo el pueblo arrepentido y llorando sus iniquidades oró al Señor, quien una vez más lo miró con compasión; en vista de lo cual, todo el pueblo se reunió en Masfa, decidido á resistir las invasiones de Amón: mas careciendo de caudillo que los condujera al combate, era preciso elegirle de entre los hijos de Israel. Reunidos con este objeto los Príncipes de las tribus, decidieron elegir como general al que primero hiciese armas contra los hijos de Amón. Apenas había tomado este acuerdo la asamblea de Masfa, cuando llegó á su noticia que un esforzado israelita había comenzado la guerra contra los Amonitas. Era este Jepte.

Jepte. Nació este hombre valeroso en el país de Galaad, y tribu de Manasés, de matrimonio ilegítimo; y muerto su padre, fué lanzado del hogar doméstico por

sus hermanos legítimos con el estigma de Bastardo. Llevando en su frente este sello de ignominia, salió de su casa el infortunado joven, llegando á la tierra de Tob, donde fijó su residencia. Sus hábitos guerreros por un lado, y por otro la ignominia que le seguía por todas partes, le hicieron reunir en pos de sí algunos hombres vagamundos que le consideraron como su caudillo y capitán.

Haciendo escursiones á la tierra de Amón, y siendo el terror de aquella comarca hallábase Jepte, cuando recurrieron á él los comisionados de la asamblea de Masfa proponiéndole la superior magistratura de la nación. Aceptado por Jepte este elevado cargo, el Señor le infundió el valor que necesitaba para pelear con tantos y tan formidables enemigos de su pueblo, contando solamente con un puñado de soldados, valientes sí, pero faltos de instrucción y de disciplina. Pero Jepte contaba con el auxilio de lo alto y nada temió. Para complacer al Señor hizo un voto diciendo: «Que si volvía victorioso de la batalla contra los Amonitas, ofrecería al Señor en holocausto lo primero que saliera á su encuentro.»

Jepte derrotó completamente á los Amonitas, tomándoles veinte ciudades; pero cuando volvía victorioso á su casa de Masfa, lo primero que se presentó á su vista fué su hija única, llena de hermosura y de gracias, llamada *Seila*, que acompañada de un festivo coro de doncellas amigas suyas, alegres y contentas cantaban al sonido de sus panderas celebrando el triunfo y las victorias de Jepte. Este, al verla, rasgó sus vestiduras, y lleno de sentimiento y de dolor manifestó á su hija, llorando, el voto que tenía hecho al Señor. A lo cual la candorosa *Seila* contestó á su padre con la mayor resignación y obediencia: «Padre mio, si esa palabra habeis dado al Señor, cumplidla. Sólo os pido una gracia; que me concedais el tiempo de dos meses para correr por los montes, en unión de mis compañeras y amigas, llorando

mi virginidad.» Jepte accedió á ello; y pasado el tiempo prefijado, cumplió lo que había ofrecido.

Por muchos años se celebró en Israel este acontecimiento, reuniéndose en su aniversario todas las doncellas de Judá para llorar, durante cuatro días, el infortunio de la malograda Seila, cuya fiesta se conmemoraba en el calendario hebreo con el nombre de *Fiesta de la hija de Jepte*.

LECCIÓN 26

Historia de Sansón. — Helí y Samuel, últimos Jueces del pueblo de Dios.

Historia de Sansón. A Jepte sucedieron en la judicatura Abesán, Ahialón y Abdón, de quienes nada de particular nos dice la Sagrada Escritura, como no sea su genealogía y el orden cronológico de sus respectivas judicaturas. Luego que murió Abdón, volvieron los hijos de Israel á recaer en la detestable idolatría, entregándolos el Señor, en justo castigo, en manos de los filisteos, colonia de egipcios establecidos en Gaza, Azoto y demás puntos de la costa del Mediterráneo.

Esta vez la idolatría de Israel no fué tan general como en ocasiones anteriores, pues muchos israelitas permanecieron fieles en la observancia de las divinas leyes y en el culto del Señor. Estos fieles israelitas no cesaban de pedir á Dios que se apiadase de su pueblo, y al fin el Señor, accediendo á las súplicas de éstos y oyendo sus ruegos, les envió un Juez que los librase de los filisteos. Este Juez fué Sansón.

Sansón. Era hijo de Manué y de una madre piadosa de la tribu de Dán. Nada dice la Santa Escritura del nombre de su madre; sólo nos asegura que fué estéril y que

no cesaba de pedir al Señor en sus oraciones por las desventuras de su pueblo. Un día el ángel del Señor le anunció que sería madre de un niño á quien debía preservar de comidas inmundas, y de beber vino ni sidra, conservándole además íntegra siempre la cabellera, porque había de ser *Nazareo*. Pasado algún tiempo vieron los padres con satisfacción cumplidas las predicciones del ángel, pues tuvieron el hijo anunciado, al cual educaron según las prescripciones del nuncio del Señor.

Llegado ya Sansón á los diez y ocho años, marchó un día á la ciudad de Tamnata, situada en el monte Efraín, en cuya ciudad quedó tan prendado de una joven filisteá, que propuso á sus padres la pidiesen para esposa suya. No sabían los padres los designios del cielo respecto de su hijo, y le hicieron una grande resistencia por ser la elegida hija de una familia de incircuncisos. Mas al fin los padres accedieron, y un día determinaron pasar á Tamnata, juntamente con su hijo, para pedir la mano de la joven.

Cuando se aproximaban á la ciudad, el joven Sansón entró solo en una viña y vió un cachorro de león, que, bramando con la mayor fiereza, se abalanzaba hácia él. No se intimidó por eso el joven israelita; antes por el contrario, se abraza con la fiera, y en pocos instantes la derriba y despedaza como si fuera un manso corderillo. Hecho esto, marchó al alcance de sus padres y nada dijo á éstos del percance de la viña.

Llegados á Tamnata, los padres de Sansón concertaron con los de la novia el matrimonio de su hijo, y regresaron á su hogar. Pasado algún tiempo, volvieron á Tamnata para celebrar el matrimonio, y Sansón, al pasar junto á la viña, internóse en ella por ver el cadáver del león que pocos días antes había despedazado, hallando en su boca un enjambre de abejas que habían fabricado un panal de miel. Tomó el panal y durante el camino iba comiendo de

la miel, que tambien dió á comer á sus padres, sin decirles la procedencia, llegando sin otra novedad á Tamnata.

En dicha ciudad se celebraron los desposorios con los festejos y solemnidades de costumbre, siendo entre éstas una de ellas la solución de algunos enigmas propuestos á la agudeza de ingenio de los convidados. Sansón, siguiendo esta costumbre, propuso á treinta jóvenes invitados la solución del enigma siguiente: *Del comedor salió comida, y del fuerte la dulzura*; bajo la propuesta de que si acertaban la solución en los siete días que duraban los festejos, les daría treinta sábanas y treinta túnicas; y de lo contrario, ganaría él las mismas prendas.

Los jóvenes filisteos aceptaron la propuesta, pero por más que discurrían no les era posible hallar solución satisfactoria; por lo cual sobornaron á la novia de Sansón para que con súplicas, con halagos y zalamerías sonsacase á su marido la solución de aquel misterio. Así lo hizo la pérfida tamnatita, y al día sétimo, antes de ponerse el sol, vinieron los jóvenes á Sansón diciéndole: «Mira á ver si hemos acertado: *¿Qué cosa más dulce que la miel, y qué cosa más fuerte que el león?*» «¡Ah!, les contestó el joven israelita, si no hubiérais arado con mi becerra, no habríais acertado mi propuesta.»

Sansón, sin embargo, quiso cumplir su palabra, y marchando solo á Ascalón, que era la capital, acometió á la guarnición de soldados y mató treinta hombres, despojándoles de sus vestidos y llevándolos á los que habían simulado resolver el problema. Mas irritado con la conducta de su mujer, se marchó á la casa de sus padres; y la infiel y traidora tamnatita, creyendo que su marido la había abandonado, se casó muy contenta con uno de aquellos jóvenes acompañantes de la boda.

Pasado algún tiempo, volvió Sansón á Tamnata á ver á su mujer, llevándole un cabrito de regalo; y saliéndole al

encuentro su suegro, le dijo que, creyendo que no volvería más, la había dado por esposa á un amigo suyo. Sansón, lleno de ira y de enojo por la acción tan infame que con él se había cometido, le contestó: «Está bien; desde hoy no seré yo el culpable de las desgracias que sobrevengan á los filisteos.» Y esto diciendo, abandonó la casa de su infiel y adúltera esposa, dando comienzo á una série de hazañas tan extraordinarias, que bien merece por ellas Sansón ser llamado el verdadero *Hércules de Israel*. Vamos á referirlas, siquiera sea con suma brevedad y concisión.

Primera: Siendo aquel país abundantísimo en raposas, tuvo bastante industria para coger vivas hasta trescientas; (1) las ató de dos en dos por los hopos ó colas, y asegurando en cada pareja un tizón encendido, soltólas así en los campos de los filisteos, que estaban en vísperas de segarse, y corriendo los animales en distintas direcciones, no solo incendiaron las mieses, sino que también se abrasaron los viñedos y olivares.

Segunda: Habiendo permitido Sansón á los de la tribu de Judá que le entregasen maniatado con fuertes cordeles, mediante un ligero esfuerzo rompió las ligaduras con que le tenían aprisionado, y empuñando la quijada de un asno, que halló al acaso, mató con ella mil filisteos. Hallándose, á causa del combate, acosado de una sed devoradora, sin poder apagarla por no encontrarse agua en aquellas cercanías, pidiendo al Señor auxilio fué al instante socorrido, pues de la cavidad de una muela de la quijada que le sirvió de arma contra los filisteos, brotó una fuente límpida, fresca y cristalina, que mitigó su ardiente sed.

(1) Algunos quieren que la voz griega, traducida por la vulgata «vulpes,» significa también «manípulos.» Lo cierto es que la versión arábica ha traducido el pasaje del modo siguiente: «Y fué Sansón y cogió trescientos manojos.»

Tercera: Hallándose encerrado en la ciudad de Gaza, desquició de noche las puertas principales de la ciudad, llevándolas á un monte y dejando burlados á sus enemigos.

Después de estos hechos, verdaderamente extraordinarios, pasó Sansón al valle de Sorec, país también filisteo, aunque lindante con la tribu de Dan. Allí conoció y amó á una filisteo llamada Dalila, con la cual se casó, según el sentir de San Jerónimo y San Juan Crisóstomo; lo que sabido por los príncipes filisteos, trataron de sobornar á Dalila para que consiguiera saber de Sansón cuál era el secreto de aquellas colosales fuerzas. El incauto israelita, seducido por los encantos de aquella pérfida joven, le reveló el secreto; y esta traidora é infame mujer, aprovechando la ocasión de estar dormido, le cortó su hermosa cabellera, en la que se ocultaba el secreto de sus fuerzas; corre presurosa á comunicarlo á los príncipes filisteos, los cuales se echaron sobre el rasurado jóven, apoderándose de él sin el menor esfuerzo; y sacándole los ojos, le condenaron por toda su vida á dar vueltas á la rueda de una tahona como si fuera un jumento.

Al cabo de algún tiempo, señalaron los filisteos un día para dedicarlo á dar gracias á Dagón, su dios, por haber puesto en sus manos un enemigo tan terrible; y habiéndose reunido á este fin todo el pueblo en la ciudad de Gaza, donde el ídolo tenía su templo; los filisteos llevaron también allí á Sansón para divertirse con él y que les sirviera de chacota. Así sucedió; pues príncipes y pueblo, hombres y mujeres, niños y ancianos, todos, todos hartaron de oprobios al pobre y desvalido ciego.

El infortunado Sansón, que tan cara estaba pagando su debilidad y su flaqueza, rogó al lazarillo que le dejase siquiera apoyarse en alguna columna para descansar un poco; á lo cual accedió el compasivo guía. Entonces el bravo y esforzado israelita, el Nazareo del Señor, se dirige á su Dios pidiéndole fervorosamente le restituya su primitiva

fuerza para castigar de una vez á todos aquellos enemigos. El Señor le oye; y Sansón, lleno de fé y de confianza, abraza las dos columnas que sostenían el templo, dándoles tal empuje, que vinieron á tierra, desplomándose todo el edificio, y quedando sepultados bajo sus ruinas, juntamente con Sansón, más de *tres mil* filisteos, entre los que se hallaban todos los príncipes y nobles del reino.

Helí. Después de la muerte trágica de Sansón, los israelitas no fueron molestados en muchos años por los filisteos; pues éstos quedaron aterrados con la horrible catástrofe del templo de Gaza; tanto, que si los israelitas hubieran sabido aprovecharse de aquellas circunstancias, habrían exterminado completamente á sus eternos enemigos los filisteos; pero tanto miedo había infundido en Israel el pueblo incircunciso, que los israelitas se contentaron con aprovecharse de la paz que forzosamente aquellos les concedían. Al efecto nombraron sucesor de Sansón, no á un valiente y esforzado caudillo que continuara la guerra de exterminio declarada á los filisteos por el héroe de Gaza y Ascalón, sino á un hombre de carácter pacífico y tranquilo por su naturaleza y por su profesión: Este fué el Sumo Sacerdote Helí, que por sus cualidades y por su altísima dignidad no podía hacer otra cosa que gobernar al pueblo con mansedumbre y humildad. Varón recto y temeroso de Dios era Helí; pero tan tolerante y condescendiente con todos, y en especialidad con su familia, que esto fué la causa de su perdición y de la ruina de Israel.

Como había reunido en sí los dos elevados cargos de Sumo Pontifice y de Juez de Israel, no podía, en sus años, con las múltiples y pesadas cargas que ambas dignidades le imponían; así que, para aliviarse de ellas, encomendó las funciones del sacerdocio á sus hijos OfnÍ y Fineés, jóvenes libertinos que convirtieron el Santuario en teatro de impurezas y abominaciones; cometiendo tantas infamias y

tantos sacrilegios dentro del templo, que el pueblo de Israel se retrajo por completo de ofrecer sacrificios por conducto de aquellos hijos de Belial. En vano el pueblo acudía en amargas quejas á su padre; éste se contentaba con reconvenirles blandamente, lo cual ninguna impresión causaba en el corazón de aquellos infames sacerdotes; hasta que el Señor, cansado de la criminal condescendencia del padre y de los escándalos de los hijos, determinó castigarlos de un modo adecuado á sus infamias.

Al efecto mandó un profeta á Helí para anunciarle que en castigo de las iniquidades y profanaciones cometidas por sus hijos en el templo, de las cuales él se había hecho solidario por su punible tolerancia; el Señor había decretado el exterminio de su casa y la trasferencia de la dignidad sacerdotal á otra familia de la descendencia de Aarón. Cuyos tristes vaticinios tuvieron exacto cumplimiento, como tendremos lugar de ver en el relato de esta historia, con la cual está íntimamente relacionada la del último Juez del pueblo de Dios, llamado Samuel.

Samuel. Fué este niño hijo del milagro, como antes lo habían sido los grandes personajes bíblicos de que nos hemos ocupado, Jacob, Isaac, José y Sansón; esto es, fué hijo de madre estéril. Su padre se llamó Elcana, varón religioso, y levita constantemente ocupado en el desempeño de su ministerio. Estaba casado con Ana y Fenena: de esta tuvo sucesión; pero no así de la primera, que, como hemos dicho, era infecunda; mas el Señor oyó los ruegos y oraciones de esta mujer célebre, concediéndole un niño que consagró al Señor á los tres años de edad, entregándole en el templo al Sumo Sacerdote Helí, y entonando entonces aquel cántico sublime é inspirado que, semejante al de Débora, se conserva hoy en nuestra Liturgia con el nombre de *Cántico de Ana*.

Así que Samuel cumplió doce años, dispuso Helí que

sirviese al Señor vestido del *ephod* que llevaban los levitas, y desde esa edad comenzó Samuel á ejercer sus funciones, ayudando al Sumo Sacerdote con una compostura y una modestia que era el encanto de los fieles.

Vivia Helí en el recinto del Tabernáculo cerca del Arca del Señor; y Samuel dormía en una habitación inmediata, para asistirle en su ancianidad. Una noche, poco antes de rayar el alba, llamó el Señor á Samuel, quien al momento respondió: «Aquí estoy, Señor:» y creyendo que era Helí el que lo llamaba, corrió á su dormitorio, diciéndole: «Aquí estoy, puesto que me has llamado.» «No te he llamado, hijo mío, díjole Helí; vuélvete y duerme tranquilo.» Samuel se volvió y durmió. Volvió el Señor nuevamente á llamar á Samuel, repitiéndose por segunda y tercera vez la misma escena. Conociendo entonces Helí que el Señor era quien le llamaba, dijo á Samuel: «Anda, hijo mío, y duerme; y si oyeres la misma voz, contesta: *Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.*» Hízolo así el joven levita; y volviendo otra vez á oír la voz del Señor, contestó según las instrucciones que Helí le había dado. Entonces el Señor le dijo: «Predije á Helí que ejercería mi justicia sobre su casa por la iniquidad cometida por sus hijos y no evitada por él: por lo cual he jurado á la casa de Helí que no podrá expiar esa iniquidad ni con victorias, ni con ofrendas.»

Al escuchar Samuel una sentencia tan terrible, fulminada contra Helí, trató de ocultarla al Sumo Sacerdote; pero éste le conminó con los castigos del cielo si no le refería lo que el Señor le había dicho; en vista de lo cual, Samuel le contó todo sin ocultarle nada. A cuya terrible narración contestó el débil anciano: «El Señor es, haga lo que sea mas agradable á sus ojos.» En cuyas palabras hallan los Santos Padres cierta sumisión y reverencia de parte de Helí hácia su Dios, que dieron lugar en él á un verdadero arrepentimiento,

Después que Samuel anunció á Helí las desdichas que le amenazaban, predijo al pueblo las calamidades que vendrían sobre él por sus infidelidades, cuyos vaticinios no tardaron en cumplirse, pues viniendo los filisteos sobre Israel, presentaron la batalla cerca de Afec, en la tribu de Judá, y aceptada por los israelitas, se convirtió bien pronto para ellos en una espantosa derrota, pues perecieron en ella cerca de *cuatro mil* hombres del ejército de Israel.

Lleno de terror y espanto el pueblo de Dios, reunió el Consejo de ancianos, el cual acordó presentar de nuevo la batalla á los filisteos, llevando en medio de las tropas el *Arca Santa* para que los salvara de tan formidables enemigos. Así lo verificaron, con gran contento y algarazas del ejército y pueblo de Dios, y gran consternación de los filisteos, que veían en aquel simulacro el Dios terrible que tantos estragos había causado en los pueblos idólatras. Esto no obstante, los generales filisteos arengaron á sus huestes con tanto entusiasmo, que aceptaron el combate presentado por los israelitas, en el cual también consiguieron la victoria, quedando en el campo de batalla treinta mil israelitas, y logrando capturar el único baluarte que le quedaba al desgraciado pueblo de Israel, que era su *Arca Santa*, á cuyo lado cayeron los criminales hijos de Helí, OfnÍ y Finéés, que con sus escándalos habían pervertido á todo el pueblo de Dios.

Cuando llegó á Silo tan estupenda noticia, llevada por un benjaminita, todo el pueblo rasgó sus vestiduras, y cubiertos todos sus habitantes de polvo y ceniza, corrieron la ciudad dando gritos espantosos de dolor y de sentimiento; los que llegados á oídos de Helí, y sabedor de la causa que los producía, especialmente al oír que también el *Arca Santa* había caído prisionera, cayó de espaldas de la silla donde se hallaba sentado, muriendo instantáneamente de aquel golpe.

Los filisteos quisieron retener en su dominio el *Arca Santa*, pero el Señor los castigó con una multitud de plagas que les obligó á restituir á Israel aquel precioso trofeo; así es que, colocada el *Arca Santa* en un carro conducido por dos vacas paridas, las dejaron al azar, dirigiéndose éstas hácia Betsames, seguidas de cerca por los sátrapas de los filisteos. Los sacerdotes y levitas de Israel, observando la dirección que habían tomado las vacas, acompañados de una multitud del pueblo, se dirigieron hácia Betsames, donde recogieron el *Arca*, y con gran pompa y solemnidad la condujeron á Cariatiarín, depositándola en casa de Abinadab, donde permaneció por espacio de treinta años, hasta que David la trasladó á casa de Obededón, y de allí á la ciudad que lleva su nombre, como veremos más adelante.

Con la muerte de Helí quedaron vacantes los dos cargos más elevados del pueblo de Israel, á saber: el de Pontífice y el de Juez. Para el primero eligieron á Abiatar y á Aquitob, hijos respectivamente de OfnÍ y Fineés: para el segundo, ó sea para Juez, todo el pueblo aclamó unánimemente á Samuel.

Samuel, pues, sucedió á Helí en la dignidad de Juez Supremo de la nación; y lo primero que hizo, por orden de Dios, fué congregar á los israelitas en *Masfa*, donde les reprendió sus idolatrías y los enormes pecados que habían cometido contra su Dios, prometiéndoles que si volvían al Señor con un corazón contrito y humillado, Él los libraría del poder de los filisteos. Todo el pueblo de Israel, al oír estas palabras, gritó al cielo pidiendo perdón por sus pecados; y el Señor, oyendo sus ruegos, les concedió una victoria señaladísima contra los filisteos, después de la cual no se atrevieron ya éstos á molestar á Israel, disfrutando la nación de una completa paz durante la judicatura de Samuel.

LECCIÓN 27

HISTORIA DE RUTH.

Entre las mujeres célebres nombradas por el evangelista San Mateo en la genealogía de Jesucristo, cuéntase á esta renombrada *Moabita*. No se sabe á ciencia cierta la familia de Moab á que pertenecía, si bien algunos intérpretes aseguran que fué hija de Eglón, á quien Aod, segundo Juez de Israel, quitó la vida en su propio palacio. Sea de esto lo que quiera, vamos á ocuparnos de esta mujer célebre que tan bien nos representa el gran misterio de la vocación de las gentes.

En los días que gobernaba al pueblo de Dios uno de los Jueces (1), vino sobre Israel una hambre aterradora, á consecuencia de la cual una virtuosa familia de Belén, entre otras muchas, emigró al país de Moab. Dicha familia se componía de un matrimonio con dos hijos. Llamábanse los padres Elimelec y Noemi, y los hijos Mahalón y Quelión. Al poco tiempo de establecerse en Moab la citada familia, falleció el jefe de ella, Elimelec, quedando viuda su esposa Noemi, á cuyo cuidado quedaron sus dos hijos. Pasado algún tiempo, los hijos de Noemi trataron de tomar estado, y al efecto se casaron con dos jóvenes moabitas; una de éstas, la protagonista de esta historia, llamábase Ruth, y la otra Orfa. Trascurridos diez años después de estos matrimonios, ambos hermanos tuvieron la desgracia de morir sin sucesión, dejando á la infortunada madre en el mayor desamparo.

La triste y acongojada Noemi, impresionada por aque-

(1) Créese que sucedió este hecho en tiempo de Débora.

lla série de desgracias, trató de ausentarse de aquel país de tan tristes recuerdos para ella; y sabiendo que el hambre había cesado en Israel, determinó regresar á su país natal. Inútilmente quieren oponerse á esta resolución sus buenas nueras Ruth y Orfa; no es posible: Noemi había determinado concluir sus días en Belén, y fueron inútiles los ruegos y súplicas de sus hijas. En vista de ello, sus buenas nueras, que amaban entrañablemente á su suegra, resolvieron acompañarla en su viaje. No quiso Noemi oponerse á esta última prueba de cariño de sus infortunadas hijas, y acompañada de ellas emprendió el camino de su patria.

Habiendo andado ya bastante camino, quiso despedirlas juzgando que el trayecto andado era bastante para despedida; así es que, besándolas, trató de persuadirlas á que se volvieran á sus casas. Pero aquellas jóvenes viudas que tanto amaban á su buena madre, no pudieron contener sus lágrimas, y llorando y sollozando pidieron á Noemi que les permitiese ir con ella á su país. «No, hijas mías, les dijo Noemi, no querais hacer eso, pues vuestra angustia aumentaría la mía; volvéos, volvéos á vuestro país. ¿No veis que yo no puedo ya daros maridos?» Ellas entonces lloraban aún más amargamente, pero una de ellas, Orfa, besando á su suegra, se volvió á su país y á sus dioses: al contrario Ruth, permaneciendo abrazada fuertemente á su suegra, le rogó y suplicó que le permitiera soportar con ella las vicisitudes de la vida y adorar al Dios de Israel. «Donde quiera que residas, le dijo Ruth, allí habitaré yo; y donde quiera que fueres, yo tambien iré contigo. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios, siéndome este mismo Dios testigo de que sólo la muerte me separará de tí.»

En vista de estas solemnes protestas de la fidelísima Ruth, su desconsolada cuanto bondadosa suegra volvió á abrazar á su nuera, y, compadecida de ella, le permitió que la siguiera hasta Belén para vivir en su compañía todos los

días de su vida. Cuando las dos infortunadas viudas llegaron á Belén, todas las mujeres de la ciudad vieron con dolor los estragos que en la parte física y moral de Noemi habían causado los disgustos y sufrimientos, preguntándose unas á otras llenas de sorpresa y admiración: «¿Es ésta aquella Noemi tan encantadora por sus gracias y por su hermosura?» A lo cual contestaba afligida la viuda de Elimelec: «No me llameis ya Noemi, sino Mara (1), porque el Omnipotente me ha llenado de dolor y colmado de amargura.»

El regreso de Noemi á Belén, acompañada de su nuera, coincidió con la siega de las cebadas; y deseosa Ruth de ayudar á su querida madre, á fin de procurarse la subsistencia de ambas, le pidió permiso para salir al campo á emplearse en el oficio de espigadora, á lo cual accedió Noemi, saliendo la joven viuda de Mahalón á recorrer las campiñas de Belén y recoger las espigas extraviadas á los segadores.

Cuando Elimelec se vió precisado á salir de Belén con su familia y refugiarse en Moab, según arriba indicamos, dejó en Belén un pariente cercano, llamado Booz, hombre rico y de grande consideración en el país. La Divina Providencia quiso que Ruth entrara en una heredad de la pertenencia de Booz, y á poco de haber comenzado la tarea la bella espigadora, llegó el dueño de la heredad á revistar la labor de los criados; y viendo á la joven moabita, preguntó al que cuidaba de los segadores quién era aquella joven que los seguía recogiendo las espigas; y habiéndole contestado ser la nuera de Noemi, dirigióse á ella diciéndole: «No vayas, hija mía, á otro campo á espigar, sino incorpórate con mis muchachas y síguelas donde espigaren, pues he dado orden á mis criados para que ninguno te moleste; y cuando

(1) Noemi significa «hermosa;» y Mara «amarga.»

tuvieres sed, véte á la provisión de ellos y bebe del agua que tienen para su consumo.»

Ruth, toda confusa por la deferencia y grande generosidad que con ella usaba el magnánimo Booz, no pudo menos de manifestarle su gratitud diciéndole: «No soy digna señor, de tantas distinciones como dispensas á una infeliz mujer extranjera.» «Sí, le dijo Booz; me han contado tu conducta y proceder con tu suegra después de la muerte de tu marido, y que, dejando tus parientes y país natal, has venido á un pueblo que antes no conocías. El Señor premiará tu obra, y recibirás un cumplido galardón del Dios de Israel, bajo cuyos auspicios te has amparado. Todos los días, prosiguió Booz, cuando fuere la hora de comer, vente aquí á sentarte á la mesa y mojar tu bocado en el vinagre.» Cuya oferta fué aceptada por la moabita, según lo deseaba el caritativo Booz, volviendo después á su labor, que en aquel día fué muy provechosa, pues recogió unos diez celemines de cebada, gracias á la ingeniosa caridad de Booz, que mandó á sus criados dejaran caer de intento bastantes espigas de las gavillas para que las recogiera sin gran trabajo.

Alegre y contenta, con su saco de cebada en la cabeza, volvió Ruth á la ciudad para entregarlo á su querida madre Noemi, juntamente con la parte de ración que había tomado en la tienda de Booz, cuando aquella, al ver una espiga tan abundante como granada, no pudo menos de preguntar á su nuera por el campo donde la había recogido; y diciéndole que en la heredad de un israelita llamado Booz, Noemi entonces bendijo al Señor que tan pródigo se mostraba con sus siervas, manifestando al propio tiempo á su nuera que aquel hombre tan caritativo era pariente suyo.

Pasados algunos días, en los que la piadosa Ruth seguía espigando en los campos de Booz, díjole su suegra: «Hija mía, el cielo me ha inspirado un pensamiento que

quiero manifestarte: ese Booz, con cuyas criadas te has incorporado para la espiga, es nuestro pariente, y quiero que reclames de él los derechos que te concede la ley del *Levirato*. Sé que esta noche limpia la cebada en la era. Lávate, pues; adórnate lo mejor posible y baja allí; y cuando él se halle dormido; acércate con cautela y le expones, que siendo pariente tuyo, reclamas de él los derechos que te concede la Ley de Moisés.»

Así lo hizo la piadosa moabita; fué á la era, acechó el lugar á donde Booz se retiraba á dormir, y cuando juzgó que estaría dormido, acercóse á él silenciosamente y le expuso su pretensión. «Yo haré lo que me pides, contestóle Booz, porque todo el pueblo de Belén sabe que eres una mujer de virtud. No niego que soy tu pariente, pero hay otro más cercano que yo; si él no quiere recibarte, renunciando á su derecho, yo te tomaré, ¡vive el Señor!»

En todas las ciudades tenían los hijos de Israel constituido un tribunal, formado por los ancianos, para fallar en los asuntos concernientes al pueblo, cuyo tribunal se reunía en las puertas de la ciudad. Un día Booz, viniendo de la era, se sentó en el lugar donde acostumbraban á reunirse los jueces, cuando providencialmente vió pasar al pariente más cercano de Ruth. Llamóle al punto y se sentó junto á él, y convocados los ancianos que formaban el tribunal, dijo delante de ellos al citado pariente: «Noemi está para vender un campo de su marido y pariente nuestro Elimelec: si tú lo quieres, eres antes que yo; pero si no te acomoda, yo me quedaré con él.» A lo que respondió el primero: «No tengo ningún inconveniente en comprar la heredad que me indicas.» «Está bien, le contestó Booz; pero luego que compres el campo de Noemi, es preciso que te cases con Ruth, su nuera, para que de ese modo resucites el nombre de tu pariente en la herencia.» A lo que respondió el primero: «En ese caso, renuncio el derecho

de parentesco; puedes usar del tuyo, porque de buen grado y libremente hago y ratifico dicha renuncia de todos mis derechos.»

Entonces Booz, cumpliendo la ceremonia que la ley prescribía para esos casos, dijo á los ancianos y á todo el pueblo: «Vosotros sois testigos de que entro á poseer todo lo que pertenecía á mi pariente Elimelec y á sus finados hijos, tomando por esposa á Ruth, mujer que fué de Mahalón, para levantar el nombre del difunto.» A lo que contestó el pueblo: *«Haga el Señor que esa mujer que entra en tu casa, sea un modelo de virtud y perfección en Efrata y en Belén.»*

Después de esto, casáronse Booz y Ruth, de cuyo matrimonio tuvieron un hijo llamado *Obed*, que fué abuelo del profeta-rey David, de quien descende Nuestro Señor Jesucristo. Y siendo el único objeto del Autor del libro de Ruth demostrar que Jesucristo descende de una mujer gentil como Ruth, termina la historia de esta mujer célebre, que no por ser sencilla, deja de ser tan interesante como instructiva.

LECCIÓN 28

Establecimiento del Gobierno de los Reyes.—Elección de Saúl.—Su reinado.—Heroísmo de Jonatás.—Reprobación de Saúl.

Establecimiento del Gobierno de los Reyes. Veinte años llevaba Samuel ejerciendo la suprema judicatura del pueblo de Dios con el mayor contento de todos, cuando queriendo regularizar la tramitación de los negocios del pueblo, á fin de que éstos se despacharan á la mayor brevedad, nombró á sus dos hijos Joél y Abia para que le ayudasen en el Gobierno, encargándoles el despacho

de los asuntos ordinarios, y reservándose él aquellos de mayor trascendencia y gravedad. Mas, por desgracia, los hijos de Samuel no siguieron los caminos de su padre, sino que, dominados por la avaricia y ambición, pervirtieron los principios de la equidad y de la justicia. Esto, juntamente con la edad de Samuel, sirvió de pretexto al tornado pueblo de Israel para apartar del Gobierno á un anciano tan sabio y á un profeta tan santo como Samuel, á quien tanto debían.

Un día se juntaron todos los ancianos de Israel y comisionados del pueblo, dirigiéndose á Ramata, donde Samuel vivía. Una vez en presencia del profeta, le hablaron del modo siguiente: «Ya ves que tú has envejecido y que tus hijos no andan por buenos caminos: Nómbranos un Rey que nos gobierne, lo mismo que tienen las demás naciones.» El sabio y santo profeta, al oír una pretensión tan sorprendente como injustificada, no quiso contestar ni una sola palabra; se retiró á su oratorio á pedir al Señor por aquel pueblo tan ingrato como favorecido por el cielo, y á suplicarle le iluminara para contestar dignamente á aquella pretensión tan insolente. Pero el Señor le dijo: «Oye la voz del pueblo. *No es á tí á quien han despreciado, sino á mí, que no quieren que reine sobre ellos.*»

Con esta respuesta de su Dios volvió Samuel á los ancianos y trató de persuadirles de que desistieran de tan loca pretensión, pues voluntariamente iban á esclavizarse bajo el poder de un hombre que sería árbitro de sus personas, de sus familias y de sus haciendas. Todo fué inútil; aquel pueblo imbecil se había enamorado de la idea de un Rey que los gobernase y fuera á su cabeza en los combates, como sucedía en las demás naciones, y fué preciso acceder á sus pretensiones.

Elección de Saúl. Vivía en la ciudad de Gabaa, tribu de Benjamín, un varón de colosales fuerzas, llamado

Cis, el cual tenía un hijo, fuerte como él, llamado Saúl. Un día se perdieron á Cis unas pollinas, y marchó en su busca Saúl, acompañado de un criado. Cansados ambos de buscarlas inútilmente por montes y valles, regresaban á su casa sin haber adquirido noticia alguna de ellas. Al pasar por Ramata ocurrióle al criado que en aquella ciudad vivía un varón de Dios, un profeta, un vidente, el cual tal vez podría decirles el paradero de las asnas. Aceptada por Saúl la idea del criado, se encaminaron á la ciudad preguntando por el vidente; y al entrar en ella, he aquí que Samuel les salió al encuentro. No fué casual esta coincidencia, pues el Señor había dicho á Samuel el día antes que en aquella hora se presentaría un hombre de la tribu de Benjamín á quien debía ungir como Rey de Israel, por ser el elegido para gobernar á su pueblo y librarle de los Filisteos.

Llegado que fué Saúl á presencia de Samuel, le preguntó por el vidente, y habiéndole éste respondido ser él, le manifestó el objeto de su viaje á Ramata. Samuel le contestó que las pollinas ya habían parecido, pero que tenía que comunicarle un asunto de la mayor importancia. Invitado á un banquete, al efecto preparado por Samuel, aceptó la invitación, hospedándose aquella noche en la casa del vidente. Al rayar el día siguiente, llamó Samuel á Saúl y juntos salieron hasta el extremo de la ciudad. Allí mandó Saúl á su criado que se adelantara á decir á su padre que habían parecido las pollinas; y solos Samuel y Saúl, tomó el primero una ampolla de aceite, y derramándola sobre la cabeza de Saúl, le dió un ósculo diciéndole: «El Señor te ha ungido por príncipe de su pueblo para que lo gobiernes y le libres de sus enemigos.» Y despues de darle algunas señales como pruebas confirmativas de esta elección, entre las que fué la más extraordinaria la de profetizar en medio de una comunidad de profetas que habitaban el collado del

Tabor, causando la admiración de todos los que antes le habían conocido; el hijo de Cis se retiró á su casa de Gabaa, mientras el profeta Samuel congregaba al pueblo en Masfa.

Reunido el pueblo en Masfa, é imponiendo silencio á la multitud, tomó la palabra Samuel, y hablando en nombre del Señor, les dijo: «Puesto que quereis un rey que os gobierne, despreciando á Dios que os ha sacado de tantos apuros y libertado de tantos peligros, elegidle por suerte entre todas las tribus de Israel.» Así lo hicieron, y la suerte tocó á la tribu de Benjamín; y sorteada la tribu, recayó en la familia de *Metri*, y últimamente en *Saúl*; pero no encontrándose éste entre la multitud, corrieron á su casa y en triunfo lo presentaron ante el pueblo, que al verle tan gallardo y de una estatura tan colosal, exclamó lleno de entusiasmo: ¡*Viva el rey!*»

Reinado de Saúl. Felices fueron los primeros años del reinado de Saúl. Aconsejado por Samuel, y siguiendo siempre las instrucciones de este santo profeta, puede calificarse á Saúl de un gran rey durante los primeros años de su reinado, tanto por la justicia de sus actos como por las brillantes victorias que alcanzó contra los enemigos del pueblo de Dios. La primera de ellas fué la librada contra los amonitas, salvando á la ciudad de Jabés Galaad del cerco en que la tenía sitiada el cruel Naas, rey de Anón, derrotando completamente todo su ejército. Después de esta victoria, el nuevo rey se retiró con *dos mil* soldados á Macmas, en el monte de Betel, dejando otros *mil* bajo el mando de su hijo Jonatás, joven de diez y seis años, en Gabaa de Benjamín. Era Jonatás un gallardo joven, hermoso, de un valor heroico y de unos sentimientos tan nobles y generosos, que era el encanto de las tropas que mandaba, las cuales adoraban á su joven general como si fuera un ídolo.

Confiado Jonatás en el valor de sus soldados y en la gran influencia que en ellos ejercía, preparó un golpe de mano sobre una fortaleza que conservaban los filisteos sobre la montaña de Gabaa, acometiéndola con tal denuedo á la cabeza de sus cortas tropas, que la tomó á la primera embestida, con asombro de Israel y admiración de los filisteos. Enfurecidos éstos con tal desastre, se prepararon para la venganza, reuniendo un ejército formidable, tanto por su número como por la calidad de armas que llevaban los soldados.

No era ménos numeroso el ejército de Israel, si bien iba peor armado al combate; mas esta circunstancia no hubiera impedido la victoria si hubiese contado, como en Jabés Galaad, con el auxilio del cielo, pero le faltó éste; y apenas el ejército de Israel se vió cercado, desbandóse en el mayor desórden, sin que bastaran á contenerle ni las arengas del rey ni los esfuerzos del valiente Jonatás. El Señor, sin duda alguna, permitió aquel desastre como un castigo por la desobediencia de Saúl, acarreando además sobre éste la reprobación del cielo. Dicha desobediencia consistió en que estando acampado en Gálgala para dar la batalla á los filisteos, y habiéndole prohibido Samuel que ofreciera á Dios sacrificio alguno hasta el día sétimo en que él regresaría al campamento con ese objeto, Saúl, después de haber obedecido durante seis días, no tuvo bastante paciencia para esperar un día más, y al día *sétimo* ofreció el sacrificio, en ausencia de Samuel, llegando éste cuando aún ardía el fuego del sacrificio referido.

Después de este acontecimiento y de la deserción de los soldados, Saúl y Jonatás fueron á situarse sobre el collado de Benjamín, donde habiendo hecho Saúl un recuento de sus soldados, sólo pudo contar unos *seiscientos*, con cuyas fuerzas se atrincheró del mejor modo que pudo, protegido por los muros de Gabaa.

Heroismo de Jonatás. Pero Jonatás, lleno de brío y de ardor bélico por la gloria de Dios y de su pueblo, no podía permanecer á la defensiva; así es que, favorecido por el cielo y acompañado únicamente de su escudero, acomete un día al campamento enemigo, y en el instante dejó veinte cadáveres enemigos sobre el terreno que en medio día puede arar una yunta de bueyes.

Este hecho heroico de Jonatás infundió tal terror en el ejército enemigo, que los soldados huyeron dispersos por todas partes; y aprovechando esta dispersión los desertores de Saúl, acometen por la espalda á los fugitivos filisteos, consiguiendo una señalada victoria, que si no fué completa, se debió á una imprudencia de Saúl, que prohibió, bajo pena de la vida, que nadie comiese la menor cosa hasta derrotar completamente á los filisteos.

Jonatás, que ignoraba esta orden tan imprudente como inhumana de su padre, al pasar por un bosque lleno de colmenas silvestres, tomó con la punta de una vara un pedazo de panal y lo llevó á su boca; lo que sabido por Saúl, quiso cumplir el juramento que había hecho, quitando la vida á su hijo; pero el ejército en masa salió á la defensa de su caudillo, diciendo á Saúl: «No hay razón para que se cumpla tal juramento; de ningún modo es culpable Jonatás; pues no hay trasgresión cuando se ignora la ley, y así, no debe morir. Hoy nos ha salvado, y en reconocimiento defenderemos su vida á costa de las nuestras.» Con lo que Saúl se vió precisado á perdonar á Jonatás.

Reprobación de Saúl. Dos años próximamente llevaba Saúl reinando en Israel, cuando un día le dijo Samuel: «Esto dice el Señor de los ejércitos: Marcha contra los amalecitas y exterminalos por completo, pasando á filo de espada á hombres y animales, sin retener nada de sus bienes.» Saúl obedeció, y ordenando un ejército de cerca de *doscientos mil* hombres, obtuvo sobre Amalec una com-

pleta victoria. Lleno de orgullo por un triunfo tan señalado, hizo levantar un arco triunfal; y desobedeciendo lo mandado por el Señor, dejó con vida á Agag y se reservó los mejores rebaños de los amalecitas. Lo cual sabido por Samuel, le reprobó duramente su conducta; y tratando Saúl de sincerarse bajo el pretexto de que las terneras y ovejas que había guardado las destinaba para ofrecerlas en sacrificio al Señor, le contestó airado el profeta: «La obediencia vale más que todos los sacrificios, víctimas y holocaustos, y en prueba de ello, en castigo de tu desobediencia, el Señor ha escogido á otro para que reine en tu lugar. Y ya que tú has desobedecido al Señor dejando con vida al rey Agag, tráeme ese rey.» Y una vez en su presencia, tomó Samuel una espada y al punto quitó la vida al rey de Amalec, dividiéndole en trozos como se divide una víctima delante del Señor. Hecho esto, el Santo Profeta se retiró á Ramata, donde vivió separado de Saúl, á causa de sus maldades y desobediencias, si bien, llevado de su buen corazón, el santo profeta no cesó de rogar y pedir á Dios que no muriese en la impenitencia.

LECCION 29

Elección de David.—Combate con Goliath.—David perseguido por Saúl.—
Admirable conducta de David con su perseguidor.—Muerte de Samuel.—Nabal del Carmelo y Abigaíl.—Pitonisa de Endor y muerte de Saúl.

Elección de David. Tal era la persistencia de Samuel en llorar y pedir á Dios por Saúl desde su retiro de Ramata, que el Señor se vió precisado á reprenderle diciéndole: «¿Hasta cuándo llorarás á Saúl, habiéndole yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu acci-

tera de óleo y vé á casa de *Isaí*, Belenita, para que elijas entre sus hijos al que tengo destinado para sustituir á Saúl en el reinado.» En virtud de esta orden, se dirigió el profeta á Belén, bajo el pretexto de ofrecer un sacrificio, ocultando de ese modo á Saúl el objeto de su viaje. Hecha esta ceremonia, á la que asistieron los ancianos de Belén, manifestó á *Isaí* deseos de conocer á sus hijos. Accediendo *Isaí* á estos deseos, fué presentándolos uno por uno, comenzando por el mayor, llamado Eliab, que por su gallarda presencia causaba la admiración del pueblo. Al verle Samuel, creyó que acaso sería aquel el elegido por Dios para sucesor de Saúl; mas el Señor le manifestó no ser aquél el designado. Vino después el segundo, llamado Abinadab, y sucedió lo propio; repitiéndose la misma escena con los cinco restantes. Mas preguntado *Isaí* por el profeta si tenía más hijos, y contestado por éste que solo faltaba el más pequeño, de veinte años no cumplidos, que pastoreaba el ganado en el campo, manifestó Samuel deseos de verle; y mandado llamar por su padre, luego que el profeta vió á aquel joven de aspecto hermoso y rubia cabellera, fuéle revelado por Dios ser el destinado para Rey de Israel; y acto continuo el Santo Profeta derramó sobre su cabeza el Oleo Santo en presencia de su padre y hermanos.

Desde aquel día el Espíritu del Señor se separó de Saúl, trasladándose á David é infundiéndole la prudencia, la sabiduría y la fortaleza, tan necesarias para el buen régimen de los pueblos. Luego que el Espíritu de Dios se apartó de Saúl, se apoderó de él un espíritu maligno que le tenía constantemente triste y melancólico. Compadecidos los cortesanos del deplorable estado en que se hallaba su Rey, le dijeron: «Mandad venir al hijo más joven de *Isaí*, muy diestro en el manejo del arpa, para que os distraiga con su música.» Accedió á ello Saúl; y tanto fué el

carifio que le tomó, que le hizo su escudero, ignorando que aquel joven estaba ya ungido para sustituirle en el trono.

Combate con Goliath. David permaneció al lado de Saúl todo el tiempo que tardó en venir la guerra, la que no se hizo esperar mucho, pues los filisteos, antiguos enemigos del pueblo de Dios, juntaron sus tropas y vinieron contra Israel, ocupando una montaña sobre el *Valle del Terebinto*, en frente de la cual acampaban en otra los israelitas. En el ejército de los filisteos había un hombre formidable por su corpulencia y colosal estatura, llamado *Goliath*. Era este gigante de tres varas y un palmo de altura, de fuerzas hercúleas y feroz aspecto. Cubría su cabeza un enorme casco de bronce; su vestido era una cota de malla, figurando una tupida escama, que pesaba cinco arrobas y media; sus piernas las llevaba blindadas con unas botas de cobre, y el hierro de su lanza pesaba más de diez y seis libras. Todos los días se adelantaba este hombre terrible hasta la línea del campamento israelita, gritando: «¿Hay alguno entre vosotros que se atreva á probar sus fuerzas conmigo? Si hubiera alguno, que salga, que yo aquí espero.» Tarde y mañana, por espacio de cuarenta días, estuvo lanzando este reto el bárbaro filisteo; llenando de terror y espanto al ejército israelita. En vano Saúl mandó publicar un pregón por su campamento, prometiendo al que matara al incircunciso grandes riquezas, exención completa de tributos para su casa, y por último, á su hija mayor para esposa. Nadie se atrevió á ganarse tan ricos premios.

Mandado por su padre, llegaba David en aquellos momentos al campamento israelita, llevando algunas raciones para sus hermanos; cuando escuchando las bravatas del Gigante, *motu proprio* se presenta á Saúl, (quien á pesar de haberle tenido en su palacio, no le conoció, por el traje de

pastor que llevaba, y por estar su bello rostro tostado por el sol) diciéndole: «Yo tu siervo iré á pelear con el filisteo.» A lo que Saúl le contestó: «Eres demasiado joven para ese hombre que maneja las armas desde su juventud.» «No importa, Señor, le replicó David; sabed que varias veces, cuando guardaba mi rebaño, vinieron leones y osos á robarme alguna res, y nunca tuve miedo de ir á quitarles la presa: enfurecidos se levantaban contra mí, pero yo los sujetaba con mis brazos y los desquijarraba. Y el Señor que me ha defendido contra las fieras, ¿no me librará también de ese blasfemo é impío filisteo?» «Marcha, pues, contra él, díjole Saúl, y el Señor sea contigo.» Y esto diciendo, le vistió su armadura y le entregó su espada; pero no pudiendo David manejarse, ni siquiera andar con tanto peso, por falta de costumbre, quitóse la armadura, y tomando su cayado, escogió en el torrente cinco guijarros muy lisos que metió en su zurrón, y con la honda en la mano se fué al encuentro del filisteo.

No bien éste vió á David que se dirigía hacia él, le gritó con gran desprecio: «¿Soy acaso algún perro para venir á mí con un garrote? Ven acá, rapazuelo, yo daré tus carnes á las aves del cielo y á las bestias de la tierra.» A lo que David contestó: «No me espantan tus amenazas: Pronto verás que el Dios en cuyo nombre peleo, es más poderoso que tú.» Y esto diciendo, sacó del zurrón una de las cinco piedras, la colocó en su honda, y disparándola contra el filisteo, la dejó clavada en su frente, cayendo al momento en tierra el gigante, bañado en su propia sangre. Arrojóse entonces David sobre él, y empuñando con ambas manos el enorme alfanje del filisteo que éste aun llevaba envainado, le cortó su deforme cabeza, presentándola como trofeo al ejército de Israel.

Al ver los filisteos que á manos de un mozalvete había muerto el más esforzado de sus so'dados, huyeron en la

mayor confusión, y perseguidos por los israelitas, hicieron éstos en ellos una espantosa carnicería, obteniendo un completa y señalada victoria. La fama de esta acción heroica de David se divulgó bien pronto por el pueblo; y cuando Saúl venía victorioso al frente de su ejército, las mujeres de las ciudades y aldeas salían á su encuentro cantando al sonido de sus panderos: *Saúl ha dado muerte á mil, y David á diez mil*. Esta manifestación tan entusiasta como merecida del pueblo de Israel en favor de David, excitó la envidia de Saúl, y desde entonces consideró á David como su más terrible enemigo.

David perseguido por Saúl. El encono que Saúl había concebido contra David por la preferencia dada por las mujeres al vencedor de Goliat, lo manifestó negándose á cumplir la promesa que públicamente había hecho de dar su hija mayor por mujer al que quitara el oprobio de Israel venciendo al filisteo, consintiendo únicamente en que se casara con Micol, su hija menor, y esto bajo la dura condición de que diese muerte á *cien* filisteos, con la esperanza de que pereciera en tan arriesgada empresa.

Por fortuna para David no sucedió así, sino que mató doble número de enemigos; en vista de lo cual, Saúl no pudo ménos de entregarle á Micol por esposa, si bien comenzó á perseguirle públicamente.

En una ocasión en que David tañía el arpa para distraer la profunda melancolía que afectaba á Saúl, arrojóle éste, colérico, un dardo con el fin de atravesarle el corazón; pero David tuvo la fortuna de parar el golpe y desviar el dardo, que fué á clavarse en la pared. Otra noche quiso Saúl prenderle en su propio lecho, pero se salvó providencialmente, gracias al ingenio y travesura de su esposa Micol, refugiándose en Ramata bajo el amparo de Samuel. Así que Saúl supo el sitio donde se había refugiado, envió soldados para prenderle; pero Dios, que velaba por la salvación de su sier-

vo, llenó á los soldados de espíritu profético, y olvidando éstos las órdenes de Saúl, no pensaron en otra cosa que en cantar himnos y alabanzas al Señor, acompañados por David.

En vano Jonatás, que amaba con delirio á David, quiso reconciliar á su padre con el vencedor de Goliath, pues Saúl, lleno de cólera, le amenazó con quitarle la vida si volvía á interceder por su enemigo; en vista de lo cual, este amigo fidelísimo de David le avisó que cuanto antes se retirara del alcance de su padre, pues estaba furioso contra él. No se equivocó Jonatás en sus juicios, pues á los pocos días mandaba Saúl degollar al Sumo Pontífice *Aquimelec*, juntamente con otros ochenta sacerdotes que custodiaban el Tabernáculo en la ciudad de Nobe, por haber dado hospitalidad á David cuando huía de su persecución.

En vista de esta hecatombe, y para burlar una persecución tan feroz como pertinaz, determinó David retirarse á Get, ciudad filistea donde el rey *Aquis* tenía establecida su corte. Aquis le recibió con generosidad y hasta con cariño; pero sus infames ministros, valiéndose de la intriga, hicieron comprender al rey la grande imprudencia que cometía no quitando la vida al vencedor de Goliath. Súpolo David, y recurriendo á la estratagema de fingirse loco, pudo escapar de tan grave y arriesgado peligro, internándose de nuevo en los dominios de Israel y refugiándose en el desierto de Engadi.

Admirable conducta de David con su perseguidor. Noticioso Saúl de que David se hallaba oculto en Engadi, fué al frente de *tres mil* hombres en su busca, seguro de que esta vez no escaparía de sus manos. Mas un día que Saúl, precisado de una necesidad natural, entró en una cueva donde David estaba oculto con su gente, pudo éste muy bien librarse de aquel enemigo tan pertinaz como implacable; pero el virtuoso David, desatendiendo

los consejos de su gente, que le instaba á ello, se contentó con cortarle un pedazo de la vestidura real, que enseñó de lejos á Saúl luego que salió de la cueva, como prueba de su fidelidad.

En otra ocasión en que David se hallaba á media noche en el desierto de Zif, encontró á Saúl y á todos sus soldados entregados al sueño. David pudo fácilmente quitar la vida á su terrible rival; pero acompañado de Abisai, se contentó con tomar la lanza y copa de Saúl, devolviéndoselas á la mañana siguiente.

Muerte de Samuel. Por aquel tiempo experimentaba Israel una pérdida irreparable, cual era la muerte de Samuel. Retirado en su pueblo de Ramata, después de la reprobación de Saúl, vivió casi olvidado de su ingrato pueblo. Mas al saber los israelitas la noticia de su muerte, recordaron lo mucho que debían al hombre inspirado, al sacerdote santo, al Juez más íntegro de Israel, comparable únicamente por sus virtudes con el caudillo que los sacó de Egipto; y así, luego que el pueblo supo la muerte de su profeta, acudió en tropel á Ramata, donde lo enterró con toda la solemnidad correspondiente á los varones ilustres de la nación, en cuyo número puede figurar Samuel como uno de los primeros.

La desgracia que sufría el pueblo de Israel con la pérdida de Samuel, no impidió á Saúl continuar su inícuca persecución contra David, pues ésta no cesó hasta la muerte del inícuo rey.

Nabal del Carmelo y Abigail. Otro de los episodios que durante la persecución de Saúl ocurrió al sufrido David, fué la escena ocurrida con *Nabal del Carmelo*. Era éste un hombre acaudalado, y habiendo recurrido á él David pidiéndole víveres para sus soldados, no sólo se los negó, sino que trató á David de *vasallo traidor á su rey*. Tanto hirió esta infame conducta de Nabal al paciente Da-

vid, que, lleno de cólera, juró darle muerte juntamente con todos los dependientes de su casa. La mujer de Nabal, llamada *Abigail*, al saber la respuesta ruin é inconsiderada de su marido, mandó cargar unos jumentos con provisiones y marchó sin demora al encuentro de David, suplicándole perdonase el proceder indigno de su marido. Admirado David de la discreción de aquella mujer prudente, accedió á sus ruegos, alegrándose al propio tiempo de que la conducta de aquella renombrada mujer le diera motivo para no derramar tanta sangre como indiscretamente había jurado. Poco tiempo después de esta escena murió Nabal, y David tomó por esposa á *Abigail*, una de las figuras más bellas que representa á la Santísima Virgen María.

La Pitonisa de Endor y muerte de Saúl.

Hallándose Saúl en vísperas de dar una batalla á los filisteos en los campos de Jezrael, quiso antes consultar al Señor para saber el éxito de la misma; pero ni sacerdotes, ni profetas, ni nadie respondió á su consulta. Entonces este desgraciado rey, completando el número de sus maldades, recurrió á una pitonisa ó hechicera que habitaba en Endor, ciudad situada al pié del monte Gelboe, pidiéndole emplease sus artificios para llamar á Samuel y hacerle aparecer ante su presencia. Dios, para confusión de Saúl, permitió que se apareciese la sombra de Samuel, pero fué para anunciarle que la Divina Justicia iba á tomar venganza de sus muchos y enormes delitos, quitándole el reino y la vida. Lo cual sucedió al día siguiente, pues trabada la acción con los filisteos, sus tropas fueron vencidas y derrotadas, sus tres hijos mayores cayeron muertos á su vista, y finalmente, el mismo Saúl quedó herido tan gravemente, que no pudiendo sufrir las angustias de su dolor, mandó á su escudero que le quitase la vida; mas rehusando obedecerle éste, él mismo tomó su espada, y careciendo de fuerzas para atravesarse con ella, la fijó en el suelo por la empuñadura,

y arrojándose sobre ella cayó exánime en tierra, siguiéndole su fiel escudero, que también se suicidó al lado de su rey.

Luego que llegó á oídos de David la infausta noticia de la derrota del ejército de Israel, y del fin trágico de Saúl y sus hijos, rasgó sus vestiduras, y llorando amargamente, como podía hacerlo un hijo por la pérdida de su buen padre, maldijo los montes de Gelboe, donde se había dado la batalla, y lamentó la muerte del amable Jonatás, diciendo: «Duélome sobre tí, ¡oh hermano mío Jonatás! Hermoso sobre manera y amable sobre el amor de las mujeres. Como la madre ama á su hijo único, así yo también te amaba.» Continuando este cántico admirable, en el cual, como en sentida lamentación, el esclarecido hijo de Isaí convida á las doncellas de Israel á llorar la muerte de un rey tan insigne que fué el escudo y defensa de la nación, celebrando, por último, solemnísimas exequias por su muerte y la de su hijo Jonatás.

LECCIÓN 30

Isboset.=Reinado y victorias de David.=Traslación del Arca Santa al alcázar de Sión.=Caída de David, su arrepentimiento y castigos.=Muerte de David.

Isboset. Muerto Saúl, fácil hubiera sido á David conseguir ser proclamado rey de Israel; pero resignada siempre su voluntad en la de Dios, nada quiso intentar sin antes saber los designios del cielo. Consultó, pues, al Señor, y por mandato de Éste subió á Hebrón, donde fué proclamado y nuevamente ungido por Abiatar como Rey de Judá y de Leví, que si bien eran sólo dos tribus, entre ambas componían tanta fuerza como las demás.

Las diez tribus restantes, instigadas por Abnér, gene-

ral de las tropas de Saúl, proclamaron por su Rey á *Isboset*, niño de corta edad y el único que había quedado de los hijos de Saúl. Era Isboset un joven sin experiencia y sin capacidad para reinar, por lo cual puede decirse que el verdadero rey de Israel, de hecho era el referido Abner, jefe del ejército. Siete años continuó esta división de reinados en el pueblo de Dios, durante los cuales, sólo se cruzaron algunas escaramuzas de parte de los generales de ambos ejércitos, gracias al sumo tacto y exquisita prudencia de David, que quería evitar todo derramamiento de sangre entre los hijos de Israel.

Pasados siete años, Abner se cansó de sostener por más tiempo los derechos de Isboset y trató con David de la incorporación á su corona de todas las tribus de Israel. No logró, sin embargo, este valiente caudillo de las tropas de Isboset, realizar el proyecto convenido con David, pues Joáb, general de los ejércitos de David, resentido por la muerte dada á su hermano Asaél en buena lid por Abner, ó mejor dicho, receloso de que éste por su valor y pericia militar pudiera sustituirle en el mando del ejército de David, le asesinó cobarde y traidoramente, cuando regresaba del parlamento con el Rey de Judá. Mucho sintió David esta alevosía cometida por Joáb, pero nada pudo hacer para castigarla por entonces; contentándose únicamente con presidir el duelo de Abner y dedicarle una sentida elegía.

La muerte de Abner aceleró la unión de las tribus de Israel; pues Isboset, incapaz de iniciativa alguna para sostenerse en el trono, apenas supo la muerte de su general, cayó en la mayor consternación, así como las tribus sobre las cuales reinaba. El vil asesinato cometido por Joáb en la persona de Abner, tal vez hubiera retardado algún tiempo la fusión del pueblo de Israel bajo el cetro de David, si un acontecimiento mucho más criminal que el asesinato de

Abner, no la hubiera hecho precisa y aun necesaria. Este acontecimiento fué la muerte de Isboset, villanamente asesinado en su propio lecho por dos benjaminitas llamados Baana y Recab, militares ambos del ejército de Isboset. Creyeron estos infames asesinos que por este crimen lograrían una gran recompensa de David, y en verdad que la encontraron merecida á una acción tan cobarde como alevé, pues les mandó cortar los piés y las manos, después de ahorcarlos como infames regicidas.

Reinado y victorias de David. Después de la muerte desastrosa de Isboset, David fué proclamado rey de Israel por todas las tribus; y su primer paso como rey de Israel fué acometer una empresa, tal vez la más difícil desde que los hebreos entraron en Palestina, cual fué la conquista de la importante é inexpugnable fortaleza de Sión. Hallábase ésta en poder de los Jebuseos, pues aunque los benjaminitas, á cuya tribu pertenecía Jerusalén, habían tomado á los hijos de Jebús lo bajo de la ciudad y el monte Moria, nunca pudieron tomar la fortaleza de Sión, á pesar de los muchos ataques dirigidos con ese objeto durante *cuatrocientos* años. David, pues, emprendió esta conquista; y al efecto ofreció hacer general de sus tropas al que primero plantara en las murallas de Sión el estandarte del pueblo de Dios; cuya heroica acción fué llevada á cabo por Joáb, asesino de Abner, que si no era hombre de bien, era un valiente soldado. Posesionado David de la fortaleza de Sión, hizo cambiarle el nombre por el de *Ciudad de David*, mandando edificar en ella un magnífico palacio para morada de los reyes de Israel.

Noticiosos los filisteos de que David había sido proclamado Rey de Israel, reunieron los ejércitos de los cinco reinos que componían la confederacion filistea y presentaron la batalla á David en los campos de Rafain. David consultó al Señor, quien le indicó el modo y manera de

vencer á sus enemigos, y acto continuo aceptó la batalla por ellos presentada. Comenzada ésta, bien pronto se convirtió en espantosa derrota para los filisteos, pues al primer choque se dispersaron por todas partes como se derraman las aguas por las calles.

A los pocos días volvieron los filisteos á presentar de nuevo una segunda batalla; pero también en esta salieron triunfantes las armas de Israel, persiguiendo al enemigo por espacio de cinco leguas, y consiguiendo sobre él una señalada victoria; tanto que ya no se atrevieron los filisteos á molestar en mucho tiempo á la nación santa.

Traslación del Arca Santa á la ciudad de David. A las dos renombradas victorias alcanzadas por David contra los filisteos, siguióse una paz universal en todo el pueblo de Dios, y aprovechándose de ella, determinó el piadoso rey trasladar el Arca Santa, que estaba en *Cariatiarín*, á Jerusalén, y colocarla en el Alcazar de Sión. Al efecto, acompañado de todos los sacerdotes y levitas, la tomaron de la casa de Abinadab, donde se hallaba, y la colocaron en un carro nuevo tirado por bueyes. Durante el trayecto inquietáronse los bueyes, moviendo el carro de tal modo, que se ladeó el Arca, estando á punto de caer; lo que visto por uno de los levitas, llamado *Oza*, le echó mano para sostenerla, y en el mismo instante cayó muerto á presencia de la multitud.

En vista de este castigo tan ejemplar, no quiso David que pasase adelante el Arca Santa, y la depositó en casa de otro levita de insigne virtud llamado *Obededón*, en cuya casa estuvo por espacio de tres meses, durante los cuales le llenó el Señor de beneficios así como á toda su familia. Visto lo cual por el piadoso David, quiso emprender nuevamente la traslación; y en efecto la verificó, llevando el *Arca*, no en un carro de bueyes, sino en hombros de los levitas, según la ley prescribía, y acompañándola él mismo en per-

sona tocando el arpa y cantando y danzando con trasportes de alegría. El Señor prometió á David, en premio de su religiosa piedad, *que de su linaje nacería el Mesías.*

Una vez en Jerusalén el *Arca Santa*, este piadoso monarca concibió el proyecto de construir un templo suntuosísimo, cuya magnificencia estuviese en armonía con el Rey de los Cielos, á quien había de hospedar; pero Dios le manifestó, por medio del profeta Natán, que esa gloria estaba reservada para su hijo Salomón.

Después de la instalación del Arca Santa en el Alcázar de Sión, quiso David expurgar completamente á su nación de los muchos enemigos que la rodeaban; y al efecto, protegido por el cielo, hizo tributarios de Israel á filisteos, moabitas, jebuseos y demás pueblos enemigos, reuniendo en Jerusalén todas las riquezas conquistadas á estos pueblos, para que en su día se empleasen por su hijo en la construcción del grandioso templo que había de erigirse al *Dios de Israel*. No concluyeron, sin embargo, con éstas las guerras de David, pues poco tiempo después tuvo que castigar á Hanón, rey de los amonitas, por el mal recibimiento que dispensó á sus embajadores, declarando más tarde la guerra á los Syros, la que él mismo dirigió personalmente, consiguiendo sobre ellos una señaladísima victoria.

Caida de David; su arrepentimiento y castigos. David, cansado sin duda de la vida de campamento, cometió la imprudencia de confiar la dirección de las batallas sucesivas á su general en jefe Joáb, y éste fué el principio de su desgracia; pues acostumbrado á la vida muelle de palacio, bien pronto le dominaron las pasiones.

Este Príncipe según el corazón de Dios, este varón sabio é ilustrado, á quien podemos llamar por la doctrina admirable de sus Salmos, el maestro universal de los hombres, se paseaba un día por la azotea de su Palacio, vió á lo lejos á la hermosa Betsabé, esposa de Urfas Heteo, la

hizo venir á su presencia y, mientras su marido exponía su vida por su patria y por su rey, el rey despojaba á su fiel soldado de lo que más se ama en el mundo, que es el honor. Y no contento con haber deshonrado á Urías, uno de sus más bravos y esforzados capitanes, mandó á Joáb que le pusiera en el mayor peligro del combate, y que irremisiblemente le hiciese perecer en él.

Arrepentimiento de David. Trascurrido un año después de esta série de crímenes cometidos por la flaqueza y debilidad de David, presentóse disimuladamente delante de él Natán el profeta, y fingiendo que iba á pedirle justicia contra un vasallo suyo, le dijo: «Señor, en una ciudad vuestra vivían dos hombres, uno riquísimo que poseía numerosos rebaños, y otro pobre que sólo tenía una ovejita, á la que amaba como si fuera una hija, haciéndola comer del mismo pan que él comía, beber en su copa y dormir en su cama. Sucedió que al rico le vino un huésped, y queriendo obsequiarle, en vez de valerse para ello de sus propias reses, abusando de su poder, tuvo la inhumanidad de quitar al pobre su ovejita, y con ella dar de comer á su huésped.»

Al oír David esta relación, exclamó lleno de indignación: «*¡Vive Dios que el que ejecutó tal maldad es reo de muerte!*» Entonces Natán con tono severo le dijo: «Vos sois, Señor, aquel hombre á quien acabais de condenar. El Señor os ungió por Rey de Israel, os libró de la mano de Saúl y os colmó de extraordinarios favores, y vos habeis despreciado su palabra. A Urías Heteo heristeis á cuchillo y le habeis muerto con la espada de los hijos de Amón; por lo que sereis castigado severamente por el Señor á quien habeis ofendido.» David, lleno de confusión y espanto al considerar los enormes delitos que había cometido contra su Dios, lleno su pecho de dolor y sus ojos de lágrimas, sólo pudo pronunciar estas lacónicas palabras:

«*Pequé contra el Señor.*» En las cuales se descubre el arrepentimiento más sincero y la contrición más perfecta; tanto, que al instante oyó de los labios del profeta estas consoladoras palabras: «*También el Señor ha trasladado tu pecado.*»

Castigos. David, pues, se arrepintió de todas veras, imploró la misericordia divina, suplicó al profeta que le ayudase con sus oraciones, y por último aceptó resignado los castigos que Dios se dignara enviarle. Estos fueron: la muerte del niño, fruto del pecado; la sangrienta tragedia acaecida á su hijo Amnón por su incesto con Tamar, y por último, la rebelión de su hijo Absalón, quien, habiéndose hecho proclamar Rey por los partidarios que tenía en el ejército, llevó su osadía hasta acometer á la corte de su padre para apoderarse de su persona. David entonces, para no caer en las manos de su malvado hijo, se vió precisado á escapar de Jerusalén á pié y descalzo, retirándose fugitivo al otro lado del Jordán.

Cuando el afligido Rey pasaba huyendo por la falda de un monte, acompañado únicamente de los soldados fieles que le seguían, uno de sus vasallos, llamado *Semei*, desde la cima del monte comenzó á tirarle piedras, llenándole de improperios y maldiciones. En vista de tal insolencia, los soldados de David quisieron castigar aquellos ultrajes quitando la vida á Semei; pero David se opuso diciéndoles: «Dios se sirve de ese hombre para castigar mis delitos; dejadle que me insulte, pues de ese modo aplacaré con mi paciencia la ira del Señor, á quien tanto he ofendido.»

No tardó mucho el Señor en compadecerse de su siervo; pues Joáb, general de sus tropas, consiguió una completa victoria contra las de Absalón, y David volvió de nuevo á ocupar su trono de Jerusalén, no sin experimentar un golpe tan terrible que partió su corazón de dolor. Hu-

yendo su hijo Absalón, después de perdida la batalla, por un espeso bosque, montado sobre un mulo de extraordinaria ligereza, se enredó su hermosa cabellera (1) en la rama de una encina. Absalón soltó las riendas para desenredarse, pero continuando el mulo su veloz carrera, le dejó enteramente colgado del árbol; lo cual sabido por Joáb, no obstante las órdenes terminantes de David para que se respetase la vida de su hijo, tomó tres lanzas en su mano y se las hincó á Absalón en el corazón.

Al llegar á oídos de David el fin desastroso de su hijo, se entregó á los mayores extremos de dolor. Encerrado en sus habitaciones y negando á todos la entrada en ellas, no cesó en muchos días de llorar la pérdida de su hijo, oyéndosele exclamar á cada instante: «¡Hijo mío Absalón! ¡Absalón, hijo mío! ¡ojalá se hubiera conservado tu vida á costa de la mía!» En cuyas palabras revela el piadoso Rey, no solo la ternura de un buen padre, sino el gran sentimiento que había en su alma por el temor de que su hijo hubiera muerto impenitente.

Después de este golpe tan terrible para el corazón de David; después del magnánimo proceder de este monarca con Semei y Mifiboset, y después de haber sofocado varias sediciones de algunos de sus súbditos rebeldes; el penitente David cayó en otra debilidad que también desagradó al Señor. Llevado de la vanidad, quiso saber el número de vasallos que había en sus estados en aptitud de empuñar las armas, y habiendo contado *ochocientos mil* en Israel y *quinientos mil* en Judá, se envaneció su corazón de tal modo, que se juzgó con ellos invencible, sin tener en cuenta que sólo Dios dá y quita la victoria.

Irritado el Señor contra su siervo por este arranque de

(1) Absalón fué uno de los hombres más hermosos que hubo en el pueblo de Dios, según el retrato que hacen de él las Sagradas Escrituras,

vanidad, le envió el profeta Gad, que le habló del modo siguiente: «Por haber puesto la confianza en tus tropas más que en el Señor, este mismo Dios te manda elegir una de estas tres calamidades: *ó el hambre, ó la guerra, ó la peste.*» David confesó su pecado, eligiendo entre los castigos propuestos *la peste*, la que fué tan aterradora, que en solos tres días murieron *setenta mil* personas. Este horroroso castigo llenó á David de dolor y de consternación, y cambiando sus vestiduras reales por el áspero cilicio, postróse en tierra, y deshecho en lágrimas pidió al Señor que se apiadase de su pueblo. No se hizo esperar el auxilio de lo alto; pues movido Dios por sus ruegos y lágrimas, volvió á mandar al profeta Gad diciéndole que ofreciese á Dios un holocausto; y haciéndolo así inmediatamente, desapareció la peste del pueblo de Israel.

El penitente David empleó los días que le restaban de vida en manifestar á Dios su reconocimiento por los inmensos favores que le había dispensado y en cantar sus infinitas misericordias, de lo cual nos ha dejado eterna y grata memoria en esos cánticos sublimes conocidos con el nombre de *Salmos de David*, que forman la joya más preciosa de nuestra Liturgia, y de los cuales usa la Iglesia en todas sus fiestas y solemnidades.

Muerte de David. Conociendo este ejemplar monarca que su fin no podía estar muy distante, nombró por sucesor en el reino á su hijo Salomón; y para evitar que los demás hermanos le disputasen este derecho, no obstante haber sido antes ungido por Sadoc y Natán, quiso que lo fuera de nuevo y que ocupase el trono de Israel á su presencia. Así se verificó, siendo reconocido Salomón como sucesor de David por todos los príncipes de las tribus.

Hecho esto, el santo anciano y moribundo rey exortó á su hijo á que viviera siempre unido al Señor con todo su corazón, y obligara á todo el pueblo al exacto cumplimen-

to de la Ley; y encargando á su hijo, entre otras cosas, la construcción del templo suntuosísimo que debía dedicar al *Dios de Israel*; el Rey sabio, santo y penitente, el monarca más piadoso que ocupó el trono de Israel, murió en el seno del Señor á los *setenta* años de edad, siendo sepultado en el monte Sión, llamado comunmente *Ciudad de David*.

LECCION 31

Reinado de Salomón.—Su sabiduría y riquezas.—Construcción y dedicación del Templo.—Reina de Sabá.—Caída de Salomón y su muerte.

Reinado de Salomón. Después de la muerte de David sucedióle en el trono su hijo *Salomón*, rey famoso por su ilustración, gran sabiduría é inmensas riquezas. Salomón, que significa *Pacífico*, fué hijo de Betsabé, con la cual se desposó David después de su fatal caída, mujer débil, sí, pero penitente como su marido, hasta el grado que el Señor se dignó elegirla como una de las mujeres progeneratoras del Mesías.

Entre los encargos que David hizo á su hijo antes de morir, fué uno que castigase á todos los que él en su vida no creyó deber hacerlo. Colocado Salomón en el trono de su padre, la primera audiencia que concedió fué á su madre Betsabé, á quien colocó á la diestra de su trono con las demostraciones más afectuosas de cariño. Esta buena madre, llevada de su bondadoso corazón, se había prestado inconscientemente á ser el instrumento de una conspiración fraguada contra su hijo por Adonías, Abiatar y Joáb; pero Salomón, en su gran perspicacia, comprendió al punto la celada que se le quería armar, y mandó quitar la vida inmediatamente á Adonías y Joáb, no haciéndolo con Abiatar por ser sacerdote del Señor; pero le prohibió ejercer

más las funciones sacerdotales, desterrándolo á la ciudad de Anatot y nombrando en su lugar á Sadoc, de la familia de Eleazar. La misma suerte que Adonías y Joáb cupo á Semei, otro de los que más habían ultrajado á David durante su vida.

Después de estos castigos ejemplares, con los que Salomón dió comienzo á su reinado, no sólo cumplió con el encargo de su padre, sino que pudo ya entregarse, sin ningún género de peligros, á labrar la felicidad de Israel.

Aunque el Arca Santa había sido trasladada por David á la ciudad de Sión; sin embargo, el *Tabernáculo* y el *Altar de los Holocaustos* permanecían en el alto de Gabaón, donde el pueblo ofrecía sus sacrificios. Queriendo, pues, Salomón incoar su reinado con el beneplácito del cielo, dispuso un gran sacrificio; y así dió orden para que le acompañasen á Gabaón todos los Tribunos, Centuriones, Capitanes y Jueces de las familias de Israel, y acompañado de este brillante séquito subió al monte Gabaón y ofreció al Señor hasta mil víctimas. Tanto agradó al Señor este sacrificio, que apareciéndosele en sueños le dijo: «Pídeme lo que quieras que te dé.» Pero Salomón, recordando los consejos de su padre moribundo, sólo pidió al Señor inteligencia y sabiduría para gobernar bien á su pueblo.

Su sabiduría y riquezas. Mucho agradó al Señor esta petición del hijo de David; tanto, que al instante le contestó el Señor: «Puesto que no has pedido ni riquezas, ni larga vida, ni gloria de mundo, hé aquí que te lo he concedido conforme á tus palabras, pues te he dado un corazón sabio é ilustrado, tanto, que ninguno antes de tí ha sido semejante, ni se levantará después de tí.» Y así fué efectivamente, pues además de varios libros sapienciales de la Sagrada Escritura, debidos á la pluma de este sabio rey, escribió otra multitud de libros explicando la virtud y eficacia de todos los animales y plantas, desde el cedro del Lí-

bano hasta el hisopo que crece en la pared; cuyos libros, por desgracia nuestra, cuéntanse en el número de los que se han perdido.

La primera ocasión en que Salomón demostró públicamente su sabiduría fué en la sentencia que dictó en el célebre juicio conocido con el nombre de

Juicio de Salomón. Vivían juntas dos mujeres de mala vida, y habiendo dado á luz ambas casi al mismo tiempo, una de ellas cierta noche, estando dormida, ahogó á su hijo; y hallándole muerto al despertar, se levantó en silencio, y observando que su compañera dormía profundamente, le quitó el niño poniendo en su lugar el cadáver del suyo. Cuando despertó la engañada madre, se quedó aterrada al ver á su lado el niño muerto; mas mirándole atentamente á la luz del día, conoció por ciertas señales que no era el suyo, y veloz como una pantera brinca á la cama de su compañera, reconoce á su hijo y quiere arrebatárselo; pero la otra se defiende con fiereza, asegurando ser su hijo el que tiene á su lado vivo en la cama.

Ambas mujeres elevaron al trono de Salomón sus contrarias pretensiones, pidiendo justicia y exponiendo cada una las razones que le sugirieron su ingenio y su amor de madre respectivamente. Aun continuaban ambas disputando acaloradamente, cuando Salomón dijo á sus criados: «Traed una espada, dividid el niño vivo por medio, y dad la mitad á cada una de estas madres.» La que real y verdaderamente era madre del niño, al oír esta sentencia se llenó de horror y de estremecimiento, y lanzando un fuerte grito, «Os ruego, Señor, dijo, que se le entregue el niño entero y vivo á esa otra, y que no se divida.» «No tal, contestó la otra; divídase y no sea tuyo ni mio.» Entonces Salomón, dirigiéndose á sus guardias, les dijo: «Entregad el niño á la mujer que no quiere que se divida, porque esa es la verdadera madre.» Cuya sentencia fué grandemente ce-

lebrada y aplaudida por todo Israel, admirando todos la gran sabiduría de su monarca.

Riquezas. Además de la sabiduría que Salomón había pedido al Señor, le concedió tantos bienes y tanta gloria como desearse pueden en este mundo; llegando á tal grado sus riquezas, que no hubo en el mundo rey más poderoso y opulento que Salomón, siendo tan común durante su reinado el oro y la plata como las piedras de las calles. Sus reales caballerizas contenían por millares los caballos de tiro y de montar, siendo su grandeza y poderío tan inmenso, que era el asombro de los demás reyes.

Construcción y dedicación del templo. La prueba más patente de la opulencia de Salomón fué la construcción del famoso Templo que lleva su nombre. Dispuestos por el piadoso rey David todos los materiales necesarios para dicha obra, su hijo trató de realizarla; y al efecto, el año *cuarto* de su reinado, en la luna de Abril, comenzó esta obra, considerada como una de las maravillas del arte, en la que se emplearon *setenta mil* trabajadores para el transporte de materiales; *ochenta mil* para labrar las piedras en las canteras, y *diez mil* para la dirección de las obras, sin contar los *diez mil* israelitas que en el Líbano y Antilíbano cortaban y labraban los cedros y abetos.

El lugar elegido para su edificación fué el monte *Moria*, designado por Dios á su siervo David. El nuevo templo tenía la misma forma que el *Tabernáculo* construido por Moisés en el desierto, pero era de mucha más extensión y altura, pues medía *sesenta* codos de largo, *veinte* de ancho y *treinta* de alto; sus gruesas paredes eran de piedra exquisitamente labrada y pulimentada: su entrada estaba á la parte de Oriente, formada por un magnífico pórtico de la misma altura y anchura que tenía el Templo. Todo él estaba cubierto interiormente de tres artesonados de cedro, colocados á proporcionada altura, viéndose esculpidas por todas

partes hermosísimas figuras de querubines, palmas y flores. Su techo estaba también construido de la misma madera de cedro recamada de figuras; y paredes y techo, cubiertos de planchas de oro tan perfectamente ajustadas por medio de clavos del mismo metal, que no se descubría la más mínima parte de madera.

Todos los objetos consagrados al culto eran de oro finísimo, llamando la atención las mesas, los candelabros y más de cien copas destinadas al culto. Construyó dos magníficos querubines de oro, de tal modo dispuestos, que sus alas servían de trono donde descansaba el *Arca Santa y Propiciatorio*. Los ornamentos sacerdotales, los archivos, los gazofilacios, los vasos sagrados, todos los objetos destinados al culto, eran de oro, marfil y piedras preciosas; de tal suerte que nadie extrañará que en la ornamentación de dicha obra entraran cerca de *dos mil* arrobas de oro. Todo el templo estaba rodeado de un magnífico Atrio, llamado *Pórtico de Salomón ó Atrio de los judíos*, al cual rodeaba otro que se llamaba *atrio de los gentiles ó vestíbulo exterior*, con cuatro entradas á los cuatro puntos cardinales.

Dedicación. A los siete años de comenzada terminó Salomón esta obra grandiosa, y en el mes de Etanim, correspondiente á nuestro Octubre, reunió el sabio monarca á todo Israel, y acompañado de los ancianos y Príncipes de las tribus, subió al Alcázar de Sión, y tomando los sacerdotes en hombros el *Arca Santa*, se dirigió todo el pueblo de Israel, precedido del Gran Sacerdote Sadoc, hácia el nuevo templo para celebrar la augusta ceremonia de su *dedicación*. Así que el *Arca Santa* llegó al Santuario, una nube espesísima llenó de majestad la nueva casa de Dios; y Salomón, cayendo de rodillas y elevando sus manos al cielo, no pudo ménos de exclamar: «¡Dios de Israel! Nada hay en el mundo comparable á Vos, pues ni los

cielos ni la tierra pueden conteneros: ¡cuánto ménos esta casa! Sin embargo, os la he construido para que en ella escuchéis las plegarias y súplicas de vuestros hijos.»

Después que Salomón terminó su oración, un fuego misterioso descendió del cielo y consumió el sacrificio que Salomón tenía preparado. Poco después se oía la voz de Dios que, aceptando aquella casa, decía: «He elegido y santificado este lugar para que en él permanezca mi corazón por todos los siglos.»

Los hijos de Israel se apresuraron á ofrecer sacrificios, y en siete días que duró la dedicación, se sacrificaron *veintidos mil* bueyes y *ciento veinte mil* ovejas; sin que la sangre de tanta víctima infestara el Templo, pues el altar de los holocaustos, donde se hacían los sacrificios, tenía un conducto subterráneo por donde corría la sangre de las víctimas hasta el torrente Cedrón.

Reina de Sabá. Tal era la fama de la sabiduría y opulencia de Salomón entre los príncipes y reyes del mundo, que muchos de ellos hicieron viaje á Jerusalén con el único objeto de admirar los portentos de sabiduría que de su monarca se referían. Entre éstos merece especial mención la reina de Sabá, que desde los confines de la Arabia emprendió un largo viaje á la capital de Israel para vencerse por sí misma de la grande ilustración y poderío del monarca que la gobernaba.

Con pompa y boato verdaderamente orientales y acompañada de numeroso séquito, entró en Jerusalén la célebre reina de Sabá, siendo recibida por el sabio monarca con aquella magnificencia de que solo era capaz el sucesor de David.

La graciosa cuanto ilustrada Reina de la Arabia propuso á Salomón multitud de enigmas y cuestiones tan difíciles sobre ciencias, política y gobierno de los pueblos, que hubieran sorprendido al ingenio más agudo; pero el inspi-

rado Rey de Jerusalén contestó con tanta precisión y claridad á la bella extranjera, que ésta, al oír respuestas tan claras y soluciones tan satisfactorias á sus preguntas y enigmáticos problemas; al ver tal sabiduría y sutileza; y después de admirar la magnificencia del Templo por él construido y el esmeradísimo servicio de su corte y palacio, no pudo ménos de exclamar: «Verdaderas son las cosas que yo había oído en mi tierra de tus dichos y sentencias. Mayores son tu sabiduría y tus obras que la fama que yo había oído.»

La reina de Sabá entregó á Salomón *ciento veinte* talentos de oro (1) juntamente con una enorme cantidad de aromas y piedras preciosas, de tal calidad y valor, que no se vieron jamás tales y tantos aromas como los entregados á Salomón por la ilustre huésped, si bien Salomón, en justa reciprocidad, dióle también cuanto quiso y pidió tan esclarecida reina; la que, asombrada de cuanto había visto, se despidió del monarca de Jerusalén, partiendo en seguida para su país.

Caída de Salomón y su muerte. Si nuestra alma, al considerar la opulencia y sabiduría de este renombrado monarca de Israel, se queda como estática de admiración, no es menor la sorpresa que nos causa verle descender rápidamente hasta el abismo del envilecimiento y de la abyección, víctima de la más degradante de las pasiones. A Salomón, al más sábio é ilustrado de los hombres, al más opulento de los reyes, al más esclarecido de los príncipes, al oráculo de los pueblos y de las naciones, le vemos entregarse, á los cincuenta años de edad, al furor de los placeres sensuales, llegando su depravación hasta contar *setecientas* reinas y *trescientas* concubinas, elegidas todas entre las mujeres extranjeras é idólatras. Estas mujeres per-

(1) Equivalen á noventa y cuatro arrobas de nuestro peso.

virtieron de tal modo su corazón, que le arrastraron hasta el extremo de hacerle construir templos y ofrecer incienso á los ídolos de sus diversas naciones. Dominado por ellas, bien pronto sus inmensas riquezas no fueron bastantes para satisfacer sus caprichos y exigencias; por lo que este afeinado príncipe se vió precisado á imponer nuevos y exorbitantes tributos que le hicieron odiosísimo á sus súbditos.

Indignado el Señor por la inconcebible apostasía de este príncipe, le condenó á la desmembración de su reino, cuya división fué el preludio de su ruina y de su exterminio. Sin embargo, Dios no quiso que se efectuara esta división durante su reinado por respeto á la memoria de su buen padre David.

Por fin, después de cuarenta años de reinado, de los cuales los diez últimos fueron de abominaciones y de escándalos, murió Salomón á los sesenta años de edad, siendo sepultado en la Ciudad de David, junto al sepulcro de su padre. Se duda de la suerte que habrá cabido á Salomón en la otra vida; pues aunque la Santa Escritura nos dice que fué amonestado por Dios, nada dice respecto á la eficacia de estas amenazas y amonestaciones. Sin embargo, algunos Santos Padres, como San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y otros, consideran su *Libro del Eclesiastes* como una prueba de su conversión; y apoyados en estas razones, varios teólogos, y entre ellos Santo Tomás, se inclinan á creer en la penitencia y salvación de este incompárrable príncipe.

LECCIÓN 32

División de la Nación Hebrea en los reinos de Judá y de Israel.=Jero-boam, primer rey de Israel.=Su idolatría y castigos.

División de la Nación Hebrea en los reinos de Judá y de Israel. De la *turba magna* de mujeres con quienes estuvo unido el degradado monarca de Jerusalén, ignórase si tuvo más hijos que uno que nos refieren las Sagradas Escrituras, habido de una amonita llamada Naama, y conocido con el nombre de *Roboán*. Cuarenta y un años contaba este príncipe cuando sucedió á su padre en el trono. Salomón en los primeros años de su reinado había anexionado á la tribu de Judá la de Benjamín, con el exclusivo objeto de que Jerusalén, que, como sabemos, radicaba en el territorio de la última, perteneciese siempre á Judá. Estas dos tribus reconocieron inmediatamente á Roboán por su Rey y Señor, pero no sucedió así con las diez restantes; capitaneadas por la de Efraín, que era la más poderosa, se reunieron todas en Siquem, capital de Efraín, punto á donde debía acudir Roboán para prestarle el juramento de fidelidad y ser aclamado por rey.

En los últimos años del reinado de Salomón tenía éste á su servicio un efrainita llamado Jeroboam, hijo de Nabat, y que gozaba de gran prestigio en su tribu por desempeñar el cargo de prefecto sobre los tributos de Manasés y Efraín. Viendo Jeroboam el gran desprestigio en que había caído Salomón á causa de su vida relajada y dispendiosa, pasó por su mente la idea de sustituirle en el trono, en cuya idea vino á confirmarle el profeta Ahías, quien, de orden de Dios, se despojó de su capa á presencia de Jeroboam, y haciéndola doce pedazos, entregó *dies* al ambicioso efrainita,

Noticioso Salomón de este episodio, dió orden de prender á Jeroboam; pero éste la esquivó huyendo á Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Salomón.

Luego que Jeroboam supo en Egipto el fallecimiento del monarca de Israel, se puso precipitadamente en camino para Efraín, llegando á Siquem en el crítico momento de estar reunidas las tribus esperando la llegada del nuevo príncipe para reconocerle y aclamarle como tal. Así que el nuevo rey se presentó ante la multitud, Jeroboam y los ancianos, en nombre de ésta, pidieron al monarca reverentemente que mitigase algún tanto el trato durísimo y disminuyese los enormes tributos impuestos por su padre en los últimos años de su reinado.

Roboán escuchó atentamente esta justa pretensión del pueblo, y pidióle una tregua de tres días para darle contestación. Durante esos tres días el nuevo monarca pidió consejo para deliberar con acierto acerca de aquella petición; pero desatendiendo el afirmativo que, apoyados en la justicia y en la prudencia, le dieron los ancianos, siguió el dictámen contrario de los jóvenes, quienes le dijeron que la pretensión del pueblo era insolente y atentatoria á la dignidad real. Conforme con este descabellado dictámen, el inexperto príncipe contestó con arrogancia al pueblo, diciéndole: «Si mi padre puso sobre vosotros un yugo, yo pondré dos; y si él os azotó con varas, yo lo haré con escorpiones.»

Al escuchar el pueblo esta respuesta tan insolente cómo desatenta, contestó al monarca: «¿Qué parte tenemos nosotros con David, ó qué herencia con el hijo de Isai? Vuélvete, Israel, á tus tiendas; y tú, David, gobierna tu casa.» Y esto diciendo, se retiró Israel á sus tiendas sin reconocer la autoridad de Roboán. En vano quiso éste entablar nuevas negociaciones enviando á su ministro Adurán para conferenciar con el pueblo; pue apenas Adurán comenzó á

hablarles en nombre del rey, el pueblo se arrojó tumultuariamente sobre él y le quitó la vida á pedradas. Sabido ésto por el rey, montó al punto en su carro y huyó precipitadamente á Jerusalén, comenzando desde entonces la división de la nación hebrea en dos distintos reinos, á saber: el de Judá, compuesto de las dos tribus Judá y Benjamín, reconociendo como rey á Roboán, hijo de Salomón; y el de Israel, formado por las diez tribus restantes, que reconocieron por su rey á Jeroboam, tomando los primeros el nombre de *Judíos*, y los segundos el de *Israelitas*.

Vamos á ocuparnos de ambos reinados, estudiándolos, en cuanto posible sea, separadamente, comenzando por el de Israel, porque es más breve, si nó por el número de sus reyes, al ménos por la duración de los reinados de éstos, y los acontecimientos historiabiles que durante sus respectivos reinados acaecieron. Los reyes de Israel fueron los siguientes: Jeroboam, Nadab, Baasa, Ela, Zambri, Tebni, Acab, Ococías, Jorán, Jehú, Joacaz, Joás, Jeroboam II, Zacarías, Selum, Manaén, Faceya, Facee y Oseas.

Jeroboam, primer rey de Israel. Las diez tribus separadas de la casa de David se congregaron en Siquem, proclamando en dicha ciudad á Jeroboam por rey de Israel. Al aceptar Jeroboam la dignidad real, refirió á todo el pueblo el episodio acaecido con el profeta Ahías en el campo de Jerusalén; por lo cual, dijo, las tribus de Israel deben estar convencidas de que al proclamarme rey de Israel no han cometido acto alguno de rebelión, sino que han confirmado los designios del cielo que así lo tenía dispuesto. Y así era efectivamente; pues Roboán, así que llegó á Jerusalén escapado de Siquem, mandó disponer los valientes guerreros de Judá y Benjamín, en número de *ciento ochenta mil* hombres, para reducir á la obediencia á las tribus rebeldes por la fuerza de las armas; pero el Señor mandó al profeta Sedecías á Roboán para decirle que desistiera

de aquel proyecto, pues Él era quien había dispuesto y ordenado la división de su reino.

El primer acto de Jeroboam fué reedificar á Siquem, que, como dijimos, había sido arruinada en tiempo de los Jueces por Abimelec. Poco tiempo después hizo la misma operación con Fanuel, destruida por Gedeón, cuya ciudad hallábase situada en un punto estratégico entre el Jordán y el torrente de Jacob, por cuyo motivo la fortificó con fuertes muros, para tener á raya toda aquella parte de sus nuevos estados. Hasta aquí, Jeroboam no hizo sino obrar como un hombre prevenido y discreto; pero donde se extravió completamente, obcecado sin duda por el temor de perder la corona de Israel, fué en la impía determinación que llevó á cabo, inspirado por el infierno.

Conociendo Jeroboam que el lazo de la religión es el más fuerte para contener á los pueblos bajo la obediencia y sumisión de los príncipes; y sabiendo que los israelitas no tenían otro lugar para ofrecer á Dios sacrificios que el templo de Jerusalén; teniendo en cuenta que su pueblo por instinto y por naturaleza era inclinado á la idolatría, concibió la diabólica idea de inducirle al culto de los falsos dioses, evitando de ese modo que fuese á Jerusalén.

* **Su idolatría.** Con este fin tan perverso como diabólico construyó Jeroboam dos becerros de oro, diciendo á los israelitas: «Aquí tienes, Israel, tus dioses: no quieras subir en adelante á Jerusalén.» Y esto diciendo, colocó el uno sobre una columna en la ciudad de Betel, de la tribu de Efraín, y el otro en la ciudad de Dán, de la tribu de Manasés. Bien pronto el malvado Jeroboam vió cumplidos sus deseos, pues los israelitas, imitando á los infames idólatras del campamento del Sinaí, y olvidando el tremendo castigo que sobre ellos vino, se entregaron furiosos á las locuras y devaneos de un pueblo idólatra.

Mas no se contentó con esto el impío monarca. Te-

miendo la inconstancia de los israelitas, trató de afianzar más y más los eslabones de aquella dura cadena con que quería esclavizarlos al carro de la idolatría; y al efecto hizo levantar templos á los ídolos en todas las eminencias de los montes, constituyendo por sacerdotes de ellos á la plebe de todas las tribus. Y como si esto no bastara, para el día *quince* del mes octavo, día en que se celebraba la fiesta solemnísimá de los judíos en Jerusalén, dispuso una gran fiesta al ídolo de Betel, á la cual concurrió todo el pueblo; ejerciendo el sacrílego monarca las funciones de sumo sacerdote, revestido de las vestiduras pontificales.

En vano protestó contra aquella nefanda ceremonia el profeta de Judá, amenazando de muerte al sacrílego Rey: inútilmente permitió el Señor que la mano de este profanador público quedara seca al indicar que prendieran al profeta: todo fué inútil. Satanás había imbuído á Jeroboam que la idolatría de Israel era la salvaguardia de su corona; y por más que el cielo castigó su apostasía con la muerte de su primogénito Abía; por más que el profeta de Silo conminó á la Reina su esposa (que disfrazada había ido á consultarle sobre la enfermedad de su hijo) con los anatemas más tremendos sobre su familia; el obstinado monarca, despedazado su corazón por los remordimientos, murió en *Tersa*, corte entonces de Israel, nó de muerte natural, sino herido por la mano de Dios, que quiso castigar de ese modo la obstinada idolatría de tan depravado monarca.

LECCION 33

Continuación de los reyes de Israel.—Acab y Jezabel.—El profeta Elías.
—Escena del Carmelo.—Muerte de Acab.

Continuación de los reyes de Israel. Muerto Abía, primogénito de Jeroboam, á la muerte de éste ocupó el trono su hijo segundo Nadab; pero tanto éste como sus sucesores Baasa, Ela, Zambri, Tebni y Amri en sus efímeros reinados siguieron el ejemplo de Jeroboam, entregándose á la más repugnante idolatría; por lo cual todos merecieron los anatemas y maldiciones del cielo; así que, las efemérides de estos reyes no son otra cosa que una série de traiciones, de incendios, de asesinatos y de venganzas. Baasa añadió á las abominaciones de Jeroboam el haber mandado quitar la vida al profeta Jehú, porque en nombre del Señor le reprendió sus maldades. Amri únicamente merece mencionarse por haber sido el fundador de la ciudad de *Samaria*, émula y enemiga eterna de Jerusalén y centro del cisma y de la idolatría hasta su destrucción. A los doce años de reinado murió este sétimo Rey de Israel, siendo sepultado en Samaria, su nueva corte, y dejando la corona á su hijo Acab.

Acab y Jezabel. Así como Amri excedió á sus antecesores en impiedad, en infamias y en maldades, así también Acab sobrepujo á su padre en todo género de abominaciones: fué más perverso que su padre, más sanguinario que Baasa, é idólatra más obstinado que Jeroboam. Con este elogio comienza la Santa Escritura la historia de este monstruo de impiedad. Y como si esto no bastara, tomó por mujer una furia del infierno, llamada Je-

zabel, hija del rey de Sidón; la cual al entrar en el palacio de Acab, se propuso desterrar de Israel el culto del verdadero Dios, sustituyéndole con el de Baal, ídolo de los sidonios: al efecto estableció su culto en Samaria, y su perverso marido, satisfaciendo los instintos idólatras de aquella infame mujer, edificó en medio de la corte un templo y un altar consagrado á Baal, dios de Jezabel, rodeándolo de un bosque que dedicó á la misma dignidad pagana. Y no contento aún con esto, ayudó al temerario Hiel en la loca empresa de la reconstrucción de Jericó, á pesar de los anatemas y maldiciones fulminadas por el cielo contra el insensato que quisiera infringir este decreto de la ira de Dios.

El profeta Elias. A pesar de tantos y tan groseros insultos hechos por el rey Acab al Dios de Abraham; sin embargo, rico siempre el Señor en misericordia, no dejó de amonestarle con castigos y proféticas amenazas para ver si reformaba su vida.

En el año cuarto de su reinado envióle el Señor un personaje tan extraordinario como misterioso. Llamábase *Elias Tesbita*, ó de Tesba, ciudad de la tribu de Gad. El historiador sagrado nada nos dice sobre la genealogía de este hombre misterioso; preséntale en escena como otro Melquisedec, sin decirnos quienes fueron sus padres, ni á qué tribu pertenecía, ni de qué modo fué llamado al ministerio de profeta. Repentinamente sale de la oscuridad, preséntase en la corte de Acab, y puesto en presencia de este rey impío, bruscamente, y sin ningún género de preámbulos, le habla de esta manera: «¡Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años hasta que yo lo dijere!» Y sin hablar más palabra, sale precipitadamente del palacio de Acab, y por orden de Dios va á ocultarse al desierto, en las riberas del arroyo Carit, próximo al Jordán, en cuya soledad es alimentado por unos

cuervos que mañana y tarde le proveían de pan y carne, usando para bebida el agua del arroyo.

No había trascurrido todavía un año, cuando á causa de la general sequía se secó el citado arroyo; entonces el Señor le ordenó fuera á Sarepta, ciudad de los sidonios, donde había mandado á una mujer viuda que le alimentase. Al punto obedeció Elías; y como Sarepta hallábase situada al extremo opuesto de Carit, tuvo que atravesar todo Israel; mas protegido por el cielo, llegó felizmente á Sarepta, no obstante las pesquisas y requisitorias de Acab para echar mano al misterioso y rígido asceta.

Al llegar á las puertas de la ciudad, halló una mujer que andaba por el campo recogiendo leña. Al verla el siervo de Dios, que iba muerto de sed á causa de la fatiga de tan largo viaje, le pidió un poco de agua; y aquella piadosa mujer, deseando complacerle, corrió presurosa á traérsela, y cuando ya estaba algo distante, á voces le encargó el profeta que al mismo tiempo que el agua le trajese por caridad un bocado de pan. A lo que contestó la buena mujer: «¡Vive el Señor, Dios tuyo, que no tengo ni una migaja! Ya no me queda en casa, dijo, mas que un puñado de harina y un poco de aceite, con lo cual pienso amasar una torta, y para cocerla he salido á recoger este poco de leña, y después que la hayamos comido entre madre é hijo, esperamos que venga la muerte sobre nosotros.» «No temas, dijo le entonces el profeta; prepárame, con esa harina que tienes, un pan, y tráemelo; después harás otro para tí y para tu hijo, porque escucha lo que ha dicho el Señor: «La harina no te faltará, ni el aceite menguará hasta el día en que el Señor haga llover sobre la tierra.» Marchóse la viuda é hizo lo que Elías le había mandado; y efectivamente, desde aquel día no faltó la harina ni menguó el aceite en casa de la sareptana.

En medio de la horrorosa hambre que sufrían los Sido-

nios, se consideraba dichosa aquella afortunada viuda, pues no le faltaba el sustento para ella, su hijo y el huésped, cuando el Señor quiso probarla en la salud de su hijo, enfermando éste de tal gravedad que falleció al poco tiempo. La pobre madre, loca de dolor, se presentó al profeta lamentándose de aquella terrible desgracia y atribuyéndola á la estancia del siervo de Dios en su casa. Compadecido Elías de la desgracia de su bienhechora, pidió al Señor fervorosamente que volviese á la vida aquel niño que acababa de fallecer; y acto continuo el cielo, escuchando la plegaria de su siervo, resucitó al niño, y tomándole el profeta en sus brazos, se lo devolvió vivo y sano á su madre, la cual, frenética de alegría, no supo manifestar de otra manera su agradecimiento que diciendo al profeta de Israel: «Ahora conozco, Señor, que sois un siervo de Dios, y que su palabra es verdadera en vuestra boca.»

Escena del Carmelo. Ya llevaba el profeta Elías más de dos años hospedado en casa de la viuda de Sarepta, cuando un día el Señor le dijo: «Anda, preséntate á Acab para que yo dé lluvia sobre la tierra.» No bien el Santo Profeta recibió esta orden del Señor, cuando despidiéndose de la piadosa viuda, que con tanta caridad le había hospedado durante tanto tiempo, se dirigió hácia Samaria para presentarse á Acab. Luego que éste supo, por Abdías su mayordomo, á quien el profeta había encontrado casualmente en el campo, que se acercaba á la ciudad el profeta de Israel, salió inmediatamente á su encuentro, y apenas le vió increpóle del modo siguiente: «¿No eres tú el que conturba á Israel?» «No, le contestó el profeta; no soy yo quien ha conturbado á Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habeis abandonado al Señor por seguir los engaños de Baal. Congrega á todo el pueblo de Israel en el monte Carmelo, y que le acompañen los 450 profetas de Baal que comen en la mesa de Jezabel.» Hízolo así Acab, y re-

unido todo el pueblo, comenzó el profeta á reprenderles duramente por el abandono en que tenían al Dios de sus padres, prefiriendo á Éste el culto detestable de Baal. «Yo solo, prosiguió Elías, yo solo he quedado profeta del Señor, siendo 450 los de Baal; pues bien, que se nos entreguen dos bueyes, escogiendo ellos uno; que lo sacrifiquen, colocándolo sobre la leña del altar, pero sin ponerle fuego por debajo. Yo sacrificaré el otro, lo colocaré igualmente sobre la leña y tampoco colocaré fuego debajo de ella. Que invoquen ellos vuestros dioses, y yo también invocaré el nombre del Señor mi Dios. Y el Dios que haga descender fuego del cielo sobre la leña, ése será reconocido por el verdadero Dios.» Al terminar Elías de lanzar este reto á las falsas divinidades, todo el pueblo acogió con aplausos la propuesta del profeta, y acto continuo se dispusieron los altares donde había de efectuarse la prueba.

Los sacerdotes de Baal, después que sacrificaron uno de los bueyes y lo colocaron sobre el altar, comenzaron á invocar á Baal, diciendo: «Baal, escúchanos.» Pero Baal no contestaba. Al observar Elías este silencio, les decía, burlándose de ellos: «Gritad con más fuerza, que sin duda Baal está dormido y debe tener el sueño pesado.» Pero en vano gritaron como energúmenos hasta que llegó la hora del sacrificio: Baal se hizo el sordo á los clamores y gritos de sus profetas.

Entonces Elías levantó su altar con doce piedras, escavó en su derredor un pequeño foso, colocó la leña sobre el altar, y descuartizando el buey lo colocó sobre la leña, mandando derramar por tres veces tal cantidad de agua sobre la víctima y el altar, que se llenó el foso que lo circundaba; y terminada esta operación, se dirigió al Dios de Israel diciendo: «Señor, muestra hoy que eres el Dios de Israel, á fin de que este pueblo se convierta hoy á Tí.» Aun no había terminado Elías esta plegaria, cuando un fuego misterioso

descendió del cielo, consumiendo el holocausto, la leña, las piedras del altar y hasta el agua contenida en el foso.

Al presenciar el pueblo un portentoso tan asombroso, no pudo menos de exclamar: «El Señor es el Dios; el Señor es el Dios.» «Pues si así es, dijo al momento Elías, arrebatado del cielo del Señor; si así es, matad á los profetas de Baal y que no se escape uno: sacrificad á esos impóstores que así engañan al pueblo de Dios entregándolo al culto del demonio.» Y lanzándose el pueblo sobre aquellos falsos profetas, los condujo al torrente Cisón, donde fueron todos sacrificados, cumpliendo así la ley de Moisés, que mandaba quitar la vida á todo profeta que incitara al pueblo de Dios á la idolatría.

Verificado este castigo, el Santo Profeta se retiró á la cumbre del Carmelo, y postrado en oración, envió á su criado por siete veces á observar lo que ocurría en el mar, volviendo á la sétima vez diciendo que una pequeña nube se divisaba sobre la superficie de las aguas. «Pues corre presuroso, díjole Elías, y dí á Acab que enganche su carro y marche al momento, porque aún así no se librará de la copiosa lluvia que amenaza.» Así sucedió; pues una lluvia abundantísima cayó sobre la tierra, después de una sequía tan pertinaz que había durado tres años y medio.

Apenas llegó á oídos de la infame Jezabel la hecatombe y acontecimiento del Carmelo, prorrumpió en blasfemias contra Dios; enviando un mensajero á decir á Elías que juraba por lo más sagrado hacer con él, antes del día siguiente, lo mismo que él había hecho con los profetas de Baal. Al saber Elías los sanguinarios proyectos de aquella furia del infierno, huyó precipitadamente hacia Bersabé, llegando muerto de sed, de hambre y de fatiga hasta el desierto, donde fué socorrido por un ángel que le suministró pan subcinericio y una vasija de agua. Fortalecido con este alimento misterioso, (figura de la virtud Eucarística que

presta al alma nuestro Augusto Sacramento del Altar, en el desierto de esta vida) marchó Elías por espacio de cuarenta días atravesando desiertos y montañas hasta llegar á Horeb, en cuya falda se refugió, ocultándose en una cueva de la persecución de Jezabel, hasta que el cielo, llenándole nuevamente de su espíritu, le mandó á cumplir otra misión, de la que nos ocuparemos más adelante.

Como todavía no estaban terminados los días de Acab, el Señor, rico en misericordia, para ver si detestaba su infame idolatría, quiso concederle dos señaladas victorias contra Benadad, rey de Siria; pero en vez de mostrarse agradecido á estas singulares mercedes que el Dios misericordioso de Israel usaba con él, no hizo sino acumular nuevas maldades á las muchas que ya tenía hechas anteriormente: Tal fué la que cometió con un varón justo y recto de Jezrael, llamado Nabot.

Viña de Nabot. Entre los suntuosos palacios que Acab había construido para satisfacer el orgullo y vanidad de la infame Jezabel, tenía uno en Jezrael donde pasaba la mayor parte de la vida. Lindante á este palacio tenía el israelita Nabot una viña que había heredado de sus padres, y en la cual el impío rey se había fijado para agregarla á su palacio y convertirla en huertas y jardines que lo adornaran. Al efecto hizo á Nabot varias proposiciones ventajosísimas de venta ó de permuta; pero Nabot, fiel observante de la ley de Moisés, que prohibía á los hijos enajenar para siempre la herencia de los padres, desechó las proposiciones del rey; lo cual desagradó tanto al vanidoso Acab, que se retiró á sus habitaciones lleno de ira y de despecho.

Sabida por Jezabel la causa que motivaba el disgusto de su marido, quiso remediarla al momento; y sobornando dos testigos falsos contra el fiel israelita, le acusaron éstos de haber blasfemado contra Dios y contra el rey, lo cual fué bastante para que el inocente Nabot, como si hubiera

sido un criminal, fuese sacado de la ciudad y muerto á pedradas, lamiendo los perros su sangre. Esta sangre inocente clamaba desde la tierra pidiendo al cielo venganza contra el infame rey, la cual no se hizo esperar; pues no bien Acab se había apoderado de la viña de Nabot, cuando el profeta Elías, abandonando por orden del cielo la cueva de Horeb, donde le dejamos escondido por temor á la furia de Jezabel; se presentó de nuevo al sanguinario monarca diciéndole: «Hé aquí lo que dice el Señor: Tú has asesinado á Nabot, para hacerte dueño impunemente de sus bienes: pues bien, los perros que lamieron su sangre, lamerán la tuya; y en cuanto á Jezabel, será también devorada por los perros.»

Muerte de Acab. Tres años habían trascurrido después de esta profética amenaza, cuando Acab caía mortalmente herido en una batalla que, en alianza con su consuegro Josafat, rey de Jerusalén, había empeñado con Benadad, sobre la entrega de Ramot de Galaad; y después de inundarse de sangre todo el carro que montaba, á la puesta del sol fué á dar cuenta á Dios de tantas y tan nefandas abominaciones como durante su reinado había cometido. Su cadáver fué llevado á Samaria y enterrado en el sepulcro de sus padres, siendo su carro lavado en el estanque de la ciudad, donde los perros lamieron su sangre, según lo había predicho el Profeta del Carmelo.

LECCIÓN 34

Ocociás y Jorán, reyes de Israel:—Rapto de Elías,=Eliseo: sus primeros milagros.=Sitio de Samaria.

Ocociás y Jorán, reyes de Israel. Al impío Acab sucedióle en el trono su hijo Ocociás, joven de diez y

nueve años, que siguió en todo los pésimos caminos de su padre. A los pocos meses de su reinado tuvo la desgracia de caerse de un piso alto de su palacio, quedando, á consecuencia de la caída, enfermo de tal gravedad, que los médicos lo dieron por incurable. En este estado, mandó unos comisionados á consultar á Belcebú, dios de Acarón, sobre el resultado de su enfermedad. Apenas habían emprendido el viaje los emisarios de Ococías, cuando el terrible profeta del Carmelo les salió al encuentro en medio del camino diciéndoles: «¿Por ventura no hay Dios en Israel para que vayais á consultar á Belcebú, dios de Acarón? Decid al rey, en nombre del Señor, que no se levantará ya de la cama en que se halla, sino que irremisiblemente morirá de esa enfermedad.»

Aterrados los comisionados con esta respuesta, volvieron presurosos á comunicársela al rey, el cual, furioso y encolerizado, mandó cincuenta soldados, capitaneados por un centurión, para que prendieran al fatídico profeta, trayéndole inmediatamente á su presencia. Salieron en efecto los soldados, hallando al profeta sentado en la cumbre de un monte. Al verle el jefe de las fuerzas, le habló del modo siguiente: «Hombre de Dios, el rey manda que bajes y te entregues á nosotros.» A lo cual contestó el profeta: «Si efectivamente soy hombre de Dios, descienda fuego del cielo y te abraze juntamente con tus soldados.» Y al instante un fuego devorador bajado del cielo abrasó á los soldados de Ococías. Por segunda vez volvió á mandar el rey igual número de soldados para prender al profeta, y por segunda vez se repitió el tremendo castigo del cielo. Volvió á insistir el obstinado monarca en mandar otros cincuenta soldados con su respectivo jefe; pero éstos, más prudentes que su rey, se postraron de rodillas ante el profeta del Señor y le pidieron humildemente los librase del fuego que había abrasado á sus antecesores.

En vista de la actitud humilde de sus perseguidores, el Santo Profeta, inspirado por Dios, bajó del monte donde se hallaba y se unió con el capitán y soldados, marchando en su compañía á Samaria. Llegados que fueron á la corte, preséntase Elías al monarca, y lleno del Espíritu de Dios, le repite de palabra la aterradora sentencia que antes le había mandado comunicar por conducto de sus emisarios. «Por cuanto enviaste mensajeros, le dijo, á consultar á Belcebú, como si no hubiera Dios en Israel, hé aquí que no te levantarás de la cama en que te encuentras, muriendo indefectiblemente de esa enfermedad.» Cuyo vaticinio no tardó mucho tiempo en verse cumplido, pues pasados pocos meses, espiraba Ococías, víctima de aquella enfermedad.

Jorán. Como Ococías no había tenido hijos, sucedióle en el trono su hermano Jorán, quien ya desempeñaba las funciones de monarca durante la enfermedad de su hermano. El primer acto de Jorán, después que fué proclamado rey, fué sujetar á los rebeldes moabitas, que durante el reinado de su padre Acab se habían rebelado contra Israel. Para ello concertó una alianza con Josafat, rey de Jerusalén, á quien igualmente se le habían rebelado los idumeos, y ambos monarcas convinieron el modo cómo habían de llevar á cabo aquella guerra que tenía el doble objeto de sujetar á los dos pueblos rebeldes. Más adelante nos ocuparemos del éxito trágico de la misma, pues antes se hace preciso que nos ocupemos de los últimos hechos y *Rapto glorioso* del Profeta del Carmelo.

Rapto de Elías. Después de la intimación de muerte que de orden de Dios hizo el profeta Elías al rey de Israel, el Santo profeta se retiró á su amada soledad del Carmelo, donde el Señor le reveló su tránsito á un país ignorado, para que en unión del patriarca Henoc, cumplan en su tiempo el destino para que el cielo los reserva. Dicha

traslación la manifestó el Señor, no sólo á su siervo Elías, sino también á Eliseo, su discípulo y sucesor, así como á los demás profetas que, huyendo de la ferocidad de Jezabel, se ocultaban en los montes cercanos á Betel y Jericó. Llegado, por fin, el día en que debía realizarse aquel prodigioso raptó, salió el profeta de Gálgala, acompañado de Eliseo, y queriendo ocultar á éste la maravilla que el Señor preparaba en su persona, quiso alejarse de su discípulo bajo el pretexto de que el Señor le llamaba á Betel; pero Eliseo, que ya estaba enterado por el cielo de lo que iba á suceder, no quiso separarse un momento de su maestro, y á pesar suyo le siguió á Betel, á Jericó y al Jordán, cuyo río pasaron gracias al estupendo prodigio de haberse dividido las aguas como en tiempo de Josué.

Pasado el Jordán, con admiración de muchos profetas que contemplaron el prodigio desde la orilla opuesta, maestro y discípulo, conversando dulcemente y prometiendo el primero al segundo que sería el heredero de su doble espíritu (1), se iban aproximando á las llanuras de Moab, cuando súbitamente aparece un carro de fuego, tirado por caballos también de fuego, y envolviendo al profeta en un furioso torbellino, le arrebatan y conducen por las nubes en dirección al cielo. El desconsolado discípulo, que así veía desaparecer á su Maestro, comenzó á llamarle gritando con acento plañidero: *¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Carro de Israel y su cochero!* Pero Elías desapareció al instante sin contestar una sola palabra ni dejarse ya ver más de su discípulo.

Eliseo: sus principales milagros. Este discípulo del gran profeta, así que se vió sin maestro, se entregó á las demostraciones más extremadas de profundo sentimiento, hasta que, tranquilizado algún tanto, vió cerca de sí la capa que su querido maestro había dejado caer al ser

(1) De profecía y de hacer milagros.

arrebatado por el misterioso carro. Algo consolado con este hallazgo, tomó Eliseo aquella prenda de su maestro y se dirigió al Jordán para repasarlo de nuevo y juntarse con los demás profetas que en la orilla opuesta le aguardaban. Llegado que fué Eliseo al Jordán, dobló la capa, é imitando á su maestro, hirió con ella las aguas del río; pero ¡cuál fué su desengaño cuando vió que las aguas no se dividían! Lleno de pena se dirige al cielo, diciendo: «¿Dónde está ahora el Dios de Elías?» Y de nuevo vuelve á herir las aguas; mas entonces, probada ya la confianza y la fé del discípulo de Elías, permitió el Señor que las aguas se dividieran abriendo ancho camino al sucesor del profeta del Carmelo.

No tardó mucho tiempo en divulgarse por todo Israel la fama de los milagros de Eliseo; y llegada que fué esta noticia á los habitantes de Jericó, le enviaron una numerosa comisión suplicándole convirtiera en saludables y beneficiosas las aguas insalubres y mortíferas que abastecían la ciudad, á cuya petición accedió el profeta disolviendo al efecto en las aguas un poco de sal común. Hecho esto, el discípulo de Elías se dirigió á Betel, y cuando comenzaba á subir la cuesta de la ciudad, una turba insolente de muchachos comenzó á gritarle diciendo: «Sube, calvo; sube aquí.» Amenazóles el profeta en nombre del Señor; pero ellos, más furiosos, prosiguieron insultándole, y al instante *cuarenta y dos* de ellos fueron destrozados por dos terribles osos que repentinamente salieron de un bosque próximo á la ciudad.

Al ocuparnos anteriormente de la historia de Jorán, le dejamos preparando las cosas necesarias para emprender la guerra en unión con Josafat, rey de Judá, contra los moabitas é idumeos; pues bien, coligados los dos ejércitos marcharon contra Moab, mas careciendo de agua estaban á punto de perecer; pero Eliseo, escuchando las súplicas del piadoso rey de Judá, y reprendiendo con dureza al de Is-

rael, por complacer al primero hizo brotar tal abundancia de fuentes y manantiales, que bastaron para abastecerse de aguas los ejércitos confederados, concediéndoles además la victoria contra las armas de Moab, si bien no supieron aprovecharse de ella por el horror que les causó la bárbara acción del rey de los moabitas, que sacrificó á Moloc su propio hijo á presencia de los sitiadores, quienes, horrorizados de tan enorme crimen, levantaron el sitio, volviéndose cada uno á sus respectivos estados.

Pero no fueron sólo éstos los milagros de Eliseo; pues poco tiempo después, llegado á Samaria, multiplicaba de un modo prodigioso el poco aceite que tenía en su casa una pobre viuda, madre de uno de los hijos de los profetas. Con este prodigio y el doble que obró en *Suna* en obsequio de la mujer en cuya casa se hospedaba, consiguiendo del cielo que tuviera un hijo, á pesar de ser estéril, y devolver la vida á este mismo hijo, muerto de una insolación; la fama del profeta se divulgó de tal modo, que todos le reverenciaban como á un segundo Elías, ya por su espíritu profético, ya por su poder extraordinario de hacer milagros, mereciendo el nombre de *Taumaturgo* del pueblo de Dios.

Pero la virtud de Eliseo no se concretó solamente al pueblo de Dios, no; también los gentiles experimentaron los efectos prodigiosos de su admirable poder, entre los cuales no podemos pasar en silencio el que practicó en favor de Naamán, distinguido general del ejército de la Siria. Este elevado personaje de la corte de Benadad padecía una lepra tan horrorosa como incurable; y habiendo sabido los estupendos milagros obrados por el profeta de Israel, fué en su busca para que le curase de dicha enfermedad. Cuando ya Naamán se acercaba á la casa del profeta, mandó éste á su criado que saliese á su encuentro y le dijera: «Que si quería ser curado de la lepra, se lavara siete veces en las aguas del Jordán.»

Disgustóse Naamán con esta conducta al parecer poco fina del profeta, quien ni siquiera se dignaba verle personalmente; por lo cual, en tono despreciativo, dijo: «¿Por qué he de lavarme en el Jordán? Yo creí que el profeta vendría en persona á curarme.» No obstante, cumplió la orden de Eliseo, lavándose siete veces en las aguas del misterioso río, y al momento quedó limpio y curado de la lepra, trasladándose ésta, en castigo de su avaricia, al criado de Eliseo, Giezi, y á toda su familia, por haber pedido á Naamán una remuneración, contra lo ordenado por el profeta.

Sitio de Samaria. Benadad, enemigo irreconciliable del rey de Samaria, sólo buscaba ocasión de apoderarse de Jorán y conquistar el reino de Israel. Varias emboscadas había preparado con este objeto al rey de Samaria; pero de todas ellas le libró el Señor á pesar de su obstinada idolatría, gracias á la intervención del profeta Eliseo. En vista del resultado negativo que este género de guerra había dado al rey de Siria, trató éste de reducir á Samaria por la fuerza de las armas. Al efecto reunió un formidable ejército y puso sitio á la corte de Israel, sitio que duró dos años, durante los cuales sus habitantes y defensores sufrieron los mayores apuros; llegando á tal grado el hambre y la miseria en su memorable cerco, que los sitiados se vieron precisados á comer la carne de animales inmundos, vendiéndose la cabeza de un jumento en el enorme precio de *ochenta* monedas de plata.

Pero lo que mejor demuestra la horrible cuanto angustiosa situación de Samaria en este memorable sitio, es el hecho siguiente que nos refieren las Sagradas Escrituras: «Pasando el rey por una calle, se le presentó una mujer que con gritos y lamentos desgarradores le pedía justicia. Preguntándole el rey qué quería, contestó la mujer: «Señor, obligadas por el hambre, una amiga mía y yo convinimos en comernos primeramente á mi hijo, cocido, y después al

suyo. Yo, de buena fe he cumplido el contrato, pero ahora ella se niega á cumplirlo; ruégooos, señor, que la obligueis á que condimente su hijo para comerlo.» Horrorizado el rey al escuchar una relación tan horripilante, rasgó sus vestiduras en señal de dolor, y juró quitar la vida á Eliseo que, pudiendo evitar tanto mal con sus milagros, no quería hacerlo porque era enemigo de su patria. Mas reflexionando con más cordura, determinó ir él mismo en persona á casa del profeta y exponerle el horroroso estado á que se veía reducida la ciudad.

Así lo hizo Jorán; y oído por Eliseo de labios del rey el relato de aquella situación tan angustiosa, le prometió que al día siguiente sobrarían en Samaria todo género de comestibles. Lo cual oído por uno de los capitanes que acompañaban al rey, y pareciéndole imposible que se realizara la predicción del profeta, le replicó éste diciéndole: «Que en castigo de su incredulidad, vería el prodigio, pero que no disfrutaría de él.» Cuyo castigo se cumplió al pié de la letra, pues poseídos los sirios de un terror pánico, abandonaron los campamentos con todos sus inmensos víveres; y al salir los de Samaria á recoger tan abundante botín, el incrédulo capitán, que se hallaba de guardia en la puerta de la ciudad, fué atropellado y muerto por la multitud.

LECCIÓN 35

Muerte de Jorán.—Jehú, undécimo rey de Israel.—Muerte de Jezabel.—
Joacaz y Joás, reyes de Israel.—Muerte de Eliseo.

Muerte de Jorán. Levantado el sitio de Samaria, Jorán se dedicó á preparar sus tropas para desquitarse de los daños causados por los Sirios, creyendo más fácil

esta empresa, después que, muerto Benadad por su ministro Azael, tomó éste las riendas del gobierno de la Siria. Al efecto, declaró la guerra el de Israel al nuevo monarca de los sirios, y aliado con Ococías, rey de Judá, la comenzó poniendo cerco á Ramot Galaad. En los primeros encuentros recibió varias heridas el de Israel, que le obligaron á retirarse del campo de batalla, dejando en su lugar para que continuase las operaciones del sitio á Jehú, general de los ejércitos coligados. Era éste un experto y entendido general, y á los pocos meses se apoderó de la ciudad sitiada. Dueño Jehú de Ramot Galaad, se presentó en dicho punto un profeta enviado de Eliseo con el objeto de ungirle como rey de Israel. Verificada esta ceremonia y noticiosos de ella los oficiales del ejército, proclamaron inmediatamente á su general como rey de Israel.

La primera operación de Jehú, así que fué proclamado rey, fué apoderarse de Jorán, que, como dijimos, se había retirado herido á Jezrael; al efecto se dirigió con sus tropas á dicha ciudad; y saliéndole al encuentro Jorán y preguntándole si venía en sentido pacífico, el nuevo rey le contestó echándole en cara la depravada conducta de su madre Jezabel y las abominaciones de su casa; y arrojándole acto continuo una flecha que le traspasó el corazón, cayó Jorán, muerto, del carro que montaba, dando orden Jehú á su capitán Badacer que arrojase el cadáver de Jorán en el campo de Nabot para que así se cumpliesen los decretos de la Divina Providencia.

Jehú, undécimo rey de Israel. Este primer golpe que el nuevo rey había dado en la elevada persona de Jorán, no fué sino un preludio de la sangrienta hecatombe que, dispuesta por el cielo, se cernía ya sobre toda la familia de Acab. Aun vivía la infernal Jezabel, aquella furia del infierno que tantas desdichas había traído sobre Israel, y que tanto había cooperado á las maldades de su marido

y de sus hijos; pues bien, muerto Jorán y su aliado Ococías por Jehú, volvió éste sobre Jezrael, punto de residencia de la impura mujer de Acab, y al saber ésta que se acercaba el matador de su marido, se pintó los ojos, adornó su cabeza y se colocó en una de las ventanas que daban á la puerta de la ciudad para presenciar desde allí la ruidosa entrada de Jehú. Así que le vió, comenzó á insultarle y á llenarle de improperios, llamándole nuevo Zambri, asesino de su marido, y dirigiéndole cuantos denuestos le dictaba su rabioso corazón de hiena. Al oír Jehú tal sarta de insultos y ultrajes, preguntó: «¿Quién es aquella furia que de tal modo me insulta?» Y diciéndole que Jezabel, mandó al instante dos soldados de su escolta para que la arrojasen por la ventana, cuya orden fué ejecutada inmediatamente.

Muerte de Jezabel. Jezabel cayó estrellada á la puerta misma de la ciudad; su sangre salpicó por todas partes, y los caballos que pasaban estropearon y magullaron horriblemente su cuerpo; y cuando aquella misma noche dió orden Jehú que recogiesen el cadáver y le dieran sepultura, al llegar los comisionados del rey al sitio de la ocurrencia, no hallaron de dicho cadáver sino el cráneo pelado y las extremidades de los piés, habiendo sido devoradas sus carnes por los perros y demás animales carnívoros, cumpliéndose al pié de la letra lo predicho por el *Profeta del Carmelo* cuando dijo «que en los campos de Jezrael comerían los perros las carnes de Jezabel, y que sus huesos servirían de estiércol para abonar los campos.»

Así acabó aquella furia del infierno que por más de treinta años había despedazado el reino de Israel, degollando á sus profetas, persiguiendo á los fieles adoradores del verdadero Dios, y aniquilando y proscribiendo en sus estados el culto del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sustituyéndolo con el de Baal, ídolo de Sidón.

Mas hasta ahora sólo habían perecido los malvados que

directamente habían causado la perdición de Israel; pero como la sentencia del cielo no se concretaba sólo á estos malvados personajes, sino que se hacía extensiva á toda la familia de Acab, era preciso que se cumpliera esta fatal sentencia. De ello se encargó el mismo Jehú, mandando á decir desde Jezrael á los habitantes de Samaria, que si realmente se sometían á su mando, era indispensable que, en prueba de su sumisión, le mandaran al día siguiente las cabezas de todos los príncipes de la casa de Acab.

Los samaritanos quedaron horrorizados á vista de dicha orden; mas á pesar de su horror, venció en ellos el miedo que tenían á Jehú, y á la mañana siguiente, accediendo á la petición del rey, decapitaron á *setenta* príncipes de la familia de Acab, y poniendo sus cabezas en unos cestos, las enviaron á Jezrael, cumpliéndose así los anatemas del cielo respecto á la familia idólatra de Acab y Jezabel.

La misma suerte que la familia de Acab sufrieron los sacerdotes y falsos profetas de Baal, siendo destruidos los templos y talados los bosques á él consagrados, no terminando gloriosamente el rey la obra comenzada por la misma causa política que obligó á Jeroboam á erigir los becerros de oro de Betel y Dan, los cuales conservó Jehú, siendo éstos la causa de las grandes desdichas que sobrevinieron sobre él y sobre su pueblo, pues acometiéndole Azael, rey de Siria, derrotó completamente los ejércitos de Jehú, haciéndose dueño del territorio que al otro lado del Jordán poseían las dos tribus y media de Gad, Rubén y Manasés, llamado, como sabemos, *Pais de Galaad*.

Después de estos desastres, que se hicieron extensivos á todo Israel, el inconstante Jehú murió en Samaria, donde fué inhumado en el sepulcro de sus padres.

Joacaz y Joás, reyes de Israel. A Jehú sucedióle en el trono su hijo Joacaz, que reinó diez y siete años, durante los cuales, siguiendo las huellas de los reyes

idólatras sus antecesores, se acarreó las maldiciones del cielo, quedando tan mermado su poder, que aquel ejército tan floreciente y tan numeroso que tenía el pueblo de Israel, quedó reducido á la insignificante cifra de *diez mil* infantes, *cincuenta* caballos y *diez* carros de guerra. Murió este monarca á los diez y siete años de su reinado, sucediéndole su hijo *Joás*, que también hizo lo malo delante del Señor, dice la Santa Escritura, siguiendo las sendas pecaminosas de Jeroboam. Sin embargo, este monarca, lo mismo que su padre y abuelo, creía que sólo merecía sus inciensos y su culto el Dios de Israel; pero ninguno de ellos tuvo valor bastante para imponer á su pueblo este culto único que tanto hubiera agradado á Dios, por lo que merecieron justos castigos; si bien Joás, por intercesión del profeta Eliseo, consiguió tres victorias sobre el rey de la Siria, y reorganizó el ejército elevándolo á la cifra de *cien mil* combatientes. Murió á los diez y seis años de su reinado, siendo enterrado en Samaria en el sepulcro de los reyes de Israel.

Muerte de Eliseo. Durante el reinado de Joás enfermó gravemente el profeta Eliseo; y así que lo supo el rey, pasó inmediatamente á visitarlo, y al ver al profeta en aquel estado, no pudo contener sus lágrimas, exclamando entre sollozos: «¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Carro de Israel y su cochero!» También Eliseo se enterneció y oró al Señor por el rey, á cuya oración debió Joás las tres victorias que antes indicamos.

Terminada esta oración, murió el *hombre de Dios*, como se le llamaba comunmente, á la edad de *cien* años cumplidos, siendo llorado de los israelitas, pues perdían en Eliseo un buen padre. Fué sepultado en las cercanías de Samaria en un sepulcro que vino á ser el más famoso del antiguo testamento, por sus múltiples y portentosos milagros. Así lo asegura el Espíritu Santo en el *Libro del Eclesiástico*,

cuando haciendo el elogio de este profeta, dice: «Que en su vida hizo cosas portentosas, y en su muerte obró milagros.»

LECCION 36

Jeroboam II, rey de Israel.—Profeta Jonás.—Zacarías, Selum, Manahén, Faceya y Facee, reyes de Israel.—Oseas, último rey de Israel.—
Sitio y rendición de Samaria.—Destrucción del reino de Israel.

Jeroboam II, rey de Israel. A la muerte de Joás ocupó el trono de Israel su hijo Jeroboam II, que reinó cuarenta y un años en Samaria. Fué tan idólatra como el primer rey de Israel, cuyo nombre llevaba; mas esto no obstante, quiso el cielo conceder á Israel muchos días de gloria, para ver si de ese modo volvía de sus caminos pésimos.

Jeroboam recuperó las plazas que Hazael y Benadad habían arrebatado á su abuelo Joacaz, rescatando además todas las ciudades de Israel que estaban en poder de los Sirios; y no contento con ésto, llevó la guerra á los reinos vecinos, conquistando á Damasco, y Emat, famosas capitales de la Siria, haciendo tributarios de Israel á estos dos reinos. Nunca se vió Israel más floreciente que en tiempo de Jeroboam II. Pero así como en la parte material había llegado este histórico pueblo á su mayor apogeo, así también en la parte moral llegó á la perversidad más extrema: la impiedad y la licencia habían relajado las costumbres públicas; la idolatría se extendía por todas partes; y la molice, la ociosidad, la intemperancia y la lujuria se entronizaron en Israel.

El profeta Jonás. En vano el Señor suscitó al profeta Jonás, como sucesor de Eliseo para reprender los vicios y maldades de su pueblo; pues éste, despreciando las predicaciones del profeta, se entregaba con más furor á las más nefandas abominaciones: en vista de lo cual, el profeta del Señor, no pudiendo sufrir tantos insultos y tantas idolatrías hechas á su Dios, se retiró al pueblo de su nacimiento, que era *Get*, de la tribu de Zabulón. Aquí tenía Jonás su residencia cuando le llamó el Señor para que fuera á Nínive á predicar la penitencia á sus habitantes. Pero Jonás, que conocía bien la conducta del Señor con los pecadores arrepentidos, temió no salir airoso de sus predicaciones; y para no perder su crédito y buena fama de profeta, se dirigió á Jope, puerto de mar, y se embarcó en una nave con rumbo á Társis, pensando poder evadir de este modo la presencia de Dios.

Una vez en alta mar, se levantó una furiosa tempestad que obligó á todos los marineros á invocar á sus respectivos dioses, para que los librase de aquel peligro. Sólo Jonás dormía tranquilamente en la parte baja del buque; visto lo cual por los marineros, le despertaron apresuradamente para que invocase también á su Dios. Jonás les manifestó entonces su nacionalidad y quién era el Dios á quien adoraba; y echando suertes para descubrir quién era el causante de aquella tempestad tan horrorosa, tocóle la suerte al fugitivo israelita, manifestándoles éste que efectivamente él era el que motivaba aquella tormenta por haber desobedecido á Dios y huído de su presencia; aconsejándoles que, si querían librarse de ella, no tenían más medio que precipitarle en el mar. A pesar del horror y repugnancia que semejante acción infundía á los compasivos marineros; vista la tenaz persistencia de la tormenta y el inminente peligro que corría toda la tripulación, ejecutaron lo propuesto por Jonás, arrojándole en el mar; quedando al ins-

tante éste en calma y disipándose la embravecida y furiosa tempestad.

Pero el Señor, que dispone y ordena las cosas á medida de su beneplácito, hizo que Jonás tropezase en su caída con un enorme cetáceo de fauces tan extraordinarias, que le tragó vivo sin ningún género de lesiones. Nada menos que tres días y tres noches estuvo el profeta en el vientre de aquel monstruo marino, desde cuyo punto invocó al Señor con tan fervoroso ruego, que escuchada por Dios la oración de su inobediente, pero arrepentido profeta, al día tercero permitió que el monstruoso animal lo lanzara vivo y sano sobre la playa. Acontecimiento verdaderamente asombroso, que sin duda lo dispuso el cielo con el único objeto de representarnos el sepulcro glorioso de Jesucristo tan fielmente figurado en el profeta Jonás, sepultado tres días y tres noches en el vientre del cetáceo.

Libertado Jonás de la muerte, gracias á una série de prodigios obrados por Dios en su favor, se dirigió inmediatamente á Nínive, á cumplir las órdenes del cielo. Tan lacónica como concluyente fué la predicación de Jonás á los ninivitas. «En el término de cuarenta días, iba gritando por calles y plazas, Nínive será destruída.» Nada más que estas palabras salieron de los labios del profeta; pero su eficacia fué tal, que desde el Rey hasla el último súbdito se vistieron de saco y de cilicio; decretaron un ayuno general, haciéndolo extensivo hasta las bestias, y tan grande y ejemplar fué la penitencia de los ninivitas, que detestando sus pasadas idolatrías y maldades, se convirtieron de veras al Señor, mereciendo de Éste el perdón y el olvido de todos sus pecados é iniquidades.

Cumplida por Jonás la misión que el cielo le había encomendado, con los resultados tan satisfactorios para Dios como beneficiosos para los ninivitas, volvióse Jonás á su país, donde reinaba la misma disolución y las mismas mal-

dades que cuando él se ausentó para Jope. Inútilmente les propuso el ejemplo de los ninivitas para que le imitaran sus paisanos: éstos, siguiendo las huellas de su rey Jeroboam, tan perverso como ingrato, se rieron de la conducta de los de Nínive, despreciaron las exhortaciones del profeta, y por todas partes se aumentaron las abominaciones y los escándalos. En vano se levantaron después de Jonás los profetas Oseas y Amós, amenazando de un modo terrible á Jeroboam y á su pueblo si no abandonaban las sendas de la iniquidad y seguían los caminos del Señor. Pueblo, príncipes y monarca continuaron frenéticos por los caminos pésimos de la idolatría, de la perversidad y del escándalo, hasta que la justicia de Dios se vió obligada á realizar las amenazas de sus profetas, castigando sin misericordia los insultos y provocaciones de Israel.

Como instrumento de sus venganzas se valió el cielo del rey de los asirios, que viniendo sobre Samaria, destruyó el ejército de Israel, según lo había predicho el profeta Oseas, llevándose cautiva una gran parte de la nación, y cayendo herido en la batalla el impío Jeroboam; siendo llamado al poco tiempo por Dios á su terrible Tribunal para haberle cargo de la inmensa responsabilidad que le cabía en las iniquidades de Israel. Fué enterrado en el sepulcro de sus antepasados.

Zacarías, Selum, Manahem, Faceya y Facee, reyes de Israel. A la muerte de Jeroboam sólo quedaba un hijo de éste llamado *Zacarías*, niño de corta edad, lo cual contribuyó á aumentar más y más la anarquía que ya había comenzado en Israel. Después de dos años de minoría, ocupó Zacarías el desmoronado trono de su padre; pero á los seis meses de ocuparle fué asesinado públicamente por Selum, quien colocó en sus sienes la ensangrentada corona de Zacarías. El reinado de *Selum*, así como los de sus sucesores, no fueron sino una cadena de mortandades,

de asesinatos y de alevosías que presagiaban la próxima y total ruina de aquel pueblo prevaricador. Selúm fué asesinado por *Manahem*, y si éste no acabó sus días al golpe del puñal fué porque estaba protegido y bajo la ignominiosa tutela del rey de los asirios. A Manahem sucedió su hijo *Faceya*, quien fué también asesinado por un hijo de Romeía, general de las tropas, llamado *Facee*. En los días de este monarca comenzó ya la destrucción del reino de Israel, pues viniendo sobre este reino maldito del cielo el rey de Asur, llamado *Teglatfalasar*, llevóse cautivos á la Asiria más de la mitad de los israelitas que componían la agonizante nación de Israel.

Después de tanta desdicha, se conjuró contra Facee un hijo de Ela, llamado Osee, y asesinándole públicamente, ciñóse su ensangrentada corona, comenzando á reinar sobre el moribundo Israel.

Osee, último rey de Israel. Además de haber llevado Teglatfalasar á la mitad de los israelitas cautivos á la Asiria, lo restante del reino había quedado tributario de los Asirios. Al ocupar Osee el trono ya espirante de Israel, quiso echarlas de valiente y se negó á pagar los tributos á los asirios, cuyo trono había ocupado Salmanasar por haber fallecido su padre Teglatfalasar.

Salmanasar, así que tuvo noticia de la actitud sediciosa de su tributaria Israel, se arrojó sobre ella con un numeroso ejército, y después de conquistar todas sus ciudades y de talar sus campiñas, subió á Samaria, donde se había refugiado Osee, y la puso sitio.

Rendición de Samaria y destrucción del reino de Israel. Dos años de sitio costó á Salmanasar la toma y rendición de Samaria; mas por último, después de tres asaltos fué tomada por los asirios y destruida hasta en sus cimientos, según la predicción que de ella había hecho el profeta Miquéas. El vengador de Dios y azote del

cielo, Salmanasar, llevóse cautivas á las diez tribus que componían el reino de Israel. Su rey Osee fué llevado también en clase de prisionero y encerrado en los calabozos de Nínive. Los principales de Israel fueron vendidos como esclavos á todas las ciudades de los Medos, donde hallaron á sus hermanos, llevados hacia diez y seis años en el mismo concepto de cautivos por Teglatfalarasar. En Israel sólo dejó el vencedor á la plebe de los israelitas condenados á elaborar las tierras en beneficio de los conquistadores.

Así acabó la monarquía de Israel, desmembrada de la casa de David hacia *doscientos* años, fundada sobre la idolatría, sostenida por las abominaciones y aniquilada y destruida por sus maldades, por sus escándalos y por su impenitencia. Y así acabarán siempre las naciones que, separándose del culto del verdadero Dios, ofrezcan sus incienso á los ídolos de Baal, representados hoy por la avaricia, por la ambición y por la sensualidad, llagas que corroen y dilaceran las sociedades y estados de Europa.

LECCIÓN 37

HISTORIA DE TOBIAS

Antes de comenzar la historia de los reyes de Judá, párecenos oportuno ocuparnos de este personaje bíblico, con cuya historia, contenida en el libro de la Santa Escritura que lleva su nombre, daremos por terminada la de los reyes de Israel.

Era Tobías un varón justo y temeroso de Dios, que á pesar del cisma é idolatría que tantos estragos causaron en el reino floreciente del hijo de David, siempre permaneció fiel á las antiguas tradiciones del pueblo de Dios. Oriundo de la ciudad y tribu de Neptalí, una de las cismáticas, no

por eso dejaba de ir á Jerusalén en los días solemnes del Señor, para ofrecer sus sacrificios en el templo y pagar escrupulosamente los diezmos y primicias, según prescribía la ley. De este modo pasaba su vida este fiel israelita cumpliendo como bueno las prescripciones de Moisés, hasta que Salmanasar, rey de los asirios, según vimos en la lección precedente, arrasó á Samaria llevándose cautivas á las diez tribus que formaban el reino de Israel. Envuelto en la general desgracia, el fiel Tobías fué conducido á Nínive en concepto de cautivo, juntamente con su esposa Ana y su virtuoso hijo Tobías.

Así como los israelitas, cuando estaban libres en Israel, adoraban á los becerros de oro, así también, cautivos en Nínive, se contaminaron todos comiendo de las viandas prohibidas que usaban los gentiles. Sólo Tobías no quiso contaminar su alma, y jamás gustó aquellas viandas que la Ley Mosáica prohibía. No contento con esto, todos los días repartía entre sus hermanos cautivos todo cuanto podía, de suerte que, durante su cautiverio, practicó la misma virtud y ejerció la misma caridad que cuando vivía libre en su pueblo de Neptalí.

El Señor quiso premiarle estas virtudes, y al efecto permitió que se captara la gracia y las simpatías de Salmanasar, quien le colmó de tantas riquezas, dones y distinciones, que le permitió vivir en su reino como si fuera uno de sus más fieles vasallos, llegando á tal extremo sus distinciones, que le nombró para ocupar uno de los principales puestos de su palacio.

Constituído Tobías en esta elevada dignidad, no por eso cambió en lo más mínimo su religiosa y caritativa conducta; antes por el contrario, aprovechando aquella ventajosa posición, ejerció en mayor escala sus caritativos sentimientos en favor de sus hermanos cautivos, distribuyendo entre ellos grandes limosnas y exortándolos á que sufrieran

con resignación y paciencia las privaciones y sufrimientos del cautiverio. Entre los grandes rasgos de generosidad de este israelita, merece consignarse el que llevó á cabo con su paisano y pariente Gabelo, á quien prestó la cantidad de *diez mil* duros sin más garantía que un simple recibo, cuyo hecho dió origen á la série de maravillas que tendremos ocasión de admirar en el transcurso de esta historia.

Seis años de cautiverio llevaban los israelitas bajo el yugo de Salmanasar, yugo que se hizo ménos pesado por la protección que les dispensaba su compatriota Tobías; pero muerto Salmanasar, y ocupado el trono de Asiria por su hijo *Senaquerib*, éste convirtió en odio la tolerancia que su padre había dispensado á los cautivos de Israel, cuyo odio se exacerbó hasta el extremo con el desgraciado éxito de su expedición contra Ezequías, rey de Judá.

Al regreso de esta desastrosa expedición, el soberbio Senaquerib quiso tomar venganza de su derrota en los indefensos Israelitas, matando sin piedad á muchos de los desvalidos cautivos, lo cual dió motivo al piadoso Tobías para ejercer la grande obra de misericordia de *enterrar á los muertos* que quedaban abandonados al furor de las hienas y demás bestias feroces. Esta piadosa ocupación de Tobías llegó á oídos del rey, quien dió orden de que se le confiscaran los bienes, y que, una vez apresado, se le quitara la vida; lo cual sabido por Tobías, huyó de la presencia del rey, retirándose con su mujer y su hijo á un lugar seguro, donde permaneció oculto hasta la muerte de Senaquerib, que tuvo lugar á los cuarenta y cinco días, muriendo asesinado por sus propios hijos.

A la muerte de Senaquerib sucedióle en el trono su hijo *Asarhadón*, quien restituyó á Tobías sus bienes confiscados, permitiéndole vivir tranquilamente en su casa. Nuevamente el piadoso israelita se dedicó al ejercicio de la caridad, llegando en él á tal extremo, que un día, al tener no-

ticia de que un cautivo muerto por los infieles permanecía insepulto en medio de la calle, levantóse inmediatamente de la mesa, y á pesar de tener convidados á varios parientes y amigos, fué á recoger el cadáver insepulto de su paisano, depositándole en su casa para darle sepultura después de ponerse el sol.

Mucho agradaba al Señor la caridad de su siervo Tobías; mas para que ésta tuviera aún más mérito en su divina presencia, quiso acrisolarla en la prueba y en la tentación. Al efecto, un día que Tobías regresaba después de haber sepultado varios cadáveres, sintióse tan cansado, que se vió en la precisión de recostarse al pié de una pared para tomar algún descanso. Al punto el fatigado y santo anciano quedóse dormido bajo un lugar donde anidaban unas golondrinas, y cayendo del indicado nido el excremento aún caliente de aquellas avecillas sobre los ojos del pobre anciano, quedóse instantáneamente ciego. Mas no paró en esto su desdicha: reducido á la más completa pobreza, vióse desamparado de todos sus amigos, y semejante al varón de Hus, este segundo Job se vió acriminado por sus parientes é insultado por su propia mujer.

Al oir Tobías que su propia esposa, á quien tanto amaba, hacía coro con los impíos para combatir la virtud é insultar á la Divina Providencia, no pudo menos de gemir dolorosamente dentro de su corazón, y derramando amargas lágrimas dirigióse al Señor en una sentida oración que ha quedado como monumento eterno de paciencia y resignación cristiana.

Al mismo tiempo que la oración del afligido Tobías subía desde Nívive hasta el trono del Altísimo, ascendía también en la misma dirección y por el mismo motivo otra oración que desde Rajes, ciudad de los Medos, dirigía al cielo la infortunada hija de Raguel, llamada *Sara*, afligida é insultada por su insolente criada. El Señor escuchó las

óraciones de ambos y mandó á San Rafael (medicina de Dios) para que curase á los dos, cuyas oraciones habían sido á la vez presentadas y atendidas.

El anciano Tobías, agobiado por tantas y tan acerbos tribulaciones, creyó que se acercaba el fin de sus días, y llamando á su querido hijo Tobías, quiso, antes de morir, darle algunos sanos y prudentes consejos. «Hijo mío, le dijo, cuando Dios haya llamado á mi alma, sepulta mi cuerpo; y honra á tu madre todos los días de tu vida. Presérvate de cuanto pueda empañar tu pureza, y no dejes nunca dominar el orgullo en tu corazón. Dá limosna según tus alcances: si tienes mucho, dá mucho; si tienes poco, dá poco; pero dalo de corazón; porque la limosna libra de todo pecado, y no permitirá que el alma se condene. Alaba siempre á Dios, y pídele que guíe tus pasos. Además tengo que advertirte, hijo mío, que siendo tu muy niño, entregué á Gabelo, residente en Rajes, diez talentos de plata, cuyo recibo conservo: ve el modo de ir á dicho punto para cobrar la referida cantidad, devolviéndole el recibo firmado de su mano.»

El joven Tobías, deseando cumplir cuanto antes los encargos de su padre, salió al punto en busca de alguien que pudiera indicarle el camino y marcarle el itinerario de Rajes; y acto continuo encuentra á un gallardo joven, que en traje de peregrino se hallaba en actitud de emprender un viaje; y preguntado por Tobías si conocía el país de los medos, contestóle con afabilidad que lo conocía perfectamente, así como también á todos los israelitas que allí moraban, por haber estado varias veces en sus casas, y especialmente en la de Gabelo.

Al oír el joven Tobías semejante declaración, volvió corriendo á comunicársela á su padre, quien al punto mandó llamar á su presencia al indicado joven; y así que le hubo saludado, le propuso si tendría inconveniente en acompa-

ñar á su hijo á Rajes á casa de un tal Gabelo. «Yo, contestó el joven, le llevaré y le volveré á traer acá.» «Está bién, le dijo el anciano: y ¿podías indicarme la familia ó tribu á que perteneces?» «Yo soy Azarías, le dijo el joven, hijo del grande Ananías.»—«De grande linaje eres, díjole entonces Tobías.» Y sin más preámbulos, ambos jóvenes, seguidos del perro de la casa, se pusieron en camino con dirección á Rajes.

En la primera jornada llegaron á las márgenes del río *Tigris*, y deseando Tobías lavarse los piés, entró en el río; viéndose al instante acometido por un monstruoso pez que, saltando á flor de agua, se abalanzó sobre Tobías en ademán de tragarle. Aterrado el joven, quedó como desvanecido por el susto; mas animado por su compañero de camino, le asió de las branquias y le sacó fuera del río, quedando palpitante á sus piés. Muerto el terrible pescado, mandó Azarías al asustado joven que le desentrañase y guardara el corazón, la hiel y el hígado, como remedios de suma utilidad. Hecho lo cual, los dos viajeros emprendieron de nuevo su camino.

Jornada y media antes de llegar al término de su viaje se detuvieron en una ciudad llamada también Rajes, pero no la de Ecbatanes, residencia de Gabelo á donde ellos se dirigían, sino otra del mismo nombre. El joven Tobías fué advertido que en dicha ciudad vivía un pariente suyo, llamado Raguel, el cual tenía una hija llamada *Sara* con la que podía unirse en matrimonio. «Dios me libre, contestóle el joven Tobías, de hacer semejante casamiento: siete veces se ha casado *Sara* y todos los siete maridos han sido ahogados por *Asmodeo* en la noche primera de sus bodas.»—«Es verdad, le contestó el ángel, pero la causa ha sido que esos maridos se casaron con el único objeto de saciar su brutal sensualismo, por lo que el Señor los entregó al furor de ese espíritu maligno; pero tú no tienes por qué te-

mer semejante castigo, pues pasarás las tres primeras noches en oración, quemando en la primera, dentro de la habitación, el hígado del pez que quiso devorarte en el Tígris.»

Con estas instrucciones de su misterioso cuanto ilustrado guía, aceptó Tobías el enlace con su prima Sara, y practicando cuanto le había aconsejado el ángel, ningún poder tuvo Satán sobre aquellos castos esposos, sino que al contrario, fueron felices y el cielo los colmó de bendiciones. Mas no fueron éstos solos los beneficios y favores que á Tobías dispensó su bondadoso guía, pues mientras duraban las fiestas de los desposorios, pasó él mismo á Rajes de Ecbatanes, y cobrando de Gabelo los diez talentos, volvióse en seguida á unirse con Tobías para regresar con su esposa, criados y ganados á Nínive, donde los padres de Tobías los esperaban con grande ansiedad.

Con un viaje feliz y sin ningún género de contratiempos, salieron de Rajes y continuaron su camino hacia Nínive los nuevos y afortunados esposos. Antes de llegar á la capital de la Asiria se adelantaron Tobías y su compañero para prevenir á sus padres la llegada de su nueva familia. Durante esta travesía que hicieron solos Tobías y Rafael, instruyó éste al primero de lo que debía hacer en la casa de sus padres. «No bien llegues á casa, le dijo, lo primero que has de hacer es frotar los ojos de tu padre con la hiel del prodigioso pescado que guardas: de esa manera volverá tu padre á ver la luz del día, y se alegrará muchísimo el poderte contemplar de nuevo.

Entre tanto los padres de Tobías estaban contristados por la tardanza de su hijo. Todos los días subía la afligida Ana, inundado su rostro de lágrimas, á la cumbre de un monte próximo, de donde se alcanzaba una extensión vastísima de terreno, por ver si divisaba á su querido Tobías; cuando al fin uno de ellos divisó á lo lejos al objeto

de sus ansias. Loca de alegría corre precipitadamente á su casa á participárselo á su marido; y aun no había terminado su relación la esposa de Tobías, cuando hé aquí que se presenta en medio de ellos el perro que habían llevado los viajeros, meneando la cola y saltando y lamiendo las manos de sus amos. Entonces el anciano Tobías, guiado por un muchacho, salió al encuentro de su hijo, y abrazándole tiernamente, le colmó de besos, de bendiciones y de lágrimas.

El joven Tobías, después de adorar al Señor y darle gracias, siguiendo las prescripciones del angel, untó los ojos de su padre con la hiel del pescado, y al instante el santo anciano recobró su vista; y postrado de rodillas ante el Señor, prorumpió en estas palabras: «Yo te bendigo ¡Dios de Israel! porque me castigaste y ahora me curas, devolviéndome la vista para que pueda ver á mi querido hijo.» Pasados siete días llegó Sara con la comitiva de criados, ganados y camellos, y todos juntos dieron gracias á Dios que tantas maravillas había obrado en favor de sus siervos.

El santo anciano Tobías, que no olvidaba lo mucho que su hijo debía al joven *Azarías*, que le había acompañado en su accidentado viaje, llamó aparte á su hijo para decirle: «¿Qué podremos dar á ese varón santo que te ha acompañado?» A lo cual contestó su hijo: «Con nada podremos pagarle los muchos y grandes beneficios que nos ha dispensado; mas ruegoos, padre mío, que veais si se digna aceptar siquiera la mitad de lo que se ha traído.» Así lo hizo el santo anciano; pero el misterioso personaje tomó entonces la palabra, diciéndoles en secreto: «Bendecid al Señor del cielo y alabadle delante de todos los vivientes, porque ha usado con vosotros de misericordia. Cuando tú, dijo al anciano Tobías, orabas con lágrimas y sepultabas los muertos, y dejabas la comida, y escondías de día los

cadáveres en tu casa, y de noche les dabas sepultura, yo presenté tu oración al Señor, y porque eras acepto á Dios fué preciso que te probase la tentación. El Señor me envió para curarte y librar del demonio á Sara, mujer de tu hijo, *pues yo soy el Angel Rafael, uno de los siete que estamos delante del Señor.*» Al oír estas palabras, padre é hijo cayeron en tierra sobrecogidos por el temor; mas el ángel los animó diciéndoles: «No temais, la paz sea con vosotros; bendecid al Señor y cantad sus alabanzas.» Y con esto desapareció. Entonces el anciano Tobías, lleno del Espíritu de Dios, entonó uno de los cánticos más hermosos que hay en la Sagrada Escritura, y que comienza con estas palabras: *Benedicid al Señor, hijos de Israel, y alabadle delante de todas las gentes.*

Después de recobrada la vista, aun vivió el anciano Tobías *cuarenta* años, pasados los cuales, y estando para morir, llamó á sus hijos y nietos á su presencia, y exhortándoles á la piedad, les encargó que, después de haber dado sepultura á sus padres, saliesen de Nínive, cuya ciudad sería arruinada, y restaurada Jerusalén. Así lo cumplió el virtuoso Tobías: muertos sus padres, y habiéndoles dado honrosa sepultura, marchó á Rajes á casa de sus suegros, donde vivió hasta la edad de noventa y nueve años, rodeado de una posteridad numerosa, á cuya edad murió en el seno del Señor, siendo inhumado con la pompa y magnificencia que correspondía á las grandes virtudes que durante su vida había practicado.

LECCIÓN 38

Reyes de Judá.—Roboán, primer rey.—Abía, Asa y Josafat, reyes de Judá.
—Reinados de Jorán, Ocozías, Atalía y Joás.

Reyes de Judá. A la muerte de Salomón (según dijimos en la lección 32) se dividió la Nación Hebrea en dos distintos reinos, á saber: el de *Judá*, compuesto de las tribus de Judá y Benjamín; y el de *Israel*, formado por las diez tribus restantes. Ya hemos visto la historia tan accidentada como desastrosa del cismático pueblo de Israel; réstanos ahora ocuparnos de la del reino de Judá, para completar de ese modo el estudio de los *cuatro Libros de los Reyes*, ó de los *Reinos*, como los llaman los griegos.

Los reyes que sucedieron á Salomón en el trono de su padre David, fueron los siguientes: Roboán, Abía, Asa, Josafat, Jorán, Ocozías, Atalía, Joás, Amasías, Ozías, Joatán, Acáz, Ezequías, Manasés, Amón, Josías, Joacaz, Joaquín, Jeconías y Sedecías, cuyas historias vamos á bosquejar, siquiera sea con la brevedad que exige un estudio elemental, dando comienzo por

Roboán. Hijo del rey poderoso y sabio por excelencia Salomón, no imitó á su padre sino en el amor desordenado á las mujeres. Su imprudencia dió ocasión á que después de la muerte de aquél se separasen diez tribus, comenzando un escandaloso cisma que tantos desastres causó en la Nación Hebrea. Repudiado Roboán en Siquem por las tribus cismáticas, vióse precisado á refugiarse en Jerusalén; y á pesar de que contaba con fuerzas bastantes para someterlas á su obediencia, el Señor se lo prohibió por medio del profeta Sedecías; por lo cual el nuevo rey de Judá

se dedicó á reorganizar su ejército y poner sus reducidos estados al abrigo de los ataques de sus enemigos.

La conducta infame de Jeroboam, rey de Israel, y su degradante idolatría, fueron causa de que la tribu de Leví, abandonando sus ricas posesiones y pingües ganados que poseía en territorio de Israel, verificase su anexión á sus dos hermanas de Judá y de Benjamín bajo el cetro de Roboán, cuyo ejemplo, seguido por multitud de familias religiosas de otras tribus que no quisieron renegar jamás de la religión de sus padres, fué causa de la gran prosperidad que tuvo el rey de Judá en los tres primeros años de su reinado, en los que anduvo rectamente por los caminos del Señor.

Indicamos anteriormente que Roboán no imitó á su padre Salomón sino en el amor desordenado de las mujeres; y efectivamente, en distintos tiempos se casó con *diez y ocho* mujeres y *sesenta* concubinas, y su sensualismo, unido á los demás placeres con que le brindaba su próspero y floreciente reinado, fué causa de que rey y pueblo se apartasen de los caminos del Señor, entregándose á la idolatría. A ésta siguió bien pronto tal corrupción de costumbres, que sólo podía compararse con la de Sodoma y Gomorra; llegando á tal extremo la perversión del sentido moral, que la reina Maaca, esposa la más querida de Roboán, estableció en Judá las obscenas fiestas de Priapo, ídolo el más repugnante que se conocía, teniendo ella la desvergüenza de presidirlas.

No tardó mucho tiempo el Señor en castigar la idolatría del reino de Judá, pues en el año quinto del reinado de Roboán fué invadida la Judea por Sesac, rey de Egipto, y entrando triunfante en Jerusalén, si bien respetó el templo, llevóse las inmensas riquezas y valiosos tesoros con que David y Salomón lo habían enriquecido.

Roboán comprendió la justicia con que el cielo le había

castigado, y trató de reparar los escándalos que había dado, proscribiendo la idolatría de sus estados. Feliz de él si hubiera seguido por este camino de arrepentimiento y de penitencia: de seguro que el cielo habría olvidado sus pasadas iniquidades, y como á otro David le hubiera protegido con su gracia. Pero su inconstancia y veleidad le hicieron volver de nuevo á la idolatría, y esta vez no pudo contar con las misericordias del Señor, pues murió en su impenitencia á los cincuenta y ocho años de edad y diez y siete de su reinado, siendo sepultado en la ciudad de David junto al sepulcro de sus padres.

A Roboán sucedió en el trono su hijo *Abía*, príncipe valeroso pero malvado. Abía tuvo por sucesor á *Asa*, quien después de un floreciente reinado y de conseguir señaladas victorias contra Zara, rey de los etíopes; después de destruir el simulacro de Priapo, ídolo de su madre Maaca, y de ofrecer al Dios verdadero, en unión de su pueblo, un sacrificio de numerosas víctimas, obligando á Judá con juramento á servir siempre al Señor; hizo un pacto de alianza con Benadad, rey de Siria. En vano el cielo reprobó esta funesta alianza por medio de un profeta: el soberbio Asa, en vez de reconocer su pecado y escuchar con respeto la reprensión del profeta, mandó apresar á éste y colocarle en la ignominia del cepo como si hubiera sido un criminal.

El cielo se encargó de castigar este procedimiento tan sacrilego como infame, usado con el profeta del Señor, mandándole una enfermedad de *gota*, tan agudísima que le llevó al sepulcro á los cuarenta y un años de su reinado, sucediéndole en el trono de Judá su hijo Josafat.

Josafat. A la edad de treinta y cinco años ocupó el trono de Judá este piadoso monarca hijo de Azuba, verdadera matrona de Israel. Crió ésta á su hijo en el santo temor de Dios, siguiendo los buenos caminos de su padre Asa. En premio de sus virtudes concedióle el Señor un

reinado feliz y dichoso, haciendo la felicidad de sus súbditos; siendo tanto el celo por la gloria de Dios y moralidad de su reino, que envió por todos los pueblos de Judá sacerdotes y levitas en concepto de misioneros para que instruyesen á sus súbditos en la Santa Ley y predicasen su fiel observancia y la práctica de todas las virtudes.

El deseo vivísimo de la felicidad de su reino le hizo cometer una imprudencia que pudo costarle la corona, y tal vez la vida. Acariciando la idea de reunir nuevamente bajo un solo cetro las tribus cismáticas de Israel, pidió al impío Acab, rey de Samaria, la mano de su hija Atalía para esposa de su primogénito Jorán. Bien pronto accedió el de Israel, pero con la condición de pactar con él una alianza contra Benadad, rey de Siria. Convino en ello Josafat, por lo cual mereció que un profeta le reprendiese en nombre del Señor, cuando se retiraba de la jornada de Ramot de Galaad, tan desastrosa para las armas de los aliados, y en la que cayó mortalmente herido el impío rey de Israel, según vimos en la lección *treinta y tres*.

A pesar de esta imprudencia de Josafat, no dejó por eso el cielo de favorecerle y colmarle de beneficios, como se vió palpablemente en la guerra que le declararon los moabitas y demás naciones idólatras coaligadas; de la cual salió victorioso, con el auxilio patente del cielo, pues mientras los soldados de Josafat se entretenían en cantar salmos de alabanza al Señor, los ejércitos enemigos se destruían unos á otros, consiguiendo una memorable y prodigiosa victoria el ejército de Judá.

Después de un reinado dichoso de más de veinticinco años, murió este piadoso monarca, siendo llorado amargamente de su pueblo, y sepultado en la ciudad de David, si bien la nación, agradecida, erigió á su memoria un magnífico mausoleo en el valle situado entre Jerusalén y el monte de las Olivas, llamado por esta razón *Valle de Josafat*, en

cuyo punto ha de verificarse el *Juicio Universal*, según la opinión de los Santos Padres, fundada en las palabras del profeta Joel: «*Congregaré á todas las gentes en el valle de Josafat, y allí pondré el trono de mi justicia para juzgarlas.*»

Jorán. A la muerte de Josafat ocupó el trono de Judá su hijo Jorán, casado, según arriba indicamos, con Atalía, hija de los malvados reyes de Israel, Acab y Jezabel. Para complacer á su esposa Atalía, tan infame como su madre, el hijo de Josafat, olvidando la piedad de su padre, introdujo la idolatría en Judá, sacrificando á los ídolos en los lugares altos y erigiendo altares en todas las ciudades de su reino, dedicados á los ídolos de Acab y Jezabel.

No contento con esto, cual otro fiero Abimelec, dió orden de matar á todos sus hermanos juntamente con todos los príncipes de Israel. Inútilmente le amenazó el profeta Elías escribiéndole (desde el lugar ignorado donde se halla el Profeta del Carmelo) una carta misteriosa amenazándole con tremendos castigos para él y para toda su familia: este rey apóstata prosiguió en sus perversos caminos hasta que los árabes invadieron sus estados, y entrando en Jerusalén, saquearon su palacio, llevándose cautivos á sus mujeres é hijos, excepción hecha del más pequeño, Ococías, que fué el único que se libró de la muerte.

Después de tanto desastre en el palacio de Jorán, éste fué castigado por el cielo con una enfermedad tan terrible, que por espacio de dos años estuvo arrojando continuamente parte de sus entrañas, hasta que bajó al sepulcro, tan despreciado de todo su pueblo, que ni siquiera quiso éste hacerle las exequias que en otras ocasiones se habían tributado á todos sus antecesores.

Ococías. El hijo único que había quedado de la infame raza de Jorán, le sucedió en el trono, y su apolo-gía queda hecha con decir que fué más infame, más perverso y más malvado que su padre. Ya vimos su fin de-

sastroso al ocuparnos del reinado de Acab, en los reyes de Israel.

Atalia. Después de la trágica muerte de Ococías ocupó el trono de Judá la infame esposa de Jorán, digna hija de aquella furia del infierno llamada Jezabel, que tantos desastres atrajo sobre el reino de Samaria. Excedió en perversidad y en maldades á su misma madre, pues esta furia disfrazada de mujer, tomando el puñal parricida, dió orden de exterminar á toda la extirpe real de la casa de Judá, librándose milagrosamente de esta cruel matanza el tierno niño *Joás*, gracias á la solicitud de Josabet, esposa del Sumo Sacerdote Joyada y hermana de la madre del niño, que tomando á éste de la cuna, corrió á esconderle en un sitio reservado del templo, donde permaneció educándose al lado de sus tíos hasta que llegó á la edad de poder ser proclamado rey de Judá.

Joás. La patriótica cuanto arriesgada empresa de la proclamación de Joás fue llevada á cabo por Joyada, protegido y secundado por el pueblo, y especialmente por la tribu de Leví.

Muerta la feroz Atalía del mismo modo que lo fué su madre Jezabel, fué trasladado Joás á su palacio, tomando la dirección del reino, que fué acertada y muy agradable al Señor; pues desterró completamente de Judá la infame idolatría, desapareciendo con ella la impiedad y las nefandas abominaciones.

Muerto el Sumo Sacerdote Joyada, que era, digámoslo así, el alma de aquel reinado, volvió el pueblo á los perversos caminos, y las montañas de Judá viéronse de nuevo coronadas de altares y templos idolátricos. En vano el profeta Zacarías, hijo de Joyada, llevado del celo de su padre, quiso oponerse á semejante prevaricación, predicando fuertemente contra tal apostasía: aquel pueblo ingrato y perverso, cual ninguno de la tierra, se amotinó contra el pro-

feta del Señor y le quitó la vida á pedradas *entre el templo y el altar de los holocaustos*.

No se hizo esperar el castigo de tamaña maldad, pues un inmenso ejército de Azael, rey de la Siria, vino sobre Jerusalén y degolló á todos los Príncipes de Judá que habían dirigido el tumulto para el asesinato de Zacarías, mártir del Antiguo Testamento; y el ingrato Joás, que no supo ó no quiso imponerse á los amotinados, fué muerto en su misma cama por sus propios sirvientes, en venganza de la sangre inocente del hijo de Joyada. El cuerpo de Joás fué enterrado en la ciudad de David, pero nó en el sepulcro de los Reyes, cuyo honor no quiso dispensarle el pueblo, como á su abuelo Jorán.

LECCIÓN 39

Amasías, Ozías y Joatán, reyes de Judá.—Reinado de Acáz.—Gobierno del piadoso rey Ezequías.

Amasías. Después de la muerte de Joás ocuparon sucesivamente el trono de Judá Amasías, Ozías y Joatán, quienes si bajo muchos aspectos pueden considerarse como mejores reyes que sus antecesores, sin embargo, los dos primeros tributaron culto simultáneamente á Dios y á los ídolos, cuyo nefando y sacrilego contubernio miró el Señor con aversión.

Coligado Amasías con el rey de Israel para hacer la guerra á los idumeos, fué advertido por un profeta que despidiera á sus aliados si quería conseguir el triunfo contra sus enemigos. Así lo hizo el de Judá, obteniendo sobre Idumea la más completa victoria, después de la cual, en vez de mostrarse agradecido al favor que Dios le había dispensado; habiendo encontrado entre el botín de los venci-

dos los ídolos de oro y plata pertenecientes á los idumeos, llegó á tal la desvergüenza, la ingratitud y la ridiculez del monarca de Judá, que públicamente ofreció incienso á los mismos ídolos que acababa de hacer prisioneros. Inútilmente le mandó el Señor un profeta para reprenderle tan abominable conducta: obcecado en la idolatría, murió este obstinado monarca en la impenitencia, con el mismo género de muerte que su padre Joás, siendo asesinado en su propio lecho por una turba de amotinados. Vacante el trono de Judá, todo el pueblo proclamó como rey á un hijo del monarca asesinado, llamado Ozías, por otro nombre Azarías.

Ozías. A los diez y seis años de edad comenzó á reinar este hijo y sucesor de Amasías. En los primeros años de su reinado hizo lo bueno delante del Señor. Guiado por Zacarías, hijo del profeta del mismo nombre, martirizado en tiempo de Joás, fué un príncipe temeroso de Dios y querido con delirio por su pueblo. Él fortificó á Jerusalén; fomentó la ganadería y la agricultura, y derrotó en varias ocasiones á los árabes, idumeos y filisteos; de suerte que el reinado de Ozías vino á ser el más feliz y dichoso que puede apetecer un monarca y un pueblo.

Por este tiempo murió el profeta Zacarías, que era, como hemos dicho, el mentor y guía de este joven monarca, el cual, desvanecido por el brillo y esplendor de su trono, un día tuvo el capricho de acudir al templo de Salomón, y contra la prohibición terminante de la ley y la resistencia del Sumo Sacerdote, se empeñó en ejercer las funciones sacerdotales, y tomando en sus manos el incensario, comenzó á ofrecer incienso al Altísimo. No se hizo esperar el castigo de tan grande profanación, pues al punto se cubrió la frente del sacrilego monarca de una lepra tan horrible y asquerosa, que los sacerdotes, en cumplimiento de la ley, le echaron del templo, viéndose precisado á retirarse á una casa de campo, donde vivió como leproso por espa-

cio de *cuatro* años; pasados los cuales, murió con señales inequívocas de arrepentimiento, siendo sepultado en la ciudad de David, pero nó en el sepulcro de los reyes, á causa de la inmundada enfermedad de que había fallecido.

Joatán. Durante la prolongada enfermedad de Ozías, se encargó del gobierno de la nación su hijo Joatán, sucediéndole después en el trono y siendo uno de los más santos y justamente celebrados reyes de Judá, y el único, entre todos los que le habían precedido, que tuvo la incomparable dicha de vivir y morir *irreprochable*. Después de diez y seis años de feliz reinado fué á unirse con su antecesor David, cuyas virtudes tan fiel y perfectamente había imitado. El cuerpo de Joatán fué inhumado en la ciudad de Sión, en el famoso sepulcro de los reyes de Judá.

Reinado de Acáz. Aunque los hijos, generalmente hablando, son herederos de los títulos y grandezas de sus padres, sin embargo, no suele suceder así con los talentos y con las virtudes de éstos, pues muchas veces se observa que hombres eminentes en todos los ramos del saber humano engendran hijos completamente ineptos para la adquisición de las ciencias, y que padres de esclarecidas virtudes han procreado hijos que más bien parecen abortos del infierno y engendros de la iniquidad.

Buena prueba tenemos de esto segundo en Acáz, hijo del virtuoso Joatán y á quien sucedió en el trono de Judá. Tantas y tales fueron las abominaciones y maldades de este infame príncipe, que excedieron en mucho á las perversidades y escándalos de los reyes idólatras de Israel. No se contentó con fundir estatuas á Baal y colocarlas en todas las ciudades de su reino, sino que en todos los bosques y alturas de Judá se ofrecían sacrificios y se quemaba incienso á todas las divinidades paganas, llegando á tal grado su brutal idolatría, que en un valle próximo á Jerusalén, llamado *Beneném*, ofreció á Moloc todo género de víctimas,

incluyendo en éstas, según opinión de algunos, hasta sus propios hijos. Tal es la horrenda pintura que del hijo y heredero de Joatán nos hace la Santa Escritura.

En vano el profeta Isaías le exhortó encarecidamente, en nombre del cielo, á que volviese á los caminos del Señor, prometiéndole un milagro en confirmación de su divina embajada. El sacrílego monarca le respondió con altanería que para nada necesitaba las misericordias del Señor, y que, por consiguiente, escusaba exponerle ninguna señal milagrosa. Amenazóle entonces Isaías con el furor divino, pronosticándole que vendrían sobre él las calamidades más horrosas; pero el obstinado Acaz desprecio aquellas amenazas y prosiguió entregándose con más furor á las abominaciones de la idolatría, llegando su rabia impía hasta mandar que se cerrase el templo de Salomón para que nadie pudiera dar culto al verdadero Dios.

Por fin el cielo, compadecido del pueblo de Judá, llamó ante su terrible tribunal á este monstruo de abominación á los diez y seis años de su reinado, muriendo reprobado por Dios, aborrecido de su pueblo y execrado de las generaciones venideras. Sucedióle en el trono su hijo

Ezequías. En confirmación de lo que antes dejamos indicado de que muchas veces los hijos no heredan las virtudes ni las maldades de sus padres, tenemos otra prueba inequívoca en el piadoso Ezequías, hijo del perverso Acaz y sucesor de éste en la corona de Judá. Algunos autores dicen de Acaz que fué como un demonio entre dos ángeles, y razón tienen esos autores para asegurarlo así. Ya hemos dicho en esta misma lección lo que fué Joatán, padre de Acaz; veamos ahora lo que fué su hijo Ezequías.

Veinticinco años contaba Ezequías cuando empuñó las riendas del gobierno de Judá, y por espacio de veintinueve dirigió dicho gobierno, dando gloria á Dios y acarreándose las bendiciones de sus vasallos. Era nieto, por parte de su

madre, del mártir Zacarías, sacrificado en tiempo de Joás y sin duda la sangre inocente del abuelo consiguió del Señor la divina protección para el nieto. Sólo contando Ezequías con dicha protección pudo llevar á cabo tantas y tan grandes empresas para la gloria de Dios, como fueron la purificación del templo del Señor, el restablecimiento del culto del verdadero Dios, la celebración solemne de las Pascuas y la destrucción y completo exterminio de la idolatría en todo el reino de Judá, demoliendo los altares y pulverizando los ídolos de los campos y de las ciudades. Si agregamos á esta série de hechos laudabilísimos el restablecimiento en su reino de los diezmos y primicias para subvenir á las necesidades del templo y de los ministros del Santuario, y por último, la conquista de muchas ciudades y fortificaciones tomadas á los filisteos, veremos en este gran monarca un verdadero sucesor de David en su fé, en sus virtudes y en su santidad.

De grande interés para el pueblo de Judá habían sido las conquistas hechas á los filisteos; mas ésto no satisfizo por completo á su buen rey Ezequías. Otra conquista era la que más preocupaba el ánimo de tan bizarro monarca, cual era sacudir el yugo de la Asiria, de cuyo pueblo era tributario el de Judá. Al efecto, aprovechando los descalabros sufridos por aquella nación en la guerra sostenida contra Egipto, creyó llegada la ocasión de sacudir el yugo de los asirios y se negó abiertamente al pago del tributo.

El soberbio Senaquerib, que entonces gobernaba la Asiria, no pudo tolerar esta insubordinación de la nación tributaria; y para castigar su osadía, invadió la Judea al frente de *ciento ochenta y cinco mil* soldados.

Crítica era la situación de Judá al verse invadida por un ejército tan formidable; y así el prudente monarca envió embajadores á Senaquerib pidiéndole una transacción honrosa mediante una indemnización pecuniaria; cuya pro-

puesta fué aceptada por el rey de la Asiria, fijando éste la cantidad en la equivalencia de *veinte millones de reales* de nuestra moneda, bajo la condición de retirarse de Judea en el instante que los recibiera.

El piadoso Ezequías, no obstante la exorbitante suma que se le exigía, no perdonó medio alguno para reunirla, remitiéndola al instante al invasor; mas el pérfido asirio en vez de cumplir su palabra de abandonar la Judea, luego que recibió los millones del Rey de Judá, los empleó en racionar y equipar abundantemente su ejército, estrechando más y más el cerco de Laquis para llegar cuanto antes á Jerusalén.

A la gran consternación que la infame conducta de Senaquerib causó en el pueblo judío, vino á unirse otra desgracia que bien podía considerarse como el preludio de su completo exterminio. Tal fué la noticia de haber enfermado de muerte su santo é idolatrado monarca. En Efecto, el profeta Isafas vino á intimar de orden de Dios al rey de Judá que preparase y arreglara sus negocios, porque iba á morir.

El religioso monarca, así que oyó la orden del Señor á quien tanto amaba, le pidió fervorosamente y anegado en lágrimas que dilatara su vida en atención á las tristes circunstancias en que se encontraba su reino, amenazado por el monarca infame y traidor de la Asiria. El Señor escuchó esta plegaria de su siervo y mandó á Isafas, que aun no había salido de palacio, volviese á decir al Rey que, oída su petición y atendido su ruego, el Señor, no solamente prolongaba su vida por quince años más, sino que libraría á Judá de la invasión de Senaquerib.

No se hizo esperar mucho tiempo la realización de la segunda parte de esta divina promesa; pues en una noche en que el Rey de los asirios y su ejército se hallaban entregados al reposo y al sueño, un ángel del Señor vino so-

bre el silencioso campamento, y pasó á filo de espada á todos sus soldados, huyendo á Nínive Senaquerib, lleno de terror y espanto, acompañado únicamente de su escolta, que había querido conservársela el cielo.

Después de este hecho tan extraordinario, el pueblo de Judá, libre de sus invasores, vivió feliz y dichoso los quince años que aun restaban de vida á su monarca, hasta que, cumplidos éstos, fué llamado el rey por el cielo para darle en la otra vida la recompensa de sus virtudes. Aflicidos en gran manera por su muerte todos sus súbditos, disputábanse la triste gloria de honrar su sepultura; y elevando al efecto un soberbio mausoleo sobre los sepulcros de los demás reyes de Judá, perpetuaron de ese modo la memoria de un Rey que fué la gloria de Judá y el honor del trono de David.

LECCIÓN 40

Reinado de Manasés:—Historia de Judit.

Reinado de Manasés. Al santo y piadoso rey Ezequías sucedió en el trono su hijo Manasés, quien, extraviándose de los caminos del Señor que su padre le dejó trazados, se entregó, juntamente con su pueblo, á todas las abominaciones de la idolatría; llegando ésta á tal grado, que el pueblo de Judá se convirtió en un verdadero pueblo de paganos. Levantáronse de nuevo en las ciudades y montañas de Judea los mismos templos idolátricos que Ezequías había demolido, plantando en su derredor bosques profanos como en tiempo del impío Acáz. Se adoró al sol, á la luna y demás ídolos del paganismo; llegando este depravado monarca hasta el extremo inconcebible de quemar

vivo á su propio hijo en los altares de *Moloc*, según la horrible costumbre de los infames adoradores de aquella repugnante deidad. Al gran profeta Isaías, descendiente de reyes, mandó que le aserrasen el cuerpo con una sierra de madera, sólo por haberle reprendido en nombre del Señor sus inauditas maldades. En una palabra, este hijo desnaturalizado del santo rey Ezequías cometió las acciones más depravadas que es capaz de cometer el hombre más perverso de la tierra.

Irritado el cielo contra este monstruo de abominación, no tardó mucho en enviarle el merecido castigo, pues invadida su corte por los asirios, fué hecho prisionero por éstos, y atado con duras cadenas fué conducido á Babilonia y encerrado en un oscuro calabozo. En situación tan angustiosa comenzó á sentir crueles remordimientos por sus pasadas iniquidades, y desde el fondo de su prisión, anegados sus ojos en lágrimas y lleno de dolor y de arrepentimiento, invocó al Dios de su padre en una oración tan patética y conmovedora, que ha quedado consignada en la historia como monumento eterno de penitencia y de conversión.

El Señor escuchó los ruegos de este pecador arrepentido y de nuevo le volvió á Jerusalén, restableciéndole en el trono de su padre, que ocupó todavía durante treinta y tres años, sin separarse de los caminos del Señor é imitando á su padre en el celo por la causa de Dios, en el esplendor de su culto y en el completo exterminio de la idolatría. Su muerte fué llorada por sus súbditos, que vieron en él un ejemplo el más acabado de arrepentimiento y de penitencia.

Historia de Judit. Muchas y varias son las opiniones de los Escriturarios acerca del tiempo en que acaeció la historia de la *ilustre heroína de Betulia*. La más común y que parece más fundada es la que supone este su-

ceso acaecido en el tiempo en que Manasés, rey de Judá, fué llevado cautivo á Babilonia. Respetando nosotros las diversas opiniones sobre esta materia, y sin que por ello nos inclinemos á ninguna de ellas, vamos á ocuparnos de esta mujer célebre que tanta gloria proporcionó á su pueblo y tan admirablemente representa á la Santísima Virgen María, que en su Concepción Inmaculada venció al enemigo eterno del pueblo cristiano.

Arfaxad, rey de los medos, coronado con los laureles de cien victorias que había alcanzado contra diversas naciones que hizo tributarias de su imperio, fijó su pensamiento en la conquista de Nínive, residencia y corte de Nabucodonosor, rey de los asirios. Al efecto, el primero de estos colosos, confiado en sus numerosos ejércitos y en la multitud de sus carros de guerra, emprendió su marcha sobre Nínive, objeto de su conquista. Noticioso el gran Nabucodonosor de los proyectos de su ambicioso rival, dispuso su ejército, no ménos valiente ni ménos numeroso que el de Arfaxad, y avistándose ambos en el campo de Ragán, entre el Tígris y el Eúfrates, dióse una terrible batalla, quedando el campo y la victoria por Nabucodonosor, que venció á su contrario y le quitó la vida, apoderándose de las muchas conquistas que llevaba hechas el soberbio cuanto ambicioso Arfaxad.

Orgullosa Nabucodonosor con esta victoria, envió embajadores á muchos pueblos, entre ellos al de Judá é Israel, para que reconocieran su soberanía y obedeciesen sus órdenes; pero todos esos pueblos desoyeron semejantes proposiciones, echando con desprecio de sus respectivos estados á los enviados del rey de la Asiria. Indignado Nabucodonosor con el proceder de aquellos pueblos, juró por su trono que se vengaría de todos ellos. Al efecto, después de reunir en consejo general á todos sus capitanes, les propuso el soberbio pensamiento de conquistar todas las naciones

de la tierra. No desagradó este proyecto á sus generales, y aprestado un ejército numerosísimo y dado el mando de él á Holofernes, generalísimo de sus tropas, salió á poner en práctica el ambicioso plan de su rey.

Poco arriesgada para Holofernes fué la empresa de esta conquista, pues todos los pueblos de la Cilicia, de la Mesopotamia, de Madián, de Damasco, de la Siria y de la Iudumea se rindieron sin resistencia al paso del coloso; de modo que, para Holofernes, aquella campaña se convirtió en un paseo militar. Llegado que fué el lugarteniente de Nabucodonosor á la tierra de Gabaa, en la tribu de Benjamín, se detuvo en ella por espacio de treinta días, ya para dar descanso á sus tropas, ya para amenazar desde allí á la Judea, cuya sumisión esperaba.

Los hijos de Judá y las reliquias de las diez tribus de Israel, al verse amenazados por el ejército de Holofernes, devastador de los pueblos y ciudades que iba conquistando, se llenaron de consternación creyendo ya ver convertidas en escombros sus famosas ciudades de Jerusalén y Samaria, juntamente con el grandioso templo que la primera contenía; en vista de lo cual, el Sumo Sacerdote Eliacín, que algunos llaman Joaquín, dió orden á judíos é israelitas para que ocupasen las gargantas y desfiladeros de sus escarpadas montañas, oponiéndose de ese modo al paso del ejército invasor.

Así que llegó á noticia de Holofernes la actitud belicosa de la Judea, se llenó de rabia y de furor contra aquel miserable pueblo que de un modo tan ridiculo como impotente quería oponerse á su triunfante marcha; y no obstante la relación verídica y fidelísima que le hizo Aquior, príncipe de los Amonitas, llamado por el invasor para que le informara de la índole y medios de defensa de aquel pueblo, y á quien, en pago de sus leales consejos mandó que fuera conducido á Betulia para ser pasado á filo de espada junta-

mente con los que él tanto había ensalzado; levantó el campamento de Gabaa y se dirigió á Betulia con ánimo de sitiaria y destruirla hasta en sus cimientos.

Ciento veinte mil soldados de á pié y *veintidos mil* ginetes contaba Holofernes en su ejército, además de las formidables máquinas de guerra de que iba dotado. Era Betulia una ciudad fortificada de la tribu de Zabulón, situada sobre una montaña, consistiendo su principal defensa en la estrechez de los desfiladeros, que con tanto acierto había mandado ocupar Eliacín.

Por aquel tiempo ejercía el cargo de príncipe de Israel Ozías, quien, aconsejado por el Sumo Sacerdote Eliacín, convocó al pueblo en la Sinagoga, donde toda la noche la pasó orando y pidiendo socorro al Dios de Israel. Entretanto, el ejército enemigo había ocupado un monte próximo á la ciudad, extendiéndose las demás tropas por las llanuras. Holofernes, informado por los hijos de Amón y Moab de que el medio más obvio para la rendición de la plaza era privarla del agua que la abastecía, y pareciéndole excelente este consejo, ocupó todas las fuentes que surtían de agua á Betulia.

Privada Betulia completamente de agua, se amotinó el pueblo pidiendo á Ozías la entrega de la ciudad. Ozías les contestó, todo bañado en lágrimas, que aplazasen tan desesperada resolución por solos cinco días; y si transcurrido ese plazo el Señor no los socorría, entonces podrían llevarla á cabo.

Vivía por entonces en Betulia una joven viuda, de extraordinaria hermosura, llamada *Judit*: era hija de Merari, de la tribu de Simeón, y nacida en la Asiria durante el cautiverio de Salmanasar. A su vuelta á Betulia en compañía de sus padres, se casó á la edad de *veinte* años con un joven de la misma tribu llamado Manasés, durando muy poco tiempo dicho matrimonio por haber fallecido el esposo á

consecuencia de una insolación. Muerto Manasés sin sucesión, legó á su esposa una pingüe herencia é inmensos bienes de fortuna. La joven viuda de Manasés renunció las grandezas y placeres del mundo, y conservando su *virginidad viudal*, hizo construir en lo más alto de su casa un oratorio, donde vivía consagrada al Dios de Israel, acompañada solamente de sus criadas.

Tres años llevaba en este género de vida la virtuosa hija de Merari, cuando supo que Ozías había prometido entregar la plaza á los asirios si no era socorrida dentro de cinco días. Al oír Judit semejante proyecto, hizo venir á su presencia á los príncipes y ancianos de Betulia, y después de reprenderles duramente su falta de confianza en el Señor y la especie de reto que habían hecho al cielo designándole tiempo para ser socorridos, les recordó las muchas tribulaciones que Israel había sufrido en los tiempos de los patriarcas sus antecesores, y cómo de todas ellas los había librado el Señor por intercesión de esos mismos patriarcas; y exortándolos á la enmienda de sus costumbres y á la detestación del pecado, los habitantes de Betulia quedaron tan entusiasmados con las palabras de aquella mujer tan discreta, que todos la proclamaron como fiel intérprete de los sentimientos de Dios. «Pues bien, prosiguió Judit, si conocéis que mis palabras proceden de Dios, rogad á ese Dios que me aliente en mis designios. Vosotros, esta noche, estaréis á la puerta de la ciudad mientras yo salgo al campo con mi criada. No tratéis de averiguar el objeto de mi viaje, es inútil.» — «Vé en paz, le dijo Ozías en nombre de toda la asamblea, y el Señor sea contigo para confusión y castigo de nuestros enemigos.»

Luego que Judit quedó sola en su casa, se recogió en su oratorio, y allí, deshecha en lágrimas, pidió al cielo valor para impedir los ultrajes con que aquellos bárbaros invasores amenazaban destruir el Santuario y profanar el Taber-

náculo de Sión; y hecha esta oración, la valerosa Judit se levanta de su reclinatorio, despójase de su cilicio y de su triste ropaje de viuda, y ungiéndose con suaves y riquísimos aromas, trenzada su hermosa cabellera y adornada con preciosísimas joyas y valiosos atavíos, sale con su sirvienta, llevando por toda provisión un pequeño saco con pan, queso y algunos higos secos; y sin más acompañamiento, la encantadora hija de Merari sale fuera de la ciudad.

Orando al Señor caminaban señora y criada, atravesando el monte sobre el cual estaba situada Betulia, cuando al rayar la aurora les salieron al encuentro los centinelas de los asirios, quienes, á petición de Judit, la llevaron á presencia de Holofernes. Interrogada la joven viuda por el General de los asirios sobre la causa de su viaje, la bella israelita, llena de humildad y de modestia, le contestó del modo siguiente: «Señor, soy hebrea de nación y ciudadana de Betulia. Por la grande miseria á que dicha ciudad se halla reducida, y en la confianza de que sois un guerrero magnánimo que perdonais al que se rinde, vengo á implorar vuestra clemencia y á pedir os asilo en vuestro campo.»

Interin así hablaba la intrépida hija de Merari, Holofernes sentía encenderse en su pecho el fuego del amor más violento, y haciéndola levantar, le dijo: «Has obrado discretamente, hermosa hebrea, buscando tu salvación en mi magnanimidad. Gustoso te recibo en mi campamento, y procuraré que no echas de menos en él las comodidades de que gozabas en tu casa.» Y al instante dió orden para que se le preparase un pabellón junto al suyo. Entonces Judit, mostrándose sumamente agradecida para con su protector, le dijo: «Vuestro beneficio, Señor, será completo si os dignais concederme licencia para que todos los días de madrugada pueda salir al campo á orar al Dios á quien adoro.» El apasionado Holofernes, que no deseaba otra

cosa que captarse las simpatías de la hebrea, accedió al momento á su petición, dando orden á sus oficiales para que nadie se opusiera á las salidas de la israelita.

Pasados unos días, el General de los asirios dispuso un banquete en obsequio á la fugitiva de Betulia, dando orden á sus oficiales y criados para que tan pronto como aquél terminara, le dejaran sólo en su aposento con la bella israelita. No faltó Judit á la cita del General; antes por el contrario, manifestó á éste lo mucho que estimaba el ser admitida á su mesa. «Este será, le dijo Judit, el día más glorioso de mi vida. No me queda más que desear, pues tengo la dicha de complacer á mi Señor.»

Loco de contento el General asirio al escuchar estas tiernas palabras que la casta sierva dirigía á su Dios, y creyendo aquél que iban dirigidas á su persona, fué tanto su regocijo y tantas y tan frecuentes sus libaciones en el banquete, que bebió hasta la embriaguez, quedando sumergido en profundo sueño. Al verle en tal estado sus criados, le tomaron en sus brazos, y colocándolo en su lecho, se retiraron al punto del aposento, quedándose sola con él la *Heroína de Betulia*.

La impertérrita Judit no quiso perder la ocasión que se le presentaba de libertar á su pueblo: acercóse al pilar de donde pendía el horrendo alfange del general, lo toma en sus manos, é invocando á su Dios en cuyo nombre y bajo cuya inspiración iba á obrar, levanta su heróico brazo, y asiendo de los cabellos la horrib'e cabeza de Holofernes, descarga dos valientes golpes sobre la cerviz de éste, cortándole inmediatamente la cabeza: entrégala al momento á su sirvienta que, instruida de antemano, la oculta en un saco al efecto preparado; y con la mayor serenidad salen del aposento, y atravesando las filas de los soldados, se dirigen hacia el campo, según costumbre, encaminándose en seguida hacia Betulia.

Al llegar á las puertas de la ciudad hacen señal á los guardias para que las franqueen, y entrando en la plaza de Betulia, donde todo el pueblo se hallaba congregado, les mostró, asida de los cabellos, la ensangrentada cabeza de Holofernes, diciendo al pueblo en alta voz: «Alabad al Señor que por mis manos ha dado muerte al enemigo de su pueblo. Su ángel me ha guardado y el Señor no ha permitido que su sierva fuera mancillada.»

Al oir estas palabras, todos los habitantes de Betulia adoraron á su Dios, y colocando sobre los muros de la ciudad la deforme cabeza del general asirio, proclamaron á Judit como *Libertadora de Betulia*, diciéndole por boca de su príncipe Ozías: «Bendito sea el Señor que dirigió tu brazo para que exterminaras al caudillo de nuestros enemigos; y bendita seas tú, hija mía, entre todas las mujeres de la tierra.»

Aterrados los asirios al saber la muerte trágica de su general, y mucho más al ver enhiesta su ensangrentada cabeza sobre los muros de Betulia, huyeron despavoridos, abandonando el cerco de la ciudad y todo cuanto tenían en su campamento; y perseguidos por las tribus de Judá y de Israel avisadas de antemano por Eliacín, pereció al filo de sus espadas la mayor parte del ejército asirio, huyendo los demás hasta el límite de sus estados.

El pueblo de Betulia, reconocido y admirando el heroísmo de su insigne libertadora, dirigió á ésta un cántico sublime, diciéndole: «Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y el honor de nuestro pueblo.» Mas no paró en esto el entusiasmo del pueblo de Israel, sino que acto continuo se dispuso una fiesta nacional de *siete días* en acción de gracias por la victoria alcanzada; en cuya fiesta se dirigió al Señor un himno de gloria cantado por la misma protagonista de la fiesta, conocida ya en el pueblo con el nombre de *Heroína de Betulia*; cuya muerte, acaecida á

la edad de ciento cinco años, fué grandemente llorada por todo Israel, quedando su memoria perpetuamente grabada en el libro de la inmortalidad.

LECCIÓN 41

Amón, Josías, Joacaz y Joaquín, reyes de Judá.—Reinado de Jeconías y Sedecías, últimos reyes de Judá.—Destrucción del reino de Judá.

Amón. A Manasés sucedió en el trono de Judá su hijo Amón, perfecto imitador de su padre en la maldad, pero nó en el arrepentimiento y la penitencia. A los dos años de su reinado le asesinaron en su propio palacio sus mismos parciales; sucediéndole en el trono su hijo Josías.

Josías. Con más de trescientos años de antelación estaba anunciado este Rey por su propio nombre. Cuando Jeroboam, primer rey de Israel, estaba ofreciendo incienso al becerro de oro en el altar de Betel, se presentó un profeta de Judá y exclamó: «¡Altar, altar! Esto dice el Señor: Hé aquí que nacerá un hijo de la casa de David, que se llamará Josías, y hará degollar á los sacerdotes de los altos y quemar sus huesos sobre la misma pira en que ahora se queman inciensos.» Cuya profecía tuvo exacto cumplimiento; pues apenas Josías tomó las riendas del gobierno, echó abajo todos los ídolos, haciendo quemar sobre sus altares los huesos de los falsos profetas; restableció el culto del verdadero Dios, y consiguió que su pueblo permaneciese fiel al Señor hasta su muerte, la que tuvo lugar á los treinta y un años de reinado en una batalla librada en los campos de Magedo contra Necao, rey de Egipto, que queriendo sorprender á Nabucodonosor, rey de Asiria, había internado en el reino de Josías sin conocimiento de éste.

Todo Judá y Jerusalén lloró la pérdida de su rey, y el mismo Jeremías dedicó á tan sentida muerte lamentaciones tan patéticas como la que escribió después sobre la cautividad de Babilonia; y razón tenían todos para lamentar la muerte de un rey en cuyo sudario iba envuelta la muerte de la Nación Judía.

Joaquaz. Era hijo menor de Josías, y sucedió á éste en el ya agonizante trono de Judá. A los tres meses de reinado le llevaron prisionero los egipcios, dejando en su lugar á su hermano mayor Joaquín.

Joaquín. El profeta Ezequiel nos hace una pintura exacta de este perverso monarca, representándolo como un león que se dedica á devorar hombres. «Aprendió, dice el profeta, á hacer viudas y convertir en páramos las ciudades. Este rey feroz y sanguinario fué quien derramó la sangre inocente del profeta Urías, arrojando su ensangrentado cadáver en los sepulcros donde se enterraba la gente más vil y degradada, persiguiendo también de muerte á Jeremías porque le reprendía sus vicios y torpes abominaciones. Once años reinó sobre Judá, al cabo de los cuales murió este mónstruo de maldad, siendo arrojado su cadáver á los campos de Jerusalén para ser pasto de las aves carnívoras.

En tiempo de este rey tuvo lugar la primera entrada de Nabucodonosor en Jerusalén, haciéndola su tributaria, desde cuyo tiempo comienzan á contarse los *setenta años* de cautiverio profetizados por Jeremías. En este mismo año se verificó también la caída de Nínive; pues unidos los vi-reyes y sátrapas de los medos y babilonios, pusieron sitio á la capital de la Siria, en el cual se resistió por dos años el famoso Sardanápalo, célebre por su lujo y su liviandad, pasados los cuales se arrojó á las llamas con sus mujeres, sus tesoros y sus hijos. Desde aquella época la capital del reino fué Babilonia, llamándose indistintamente reino de Asiria ó de Caldea,

Jeconías. Al malvado Joaquín sucedió en el trono de Judá su hijo Jeconías, que sólo reinó tres meses; pues habiendo sido hecha esta elección por el pueblo sin licencia ni intervención de Nabucodonosor, de quien era tributario; irritado el monarca de la Asiria por este proceder, marchó segunda vez sobre Jerusalén al frente de un formidable ejército, entregando al furor del saqueo la ciudad y el templo, llevándose cautivos hasta el número de 10.000 de los principales de la nación, incluso el mismo rey Jeconías, dejando en su lugar á Sedecías.

Sedecías. A pesar de los consejos de Jeremías, este desgraciado monarca, último del reino de Judá, siguió el camino de la iniquidad y se reveló contra Nabucodonosor, que le había entronizado, haciendo alianza con el rey de Egipto, que era el enemigo mayor del asirio.

Según refiere Flavio Josefo, el profeta Jeremías había predicho varias veces á Sedecías que su rebelión tendría un fin desastroso, pues sería llevado cautivo á Babilonia, siendo el juguete del vencedor. Mas por otra parte, el profeta Ezequiel le había anunciado que nunca vería á Babilonia; y en vista de unas predicciones tan opuestas, despreció á los dos videntes, como imposible de cumplirse sus dos vaticinios. Por desgracia pronto pudo convencerse de su error.

Destrucción del reino de Judá. Al saber Nabucodonosor la conducta del rey de Judá, aprestó un formidable ejército y por tercera vez se dirigió á Jerusalén con ánimo de destruirla hasta en sus cimientos. A este proyecto del irritado monarca quiso oponerse el rey de Egipto, aliado de Sedecías; pero presentada la batalla por Nabucodonosor, quedó éste victorioso del de Egipto, y con los laureles de esta nueva victoria se dirigió á Jerusalén con objeto de exterminarla para siempre.

Después de un sitio tan largo como horroroso, donde el hambre y la miseria diezaban á los habitantes de Jeru-

salén, entró en ella triunfante el ejército sitiador, y pasando á cuchillo á sus defensores, sin perdonar á sacerdotes, ancianos, mujeres y niños; todo, todo pereció al filo de la espada de Nabucodonosor. Muros, fortificaciones, alcázar de Sión, Templo, Altar y Santuario, todo quedó convertido en escombros y ruínas. Sólo el *Arca Santa* se salvó del incendio, gracias al profeta Jeremías, que, avisado por el cielo de lo que iba á suceder, pudo recogerla y ocultarla en lugar seguro.

Sedecías, que había podido escapar de la matanza, fué alcanzado en las llanuras de Jericó; y después de hacerle presenciar la muerte de todos sus hijos, sacáronle los ojos, y, ciego, fué cargado de cadenas y conducido á los calabozos de Babilonia, donde espiró, cumpliéndose de ese modo aquellas dos profecías que al infeliz monarca habían parecido tan contradictorias.

LECCIÓN 42

Los profetas.—Ananías, Misael y Azarias en el cautiverio.—
Historia de Susana.

Los profetas. Eran éstos unos hombres extraordinarios y llenos del Espíritu de Dios, por lo cual predecían los sucesos, recibiendo por esto el nombre de *videntes*. Distinguíanse de los demás hombres por su vida austera, retirada y santa, así como también por sus pobres vestiduras. Vivían en las cavernas de los montes de *Betel*, *Gálga-la* y *Jericó*, y especialmente en el monte *Carmelo*. Su ocupación ordinaria era conversar con Dios por medio de la oración, meditando la Santa Ley, y cantar á coros las divinas alabanzas al Dios de Israel, pidiéndole perdón por los

pecados del pueblo y haciendo por él extraordinarias penitencias y mortificaciones.

Algunas veces, por inspiración de Dios, salían de sus retiros para conminar á los pueblos con las divinas venganzas, haciendo estas predicaciones con tal celo y severidad, que lo mismo amenazaban y reprendían á los príncipes que á los sacerdotes y al pueblo. Entre éstos unos se llamaban profetas *mayores*, porque sus escritos fueron bastante extensos, entre los cuales figuran Isaías, Jeremías con Baruc, Ezequiel y Daniel; otros se llamaron *menores*, porque sus escritos no fueron tan latos como los de los primeros; y entre otros, fueron: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miquéas, Nahún, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías.

Además de los profetas de quienes incidentalmente nos hemos ocupado en algunas de las lecciones anteriores, merecen especial mención los siguientes:

Jeremias, que fué santificado en el vientre de su madre, por cuya razón se le dió el nombre de Jeremías, que significa *Gloria del Señor*. Durante los últimos reyes de Judá anunció la destrucción de Jerusalén y del Templo, la cautividad de los Judíos, duración de ésta y su terminación y libertad en tiempo de *Ciro*.

Ezequiel, que hallándose cautivo en Babilonia vaticinó el fin del cautiverio de los judíos, su vuelta á Jerusalén, la venida del Salvador y la reunión bajo un solo cetro de los reinos de Judá y de Israel.

Daniel, que entre otras cosas de que oportunamente nos ocuparemos, se hizo célebre por el famoso vaticinio de la venida del Mesías y de las circunstancias que habían de precederle, cuya profecía es conocida con el nombre de *las setenta semanas*, por comenzar su vaticinio con dichas palabras.

Zacarías, que anunció, *quinientos* años antes de su-

ceder, la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén, montado alternativamente sobre una asna y un pollino.

Miquéas, que predijo, *seiscientos cincuenta* años antes, que el Mesías nacería en Belén de Judá; y

Malaquías, que anunció el establecimiento y propagación del cristianismo por toda la tierra.

Ananias, Misael y Azarias. Estos tres jóvenes, compañeros de Daniel durante la cautividad, se distinguieron entre los demás por su entereza en la fé y por no querer contaminarse con las abominaciones de los babilonios; llegando á tal grado su heroismo, que habiendo ordenado Nabucodonosor que todos sus súbditos adorasen una estatua colosal de oro que este soberbio monarca había mandado erigirse, todos doblaron la rodilla ante dicha estatua menos estos tres jóvenes hebreos. Llegada la noticia de este desacato á oídos del rey, mandó éste que, atados de piés y manos, fuesen echados en un horno encendido con fuego siete veces mayor que el ordinario. Así se hizo; pero el fuego, que consumió las ligaduras con que los jóvenes estaban atados, respetó sus personas, y los tres jóvenes se pasearon tranquilos y serenos en medio de las llamas, cantando alabanzas al Señor. En vista de ésto, Nabucodonosor mandó sacarlos del horno, reconociendo que el Dios de Israel era el verdadero Dios, y prohibiendo que se blasfemara de Él bajo pena de la vida.

Historia de Susana. La primera ocasión en que *Daniel* se dió á conocer públicamente como profeta del Señor y *vidente* de las cosas ocultas, fué en la falsa acusación de que fué víctima la virtuosa esposa de Joaquín, hombre distinguido entre los judíos cautivos.

Era Susana una matrona de Judea, tan hermosa como pura y casta. Casada con el noble Joaquín, de ordinario se reunían en su casa los ancianos que administraban justicia á su tribu. Poseía Joaquín un huerto contiguo á su

casa, donde había construido un baño para comodidad de su esposa. Los perversos ancianos que desempeñaban el cargo de jueces, habían atisbado todas estas circunstancias, así como la hora en que Susana, con suma modestia y tomadas todas las precauciones que exige el pudor, acostumbraba á entrar en el jardín para bañarse.

Un día se ocultaron aquellos viejos infames entre el follaje del huerto, y sorprendiendo á la virtuosa Susana, la solicitaron á cometer una acción criminal, pues de lo contrario la acusarían de adúltera y moriría apedreada. Susana, al verse cohibida de aquel modo, dió un suspiro y dijo: «Por todas partes me veo amenazada: si accedo á lo que pretendéis, estoy perdida á los ojos de Dios; y si no lo hago, no escaparé de vuestras manos. No obstante, más quiero perecer calumniada por vosotros, que pecar en la presencia de Dios.» Y diciendo esto la casta y valiente Susana, comenzó á dar gritos pidiendo socorro. Pero los infames viejos comenzaron igualmente á gritar, diciendo á los que acudieron, que habían sorprendido en adulterio á la esposa de Joaquín con un joven que á su presencia había huido escalando las tapias del huerto.

Como los infames acusadores tenían en su favor su avanzada edad, sus canas, y más que todo el carácter de Jueces, fueron inmediatamente creídos, y condenada Susana á morir apedreada por el pueblo. Cuando era conducida al suplicio, hé aquí que Daniel, iluminado del Espíritu de Dios, comenzó á dar gritos diciendo: «La sangre que vais á derramar es inocente: volved al tribunal, á esa mujer, porque falso testimonio dijeron contra ella.»

Separó Daniel á los dos jueces el uno del otro, y dijo al primero: «Malvado! Si tú has visto pecar á Susana, dinos: ¿bajo qué árbol la sorprendiste?» — «Debajo de un *lentisco*,» dijo el primer juez. «Derechamente has mentido contra tu cabeza,» le contestó Daniel: y dirigiéndose al otro

con la misma pregunta, contestó éste que debajo de una *verde encina*. A lo cual replicó Daniel: «También tú has mentido derechamente sobre tu cabeza.»

En vista de tanta y tan refinada maldad, el pueblo, justamente indignado, absolvió á la inocente Susana, haciendo sufrir á los viles seductores é infames calumniadores el vergonzoso suplicio preparado y dispuesto para la casta Susana.

LECCIÓN 43

Sueños de Nabucodonosor.—Historia de Esther.

Sueños de Nabucodonosor. El descubrimiento de la infamia urdida por los viejos lascivos contra la inocente esposa de Joaquín, elevó á Daniel á gran altura en el respeto y veneración de su pueblo. Pero no fueron solos los hebreos los que respetaron al joven profeta del cautiverio, pues hasta el mismo Nabucodonosor le dispensó también su cariño y estimación. Habiendo tenido este rey un misterioso sueño, cuyo asunto no podía recordar cuando despertó, mandó llamar á sus magos ó adivinos para que le revelasen lo que había soñado. Los falsos videntes le contestaron que no llegaba á tanto la habilidad de su ciencia; en vista de lo cual el rey mandó arrojarlos de su presencia y que fueran decapitados como embaucadores y embusteros.

Noticioso Daniel de lo que ocurría, se presentó en palacio, pidió una audiencia al rey, y puesto en presencia de Nabucodonosor, le dijo «que el sueño que había tenido consistía en haber visto una gran estatua con la cabeza de

oro, el pecho y brazos de plata, el tallo y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies, mitad de hierro y mitad de barro: que de la cumbre de una montaña se desprendió rodando una piedrecita que, dando en los pies de la estatua, la hizo vacilar y caer; la cual piedrecita fué creciendo de tal modo que se convirtió en una enorme montaña que se extendió por toda la tierra.»—«Así fué efectivamente, respondió el rey, el sueño que tuve.»—«Hé aquí ahora, prosiguió Daniel, su interpretación: Los cuatro metales representan cuatro imperios que se sucederán unos á otros; y la piedrecita, otro reino más poderoso que destruirá á los anteriores y permanecerá eternamente; la cual piedrecita significa la Iglesia de Jesucristo.»

Pasado algún tiempo tuvo Nabucodonosor otro sueño en que vió un árbol tan alto que su copa llegaba hasta el cielo; oyendo una voz que le mandaba cortar dicho árbol y conservar sus raíces. Daniel le dijo que aquello quería decir que el rey estaría sin ejercer la dignidad real hasta que reconociese el poder supremo de Dios que había olvidado.

Al cabo de un año perdió el juicio Nabucodonosor; y marchándose de palacio, hizo una vida montaraz, viviendo entre los brezos y jarales de los montes, manteniéndose y andando como las bestias. Después de siete años volvió á recobrar la razón; reconoció el poder de Dios, y ocupó de nuevo el trono de Babilonia, dispensando á Daniel su privanza y amistad.

Historia de Esther. Haciendo un paréntesis sobre los sucesos acaecidos en Babilonia durante la cautividad de los judíos, es preciso trasladarnos á Susa, capital de la Persia, para admirar una de las figuras más célebres del Antiguo Testamento, representada en una joven hebrea llamada *Esther* ó Edissa. Era esta joven hija de Abihail, de la tribu de Benjamín, y sobrina de Mardoqueo, en cuya

compañía se educó desde sus primeros años, habiéndola adoptado por hija.

La virtud de Esther sólo podía compararse con su belleza y hermosura, que eran verdaderamente extraordinarias; tanto que al verla un día el rey Asuero, habiendo repudiado á Vasthi, su mujer, quedó tan ciegamente prendado de ella, que la escogió por esposa, y colocando la diadema sobre sus sienes, la declaró reina de Persia.

Tenía Asuero como primer ministro de su corte á un tal Amán, amalecita de nación, hombre soberbio y sumamente presuntuoso. Un día que pasaba por un sitio donde se hallaba el íntegro Mardoqueo, no quiso éste postrarse, como los demás, ante el soberbio ministro, pues su ley le vedaba dar á un hombre la adoración que sólo se debe á Dios. El soberbio Amán creyóse desairado por el recto benjaminita, y respirando venganza, dispuso el ánimo de Asuero en contra de los judíos, llegando al extremo de dar un decreto mandando exterminarlos á todos.

Consternado el pueblo de Esther, imploró el socorro del cielo y dispuso un riguroso ayuno de tres días para ver si el Señor se compadecía de él. No fueron inútiles sus ruegos, pues el Señor accedió á ellos valiéndose al efecto de la graciosa reina de Persia. Ésta, así que tuvo noticia por Mardoqueo del feroz decreto dado contra su pueblo, pidió una audiencia al rey, y presentándose ataviada con sus más ricas galas, echóse á los piés del monarca; pero era tal el estado de enojo del irritado Asuero, que la reina, aterrada, cayó desvanecida á los piés del trono de su marido; el cual, viendo en aquel estado á la persona á quien más amaba, bajó de su trono, y tomando á la reina en sus brazos, la retuvo en ellos hasta que recobró el conocimiento. Entonces, dirigiéndose á ella el rey, le dijo: «Nada temas, Esther, tú no morirás: es para los demás para quienes se ha hecho esta ley. Tú sola eres la exceptuada. ¿Qué de-

seas?»—«Pido al rey, dijo Esther, que se digne asistir á un banquete que le tengo preparado, llevando consigo al ministro Amán.»—«Concedido,» le contestó al punto Asuero.

Impresionado Asuero por el accidente de la reina, y preocupado con lo que podría ser lo que su esposa iba á comunicarle, pasó el monarca la noche en claro sin poder conciliar el sueño; y con objeto de distraerse, mandó que le leyesen los anales de su reinado. Cuando oyó leer una conspiración descubierta por Mardoqueo, y enterado de que ninguna recompensa había recibido el fiel judío por aquel servicio prestado á su monarca, mandó llamar á su ministro, y una vez en su presencia, le dijo: «¿Qué se debe hacer con un hombre á quien el rey desea honrar?» Amán, creyendo ser él el aludido, contestó: «Señor, vestirle con el manto real, y llevando puesta en su cabeza la corona, pasearlo por las calles de la ciudad, montado en uno de los caballos del rey, y que uno de los principales personajes de la corte vaya teniendo del diestro al caballo y gritando: *Así ensalza el rey á quien quiere honrar.*»—«Pues apresúrate, le dijo el rey, á ejecutar con Mardoqueo, que está sentado á las puertas de palacio, todo cuanto acabas de decir.» Amán, si bien contrariado y lleno de despecho, no pudo menos de poner en práctica las órdenes del Rey.

Llegada que fué la hora del banquete, Amán asistió lleno de júbilo por verse honrado de aquel modo por su esclarecida reina. Durante la comida, Asuero, ya impaciente por saber lo que su esposa quería comunicarle, le dijo: «¿Qué es lo que deseas de mí, querida Esther? Dímelo, porque dispuesto estoy á concedértelo, aunque me pidieras la mitad de mis estados.»—«¡Oh, rey! contestó Esther con lágrimas que esmaltaban más y más su peregrina hermosura; ¡oh señor! Si he hallado gracia á tus ojos, yo te suplico que te dignes concederme mi propia vida y la de mi pueblo, pues se nos ha condenado á ser degollados y extermina-

dos.» A lo cual el rey le dijo: «¿Y quién es el osado que se atreve á hacer esto?»—«Señor, contestóle Esther; nuestro perseguidor y nuestro mortal enemigo es ese malvado Amán »

Al oír el rey estas palabras, levantóse furioso de la mesa, y su furia se convierte en rabia cuando oye á uno de sus eunucos que le dice: «Señor, en el palacio de Amán se ha levantado una horca de 50 codos de altura para colgar á Mardoqueo.»—«¿Sí! contestó Asuero. Pues que inmediatamente cuelguen de ella á Amán.» Así se verificó, y al día siguiente era elevado Mardoqueo á la dignidad que Amán dejaba vacante, anulándose el decreto de exterminio expedido contra los judíos. Cuyo acontecimiento se celebró siempre en el pueblo de Dios, instituyendo una fiesta conocida en el calendario hebreo con el nombre de *Furím* ó de las *Suertes*.

Los Santos Padres, con San Jerónimo, reconocen en esta mujer célebre una bellísima imagen de la Iglesia, elegida por Jesucristo como esposa suya, repudiando á la orgullosa Sinagoga, representada en *Vasthi*. También la Iglesia admira en la figura de Esther á la Inmaculada Virgen María, que incesantemente intercede con el Divino Asuero en favor del pueblo cristiano.

LECCIÓN 44

Cena de Baltasar.—Daniel en la cueva de los leones.—Últimos hechos de Daniel y su muerte.

Cena de Baltasar. A la muerte de Asuero, esposo de Esther, sucedióle en el trono de Persia su hijo *Darío*, bajo cuyo cetro nada varió la suerte de los cautivos. Este monarca de Persia, aliado con su sobrino *Ciro*, que lo

era de la Media, se encargó de la conquista de la Asiria, marchando sobre ella al frente de ambos ejércitos. Antes de un año era ya dueño de Babilonia, cuya conquista llevó á cabo sin grandes dificultades, gracias á la estratagema de haber cortado las aguas del Eúfrates, que pasaba por medio de la ciudad, y cuyo cauce le sirvió de anchuroso camino para introducir sus tropas en ella y apoderarse de Babilonia juntamente con su reina Nitocris y su hijo Baltasar, á quien constituyó como rey bajo la condición de que la Asiria había de ser tributaria de Persia, con cuya condición se retiró Darío con sus ejércitos.

Baltasar, príncipe voluptuoso, cansado y estragado de los placeres comunes, quiso gozar de otra clase de emociones. Al efecto invitó para un gran banquete á todos los magnates y grandes de su reino, juntamente con sus mujeres y concubinas, y después de haber bebido hasta la embriaguez, el sacrilego monarca mandó á buscar los vasos de oro que su abuelo Nabucodonosor había traído del templo de Jerusalén, para profanarlos y hacer beber en ellos á los convidados.

En el instante mismo de esta sacrílega orgía apareció en la pared de la habitación una mano misteriosa cuyos dedos trazaron unas palabras que nadie pudo leer. Asustado el rey por semejante aparición, mandó llamar á sus magos para que descifrarán aquellos enigmáticos caracteres, mas los magos confesaron su insuficiencia para hacerlo; en vista de lo cual, el rey, incitado por la reina, hizo venir á Daniel, el cual, puesto en la presencia del rey, le habló de esta manera: «¡Oh rey! tú te has levantado hoy contra el Señor del cielo y has profanado los vasos sagrados de su templo: hé aquí, pues, lo que dicen esos caracteres y lo que significan esas palabras: las palabras son éstas: MANE, THECEL, PHARES, las cuales tienen el siguiente significado: MANE: Dios ha numerado tu reino y le ha puesto término.—THE-

CEL: Ha sido pesado en la balanza y hallado falto.—PHARES: Dividido ha sido tu reino y se ha dado á los persas y á los medos.» Cuya profecía tuvo exacto cumplimiento aquella misma noche, pues en ella fué asesinado el voluptuoso y sacrílego Baltasar, y los medos y persas se dividieron su reino.

Aunque se supone que los ejércitos de los persas y de los medos iban mandados por sus respectivos monarcas Darío y Ciro; sin embargo, sea porque este segundo era más joven y sobrino de Darío, por lo cual este último dirigía las operaciones de la conquista, ó sea porque en el reparto de la Asiria tocara á Darío la Caldea, ello es que Darío sucedió á Baltasar en el trono de Babilonia.

Daniel en la cueva de los leones. Al tomar posesión Darío de su nuevo reino, encontró á Daniel en la mayor veneración por parte de los babilonios, y enterado de la causa que motivaba aquellas distinciones, no sólo no lo llevó á mal, sino que Darío veneró y respetó al profeta como un oráculo; tanto, que pensó en elevarle á la mayor dignidad del imperio, dándole el mismo cargo que Faraón había dado á José en Egipto; mas perseguido por la envidia de los príncipes y sátrapas del imperio, bien pronto el santo profeta tuvo que ofrecer al Señor grandes trabajos y penalidades.

A fuerza de intrigas y de negras maquinaciones, los insidiosos sátrapas consiguieron de Darío un edicto prohibiendo orar por el tiempo de treinta días á otra divinidad que al Rey. Daniel, al tener noticia de aquella real disposición, no por eso dejó su piadosa costumbre de orar á su Dios tres veces al día. Espíánlo sus enemigos, y cogiéndole *in fraganti delicto*, pues le hallaron arrodillado orando á su Dios, le acusaron ante el Rey como infractor de las órdenes imperiales. El rey trata de defender á su protegido; pero los infames acusadores le recuerdan la ley de los

medos y de los persas, en la que se consigna que todo edicto del rey no puede revocarse ni alterarse. Entonces el monarca, lleno de sentimiento, permitió que se cumpliera la ley contra el anciano profeta, la cual mandaba que fuera arrojado en el lago ó cueva de los leones; si bien al despedirse de él le dirigió estas cariñosas palabras: «Tu Dios á quien fielmente adoras, Ése te librárá.» Y efectivamente, aquel Dios desconocido para Darío y adorado por Daniel, mandó un ángel á la cueva de las fieras y cerró la boca de éstas, para que no dañasen en lo más mínimo á su constante adorador y fidelísimo profeta.

Al rayar la aurora del día siguiente, el bondadoso monarca se dirigió en persona á la boca de la cueva, y derramando lágrimas de ternura comenzó á llamar á su querido Daniel con estas palabras: «Daniel, siervo de Dios, ¿por ventura tu Dios, á quien sirves, ha podido librarte de los leones?»—«¡Oh rey! le contestó Daniel desde el fondo del lago; ¡vive para mi siempre! Mi Dios envió un ángel y cerró las bocas de los leones para que no me hicieran daño alguno.» Al oír Darío la voz de Daniel, quedó trasportado de gozo y mandó que al momento le sacasen del lago; siendo precipitados en él los infames acusadores, juntamente con sus mujeres é hijos, á los cuales despedazaron las fieras antes de tocar en el suelo. En vista de lo cual el rey de Babilonia mandó publicar un edicto en el que se ordenaba que en todo el imperio se venerase y reverenciase al Dios de Daniel.

Últimos hechos de Daniel y su muerte.

Muerto Darío después de ocupar sólo un año el trono de Babilonia, le sucedió su hijo Astiages, quien reinó sólo ocho años, pasados los cuales murió también en Babilonia, sucediéndole en el trono, según los tratados anteriores de persas y medos, el gran *Ciro*, sobrino de Darío y rey de los medos. Durante el reinado de *Ciro* siguió Daniel con la

misma preponderancia que en los reinados anteriores, llegando su privanza con Ciro hasta hacerle sentar á su mesa. Bajo el reinado de este grande y poderoso monarca descubrió Daniel la farsa de los sacerdotes de Bel, que hacían creer al pueblo que su Dios comía toda especie de alimentos: quitó la vida al ídolo Dragón, que era una enorme serpiente, valiéndose para ello de una masa compuesta de brea, sebo y cabellos, con cuya vianda reventó el pobre reptil; y finalmente, por segunda vez fué librado el profeta de la voracidad de los leones, con el doble prodigio de traer un ángel, agarrado de los cabellos y á más de trescientas leguas de distancia, al profeta Habacuc, para que diera á Daniel la comida que llevaba á los segadores en la Judea.

Por fin, lleno de merecimientos y de extraordinarias virtudes, murió el gran profeta Daniel, siendo trasladado por Dios al lugar donde reposaban las almas justas esperando la venida del Vencedor del Infierno.

LECCIÓN 45

Fin de la cautividad.—Regreso de los judíos á su patria.—Restablecimiento del Templo y de la ciudad de Jerusalén.—Esdras y Nehemías.

Fin de la cautividad. Antes de la muerte de Daniel, que se supone acaecida en Babilonia, consiguió este gran profeta del piadoso monarca de los tres imperios que permitiera á su pueblo regresar á su país, para constituirse de nuevo en nacionalidad. Al efecto, viendo Daniel que los *setenta* años de cautiverio iban á terminar, y observando al propio tiempo las buenas disposiciones de Ciro con respecto á sus hermanos cautivos, se resolvió á proponerle este asunto tan delicado como trascendental. Tuvo, pues,

una entrevista con el poderoso monarca, y haciéndole una minuciosa relación de la historia de su pueblo, y cómo el Señor le había castigado por sus pecados permitiendo aquella esclavitud de setenta años que terminaban en aquel presente; le manifestó que era ya llegado el tiempo de regresar á su país para volver á poblarlo y edificar de nuevo la ciudad y el templo de Jerusalén. «Siglo y medio antes de vuestro nacimiento, continuó Daniel, fuisteis, señor, destinado por Dios para este objeto, para lo cual el cielo ha reunido bajo vuestro imperio los de la Media, Persia y Caldea, que son los puntos donde viven los cautivos de Judá y de Israel. Isaías y Jeremías, dos de nuestros profetas mayores, y cuyas profecías andan en las manos de todo israelita, hace más de un siglo habían escrito, inspirados por el Señor, estas magníficas palabras referentes á vuestra persona: *«Yo soy el que digo á Jerusalén, serás habitada; y á su templo, serás renovado; y á las ciudades de Judá, seréis edificadas. Yo soy el que digo á Ciro: Tú eres mi pastor, y cumplirás mi voluntad..... Yo he tomado la diestra de mi ungido Ciro para sujetar delante de él las gentes.... Yo elevé á Ciro para ejecutar la justicia. Él edificará mi ciudad y dará libertad á mis cautivos, no por precio, sino gratuitamente y por generosidad.»*

El poderoso Ciro quedóse atónito al ver que los profetas Isaías y Jeremías, doscientos años antes de que hubiera nacido, ya le llamaban por su nombre, describiendo sus conquistas y adivinando sus triunfos como si los hubieran visto; y uniendo á ésto la destrucción de Bel y del Dragón y los prodigios que había presenciado en el lago de los leones, no vaciló un momento en acceder á la demanda de Daniel; y al efecto, publicó un edicto, en el año primero de su imperio, autorizando á los judíos para volver á Jerusalén y edificar de nuevo su ciudad y su Templo.

Publicado por Ciro el deseado decreto, los cautivos he-

breos, locos de alegría, ya no pensaron sino en elegir los caudillos que habían de conducirlos á su anhelada patria, de la que distaban cerca de trescientas leguas. No podía ser dudosa la elección de dichos guías teniendo en cuenta el antiguo regimen de sus abuelos. Dos jefaturas había tenido siempre el pueblo de Dios, á saber: la Eclesiástica y la Real; esto es: el Sumo Sacerdote, y el Rey, Juez ó Legislador: y así se fijaron en las descendencias de estas familias para elegir entre ellas sus respectivos caudillos, eligiendo al efecto á Josué ó Jesús, de la familia sacerdotal, y á *Zorobabel*, biznieto del piadoso rey Josías.

Regreso de los judíos á su patria. Reunióndolos los judíos hasta el número de *cuarenta y dos mil trescientos sesenta*, sin contar los siervos y esclavos, y entregados por Mitrídates, de orden de Ciro, todos los vasos sagrados de oro y plata que Nabucodonosor había traído de Jerusalén; en el día primero de la luna de Diciembre del año último de la cautividad, el pueblo hebreo regresaba nuevamente á su amada patria, bajo las ordenes del celoso príncipe de la casa de Judá, el piadoso *Zorobabel*.

Al cabo de cuatro meses de una marcha tan accidentada como penosa, á causa de la crudeza de la estación, en la luna de Marzo del año siguiente llegaban los cautivos hijos de Israel á su suspirada Judea. Antes de hollar con sus plantas aquella tierra, cuyo solo recuerdo les había hecho muchas veces derramar amargo llanto, se postraron en ella tiernamente conmovidos, y bañados sus ojos en lágrimas adoraron al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que de nuevo les restituía su tierra de Canaán.

Restablecimiento del Templo y ciudad de Jerusalén. Al entrar en Jerusalén, que no era más que un montón de escombros y ruinas, su primera operación fué erigir un altar al Señor para ofrecerle sus sacrificios; comenzando más tarde, en grande escala, las obras de la

reconstrucción del templo, el cual no pudo terminarse hasta pasados veintiun años, á causa de los obstáculos y dificultades que los pueblos vecinos, y especialmente los samaritanos, oponían á esta restauración.

Una vez terminado el templo, los jóvenes hebreos se mostraban alegres y contentos al ver construido un templo á su Dios y Señor; pero los ancianos que habían visto el brillo y esplendor del antiguo, lloraban y gemían al ver que el nuevo estaba muy lejos de igualarle en magnificencia y majestad.

El sacerdote Esdras. Ochenta años después de la llegada de Zorobabel á Judea, que fué el año sétimo del reinado de Artajerjes Longimano, el santo sacerdote *Esdras* reunió muchos judíos que se habían quedado en Babilonia, y regresó con ellos á su patria, trayendo ricos presentes para el templo que había fabricado Zorobabel. Este piadoso sacerdote, desde su llegada á Jerusalén se dedicó exclusivamente á fortificar la fé del pueblo judío y apartarle de toda iniquidad, especialmente del trato poco decoroso con mujeres extranjeras, que tanto por desgracia se habia extendido entre los judíos.

Esdras ejerció la suprema y principal autoridad en Jerusalén hasta la llegada de Nehemías, que fué enviado por Artajerjes en calidad de Gobernador.

Nehemías. Este hijo de Helcías, levita según unos, y judío según otros, había nacido en Babilonia durante la cautividad; y hallándose ejerciendo el cargo de copero del rey Artajerjes, consiguió de éste el nombramiento de Gobernador de Jerusalén; y á fuerza de repetidas súplicas é instancias obtuvo permiso para levantar sus murallas, cuya obra llevó á cabo ocupando la mitad de la gente en los trabajos, y la otra mitad con la espada en la mano para defenderse de sus enemigos. No obstante, al cabo de cincuenta y dos días la ciudad se hallaba en estado de defen-

sa. En tiempo de Nehemías fué hallado el fuego sagrado que los sacerdotes, antes del cautiverio, habían ocultado en el fondo de un pozo seco.

LECCIÓN 46

Estado floreciente de los judíos bajo el imperio de los persas.—Su suerte bajo el poder de Alejandro Magno.—Su situación bajo los Lágidas y Seléucidas.

Estado floreciente de los judíos bajo el imperio de los persas. Grande fué la prosperidad de la Nación Judía bajo el imperio de los persas. Purificada por Esdras de la contaminación de las mujeres extranjeras, é instruída por el mismo celoso sacerdote en la sana doctrina de la Ley Mosaica; vino después Nehemías á cimentarla y consolidarla sobre las firmes bases de un buen gobierno y excelente administración. Las ciudades se repoblaban, prosperaba la agricultura, fomentábase la ganadería, y en poco tiempo Israel pudo gloriarse de ser una de las naciones más felices y dichosas del mundo.

Pero la era de *plata*, representada en el pecho y brazos de la estatua que Nabucodonosor viera en su misterioso sueño, debía desaparecer, siendo sustituida por la era de *cobre*. El imperio de los persas, que en tiempo de los Ciro y Artajerjes había llegado á su apogeo, hallábase ya en plena decadencia en tiempo de Darío Codomán. No es de nuestra incumbencia averiguar las causas de esa decadencia, pues mientras los historiadores profanos la atribuyen, ya á la inmensa extensión de aquel imperio, que hacía imposible una buena y ordenada administración, ya á los elementos tan heterogéneos de que se componía, ya á los

desórdenes, inseparables de los gobiernos de serrallo, ya en fin á la molicie y corrupción moral que se había introducido en las costumbres persas; lo cierto es que estaba así decretado por el cielo; y sea cual fuere la causa principal que en lo humano quiera darse á este efecto sorprendente, lo cierto es que los desastres ocurridos á Darío desde la batalla del Granico hasta la de Arbeles en que fué despojado de su imperio, no fueron sino disposiciones de la Providencia para elevar al hijo de Filipo á ser la personificación de la era de *cobre*, representada en el vientre y muslos de la misteriosa figura soñada por Nabucodonosor.

Suerte del pueblo judío bajo el poder de Alejandro. La nación judía, como parte del Asia que el Gran Macedonio iba conquistando, agradecida á sus antiguos protectores los reyes persas, no quiso reconocer la soberanía del nuevo conquistador, cuyo retrato dificilmente puede pintarse con más exactitud y laconismo que lo hace el Autor del Libro primero de los Macabeos. «Y aconteció, dice, que Alejandro, hijo de Filipo Macedonio, salió de la tierra de Cetim, y derrotó á Darío, rey de los persas y de los medos; ganó muchas batallas; tomó muchas plazas fuertes; mató á los reyes; pasó á los confines del mundo, y la tierra calló á su vista. Después de tantas conquistas, cayó en cama y conoció que iba á morir. Reinó doce años, y murió.» Tal es el retrato que de ese famoso conquistador nos hace la Sagrada Escritura.

Negándose los judíos, como hemos dicho, á reconocer la soberanía de Alejandro, se dirigió éste con su ejército á Jerusalén; mas al ver que le abrían las puertas de la ciudad y que salían á recibirle los principales de ella y los ministros del Santuario, especialmente el Sumo Sacerdote, vestido con sus hábitos pontificales; de enemigo terrible de Jerusalén se convirtió en protector de aquel pueblo.

Atónitos los generales y privados de Alejandro al ver

aquel proceder tan opuesto á lo que siempre habían observado en su invencible general é idolatrado monarca, no pudieron menos de preguntarle la causa de aquel cambio; á lo cual les contestó: «Que hallándose en Macedonia meditando la conquista de la Persia, se le apareció en sueños un hombre semejante al Sumo Sacerdote de los judíos en su aspecto y vestidura, el cual le dijo que sin temor alguno acometiese aquella empresa, porque su Dios le destinaba para regir aquel grande imperio; y que el recuerdo de aquella visión había aplacado su enojo.»

A los treinta y seis años de edad y doce de la conquista de Persia murió este coloso, tenido por unos como el más grande hombre del mundo, y por otros como el mayor azote de la humanidad. Preguntado momentos antes de espirar á quién dejaba la corona, respondió: «Al más fuerte, porque preveo que mis amigos me obsequiarán con un combate fúnebre.» En efecto, apenas cerró los ojos, cuando casi llegaron á las manos la falange y la caballería, siendo precisa toda la autoridad de los jefes más populares del ejército para impedir una colisión que iba á ser sangrienta. Su inmenso imperio se repartió entre cuatro de sus generales.

Situación del pueblo judío bajo los Lágid^{as} y Seléucidas. Hallándose situada la Judea entre la Siria y el Egipto, fué grandemente codiciada por los reyes herederos de Alejandro; mas al fin fué incorporada al Egipto, cuyo reino cupo á *Lago*, uno de los generales de Alejandro, y de cuyo monarca tomaron sus sucesores el nombre de *Lágid^{as}*. Estos monarcas trataron con dulzura á los judíos cerca de un siglo; tanto, que Ptolomeo Filadelfo, uno de estos monarcas, hizo traducir al griego los Libros Sagrados por setenta y dos intérpretes escogidos y enviados *ad hoc* por el Sumo Pontífice Eleázaro, cuya traducción se llama *versión de los setenta*.

Otra de las cosas memorables acaecidas al pueblo judío bajo los *Lágidas*, fué que habiendo publicado un edicto Ptolomeo *Filopator* (que ama á su padre), cuarto príncipe de esta monarquía, mandando que los judíos residentes en sus estados dieran culto á los dioses, resistiéndose ellos con energía y contestando que estaban dispuestos á morir antes que idolatrar; mandó cargarlos de cadenas y exponerlos en el *Hipódromo* al furor de los elefantes; pero aquellos mártires de la fe, puestos de rodillas en la arena y levantando las manos al cielo, pidieron á Dios que los defendiera, y al instante los elefantes, en vez de acometer á los confesores del Dios de Israel, arremetieron furiosos y despedazaron á sus conductores: en vista de lo cual mandó el rey ponerlos en libertad y que en adelante nadie les impidiese el libre ejercicio de su religión.

Cerca de tres siglos duró la dinastía de los *Lágidas* en Egipto, al cabo de los cuales los soldados de César mandados por Octavio, después de la derrota de Antonio y la trágica muerte de Cleopatra, lo redujeron á provincia romana, pasando la Judea á ser posesión de la Siria, bajo el imperio de los

Selúcidas. Fueron estos reyes de Siria descendientes de Seleuco Nicator, general de Alejandro, que fundó aquella monarquía. Lo más notable que ocurrió á los judíos bajo la dominación de los Selúcidas, prescindiendo de las terribles persecuciones de que nos ocuparemos en la lección siguiente, fué lo ocurrido con Seleuco IV, llamado también *Filopator*.

Supo este monarca por un infame judío y falso delator llamado Simón, que en el templo de Jerusalén se hallaban depositadas considerables sumas de dinero, y comisionó para que se apoderase de él á su ministro Heliodoro, á quien recibió con agrado el Sumo Sacerdote Onías; mas quando éste supo el objeto de su viaje, se negó resuelta-

mente á entregar el pequeño depósito que tenía, propio de los pobres, de las viudas y de los huérfanos.

Heliodoro intentó tomar aquel dinero á viva fuerza; pero apenas puso el pié en el templo al frente de su sacrilega tropa, cuando se presenta un personaje de formidable aspecto, montado sobre un brioso caballo ricamente enjaezado, que atropelló y derribó á unos sobre otros. Al propio tiempo se acercan á Heliodoro dos ángeles en figura de jóvenes llenos de resplandor y armados de fuertes látigos, con los que le azotaron tan fuertemente que cayó medio muerto en el pavimento del templo,

Vuelto en sí Heliodoro y curado de sus heridas, gracias á las oraciones de Onías, regresó inmediatamente á la corte de Seleuco, diciéndole: «Señor, si teneis algún grande enemigo, enviadle á Jerusalén con el mismo encargo que me habéis dado, pues no encontraréis medio más á propósito para satisfacer vuestra venganza.»

LECCIÓN 47

Primeras persecuciones de los judíos.—Admirable ejemplo de Eleazar.—
Martirio de los Macabeos.

Primeras persecuciones de los judíos. Triste era el estado moral en que se encontraba la nación judía á la muerte de Seleuco IV. La conducta del malvado Simón había tenido muchos imitadores que, dominados por la ambición, no perdonaron ningún género de intrigas para apoderarse de los primeros cargos de la nación, incluso el del Pontificado. Estas intrigas obligaron al Sumo Sacerdote Onías á emigrar de Jerusalén y refugiarse en Antioquía, usurpando la primera dignidad eclesiástica su hermano Jasón, indigno de pertenecer á la familia de Aarón por sus

maldades y por sus apostasías, llegando éstas al extremo de establecer en Jerusalén nada ménos que la enseñanza práctica del paganismo. Abolió los reglamentos antiguos, sustituyó las leyes de Moisés con los decretos más escandalosos, instaló una academia de paganismo al pié del alcázar de Sión y al lado del templo, y prostituyó á los jóvenes más nobles de Jerusalén.

Tal era el estado de perversión moral en que se hallaba la Judea al fallecimiento de Seleuco IV, á quien sucedió en el trono de Siria su hermano Antioco IV, llamado *Epifanes* (ilustre); pero que, según Polibio, merecía mejor haberse llamado *Epimanes*, esto es, *loco*. Y ciertamente, sólo un loco pudo cometer las repugnantes extravagancias que refiere Polibio de este monarca. En muchas ocasiones se le vió salir de paseo con la cabeza coronada de flores y acompañado de una multitud de ramera que le victoreaban sin cesar; otras se le veía embriagado hasta perder el uso de la razón y caído por los suelos como un hombre de baja estofa.

Semejante mónstruo de liviandad y de sensualismo era el destinado por el cielo para castigar las abominaciones y escándalos de su pueblo. Y ciertamente, ninguno mejor que un impío de este jaez para mirar con ódio la morigerada religión de Moisés y declararse enemigo de sus prosélitos. Aprovechando Antioco la anarquía religiosa que reinaba en Jerusalén, y valiéndose del pretexto de haberle prohibido la entrada en el Santuario, que quería ver por mera curiosidad, así como de que los judíos, habiéndose esparcido el falso rumor de su muerte, la habían celebrado con públicos regocijos; apoyado en estos fútiles pretextos, acometió á Jerusalén al frente de un numeroso ejército; y después de tomar la ciudad y entregarla por espacio de tres días al saqueo y rapacidad de sus soldados, pasó á filo de espada más de ochenta mil judíos. Y no contento con esta cruel matan-

za y con llevarse *cuarenta mil* cautivos, despojó al templo de todos sus tesoros y vasos sagrados; y proscribiendo el culto del verdadero Dios, colocó sobre el altar de *Jehová* el ídolo de Júpiter Olímpico, obligando á los judíos que quedaron, á ofrecerle sacrificios, y condenando á muerte á todo el que en adelante observase la ley de Moisés ó retuviese en su poder algún ejemplar del libro de la Ley.

A causa de esta persecución tan horrenda como sangui-
naria, muchos judíos débiles apostataron de su religión; pero otros, llenos de fé y de entusiasmo religioso, prefirieron la muerte á faltar á las leyes de su Dios. Entre estos segundos merece una especial mención el venerable anciano Eleazar, maestro y doctor de la Ley.

Ejemplo admirable de Eleazar. Era este ilustre y venerable sacerdote de una edad propecta; y apresado por los verdugos de Antioco, quisieron éstos obligarle á comer carne de puerco; mas él se resistió tenazmente á cometer semejante acción, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para convencerle; en vista de lo cual fué condenado al martirio. Los que le rodeaban, movidos á compasión por sus años y por sus canas, le suplicaban encarecidamente que, al menos, fingiese que comía de aquella vianda, para de ese modo poder librarse del terrible castigo que le esperaba.

Pero Eleazar, lleno de valor y de entereza por la causa de Dios, contestó de este modo á sus seductores: «Nunca simularé una acción tan criminal; pues los jóvenes creerían que Eleazar, á los *noventa* años, se había vuelto pagano y dejándose corromper. Por otra parte, ¿de qué me serviría el escaparme ahora del tormento de los hombres no pudiendo evitar la Justicia del Todopoderoso? Yo quiero morir valerosamente por nuestras santas leyes y dejar un ejemplo heroico á la juventud.» É inmediatamente fué conducido á un horroroso suplicio, donde murió exclamando: «Señor,

tú sabes bien que sufro con gusto, porque es á Ti á quien temo.» Tal fué el admirable ejemplo que este heroico anciano dejó á las generaciones venideras, del valor con que debemos confesar, aun á riesgo de nuestra vida, los dogmas y creencias de nuestra augusta Religión. Los Santos Padres llaman á Eleazar el *Protomártir* del Antiguo Testamento, no porque fuera el primero, sino porque la gloria de su triunfo puede compararse con la de los más ilustres.

Martirio de los siete hermanos Macabeos.

Grandes son los elogios que de estos ilustres mártires de la ley mosaica hace el historiador Flavio Josefo en el libro que dedicó á su memoria; pero nosotros vamos únicamente á referir su martirio tal como se halla consignado en el capítulo VII del libro 2.^o de los Macabeos. Después de la muerte del anciano Eleazar, mandó Antioco que trajeran á su presencia á una mujer con sus siete hijos, á quienes ordenó inmediatamente que comiesen la indicada carne de puerco, á lo que ellos se resistieron heroicamente; mas para obligarles á ello, mandó que se les azotara con fiereza, á cuya orden contestó el hermano mayor: «Estamos dispuestos á morir antes que traspasar la Santa Ley del Señor.» Encolerizado el rey al oír la respuesta de aquel joven, mandó calentar grandes calderas de cobre, y cuando estaban candentes hizo que le cortaran la lengua, que le arrancasen la piel de la cabeza, y cortados los piés y manos arrojasen su cuerpo en una de las calderas. La madre y los hermanos del mártir presenciaron este horroroso suplicio, excitándole todos al valor y á la firmeza.

Martirizado el mayor, los verdugos cogieron al segundo, y después de arrancarle la piel de la cabeza, le preguntaron si quería comer los manjares que le presentaban. «De ningún modo,» contestó el segundo mártir. Y le aplicaron en seguida el mismo suplicio que al primero. Al morir este segundo campeón de la ley mosaica, dijo al tirano: «¡Prín-

cipe malvado! Tú nos quitas la vida presente, pero el Rey del Cielo nos resucitará en su día á la vida eterna.» Con igual denuedo é idéntico heroísmo sufrieron los cuatro restantes el mismo tormento, causando la admiración de los mismos verdugos.

Restaba aún el más joven, y el rey quiso emplear con él halagos y promesas para ver si de ese modo conseguía del tierno Macabeo lo que no había podido alcanzar de sus hermanos con el rigor. Todo fué en vano. El esforzado joven despreció las promesas de Antioco como sus hermanos habían despreciado las amenazas; en vista de lo cual, hizo venir el rey á la madre, instándola para que rogase á su hijo la obediencia á lo que se le mandaba. Pero la fuerte y esforzada Macabea, acercándose á su querido hijo, le habla de esta manera: «Yo te suplico, hijo mio querido, que contemples el cielo y la tierra y todo lo que contienen, y piensa que es Dios quien ha hecho todas esas cosas. Te digo esto para que no temas al verdugo. Muéstrate digno de tus hermanos para que te reúnas con ellos en la vida eterna.» Aun seguía su madre exhortándole, cuando el valiente mártir, dirigiéndose al verdugo, le dice: «¿Qué aguardas? Yo no obedezco el mandato del rey, sino la ley de Dios que nos entregó Moisés.» Entonces el impío Antioco, loco de rabia y ébrio de furor, mandó atormentar al tierno Macabeo, juntamente con su madre, con mayor crueldad aún que á sus hermanos é hijos respectivamente, pues á esta mujer extraordinaria llegaron los verdugos hasta cortarle los pechos, echándola en seguida en una caldera de agua hirviendo. Los nombres de estos mártires ilustres, según se leen en el citado libro de Josefo, fueron los siguientes: Macabeo, Aber, Maquiri, Judas, Acás, Aret y Jacob.

LECCIÓN 48

Precaria situación de Judá por la persecución de Antioco.—Grito de guerra de Matatías para librar á su pueblo.

Precaria situación de Judá. Tan horrible y desastrosa fué la persecución suscitada por Antioco en la Judea, que cualquiera hubiera creído ser llegada la hora suprema para el pueblo de Israel. Y ciertamente: degollados sus habitantes, ensangrentadas sus ciudades, pervertidas sus costumbres, destruída Jerusalén, saqueado y profanado el templo, perseguidos de muerte los adoradores del verdadero Dios y proscrita en sus estados la religión de Jehová, todo parecía anunciar el próximo fin del pueblo de los Patriarcas. Y en verdad; ¿quién era capaz de contener la falange devastadora del rey de Siria, arrojar á sus soldados de la fortaleza de Sión, restaurar las murallas de la Ciudad Santa, extirpar la idolatría y restablecer de nuevo el culto del Señor? ¿Dónde estaban los ejércitos que oponerse pudieran á los ejércitos de Antioco, convertidos en manadas de tigres, nunca saciados de sangre hebrea?

Sin embargo, nada hay imposible para Aquel que tantas veces había librado á su pueblo del furor de otros opresores semejantes. Irritado el Señor por los pecados y abominaciones de Jerusalén, habíala desamparado y entregado al furor de Antioco; pero aplacado por la penitencia, volvía á dispensarle su soberana protección, y con este auxilio no tardaría mucho en triunfar de sus fieros enemigos.

Grito de guerra de Matatías para librar á su pueblo. Para llevar á cabo esta obra portentosa, suscitó el Señor de entre los hijos de Israel un persona tan célebre por sus hazañas y por su celo en defensa de la

Religión, como antes lo fueron Moisés, Josué, Aarón y Fineés. Llamábase *Matatías*, y era hijo de Juan y descendiente de Aarón por Eleazar, primogénito de este primer Pontífice de Israel. Este virtuoso y anciano sacerdote, no pudiendo sufrir los horrores y abominaciones que se cometían en Jerusalén, dejó la ciudad y se retiró á las montañas de Modín, seguido de sus cinco hijos Juan, Simón, Judas, Eleázaro y Jonatás, conocidos con el nombre de *Macabeos* (cuya palabra significa, según unos, *los que pelean por el Señor*; y según otros, *esforzados guerreros*), á quienes siguieron algunos israelitas, constantes servidores del verdadero Dios.

Refugiado Matatías en aquellas ásperas montañas, el santo y celoso sacerdote dirigía sus ojos cubiertos de lágrimas á la infeliz Jerusalén y demás ciudades de Judá, y desde allí contemplaba con dolor los torrentes de males que inundaban su amada patria. «¡Desdichado de mí! decía el valeroso anciano anegado en llanto, ¿por qué habré nacido para ver la destrucción de mi pueblo y la ruina de la Ciudad Santa? Las cosas sagradas están en manos de extraños, y el templo es como un hombre deshonrado: todo su adorno ha sido arrebatado, y la que era libre se ve reducida á la dura condición de esclava. Nuestras cosas santas, nuestra hermosura y nuestro esplendor, todo ha sido mancillado y profanado por las gentes. Y á vista de esto, ¿quién puede vivir todavía?» Y esto diciendo, el esforzado anciano arregó á sus hijos y compañeros, y abandonando su retiro, descendieron todos á la ciudad de Modín, que se hallaba situada al pié de la montaña.

En aquel mismo día los ministros de Antioch, que andaban recorriendo toda la Judea, llegaron á la ciudad de Modín erigiendo en ella un altar á los ídolos y publicando un decreto en el cual se ordenaba que todos los habitantes de la ciudad ofrecieran inciensos á las divinidades paganas

«Vos que sois el más caracterizado, dijeron á Matatías, debéis ser el primero en ejecutar las órdenes del rey Antioco, con lo cual os captaréis su benevolencia y seréis colmado de mercedes.» A lo cual contestó con energía el valeroso anciano: «Sabed que, aún cuando todos los judíos abandonasen la ley de nuestros padres, mis hermanos, mis hijos y yo moriremos gustosos antes que idolatrar.»

A seguida de pronunciar estas palabras el venerable anciano, se presenta un judío que, á la vista misma del valiente confesor, tuvo la osadía de ofrecer incienso al ídolo. Verlo Matatías y lanzarse sobre el apóstata todo fué obra de un momento; é imitando al celoso Fineés, le traspasó con su espada á vista de todo el pueblo, haciendo lo mismo con el ministro de Antioco que presidía la ceremonia; y derribando el ídolo y destruyendo completamente el altar que se le había levantado, dirigiéndose á la multitud dijo: *Todos los que tengan celo por la fe, que me sigan.*

Estas palabras, pronunciadas por el valiente Matatías, fueron el grito de guerra lanzado contra las formidables huestes de Antioco; pues seguido el esforzado Macabeo de sus hijos y de una multitud de judíos, se preparó para combatir á los enemigos de su Dios y de su patria. A este grito de independencia lanzado por el valeroso sacerdote, contestaron inmediatamente los *Esenos, Cineos y Recabitas*, varones todos de gran valor y celo por la gloria de Dios.

Viéndose ya Matatías con un cuerpo de ejército, no muy numeroso en verdad, pero compuesto de soldados valientes y decididos, y más que todo protegido por el Dios de las victorias, comenzó la obra gloriosa de la emancipación de Israel, persiguiendo sin descanso á los infames apóstatas y prevaricadores que por sus pecados y escandalosas decepciones habían sido la causa principal de los castigos que Dios había enviado sobre Israel. Terminada esta

operación de desagravios al Dios de Judá, el celoso sacerdote redujo á polvo todos los ídolos que encontró á su paso, derribó los altares, circuncidó á todos los niños israelitas, y no permitió que Antioco cumpliera su infernal proyecto de borrar de la tierra la Religión de Israel.

Muy cerca de un año llevaba ya Matatías al frente de sus valientes soldados; pero las grandes fatigas de aquel género de guerra, superiores á sus fuerzas y á sus años, le hicieron desfallecer; y llamando cerca de sí á todos sus hijos, les exhortó á continuar con denuedo y sin descanso la grande obra por él comenzada de la restauración de su pueblo; y nombrando por general de las tropas de Israel á su hijo Judas Macabeo, y por consejero de éste á su hermano Simón; el esforzado padre de los *Macabeos*, el ilustre jefe de los *Asmoneos*, fué á recibir en la otra vida el premio de sus heroicas virtudes.

LECCIÓN 49

Principales victorias de Judas Macabeo, — Su muerte heroica, — Últimos caudillos Macabeos.

Principales victorias de Judas Macabeo.

Al valeroso y esforzado Matatías sucedió en el mando del ejército su hijo Judas, el cual adquirió el sobrenombre de *Macabeo* por su valor indomable y heroico. La primera disposición del nuevo caudillo fué reforzar su reducido ejército. Al efecto, haciendo una excursión por los pueblos y ciudades de Judá, llamando á la guerra á todos los defensores de la fe de sus padres, llegó á reunir un ejército de *seis mil* combatientes. Al frente de estos bravos acometió el nuevo caudillo á Apolonio, uno de los principales generales de Antioco, que al frente de un numeroso ejército, di-

vidido en dos cuerpos, creía derrotar fácilmente aquel puñado de valientes capitaneados por el hijo de Matatías; pero este, terrible como un león en el combate, acomete con denuedo al cuerpo de ejército mandado por Apolonio, y abriéndose paso con su espada entre las filas enemigas, y derribando á cuchilladas á todos cuantos se oponen á su intento, llega al fin hasta el punto donde se halla el general, y lanzándose sobre él con la velocidad de un tigre, le hace caer muerto á sus piés al primer golpe de su terrible espada.

Con la muerte de Apolonio cunde el desaliento en las tropas de Antioco, y desconcertadas y perseguidas por los bravos de Israel, huyen despavoridas dejando el campo cubierto de cadáveres. Tan rico como inmenso fué el botín que los soldados de Judas hallaron en el campo de batalla, del que sólo quiso reservarse el general Macabeo la espada de Apolonio, la cual usó siempre en los demás combates como recuerdo de esta memorable jornada.

La misma suerte que el de Apolonio siguieron los demás ejércitos mandados sucesivamente por el rey en contra del esforzado caudillo de Israel, pues con la protección del cielo venció y derrotó éste, uno tras otro, á Serón, Nicánor, Lisias, Baquides y Timoteo, generales todos de la mayor fama y nombradía en los ejércitos de Siria. Esta serie de victorias tan completas como admirables sobre las huestes de Antioco, abrieron á Judas paso franco para recobrar de nuevo la ciudad de Jerusalén, juntamente con su templo. Al entrar en la ciudad encontró el Santuario devastado, el altar profanado y el átrio cubierto de yerba. Judas purificó el templo, consagró de nuevo el altar y estableció una fiesta conmemorativa de sus prodigiosas victorias.

Enfurecido Antioco con estas derrotas, se dirigió él mismo en persona contra Jerusalén al frente de un formidable ejército; pero no pudo continuar su marcha, porque, cayendo del carro en que iba montado, recibió una grande

herida que le inficionó todo su cuerpo, llenándose de asquerosos gusanos y cayendo sus carnes por todas partes á pedazos.

Entonces sintió los remordimientos de su conciencia y prometió enmendarse, abrazar la religión judáica y restaurar el templo con la misma magnificencia y esplendor que antes tenía; pero Dios, que ve los corazones de los hombres, conoció que su arrepentimiento era falso y producido solamente por el terrible castigo que experimentaba, por lo cual le quitó la vida, muriendo agobiado de horribles padecimientos.

A la muerte de Antioco ocupó el trono de Siria su hijo Antioco V, *Eupator (hijo de padre ilustre)*, el cual, queriendo vengar las anteriores derrotas de los ejércitos de su padre, se puso al frente de uno formidable compuesto de 100.000 infantes, 20.000 caballos y 32 elefantes habitados á la guerra. En vista de un ejército tan numeroso, el Macabeo invocó á su Dios, y lleno de confianza aceptó la batalla, durante la cual se vieron cinco hombres resplandecientes montados sobre briosos caballos, que bajando del cielo se presentaron al frente del enemigo, dos de ellos colocados al lado de Judas, protegiéndole con sus armas; y los tres restantes lanzando rayos y flechas contra los enemigos, quienes de tal modo quedaron confundidos, que en medio del mayor desorden emprendieron una precipitada fuga, dejando el campo cubierto de cadáveres.

No podemos menos de referir dos hechos notables acaecidos en esta gloriosa jornada. Fué el primero que *Eleázaro*, hermano de Judas Macabeo, abriéndose paso con su espada llegó hasta uno de los elefantes en el que creyó encontrar al rey. Clavó su espada en el vientre del animal; pero al caer éste quedó Eleázaro sepultado bajo el monstruoso paquidermo. El segundo fué la piadosa ofrenda de 12.000 dracmas de plata que el religioso Judas envió á Je-

rusalén para ofrecer á Dios sacrificios en favor de los que habían perecido en el combate, teniendo presente *que es santo y saludable el pensamiento de orar por los difuntos para que sean absueltos de sus pecados.*

Destronado y muerto Antioco Eupator por Demetrio Soter, hijo de Seleuco, que, evadiéndose de las prisiones de Roma logró desembarcar en la Siria, no por eso cesaron las guerras contra Judea; antes al contrario, el nuevo rey emprendió con gran furor una guerra de exterminio contra el esforzado Macabeo, enviando en su persecución á sus más renombrados generales Baquides, Alcimo y Nicanor, quienes nada consiguieron contra Judas; antes por el contrario, el último de los referidos generales, Nicanor, á pesar de ser el de más nombradía en el ejército de Demetrio, fué muerto en el campo de batalla por Judas, quien, cortándole una mano, mandó clavarla delante del templo en castigo de las grandes profanaciones que en él había cometido el soberbio é impío general.

Muerte heroica de Judas Macabeo. Pero el Señor de los ejércitos de Israel dispuso que el esforzado caudillo fuera á recibir en la otra vida el premio de sus heroicas acciones, y reunido por Demetrio otro ejército numerosísimo, mandado por Baquides y Alcimo, y reducido el de Judas á solos 800 hombres, por haber desertado sus soldados, acometió, sin embargo, á los Sirios con la mayor bravura, muriendo gloriosamente en el combate después de haber hecho una gran carnicería en el ejército enemigo.

Ultimos caudillos Macabeos. Después de la muerte de Judas Macabeo, se puso al frente del mermado ejército judío el hermano de aquél, llamado Jonatás, que también alcanzó señaladas victorias; pero al fin murió víctima de una traición, sucediéndole su hermano Simón, último rey Macabeo, que murió asesinado por su yerno.

LECCIÓN 50

Los Asmoneos. = Herodes Ascalonita. = Cumplimiento de las profecías referentes al Mesías.

Los Asmoneos. La última dinastía del pueblo judío la formaron los descendientes de la familia de Matatías, llamados *Asmoneos*, según unos, de un abuelo de aquel que llevaba ese nombre; y según otros, del pueblo de Asmoneo, de donde tenía origen dicha familia.

La citada dinastía, además de los valientes Macabeos de que nos hemos ocupado, la formaron los siguientes reyes: Juan Hircano, Aristóbulo, Alejandro Janes é Hircano II.

Juan Hircano. Fué hijo de Simón: su reinado fué próspero y feliz; si bien dentro de él se formaron algunas sectas religiosas, entre ellas las de los *Fariseos* y *Saduceos*. Los *fariseos* afectaban la más exagerada severidad en sus principios, una exacta observancia del Sábado y el cuidado minucioso de purificar sus ropas y los muebles de sus casas si algún extranjero los tocaba. Estos son aquellos famosos hipócritas á quienes Jesucristo reprendía tan duramente (según veremos en el Nuevo Testamento), llamándolos «lobos rapaces vestidos con pieles de corderos; sepulcros blanqueados que afectan mucha blancura y limpieza en la parte exterior, pero que interiormente no hay en ellos más que podredumbre y asquerosidad.» Los *Saduceos* negaban la inmortalidad del alma y las tradiciones, ateniéndose al texto literal de la Escritura. Eran pocos, pero muy altivos y orgullosos, contando entre sus adeptos las personas más influyentes y notables.

Aristóbulo y Alejandro Janes. Fueron muy

perversos y malvados: el primero hizo matar á su madre y á su hermana.

Hircano II, último rey de la casa de Judá.

Fué hijo de Alejandro Janes. Disputó el trono á su hermano Aristóbulo; pero llegó á consolidarse con la protección de Pompeyo. La debilidad de este príncipe fué causa de que los romanos se apoderasen de la Judea á título de amigos, colocando en ella como gobernador general á Herodes Ascalonita.

Herodes Ascalonita. Idumeo de nación, ningún derecho tenía á la corona de Judá. Fué un hombre cruel y perverso, habiendo hecho morir á su consorte Mariamne, mujer célebre por su virtud, por su nobleza, y más que todo por su extraordinaria hermosura, y á tres hijos de ésta, todo por aniquilar completamente la dinastía de los *Asmoneos*. Fué un grande hipócrita en religión, pues si bien exteriormente quería aparentar que era observante de la Judía, sin embargo, sus actos posteriores demostraron que no tenía ninguna. Aduló tanto al Senado Romano, que reconoció como divinidad á César Augusto, erigiéndole un templo; por lo cual el Senado y el pueblo romano le nombraron y constituyeron *Rey de los Judíos*, cuyo título fué reconocido por éstos, cansados ya de tanta sangre, de tanta intriga y de tanta anarquía como reinaba en su nación.

Cumplimiento de las profecias referentes al Mesías.

Con la elevación de Herodes al trono de Judá, habíase cumplido uno de los vaticinios más notables acerca de la venida del Mesías. «*No será quitado el cetro de Judá*, había dicho el moribundo Jacob, *y habrá siempre caudillos de su raza hasta que venga EL QUE HA DE SER ENVIADO, y él será la expectación de las gentes.*» Si agregamos á esto que las *setenta semanas* de Daniel tocaban á su término, y que *la estrella* anunciada por Balaám comenzaba á desplegar sus nítidos fulgores en el cielo de Naza-

ret; si asimismo medimos el *poco tiempo*, pasado el cual, según el profeta Ageo, Dios había de conmover todos los pueblos y enviar al *Deseado de las naciones*; y finalmente, si observamos con atención la última profecía de Malaquías, último de los profetas de Judá, donde anunciaba la venida de su *inmediato precursor*, al cual se le ve aparecer en las montañas de Judea, vestido de austero anacoreta, predicando á los judíos y excitándolos á la penitencia para recibir dignamente al *que venia en pos de él*, y á quien él iba preparando el camino; bien podemos afirmar, sin ningún género de duda, *haberse cumplido todas las profecías referentes al Esperado de las naciones*.

EPILOGO

EL DESEADO DE LAS NACIONES

I

Triste fué la suerte que corrió la especie humana desde la caída de Adán hasta la venida del *Reparador*. Ahogada la iniquidad en las aguas del diluvio, renació después con más vigor entre los hijos de Noé. Castigada de nuevo en las llanuras de Senaar, llevaron los hombres en su dispersión el germen de la misma, cuyo germen se desarrolló tan extraordinariamente, que al poco tiempo cubría la faz de la tierra. Desde entonces, espesas nieblas envolvieron la inte-

ligencia humana, y el fuego de las pasiones más innobles abrasó el corazón de los hombres. Sabían que existía Dios, pero llamaban dioses al sol y á la luna, á los ejércitos de estrellas, al alma de los tiranos, á los cocodrilos del Nilo y á los ajos y cebollas de los huertos.

La tiranía del materialismo había impuesto su yugo férreo á aquella degradada sociedad. La mujer, flaca por naturaleza, fué arrojada del trono que Dios le había fabricado al lado del trono del marido, y vióse convertida de esposa en sierva, de compañera del hombre en instrumento de su liviandad..... El bálsamo depositado en el corazón de la mujer para curar la tristeza y los males del hombre, se derramaba secretamente convertido en lágrimas estériles y ardientes.

La tierra, dice un historiador de aquellos tiempos, lloraba desfallecida como un enfermo desahuciado; el mundo se desquiciaba; y su historia hubiera sido un piélago insondable de crímenes y de delirios, si no hubiera brillado en el fondo de aquella gangrenada sociedad la *esperanza de un Reparador*.

II

Quedaban, sin embargo, algunos justos en la tierra, como quedan algunas espigas en el campo después que pasaron los agavilladores; y aquellos conservaban en el sagrario de su alma la fé y la esperanza en el *Redentor que había de venir*.

Y estos justos, con el rostro postrado hasta el polvo y el pensamiento elevado hasta el trono del Altísimo, no cesaban de clamar: «Ven á librarnos, Señor, Dios de las virtudes! Haznos manifiesta tu misericordia y envíanos tu Salvador! ¡Acuérdate de nosotros y ven á visitarnos!» Y

animados con la gracia que siempre alcanza la devota oración, añadían cantando en armonioso coro:

«¡Oh *sabiduría* que saliste de la boca del Altísimo y gobiernas de uno á otro confín disponiendo todas las cosas con suavidad y fortaleza, vén á enseñarnos los caminos de la prudencia!»

«¡Oh *Adonai* y jefe de la casa de Israel, que apareciste á Moisés en medio de la zarza ardiendo y le diste la ley en el Sinaí, vén á redimirnos con brazo poderoso!»

«¡Oh *Raíz de Jesé*, en cuya presencia callarán los reyes y á quien los gentiles adorarán, vén ya á librarnos! ¡No te retardes!»

«¡Oh *llave de David* y cetro de la casa de Israel, que abres y nadie cierra, cierras y nadie abre, vén y saca de la cárcel á los que están atados y á los que se sientan en las sombras de la muerte!»

«¡Oh *verdadero Oriente*, esplendor de la luz eterna y Sol de Justicia, vén é ilumina á los que están sentados en las tinieblas y en la oscuridad de la muerte!»

«¡Oh *Rey de las gentes* y deseado de ellas, piedra angular, en quien todas las cosas se unen, vén y salva al hombre que formaste del barro de la tierra!»

«¡Oh *Emmanuel*, nuestro Rey y legislador, esperanza y salvador de las naciones, vén á salvarnos, vén, Señor y Dios nuestro!»

En estas plegarias y oraciones se resume la historia de Israel en los siglos anteriores á la venida del *Deseado de las naciones*.

III

En los demás pueblos los justos eran menos en número; pero aun así, en el fondo de sus mitologías se encuentra claramente la esperanza de un *Reparador*. En Grecia y

en Roma los filósofos lo esperaban para conocer la verdad En Oriente los sabios y magnates aguardaban la aparición de la estrella de Jacob para correr á adorarle; y hasta el gentilismo saltó de gozo, cantando por uno de sus mejores poetas: *¡Fam nova progenies cælo dimittitur alto!*

IV

Y efectivamente, vino el *Redentor* prometido en el Paraíso; vino el *Reparador* de la humanidad; vino el *Esperado* de los pueblos, y vino el *Deseado de las naciones*, que es **El Verbo Divino que se hizo carne y habitó entre nosotros**, viniendo al mundo en la mayor humillación, en la mayor pobreza y en el mayor abandono de los hombres.

FIN.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS.</u>
DEDICATORIA..	3
Censura y aprobación eclesiástica.	4
LECCIÓN 1. ^a —Definición de la Historia Sagrada.	5
Utilidad é importancia de su estudio.	6
División y épocas que comprende.	6
2. ^a —Noción de la creación.	7
Creación del mundo, de los ángeles y del primer hombre.	8
Ángeles buenos y malos.	8
3. ^a —Creación de la primera mujer.	9
Estado de Adán y Eva en el Paraíso.	10
Pecado de nuestros primeros padres.	10
Consecuencias de este pecado.	11
4. ^a —Dios promete un Redentor.	12
Castigos de Adán y Eva.	13
Caín y Abel.	13
Patriarcas antediluvianos.	15
5. ^a —Noé.	15
Diluvio Universal.	17
Hijos de Noé.	18
6. ^a —Torre de Babel.	19
Dispersión de los hijos de Noé.	20
Idolatría general.	20

	PÁGINAS.
LECCIÓN 7. ^a —Vocación de Abram.	21
Viaje de éste á Canaán y Egipto.	22
Lot.	24
Victorias de Abram.	24
8. ^a —Melquisedec.	25
Promesa de Dios á Abram.	26
Agar é Ismael.	27
Pacto de Dios con Abram.	28
Circuncisión.	29
9. ^a —Abraham visitado por tres peregrinos.	30
Destrucción de Sodoma.	32
10.—Nacimiento de Isaac.	33
Agar é Ismael.	34
Sacrificio y matrimonio de Isaac.	35
11.—Nacimiento de Jacob y Esaú.	39
Vende éste su primogenitura.	40
Isaac bendice á Jacob.	41
12.—Huída de Jacob á la Mesopotamia.	43
Escala de Jacob.	44
Su llegada á Harán.	44
Regreso de Jacob á la tierra de Canaán.	46
13.—Historia de José.	50
Viaje de Jacob á Egipto.	59
Muerte de Jacob y de José.	61
14.—Historia de Job.	62
15.—Los israelitas oprimidos en Egipto.	66
Nacimiento de Moisés.	67
Su educación.	68
Aparición del Señor.	69
Moisés en presencia de Faraón.	70
16.—Plagas de Egipto.	72
Cordero Pascual.	74
17.—Salida de los israelitas de Egipto.	75
Paso del mar Rojo.	77
Maná.	78
Llegada de los hebreos al monte Sinaí.	79
18.—Promulgación de la ley.	80
Idolatría general.	82
19.—Descripción del Tabernáculo.	84

Arca del Testamento y demás obras destinadas al culto.	84
Primeros sacerdotes.	85
Vestiduras sacerdotales.	85
Sacrificios de los hebreos.	86
LECCIÓN 20.—Salida de los hebreos del monte Sinaí.	87
Peregrinación por el desierto.	87
Sublevaciones.	89
Castigos.	90
Muerte de Aarón.	91
21.—Victorias de los israelitas contra los reyes cananeos.	92
Balaam: predicciones buenas y consejo perverso de este profeta.	94
Muerte de Moisés.	96
22.—Josué.	97
Exploradores de Jericó.	97
Paso del Jordán.	99
Cumplimiento de las ceremonias legales.	99
Toma de Jericó.	100
Salvación de Rahab por los exploradores.	101
23.—Primer ataque frustrado de Haí.	102
Conquista de esta ciudad.	102
Victorias admirables de Josué.	103
Distribución de la tierra de Canaán.	105
Muerte de Josué, inhumación de los huesos de José y muerte de Eleazar.	105
24.—Gobierno de los israelitas después de la muerte de Josué.	106
Primeras prevaricaciones del pueblo de Dios en la tierra de promisión.	107
Jueces de Israel.	108
Otoniel, Aod, Sangar y Débora.	109
25.—Opresión de los hebreos por los madianitas.	112
Gedeón.	113
Idolatría del pueblo de Dios.	116
Jepte.	117
26.—Historia de Sansón.	119
Heli.	124

Samuel.	125
LECCIÓN 27.—Historia de Ruth.	129
28.—Establecimiento del Gobierno de los Reyes.	134
Elección de Saúl.	135
Su reinado.	137
Heroísmo de Jonatás.	139
Reprobación de Saúl.	139
29.—Elección de David.	140
Combate de Goliath.	142
David perseguido por Saúl.	144
Admirable conducta de David con su perse-	
guidor.	145
Muerte de Samuel.	146
Nabal del Carmelo y Abigail.	146
Pitonisa de Endor y muerte de Saúl.	147
30.—Isboset.	148
Reinado y victorias de David.	150
Traslación del Arca Santa al alcazar de Sión.	151
Caída de David, su arrepentimiento y castigos.	152
Muerte de David.	156
31.—Reinado de Salomón.	157
Su sabiduría y riquezas.	158
Juicio de Salomón.	159
Construcción y dedicación del Templo.	160
Reina de Sabá.	162
Caída de Salomón y su muerte.	163
32.—División de la nación hebrea en los reinos de	
Judá y de Israel.	165
Jeroboam, primer rey de Israel.	167
Su idolatría y castigos.	168
33.—Continuación de los reyes de Israel.	170
Acab y Jezabel.	170
El profeta Elías.	171
Escena del Carmelo.	173
Viña de Nabot.	176
Muerte de Acab.	177
34.—Ocozías y Jorán, reyes de Israel.	177
Raptó de Elías.	179
Eliseo: sus primeros milagros.	180

	Sitio de Samaria.	183
LECCIÓN 35.—	Muerte de Jorán.	184
	Jehú, undécimo rey de Israel.	185
	Muerte de Jezabel.	186
	Joacáz y Joás, reyes de Israel.	187
	Muerte de Eliseo.	188
36.—	Jeroboam II, rey de Israel.	189
	Profeta Jonás.	190
	Zacarías, Selum, Manahén, Faceya y Facee, reyes de Israel.	192
	Oseas, último rey de Israel.	193
	Sitio y rendición de Samaria.	193
	Destrucción del reino de Israel.	194
37.—	Historia de Tobías.	194
38.—	Reyes de Judá.	203
	Roboán, primer rey.	203
	Abía, Asa y Josafat, reyes de Judá.	205
	Reinados de Jorán, Ococías, Atalía y Joás.	207
39.—	Amasías, Ozías y Joatán, reyes de Judá.	209
	Reinado de Acáz.	211
	Gobierno del piadoso rey Ezequías.	212
40.—	Reinado de Manasés.	215
	Historia de Judit.	216
41.—	Amón, Josías, Joacaz y Joaquín, reyes de Judá. Reinado de Jeconías y Sedecías, últimos reyes de Judá.	224 226
	Destrucción del reino de Judá.	226
42.—	Los profetas.	227
	Ananías, Misael y Azarías en el cautiverio.	229
	Historia de Susana.	229
43.—	Sueños de Nabucodonosor.	231
	Historia de Ester.	232
44.—	Cena de Baltasar.	235
	Daniel en la cueva de los leones.	237
	Últimos hechos de Daniel y su muerte.	238
45.—	Fin de la cautividad.	239
	Regreso de los judíos a su patria.	241
	Restablecimiento del Templo y ciudad de Je- rusalén.	241

	<u>PÁGINAS.</u>
El sacerdote Esdras.	242
Nehemías.	242
LECCIÓN 46.—Estado floreciente de los judíos bajo el imperio de los persas.	243
Suerte del pueblo judío bajo el poder de Alejandro.	244
Situación del pueblo judío bajo los Lágidas y Seléucidas.	245
Seléucidas.	246
47.—Primeras persecuciones de los judíos.	247
Ejemplo admirable de Eleazar.	249
Martirio de los siete hermanos Macabeos.	250
48.—Precaria situación de Judá.	252
Grito de guerra de Matatías para librar á su pueblo.	252
49.—Principales victorias de Judas Macabeo.	255
Muerte heroica de Judas Macabeo.	258
Ultimos caudillos Macabeos.	258
50.—Los Asmoneos.	259
Aristóbulo y Alejandro Janes.	259
Hircano II, último rey de la casa de Judá.	260
Herodes Ascalonita.	260
Cumplimiento de las profecías referentes al Mesías.	260
EPÍLOGO.—El Deseado de las naciones.	261



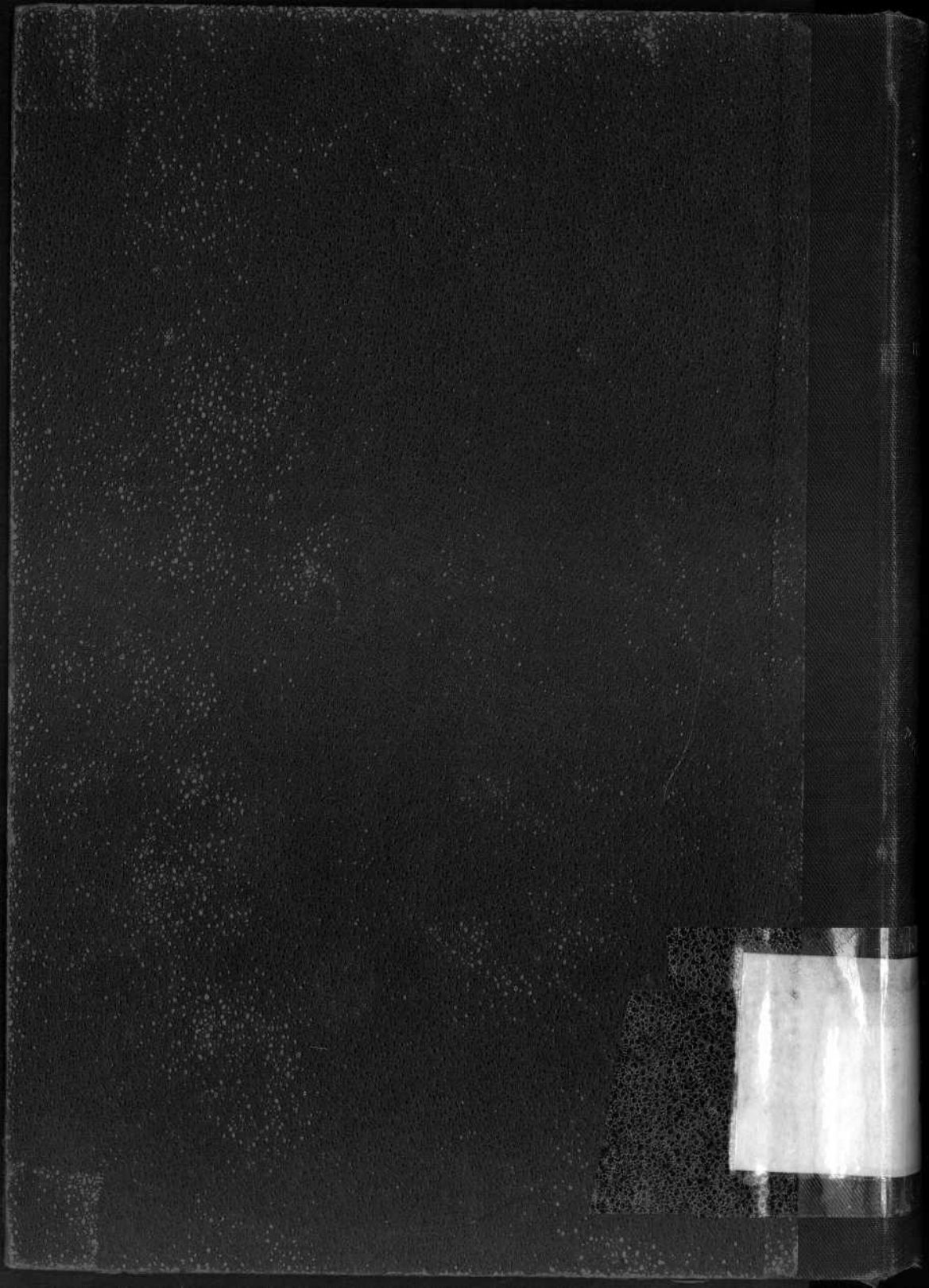
FÉ DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
12	21	¿Porqué engañaste á la mujer?	Porque engañaste á la mujer.
22	30	ocaso.	acaso.
25	15	Labé.	Sabé.
125	15	Quelión.	Celión.









THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART
LIBRARY

ANTHROPOLOGY
LIBRARY

ANTHROPOLOGY

LIBRARY

R

427